ÉL QUERÍA SALVARLA,
ELLA FUE SU PERDICIÓN



BRIT

LÍMITES PROHIBIDOS II

ALBA GIL CABRERA

BRIT

LÍMITES PROHIBIDOS II

ALBA GIL CABRERA

Primera edición 2026
Derecho de edición reservado.
Alba Gil Cabrera
Depósito Legal: PM 00079-2026
Maquetación: Ainhoa Madrid Markova
Diseño de cubierta e interior:
Ainhoa Madrid Markova (@markovart_)

Corrección: Virginia de Novoa
Lectoras cero:
Nerea Bustos (@neree_books)
Sara Estepa (@saralu_world)
Ana Serca (@ana_serca)
Alexandra (@alexandrabooks_)
Cristina (@crisbooks97)

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o autor.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

ADVERTENCIAS

- Familiar enfermo de cáncer.
- Muerte.
- Pérdida de ser querido.
- Depresión.
- Ansiedad.
- Bulimia.
- Trastorno de la conducta alimentaria.
- Escenas de sexo explícito.
- Violencia.
- Drogas.
- Violencia doméstica.
- Acoso.
- Maltrato psicológico.
- Chantaje emocional.
- Diabetes.

Para más información sobre el contenido sensible del libro, puedes escribirme directamente a mi correo: albagil1315@hotmail.com

PLAYLIST

Trevor Daniel — Falling
Chyde — Depression
Bon Jovi — It’s My Life
Eminem — Mockingbird
KAROL G, Young Miko — DISPO
Rauw Alejandro — Déjame Entrar
KAROL G, Ovy On The Drums — Cairo
KAROL G, Tiësto — Contigo
Fleurie — Hurricane
Sam Smith — Fire On Fire
Bruno Mars — Talking To The Moon
Ruelle — Carry You
Bad Omens — Just Pretend
Chord Overstreet — Hold On
Britney Spears — Everytime
Britney Spears — Overprotected
Britney Spears — Oops!… I Did It Again
Linkin Park — Numb

Para mi niña interior:
Espero que escribir este libro, nos ayude a sanar tus heridas.

Solo quiero poder llorar sin que nadie me diga que tengo que ser fuerte.

PRÓLOGO
SEAN



El dolor de las piernas era insoportable, y el corazón me latía tan rápido que casi no sentía el aire llegar a los pulmones.

El hijo de puta, que seguía de pie frente a mí, me entregó el teléfono para que cumpliese las órdenes del cabronazo de Derek.

Los iris se me dilataron al ver el aparato, cogiéndolo con ansiedad, marqué el número de la otra mitad de mi vida y la dueña absoluta de mi corazón, llevándomelo al oído.

Mientras los tonos de llamada sonaban, no dejaba de mirar fijamente a ese cabrón.

Fui demasiado bueno, demasiado paciente. Con Derek, con Naomi, con todos. Y lo fui por ella, porque quería madurar, ser un buen chico, el tío que ella merecía.

No sirvió de una mierda.

—¡Sean! ¿Ya has llegado? Has tardado mucho, estaba a punto de…

—Brit.—Apreté los párpados con fuerza, notando una maldita lágrima bajar por mi mejilla, odiaba tener que pasar por esto, odiaba además hacerlo por teléfono como un puto cobarde, porque la amaba más que a nada.

Brittany era tan importante como mi familia, pero si a mi hermana o a mi madre les sucediese algo, yo iría detrás.

No podía permitirlo, simplemente.

A fin de cuentas, Brittany era maravillosa, y conmigo o sin mí, ella estaría bien, quizá mejor.

El que se ahogaría en la miseria, sería yo.

—Sean, ¿qué sucede?

—Nena…, yo…

No la llames nena, tío.

—Brit.—No me salía la puta voz. Apoyando la nuca en la fría pared mientras veía un cielo vacío sin estrellas, tan vacío como vacía se quedaría mi vida en el momento en el que me despidiese de ella, me pregunté qué cojones le hice yo al mundo para tener que tragar tanta mierda—. He pensado y…

—¿Y? Sean, ¿estás bien? Me estás asustando mucho.

—Tenemos que dejarlo.

Golpeé hasta cuatro veces el suelo, haciéndome mierda los nudillos, odiándome más de lo que he odiado a Derek, a los que se cargaron a mi padre o a cualquier otra persona en el mundo.

—Sean…

No, nena.

No llores.

No me hagas esto.

—No valgo la pena, no te atrevas a llorar por mí, por favor.

—Sean, ¿qué diablos sucede? ¿Es por Johan? Sé que ha sido un gilipollas, pero, bebé, nos quedan solo dos meses…, en dos meses me iré contigo…

—Mi madre tardará demasiado en curarse y yo debo cuidar a Lucy, no serás feliz viviendo con nosotros. Ellas me necesitan.

Excusas.

Excusas vacías y baratas.

—Sean, creía que eso lo habíamos hablado, yo… —La oí ahogar un lamento, estaba mal, joder, estaba muy mal y era culpa mía—. No puedo vivir sin ti.

Ni yo sin ti, te prometo que no puedo ni voy a poder nunca.

La ambulancia empezó a escucharse a lo lejos mientras los ojos casi se me cerraban, miré mi mano que volvía a taponar la herida en el abdomen, lucía roja como el infierno, empapada en sangre.

Tuve que llevarme el maldito antebrazo a la boca para callarme los jodidos lamentos, y que no se diese cuenta.

Imaginar a mi pequeña hermanita recibiendo una puñalada o un disparo hacía que quisiese arrancarme la piel.

Lo mismo con mi madre.

Pero tener que decirle esto a ella también dolía de la hostia.

—Me gusta otra.

Silencio.

—… ¿Qué…?

—Brit.

—Ni Brit ni nada, ¡¿de qué vas?!

Eso es, nena, ódiame, sé fuerte. Por ti misma y por mí, porque yo no voy a superarte ni olvidarte en la puta vida, así que sé fuerte por los dos.

—Lo siento —susurré.

—Te has reído de mí, joder… ¡He perdido la virginidad contigo, Sean! ¡Prometiste cuidarme para siem…!

—Eso fue antes de que la conociese en el barrio.

Otra vez, silencio.

Y mi cabeza negando de un lado para otro, deseando que la ambulancia se equivocase y me dejasen morir.

No, tienes una familia que te necesita, tienes que seguir adelante, cabrón.

—Sean.

—Brit.

—No te creo.

—Me da lo mismo, te estoy diciendo que se acabó y punto.

—Nene… Venga ya, ¿qué sucede? Confía en mí, lo arreglaremos.

—Hemos terminado. Y punto.

Más silencio.

Lágrimas.

Joder, no podía más.

—Gracias por destrozarme la vida.

Y se acabó.

El tono de llamada finalizada quedó repitiéndose contra mi oído mientras los médicos se bajaban del vehículo para tratar de tumbarme en una especie de camilla.

El cabronazo que provocó todo esto ya no estaba aquí. Ni él ni los suyos.

—Puedo ir solo, puedo subir…

—Chico, estás herido de gravedad, no intentes levan… ¡Se ha desmayado! ¡Ha perdido mucha sangre! ¡Hay que trasladarlo al hospital de urgencia!

Todo empezó a suceder demasiado rápido. Mi campo de visión se oscureció y mi cuerpo se sentía como flotando en mitad del mar.

—Hombre de dieciocho años, altura aproximada de un metro noventa y cinco, unos noventa kilos de peso, sin antecedentes penales, su nombre es Sean Kiev. Por lo que veo en el monitor, reside por esta zona, tiene dos disparos y un apuñalamiento, necesita una transfusión de sangre urgente…

—En su lista de contactos para llamar en caso de urgencias solo aparece una persona: Josh Halimton.

—¡Chico! ¡Chico! ¡Sean! ¡¿Estás ahí?! —Alguien me abría los párpados y alumbraba mis ojos con una linterna—. Quédate conmigo, no te duermas, háblame de algo.

—… ¿De… qué…?

—De algo bonito, algo que te guste.

—B…

—Vamos, inténtalo.

—Brit… Britta… ny… —Ya casi no sentía dolor, alguien me puso una mascarilla de oxígeno y conectó algo a mi antebrazo, porque sentí una aguja clavarse en la piel—. Sa… phi… re…

—No te vayas, chico, vamos, quédate conmigo, necesito que hagamos esto juntos.

No quiero hacer nada, estoy cansado.

—Abre los ojos.

¿Para qué? Si no podré verla a ella.

—Espabila, chaval, tienes toda una vida por delante.

Una vida vacía que quiero que termine.

—¡Vamos, chico! ¡Piensa en tu familia! ¡Ellos te necesitan!

Sí.

Todo el mundo me necesitaba.

Pero yo acababa de perder lo único que me llenaba.

Y ahora ya no sabía ni cómo respirar.

CAPÍTULO 1
BRITTANY



Me encontraba tirada en la cama, con las lágrimas secas sobre las mejillas y la mirada perdida en el techo, mientras la misma canción sonaba una y otra vez.

Bad Liar de Imagine Dragons empezaba en cuanto terminaba, haciendo que mi corazón latiese más deprisa cada vez que escuchaba el maldito estribillo.

Y yo, como buena masoquista que era, seguía metida en ese vórtice sin querer salir.

Me iba a morir.

Sentía como el corazón se me rajaba, sangrando en el interior de mi cuerpo, marchitándose lenta y dolorosamente.

Y el único motivo por el que no estaba gritando como una loca era porque no me lo creía.

Y eso me dolía mucho más.

Mi mente no asimilaba una traición así por parte de Sean. Mi Sean. Nene.

No fue hasta que me rompió que me di cuenta de lo muchísimo que confiaba en él, de lo segura que me sentía a su lado.

Y todo era mentira.

Pero ¿por qué?

Me incliné en la cama, quedando sentada, con la vista en aquel armario, ahí tenía escondido mi veneno, el que siempre me prometía dejar algún día.

Pero hoy no sería ese día.

A la mierda.

Estaba cansada de intentar hacer las cosas bien, ¿de qué servía? De absolutamente nada.

Y, entonces, como si mi cerebro asimilase la realidad, salí disparada hacia ese cajón, abriéndolo de un tirón, sacando toda clase de porquerías.

Sentada en el suelo, con la espalda contra la cama, comencé a abrir envoltorios a tirones, metiéndome uno tras otro en la boca, masticando y tragando casi sin saborear mientras la rabia y las lágrimas me corrían mejillas abajo.

Sean me había traicionado, de una forma tan sucia y rastrera, con tan poca responsabilidad afectiva, con tanta… frialdad… que no era capaz de creer que esto fuese real.

¿Qué debería hacer ahora? ¿Salir corriendo y esconderme? ¿Meterme debajo de la cama y llorar a mares hasta morirme de tristeza?

No, joder no.

Tenía que hacer lo que siempre hacía con todas las personas que me rompían en pedazos, defenderme.

Me defendería de él, aun no sabía de qué forma, pero lo haría.

Dios, ni siquiera tenía fuerzas para llamar a Anastasia y contárselo, ¿cómo iba a decir aquellas palabras? Joder, ¿cómo iba a pronunciar «Sean me ha dejado»?

Miré la chocolatina que tenía entre mis dedos, el sabor dulce ya invadía todo mi paladar, pese a que esa no era la solución, aun así,

quería seguir comiendo.

Solo un poco más.

Terminé de devorar el chocolate y abrí un paquete de gominolas. Masticaba en piloto automático, casi sin darme cuenta de lo que hacía, mientras no paraba de buscar una razón a todo esto, a que ya no hubiese un nosotros, a que ya no existiésemos como pareja.

Tras no sé cuántos minutos más en este estado, la barriga me empezó a doler. Me deshice de los envoltorios rasgados y vacíos que estaban sobre mis piernas, decidida a ponerme en pie para sacar toda esa porquería de mi cuerpo.

Entonces, algo extraño, que nunca antes había sucedido, azotó mi cabeza.

Un mareo, era como un hormigueo en la sien, pestañeé varias veces, teniendo la visión nublada. Algunas manchas cristalinas entorpecían mi visión. ¿Qué diablos?

Corrí al baño, levanté la tapa y me arrodillé para meterme los dedos en la boca. Por algún motivo, no funcionaba.

Solo conseguí un par de arcadas y poco más.

No iba a salir.

Toda esa mierda se quedaría dentro.

Cada vez más mareada y con las pulsaciones a cien, volví a sentarme en el suelo, mirando el techo, figuras geométricas flotaban en la nada, ¿estaba loca y tenía alucinaciones? ¿Las chuches iban con alguna droga dentro o qué? Maldita sea.

Abrí la boca, tratando de que el aire llegase mejor a los pulmones, aun así, mi corazón latiente iba cada vez más frenético y sentía que me ahogaba.

—No me encuentro bien… —balbuceé, dándome cuenta de algo terrorífico, estaba peor de lo que pensaba.

Casi sin poder ponerme en pie, me agarré del brazo de metal en el que colgaba la toalla para levantarme, y di tumbos hasta la habitación.

No quería molestar a nadie, pero realmente me sentía en un estado de alarma como nunca antes.

Normalmente, después de los atracones, lo peor que podía pasar era tener un poco de malestar en la barriga o indigestión.

¿Y si este era el final? ¿Y si mi cuerpo ya no quería seguir resistiendo esta mierda?

—Mamá… —gimoteé, apoyada contra la pared del pasillo, dirigiéndome a su habitación—. Mamá… —repetí, notando el corazón cada vez más asustado, iba a mil por hora como si me hubiese esnifado una maldita raya de coca. Mi puño comenzó a golpear con toques suaves pero rápidos la puerta de su habitación—. Mami, ¿mamá? Sal, por favor…

Tras insistir un buen rato y casi darme por vencida, decidí volver, entonces la cabeza me dio un fuerte latigazo, sintiendo que iba a caer en el suelo.

—¡Brit! ¿Qué pasa?

Lois acababa de abrir la puerta, envolviéndose en su kimono de seda.

—No estoy bien, mamá —susurré, agarrándome a sus brazos—. No puedo… Me cuesta… No… —Cada vez era más intenso—. No respiro bien, mamá. Me duele el pecho, voy a… voy a morirme, llévame al médico.

Mi corazón cada vez latía de forma más irregular, y yo estaba más y más asustada.

—Brit, solo es otro ataque de ansiedad.

Negué con los ojos abiertos como platos, respiraba, el aire entraba, pero el oxígeno no llegaba, sentía que me ahogaba, como si estuviese sumergida en el mar y lo único que entrase por mi nariz fuese agua.

—Mamá, me muero, me ahogo, no puedo. —Casi no podía mantenerme en pie, ella chasqueó la lengua, agarrándome del codo

para acompañarme a la habitación—. Llama a una ambulancia, mamá. No…

—Tranquila, Brit, siéntate, venga —insistió, empujando mis hombros sobre la cama, mirando con recelo los envoltorios en el suelo—. ¿Te has comido todo eso?

Mientras un intenso sudor frío me bajaba por la frente y cada vez mi visión era más borrosa, asentí, sintiendo unas fuertes náuseas, traté de incorporarme para vomitar, pero mi madre me empujó contra el colchón de nuevo.

—Voy a abrir la ventana para que te dé el aire, respira por la boca, haz inspiraciones profundas. Esto es por el disgusto de lo que ha pasado en la cena, solamente eso. Es ansiedad, Brit, a mí también me pasa a veces.

Y un cojón, esto no era ansiedad, y ella no sabía lo que era esto, ni de coña.

—Me voy a morir… En serio, llama al médico, mamá. No veo bien. Me ahogo. No… no puedo…

Y entonces mi cuerpo pasó a estar poseído por algo extraño, fue como si yo pasase a un segundo plano, sufriendo las consecuencias, pero sin poder hacer nada por evitar o controlar la situación.

Mis extremidades se agarrotaron. Un fuerte hormigueo me sacudía la cabeza y los dedos, siendo incapaz de moverlos. Caí de bruces al suelo, sintiendo que de verdad todo se terminaba.

Mi madre gritaba, aunque la escuchaba como si estuviese lejos, muy lejos.

Ya todo era negro.

Y el aire llegaba de forma minúscula, como una fina hebra a la que debía aferrarme si no quería morir.

Alguien me recogió entre sus brazos, y por el olor supe que era Derek.

Me noté caer sobre una superficie extraña y oí el sonido del motor de un coche, mientras cada vez mi cuerpo parecía más lejano a mi

mente y yo pensaba que nunca más volvería a ver algo que no fuese oscuridad.

—¡Aguanta, Brit! ¡Vas a ponerte bien! ¡No puedes dejarme solo, joder! ¡Eres lo único que tengo, ¿me oyes?! ¡Si tú caes, yo caigo contigo, así que no nos arrastres!

Derek… ¿estaba preocupado por mí?

¿Aún quedaba alguien en el mundo a quien yo le importase?

CAPÍTULO 2
SEAN



Cuando abrí los ojos, no entendí dónde cojones estaba, ni por qué mi mejor amigo tenía la mejilla casi pegada a mi polla.

—¡¿Pero qué cojones?! —chillé, queriendo apartarle de ahí, y aullé de dolor al tratar de moverme—. Hostia puta…

—Tranquilo, ruso cabrón, que te acaban de apuñalar hace unas horas. —Josh se estiró, limpiándose las babas de la mejilla en la manga de su sudadera—. Joder, por fin despiertas, creí que nos íbamos a morir.

Y como si me chocase con un iceberg de pleno, destrozándome de bruces, recordé todo lo sucedido.

—Mierda… —fue todo lo que dije, llevándome las manos a la cara, tenía varías vías conectadas a los brazos—. Joder, joder, joder…

Brit debería estar hecha polvo por mi culpa.

Grité de la rabia, rugiendo hasta que mis gruñidos se convirtieron en un lamento, estaba desesperado, no soportaba más esta puta vida.

—Eh, colega… Colega, tranquilo. O te calmas o llamo a la enfermera ¿sí? Y te aviso, es fea de cojones, tú verás. —Josh trataba de impedir que me quitase las vías para levantarme e irme de ahí.

No podría. Tenía los muslos destrozados por los dos disparos. Sabía que sería incapaz de ponerme de pie.

—Vale, vale, tío, me calmo.

—Eso es, colega, respira por la boca y relaja el puto culo.

Dejando la cabeza caer sobre la almohada, con los pensamientos a mil por hora, decidí que lo inteligente era empezar por lo que podía solucionar. Iría escalando, poco a poco, hasta llegar a ese cabrón y juraba por mi puta calavera que lo iba a matar.

—¿Quieres hablar? —Josh me miraba impaciente, con los ojos apagados y llenos de nerviosismo, tenía unas ojeras del copón y, a pesar de ser morenito, parecía más pálido de lo normal.

—¿Te has acojonado? —pregunté.

—Tío, pensaba que de esta no salías, mira mi búsqueda en *Google*. —Me estampó su móvil en la cara, horrorizándome al ver que estuvo toda la noche buscando cosas tipo: «Formas de morir sin dolor», «Quiero morirme, pero no sé cómo», «¿Existe el cielo?» o «¿Posibilidades de reencarnar en la siguiente vida con tu mejor amigo?».

—Joshi. —Sin poder hacer mucho más, con un nudo en el pecho, lo rodeé con el brazo para apretarlo contra mí—. Ni de coña, tío, ¿eh? Ni de coña.

—Colega, ha sido duro, yo no podía seguir adelante sin ti, eres mi otra mitad.

Lo cierto era que, si yo perdiese a Josh, me tiraría por un puente.

—Grábate esto en la cabeza porque no volveré a decírtelo jamás —murmuré, él asintió—. Te quiero, tío.

—¿Cuánto?

—Tío, ya está, no lo alargues.

—Solo dime un número del uno al diez.

—Josh…

—Por favor…

—Cinco.

—¡Me cago en tu puta vida, cabrón!

Una chica vestida de blanco entró en la habitación con una bandeja entre las manos, y otra mujer mayor empezó a reclinar mi camilla, suponía que era por la mañana y que tocaba desayunar.

—Señorito Kiev, ¿cómo se encuentra?

Con una increíble cara de asco, la miré a los ojos y mascullé:

—Genial.

—Disfrute de su desayuno, luego pasará el doctor a hacerle una visita.

La chica jovencita, de unos veintidós años, me sonrió con timidez y coqueteo, tal vez pensase que yo era de su edad, pues llevaba un par de días sin afeitarme y la sombra de barba oscura me daba un aspecto más adulto.

Aparte de la altura, la musculatura y la voz grave, que me hacían estar muy lejos de parecer un adolescente.

Casi todo el mundo me echaba ya los veinte.

Sin nada de hambre, olí el café, era una especie de líquido negro aguado que parecía cualquier cosa menos un desayuno agradable.

El pan integral tostado no me lo iba a comer ni por todo el puto dinero del mundo, odiaba las cosas integrales, me hacían cagarme vivo.

Josh ya se había adjudicado mi galletita.

—Menuda mierda de desayuno… —aseguró.

Necesitaba el alta cuanto antes.

—Sean, sé que estás cansado y todo eso, pero tu madre cree que, tras la cena de anoche, saliste conmigo de fiesta y estás en mi casa totalmente borracho, así que necesito saber qué ha pasado para saber cómo seguir mintiendo.

Suspiré, Josh era malditamente brillante cuando quería.

Que mi madre no supiese nada me supondría un alivio.

—Derek pagó a unos tíos, parecían una puta mafia.

—¿Qué cojones? —Su ceño se frunció mientras apoyaba los codos sobre la camilla, sin dejar de mordisquear la pasta oscura y azucarada que tenía entre los dedos—. ¿Pagó a unos tíos para que te matasen? ¿Pero qué locura es esta?

—Bueno, no para que me matasen, solo para que dejase a Brit.

Su cara seguía descompuesta, palideciendo más y más.

—Tío, te juro que pensé en los drogatas del barrio, en el puto Anthony y un millón de mierdas, pero eso no se me pasó por la cabeza ni de coña.

—Está pirado, Josh.

—¿Y ahora?

—Ahora se supone que no puedo acercarme a Brit.

Aunque sí me iba a acercar.

Porque si él estaba loco, yo lo estaba más.

—¿O qué? ¿Vendrán a matarte?

—No, si fuese eso me sudaría la polla, el problema es que han amenazado con cargarse a mi hermana y a mi madre.

Ahora era Josh el que tenía las manos sobre la cara, con la espalda sobre el asiento y las piernas ligeramente abiertas, estando medio escurrido.

—Su puta madre, Kiev…

—Sí, Josh, su puta madre, tuve que llamar a Brit y dejarla, ¿sabes? El cabronazo que me hizo esto se esperó allí hasta que colgué la llamada.

—¡¿Qué?!

—No sé cómo arreglar esta mierda, pero lo arreglaré.

—La policía no es una opción, ¿no?

—¿Qué cojones les voy a decir? ¿Que el hijo perfecto del gran Johan Stephan ha pagado para que me apuñalen? Lo negará y le creerán a él, vengo de un barrio de mierda. Además, ¿y si llama a esa gente para que le hagan daño a mi familia? Tío, me tiene cogido por los putos cojones, pero te juro que en cuanto mi cerebro empiece a funcionar, buscaré la forma de joderle vivo.

—La buscaremos, colega. —Josh asintió, con la mandíbula tensa —. Mierda. Pobre Brit.

—Sí, me siento una basura.

—No es tonta, hostias, se terminará dando cuenta, ¿sabes? Tú ahora tienes que darle señales, es una chica lista, lo pillará.

—¿Señales? ¡Le he dicho que la dejo porque me gusta otra del barrio! ¿Sabes lo que me debe odiar? Y no la juzgo, me lo merezco.

—Sí, aunque cuando vea que la sigues mirando como si fuese lo más bonito del mundo, empezará a atar cabos, y mientras tanto, idearemos un plan. Ese hijo de puta no es más listo que nosotros dos juntos.

Mierda, Josh me estaba haciendo tener esperanza.

¿Seguir mirando a Brit como si fuese lo más bonito del mundo? Hasta el último día de mi vida.

Y sí, ese puto gilipollas no iba a ser más listo que nosotros, hostias.

—Lo lograremos, joder, lo voy a ver destrozado, te lo juro, y voy a recuperar a mi novia.

—Eso es, ¡así me gusta! ¡Fuerte y firme!

Nuestros puños se chocaron, y con una sonrisilla ladeada, Josh abrió su mochila para sacar unos bocatas enormes de mortadela de pavo.

—Me ausenté diez minutos para ir con la moto a la tienda de Fátima, mi ruso tiene que estar a tope.

—Tío, por segunda vez, te quiero.

—¿Del uno al diez? —cuestionó con la boca llena de pan.
—Un millón.

CAPÍTULO 3
JOSH



No había una forma coherente de explicar cómo me sentía ante esta situación, Sean era como el hermano que siempre quise tener, me daba totalmente igual no llevar su sangre corriendo por las venas, era mi hermano y punto. Y yo sin él era incapaz de seguir adelante.

Aparte de eso, quería a Lucy con el alma, esa niña era un angelito, endiablado, pero angelito, y que alguien tuviese la poca vergüenza y dignidad de hacer lo que hizo Derek, era cuanto menos repudiable.

Merecía morir, en mi mente era lo único en lo que podía pensar. Ese cabrón merecía estar muerto.

Mi rodilla temblaba a causa de lo nervioso e inquieto que estaba, martilleando el suelo una y otra vez con el talón del pie izquierdo.

—Colega, necesito un piti —hablé en voz baja, sacando a Sean de su trance, porque estábamos en silencio, pensativos, barajando formas de solucionar todo esto.

Por ahora no teníamos absolutamente nada, el miedo a que esos hijos de puta llegasen a Lucy nos paralizaba.

Derek traspasó un límite que ningún ser humano debería cruzar, porque cuando flanqueabas esa línea, automáticamente dejabas de ser una persona para convertirte en escoria.

Sí, eso era Derek, pura escoria.

—Claro, deberías irte a casa, llevas toda la noche sin dormir por estar aquí.

La mala cara de Sean me tenía descompuesto, no sabía si era porque se estaba muriendo por los disparos y la puñalada o por Brit, o, tal vez, las dos cosas al mismo tiempo.

Y me asustaba, porque una transfusión de sangre, puntos, alimentación saludable y los medicamentos le harían recuperar la salud, pero no tenía ni puta idea de cómo íbamos a arreglarle por dentro. Esa chica era demasiado importante para él y yo sabía más que de sobra que Sean no pararía hasta recuperarla o acabar mal, jodidamente mal.

Deseaba llamar a Ana y contarle todo esto, hablar con ella, escuchar su dulce voz prometiendo que todo iba a estar bien, y que pasase lo que pasase entre ellos, nosotros seguiríamos adelante.

No quería perder todo lo que habíamos avanzado, lo cual era poco, pero era la primera vez que me esforzaba por una chica y no quería que fuese en vano.

Aun así, Ana era la mejor amiga de Brit, y si le contaba esta mierda seguro que tarde o temprano se lo diría, y si Brit se iba de la lengua, Lucy correría peligro.

La pequeña era nuestra prioridad, debíamos protegerla, aunque nos costase perderlo todo.

Estaba segurísimo de que en cuanto Brittany le contase a Ana que ella y Sean habían roto, Ana saldría corriendo y no querría volver a saber nada de mí. Porque era ese tipo de chica. Buscaba cualquier excusa para alejarme y convertirme en el monstruo de sus pesadillas.

Y yo me alejaba, porque nada me dolía más que ser algo dañino para ella. Pero entonces volvía a buscarme, diciéndome que me necesitaba.

Iba a terminar loco.

Me decía que no podía enamorarse de mí porque yo era un picaflor, yo le prometía que solo me interesaba ella, pero le resultaba imposible creerme, así que se iba, y cuando lo hacía, yo sufría como un condenado. Luego, cuando regresaba, el cielo volvía a ser soleado, hasta que en cuanto los días iban avanzando y lo nuestro iba recuperando tono, de nuevo, los nubarrones lo oscurecían todo por completo. Así, una y otra vez.

Nunca le hubiese aguantado algo así a otra, la habría mandado a la mierda directamente, pero Anastasia no era cualquier tía, era la única a la que, por primera vez en mi vida, había sentido como «mi chica» y quería que lo siguiese siendo.

Viendo de nuevo a mi hermano ruso en esta camilla con los ojos aguados perdidos en la nada, di un resoplido para ponerme en pie.

—No te pienso dejar solo, me fumo el piti y vengo enseguida —informé, dejándole claro que no me movería de este puto hospital hasta que le diesen el alta.

—Como quieras, colega, no tengo fuerzas para discutir contigo.

—Vaya, por una vez en la vida me dejas ganar, ¿tengo que sacar una foto para conmemorar este momento?

—Lo que quiero es borrar esta mierda para siempre, joder.

Una doctora entró seguida de dos enfermeros, pidiéndome que saliese fuera para hacerle las curas, salí de allí casi a empujones.

Madre mía, cuánta agresividad.

Una vez en mitad del pasillo, el vello de la nuca se me erizó al ver la maldita paradoja que era la vida.

Corrí a esconderme rápidamente tras la máquina de *vending,* escuchando a Derek y Lois hablar con unos médicos.

—Brittany tiene diabetes tipo 2, y por millonésima vez, no es una enfermedad que solo afecte a las personas con sobrepeso, influyen muchos factores, genética, malos hábitos alimenticios…

—¡Mi hija tiene una genética maravillosa y solo come lechuga con pavo! ¡Es imposible que sea diabética!

—Su hija ha tenido una subida de azúcar que casi la deja en un coma diabético y la prueba de la hemoglobina glicosilada dice que es diabética tipo 2, puede aceptarlo y ayudarla o puede seguir aquí dando gritos y perdiendo el tiempo.

Mierda.

Joder.

Brit estaba mal y Sean también, y encima les habían obligado a romper, esto iba a ser una puta locura que se los iba a llevar a los dos al cementerio y a mí detrás.

Me cago en mi vida ya, hostias.

—Lois, ve a descansar, yo iré a la cafetería a desayunar y estaré pendiente de ella.

Y ahí estaba el gilipollas número uno haciéndose el héroe. Claro, con Sean fuera de juego, aprovecharía para hacerse el hermanito protector.

La madre de Brittany asintió, pidiendo que le llamasen a un taxi tras despedirse de Derek, el sonido de sus tacones se fue oyendo cada vez más lejos a través del pasillo.

Derek empezó a caminar hacia mí. Hiciese lo que hiciese, iba a verme, aun así, no tenía ánimos de esconderme, por lo tanto, me coloqué en mitad del pasillo, con las piernas ligeramente abiertas, las manos en los bolsillos de la sudadera azul oscuro que llevaba puesta y el cuello torcido hacia él. Quería matarlo.

—¿Qué coño haces tú aquí? —Su mandíbula se tensó a la vez que alzaba el cuello para mirarme a la cara.

—A mi colega lo han apuñalado y le han disparado, y casi se muere, tengo derecho a estar con él, ¿no crees?

Derek palideció, tuvo que cambiar el peso varias veces de un pie a otro, era un puto cobarde, y su expresión me reveló que no tenía los huevos suficientes para afrontar las consecuencias de lo que hizo. Esto le quedaba grande.

—Es lo que pasa cuando vives en un barrio de mierda —se atrevió a responder, esquivando la furia de mis ojos—. Que se mejore, nos vemos, Josh.

No, esto no iba a quedar así.

Brittany tenía prohibido enterarse de esto, pero nadie dijo nada sobre mí.

Mi mano le agarró del cuello de la chaqueta.

—Escúchame bien, pequeño hijo de puta, mi madre siempre dice algo que cuando era pequeño, no entendía un carajo, pero ahora sé que siempre se cumple. —Forcé aún más mi agarre, repitiéndome a mí mismo que no podía dejar que se me fuese la olla, pues entonces podrían echarme del hospital y Sean me necesitaba—. Todo lo malo que se hace en esta vida, se paga, y tú lo pagarás tarde o temprano.

—¡Déjame en paz, joder! —gruñó en voz baja, empujándome para zafarse de mí—. No he hecho nada, no sé de qué mierdas hablas, no puedes acusarme, ¡no tienes pruebas! ¡Fuera de mi vista! —Fue alejándose lentamente, sin dejar de mirarme con aquella expresión de terror, como si estuviese viendo a su peor pesadilla.

En cuanto entró en el ascensor para ir a la cafetería, mi lado impulsivo me llevó a ir rápidamente hacia la habitación de Brit. Sean tenía prohibido estar con ella, pero yo podía e iba a seguir siendo su amigo.

Tenía que ayudarlos a volver juntos, aunque no tenía ni puñetera idea de cómo.

En cuanto empujé la puerta un poco, escuché a una chica sorber por la nariz.

—Derek, si no te importa, quiero estar so… ¿Josh?

—Hola —saludé, con medio cuerpo aún detrás de la puerta—. Sé que no seré la persona que más ilusión te haga ver ahora mismo, pero… ¿se puede?

Sus cejas se alzaron considerablemente, estaba pálida, con un libro entre sus delgadas y temblorosas manos, tenía las gafas

puestas y la melena rubia totalmente despeinada.

Pensé en lo doloroso que sería para él verla así y lo que daría por cuidarla.

—¿Qué haces aquí, Josh?

Esa pregunta me la tomé como un «sí, puedes pasar», así que cerré tras mi espalda, dando varios pasos calmados hasta estar al borde de su camilla.

—Mi tía está enferma y he visto a Derek, estaba hablando con el médico de ti, se ha ido a la cafetería y he querido saludarte.

No era buena idea decirle lo de Sean, no por ahora, esta chica tenía que recuperarse y ponerse fuerte primero.

Hizo movimientos de afirmación con la cabeza.

—Espero que se mejore tu tía.

—Gracias, yo… yo espero que te mejores tú.

—Estoy bien, solo es… —Con un suspiro cargado de resignación, cerró los ojos y entreabrió los labios—. Diabetes, soy diabética, sí.

—Bueno, no es la mejor noticia del año, pero podrás seguir haciendo tu vida con normalidad, solamente controlando un poco los dulces y tal…

Sin mucho ánimo, soltó un escueto «sí».

El silencio se hizo incómodo y pesado entre nosotros, ella quería decirme muchas cosas, podía notarlo en su mirada inquieta, y yo también quería decírselas a ella.

Finalmente, la conversación tan temida por ambos empezó:

—Me ha dejado, Josh.

—Lo sé, Brit.

—Me ha dejado por otra, después de… —Las palabras se le estaban rompiendo a la mitad de la garganta—. Confié en él, planeamos un futuro juntos, estaba llena de ilusiones y… ¿En qué he fallado? —Su expresión empezó a volverse cada vez más gris, triste y deprimida, un nudo se me formó en el pecho al verla de esa forma

—. ¿Sabes? Quiero odiarle con toda mi alma, pero… —Las lágrimas le caían como dos ríos, con esas densas pestañas húmedas y esos enormes ojos color café aguados y rojizos—. Solo puedo quererle, le quiero con toda mi alma, con todo mi corazón, y no sé qué hacer, te juro que no sé cómo voy a salir de esta.

Con unas ganas horribles de decirle que justamente eso era lo que le pasaba a Sean, que la quería de la misma forma, con la misma intensidad, que estaba a dos habitaciones en el mismo pasillo con una puñalada y dos disparos y que tuvieron que amenazar de muerte a su hermana y a su madre para que la dejase, porque si por él fuese, se hubiese dejado matar antes que decirle adiós, simplemente la abracé y la apreté con todas mis fuerzas mientras apoyaba la barbilla sobre su nuca.

—Brit. —La voz me tembló un poco, y mis dedos se entretuvieron desenredando los nudos de su cabello—. Ahora mismo no puedo decirte nada, pero te juro que en un tiempo lo entenderás.

—¿Entender el qué, Josh? ¿Que solo me utilizó?

—Te aseguro que eso no es cierto.

—¿Y entonces?

Sus brazos bordearon mi cintura, aferrándose con los dedos a mi sudadera, mientras seguía descargando una llantina llena de dolor que me hacía emocionarme más de lo normal y al mismo tiempo querer matar a su hermanastro en este mismo hospital.

Contrólate, Josh, no vale la pena, se solucionará, ya lo verás. Mamá dice que Dios ayuda a las buenas personas y jode a las malas, y la vieja siempre tiene razón, joder.

—No puedo decírtelo, no puedo decirte por qué Sean ha tenido que tomar esta decisión, pero lo que sí te puedo decir es que eres la chica de sus putos sueños y pase lo que pase, hagan lo que hagan, nada va a cambiar su perspectiva sobre ti, solamente dale tiempo, y mientras este tiempo corre, tienes que cuidarte mucho y ponerte bien.

Su llanto se calmó un poco y mis dedos seguían acariciando sus mechones dorados, aun así, sabía que no me creía.

—¿Y qué sentido tiene entonces que me haya dejado?

—No puedo, Brit —dije sin más, sin dejar de mecerla entre mis brazos—. Solo confía, por favor.

—Una parte de mí no le cree. Piensa que todo esto tiene algo que ver con mi familia, pero la otra tiene miedo de hacerse ilusiones y que sea real, que él… se haya ido para siempre. —Sorbió por la nariz —. Pero sea lo que sea, quisiera que me lo contase y que lo afrontásemos juntos, como siempre hemos hecho. Necesito que me dé alguna señal para confiar y esperar.

Dios.

Esto era tan complicado.

Cualquier cosa que soltase por la boca podría poner en peligro a la familia de Sean.

—Brit, ahora mismo, tú eres tu prioridad. Solo piensa en ponerte bien, por favor.

—Sí. —Sus brazos se separaron de mi cuerpo, mirándome con una expresión aguada, se quitó las gafas para limpiarse las lágrimas—. Cuida de él, ¿vale? Cuídale por mí, yo me cuidaré a mí misma.

Con el corazón roto, abrí los labios para dar una bocanada de aire, me estaba quedando sin puto oxígeno.

Eché un poco de agua en un vaso y se lo acerqué.

—No dudes en venir a mí para cualquier cosa que necesites, para ti sigo siendo Joshi.

CAPÍTULO 4
BRITTANY



—¿Otra noche? No quiero que se quede aquí otra noche. —Derek discutía con la doctora mientras yo, con la cabeza apoyada en la camilla que estaba alzada manteniéndome en una postura semisentada, seguía con la vista perdida en el techo.

Me daba tan igual todo en este momento…

Llamé a Sophie para explicarle lo sucedido, conservar mi empleo era lo único importante ahora mismo, ya que mi plan de irme de casa y continuar mi camino en solitario seguía en pie. Ahora no tendría a Sean, pero no importaba, porque tenía que aprender a quererme a mí misma por encima de todo, y luchar por mi felicidad, hasta el final.

Al saber que Sophie me cubriría incluso una semana completa si hacía falta, estaba más calmada. Con la insulina, mi azúcar debería estabilizarse en poco tiempo, de hecho, creía que ya estaba estable.

No entendía tampoco por qué debía pasar otra noche aquí.

—La chica se ve… —La doctora, de entre unos treinta y cinco y cuarenta años, me echó un ojo por encima del hombro de Derek—. Tenemos que observarla un poco, y ver que su cuerpo reacciona bien a la insulina, ¿entiendes? Tuvo una subida muy drástica que

casi la mata, si tienes dos dedos de frente, serás capaz de comprender algo tan simple.

Ella seguía erre que erre, y Derek también, ambos sumergidos en una batalla.

Yo simplemente estaba callada y sin decir nada.

Una parte de mí no pudo evitar volver a pensar en él.

Sean Kiev.

Con el carácter que tenía y lo testarudo que era, no le imaginaba siendo médico y a alguien llevándole la contraria, seguramente sería un doctor maravilloso, pero al mismo tiempo infundiría terror.

Algo se me rompió en el interior del pecho al pensar que yo no estaría a su lado cuando consiguiese sacarse la carrera, y que no tendría el derecho de celebrar con él ninguno de sus logros.

Porque iba a conseguirlo, conseguiría todo lo que se propusiera. Sean era realmente valioso.

Aunque también un gilipollas y un maldito mentiroso.

Me había destrozado y, en cambio, yo seguía aquí, como una jodida idiota, romantizándole y viéndole como un chico increíble.

Realmente mi mente estaba enferma, joder.

Pero es que no le creía.

Me negaba a pensar que lo nuestro se había roto. Mi familia tenía algo que ver, debía ser eso, sin embargo, si era así… ¿por qué no confiaba en mí para contármelo?

¿En qué momento pudieron decirle algo o amenazarle? No dejaba de recordar la cena en bucle, tratando de rescatar algún detalle que me hubiese perdido.

Lo único que veía extraño era el comportamiento de Derek, cuando estuvo fuera de sí en su habitación, diciendo que hizo algo malo y que esto acababa de empezar. No obstante, Sean nunca le tuvo miedo a Derek, y si se contenía en volver a pegarle, era solo por mí.

—Se quedará una noche más, necesitamos ver cómo reacciona su cuerpo a la cena, y mañana por la mañana tras el desayuno, si está estable, tendrá el alta, no hay más que hablar.

La puerta se cerró con tanta fuerza que me sobresalté sobre la camilla, encontrándome con unas cejas rubias, pobladas y de lo más enfadadas.

—Me cago en la puta, Brit, no quiero que te quedes aquí. Además, esta noche tengo planes, mierda. —Se dejó caer sobre la silla que estaba a mi derecha para los visitantes—. Si no doy otra fiesta, el idiota ese que vive mirando con lupa lo que hago, me quitará el puesto, no puedo dejarme ganar.

Derek y sus guerras por mantener su popularidad en el mundillo de los niños ricos.

En fin.

—Tranquilo, estoy en un hospital, es imposible que algo malo me pase. —Sonreí sin ganas, pensando que las horas en este lugar se me harían de lo más eternas.

Quizá más tarde podría llamar a Ana y charlar con ella, y también con Cindy. Las echaba de menos y me hacían muchísima falta, aun así, me aterraba tener «esa» conversación, no estaba lista para decir que Sean y yo ya no éramos novios.

Ni para decirlo ni para sentirlo ni para nada.

Mi nene ya no formaba parte de mi vida, se había ido, me había soltado y ahora pertenecía a otra chica.

Y yo volvía a estar completamente a oscuras, en mitad de ese vórtice que llevaba años tragándoselo todo y arrastrándome a hacerme daño una y otra vez, hasta casi acabar con mi vida.

Pero ya no más, nunca volvería a darme otro atracón, nunca ejercería tal violencia contra mí misma, y a pesar de prometérmelo un millón de veces y no cumplirlo jamás, esta vez era cierto, porque algo en mí había cambiado para siempre.

Y ese cambio surgió de él, de estar en sus brazos, en su cama, en su habitación, en su moto, en su vida.

Su amor me reconstruyó de una forma que jamás pensé que pudiese ser posible. Llenó cada grieta de mi alma y colmó mi corazón de sentimientos cálidos que germinaron poco a poco, sanándome de dentro hacia fuera. No me estaba dando cuenta, pero Sean me devolvió una parte de mí misma que perdí siendo niña.

Y ahora que se había desvanecido no podía volverme a romper ni volver a perderme, tenía que mantenerme firme y seguir adelante.

El Sean que me llamó esta noche y me dijo aquellas cosas no era mi Sean, no era el chico con el que dormí, perdí la virginidad y viví los mejores momentos de mi vida.

Mi Sean, nene, como yo le llamaba cariñosamente, era un chico increíble que jamás me dejaría, que nunca me fallaría y que siempre haría lo que fuese por mí, al igual que yo por él. Ese era el recuerdo del amor que me llevaría conmigo hasta el último día de mi vida, y ese sería al chico al que amaría mientras mi corazón siguiese teniendo latido.

Aunque no fuese real.

Aunque no existiese para nadie.

No importaba, no mientras lo hubiese sido para mí.

—Brit, ¿ha pasado algo? —La voz preocupada de Derek me hizo salir de mis pensamientos.

—¿Eh?

—Sé que a veces te das atracones y que luego vomitas, te he escuchado, nuestra habitación está pared con pared…

Mi cara se puso tan roja como un tomate.

¿Lo sabía? ¿Derek conocía mi secreto?

—¿Desde cuándo lo sabes? —El pecho se me anudó de forma intensa, notando incluso dificultad para respirar.

Al ver mi estado nervioso, Derek agarró una de mis manos entre las suyas, traté de zafarme del agarre, dando un tirón del brazo. No lo permitió.

—Brit, no te puedo decir desde cuándo lo sé exactamente, pero no he querido meterme, ¿vale? Entiendo que tu vida es dura, como la mía, todos tenemos mierdas y todos las afrontamos a nuestra manera. Yo me drogo, me pongo hasta el culo cuando echo de menos a mi madre, cuando odio a mi padre, cuando te veo con él… —Otra punzada azotó mi corazón, Derek era un capullo integral, y todo en él posiblemente estuviese mal, pero le tenía afecto, era imposible odiarle sabiendo la clase de padre que tenía. Sabía que, si Derek hubiese tenido una familia diferente, habría sido un buen chico—. Así que, ¿quién soy yo para juzgarte?

Entreabrí los labios, dejando salir un suspiro.

Dios santo.

—Nadie puede juzgarnos —dije sin más—. Pero debemos dejar de hacerlo, Derek. Tú tienes que dejar las drogas y yo los atracones, por nuestro propio bien, por nuestro futuro.

Mi hermanastro asintió, llevando mi mano a sus labios para dejar un beso en los nudillos.

—Prometo dejar de drogarme si me regalas una sonrisa.

Una de mis cejas se alzó de forma acusatoria.

—¿Acaso no piensas drogarte en tu fiesta de esta noche? Oh, venga, Derek, no me he caído de un guindo.

Una carcajada aniñada salió de sus labios, con un especial brillo en su mirada.

—Ojalá pudieras venir, me encantaría.

—No estoy para fiestas, Derk.

—Derk. —Su expresión se dulcificó aún más—. Hacía un año que no me llamabas así.

Seguía aturdida y sin tener las cosas claras. Si Derek era el culpable de esto, ganarme su confianza ayudaría a Sean en lo que

fuese que estaba metido por culpa de mi familia. Y si todo era una simple ilusión y él de verdad dejó de quererme, entonces, prefería enterrar el hacha de guerra hasta irme de casa.

—Hace un año que dejaste de caerme bien.

—Hace un año que me di cuenta de…

—Para.

No, joder, no lo digas.

—… que te quiero.

—Para —repetí—. Como hermanos, ¿recuerdas?

—Los hermanos también se quieren, Brit —contraatacó, y yo retiré mi mano de sus dedos, guardándola bajo las sábanas blancas—. Algún día volverás a quererme, «como hermano» —puntualizó con voz ridícula—. Pero por ahora me conformo con que me vuelvas a llamar Derk.

—Ajá.

—Vamos, dilo otra vez.

—No.

—Dilo… —gruñó acercándose a mí y comenzando a hacerme cosquillas sobre las sábanas en las costillas—. Dilo, Brit, maldita sea, vuelve a llamarme Derk.

—¡Para, jodido imbécil! ¡Para! —aullé, con las lágrimas fuera; odiaba las cosquillas, era muy sensible—. ¡Está bien! ¡Vale! ¡Derk!

No pude evitar soltarle un rodillazo en el abdomen sin querer. Gimió de dolor, retirándose para dejarse caer sobre el sillón de visitantes.

—Dios, perdón, ¿te he hecho mucho daño?

—Nada, estoy bien —replicó con esa sonrisa tontuna en la cara—. Oye…, me da pena dejarte aquí, tu madre no soporta los hospitales, le dan fobia, quizá deba cancelar esa fiesta.

—No —respondí de inmediato, no quería tener a Derek aquí toda la noche, se lo agradecía de corazón, pero necesitaba mi espacio—.

Estaré genial, de veras. Además, tengo sueño, me quedaré dormida y te aburrirás ahí sentado.

Por favor, vete.

Con los hombros caídos y un profundo suspiro, Derek miró la hora en su teléfono.

—¿Y tu novio? ¿No podría venir a quedarse él? ¿Sabe lo que te ha pasado?

No, maldita sea.

No estaba preparada para hablar de ello, pero tenía que ser valiente.

Fruncí el ceño, intentando buscar algún gesto sospechoso en su cara.

—Lo hemos dejado.

Las pupilas se le dilataron, la expresión de alivio que le vi me dolió hasta el infinito, aun así, no podía culparle solo por eso.

—Mierda, Brit, pero ¿por qué? ¿Te ha hecho daño? ¿Quieres que le pegue una paliza? Joder, lo destrozaré.

Si todo esto era realmente su culpa, estaba siendo muy buen actor.

Una risa lastimera se escapó de mis labios.

—¿Destrozarlo? Derk…, si te cagas de miedo cuando lo ves. —Mi comentario no le hizo la mínima gracia—. Perdón, pero no, no me ha hecho nada, tan solo ha decidido que le gusta otra, supongo que… —No podía decirlo en voz alta—. En fin, ya está.

Derek asintió, en silencio, su pecho subió y bajó sin dejar de mirarme fijamente.

—Bueno, si necesitas algo solo tienes que llamarme. Yo siempre estaré para ti, Brittany. Siempre.

—Ya me han dicho eso otras veces, y ha sido mentira.

Vamos.

Haz algo.

Muéstrame un indicio de que todo esto es culpa tuya.

Su tórax se inclinó hacia mí. Su mano volvió a agarrar la mía por encima de la sábana.

—Ponme a prueba, no te decepcionaré.

Se suponía que sus palabras debían consolarme. Pero no. Solo dolían, porque yo necesitaba con todas mis fuerzas que él fuese el villano de esta historia. Y que Sean volviese a mí.

CAPÍTULO 5
BRITTANY



—¿Desde cuándo lo haces?

La psicóloga me miraba con una lástima que casi no podía soportar, era una mujer realmente joven. Suponía que para haberse sacado la carrera y estar ya en un hospital trabajando, debería rozar los treinta, aunque parecía tener apenas veinte, esto me frustraba, pues yo sentía que casi a mis dieciocho era un desastre y seguía sin saber qué hacer con mi vida.

Tras marcharse Derek, dos enfermeras vinieron a por mí, llevándome a esta consulta en la que ahora me encontraba sentada, todavía con la bata hospitalaria puesta, de color verde, y unas zapatillas de estar por casa que me trajo mamá junto con mis cosas.

—No sabría darte una fecha exacta, recuerdo hacerlo desde… ¿siempre?

—¿Lo de vomitar también? ¿O solo los atracones?

—Los atracones, lo de vomitar vino cuando cumplí los doce años, empecé a subir de peso y eso me produjo terror, así que busqué en internet formas de comer cosas «malas» sin que me hiciesen daño y…

—Vomitar fue una de esas opciones que te dio internet.

—Sí.

Dios, sonaba tan ridícula diciéndolo en voz alta.

—Brittany, no quiero que te sientas culpable, pues la culpa solo generará más ansiedad y te meterá de lleno en ese círculo vicioso, pero debes entender que ahora eres diabética, y esos atracones no pueden volver a suceder, tienes que llevar una dieta saludable.

—¿Esto me ha pasado por los atracones?

—Es posible, aunque vomites, los azúcares se digieren demasiado rápido, el páncreas comienza a segregar insulina desde el momento en el que el paladar detecta el sabor dulce, al hacer esas grandes ingestas de alimentos azucarados, has forzado a tu cuerpo y…, bueno, el resultado ha sido este, pero no te sientas mal —me indicó de inmediato, su voz era suave y cercana, como si de verdad estuviese preocupada por mí, algo que me hacía sentir bien; luego una vocecilla en mi cabeza me decía que solo era una mujer intentado hacer su trabajo de forma profesional, que no me hiciese ilusiones—. No es el fin del mundo, solo tienes que alimentarte bien, hacer deporte y controlar el azúcar con la insulina, ¿vale?

—Vale.

¿Qué más podía decir?

—Brittany.

—¿Sí?

—¿Por qué lo hacías? Quiero decir, ¿qué buscabas en esa comida?

Inhalé hasta que mis pulmones se llenaron por completo, era algo muy complicado de explicar, pues yo misma me hice esa pregunta cientos de veces sin llegar a encontrar una respuesta contundente.

Como no era capaz de decir nada, añadió:

—Te lo pongo un poco más fácil, ¿qué sentimiento te llevaba a hacer algo así?

Eso sí que podía contestarlo.

—Soledad, vacío, indiferencia, aburrimiento, invisibilidad, impotencia, rabia… Son muchos distintos, pero todos me empujan al mismo sitio.

Sin dejar de asentir, la psicóloga anotó varios apuntes en su cuaderno.

—¿Te sientes querida por tus padres?

—No.

Su mirada se clavó en mí y noté que no esperaba esa respuesta.

—¿Por qué piensas que no te quieren?

—Porque no lo hacen y punto.

—¿Sientes esto desde niña?

—Sí.

—Tu madre se ha preocupado mucho por ti cuando te ha sucedido esto, se ha puesto muy nerviosa y ha estado llorando, eso es porque te quiere, Brittany.

—Las cosas hay que demostrarlas, doctora, no solo sentirlas.

—¿Tu madre no es cariñosa contigo?

—No.

—¿Y tu padre?

—Se fue de casa cuando era una cría, no sé de él desde hace años.

—¿Y tu hermano?

—No es mi hermano de verdad, es el hijo del hombre con el que se ha casado Lois.

Que me refiriese a mi madre por su nombre de pila, le hizo arquear una de sus cejas.

Con un chasquido de lengua, siguió apuntando cosas.

—¿Qué pasó cuando te diste el último atracón? El que te hizo terminar aquí.

Mis pestañas subieron y bajaron dando leves parpadeos, el aire se aferraba a mis pulmones llenándome de una sensación pesada, mientras el oxígeno era cada vez más y más escaso.

—Mi novio me dejó.

—Oh, cielos… —susurró—. ¿Llevabais mucho juntos, cariño?

—Cuatro meses.

—Bueno, poco tiempo al menos.

—Me gustaba desde hace tres años.

—Vaya… —Su dedo subió sus gafas cuadriculadas de pasta grisácea por el puente de la nariz, la imité haciendo lo mismo con las mías—. Así que ese chico era muy importante para ti.

Lo era y lo será siempre, por desgracia.

Aunque ahora solo quería matarlo.

—Sí —dije entre dientes—. Lo era.

—Bueno, Brittany, sé cómo te sientes, ¿vale? Cuando eres una adolescente, piensas que el amor es algo… increíble, mágico, y le das mucha importancia, tal vez porque ha sido el primero con el que has vivido experiencias románticas y sexuales, y aunque ahora mismo sientas que el mundo se está acabando, déjame decirte que esto solo es el comienzo de algo.

—¿El comienzo de algo?

No lograba seguirla.

—Sí, ese chico ha sido el comienzo de tu vida sentimental. Pero, Brittany, van a llegar decenas de chicos más, cada cual mejor que el anterior, la vida es preciosa y el mundo enorme, existen millones de personas en este planeta, así que la felicidad no termina con ese novio, aunque ahora lo estés sintiendo de esa manera. Algún día, cuando seas una mujer adulta, conocerás el amor real y te reirás al pensar en esto, por tanto, ahora lo que debe preocuparte es cuidar de tu salud y trabajarte un buen futuro, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Has hablado con tu madre sobre cómo te sientes?

Hablar con Lois era imposible.

—Me cuesta comunicarme con ella.

—¿Quieres que lo haga yo por ti?

—No.

—¿Por qué? Esto podría arreglar y mejorar las cosas entre vosotras.

—No quiero que las cosas mejoren entre nosotras, solo quiero cumplir la mayoría de edad para irme de esa casa y no volverla a ver.

Al ver mi tensión, decidió dar la charla por finalizada.

Una vez regresé a mi habitación asignada en el hospital, arrastrando los pies como una zombi, me dejé caer sobre la camilla, con el móvil entre las manos, tenía varios mensajes y llamadas perdidas de Ana y Cindy. Pero seguía sin estar lista para hablar de esto con ellas.

Se me estaba haciendo un cúmulo imposible de digerir y sabía que en cualquier momento explotaría.

Sobre la mesita, había una agenda con mariposas, Lois me la compró para que anotase mis comidas y el azúcar en sangre tras cada una de ellas.

La agarré para abrir la primera página, viéndola en blanco, no había apuntado nada aún y esto era malo.

Debía cuidar de mí misma y tomármelo en serio.

Así que traté de hacer memoria, apuntando con un pulso débil e inquieto cada una de mis ingestas y niveles de glucosa en sangre.

La caligrafía se veía horrible.

Sin ser capaz de soportar más esta presión, dejé la agenda sobre la mesita de nuevo, metiéndome en la cama para taparme la cabeza con la manta mientras trataba de digerir el chaparrón de mierda que me caía por encima.

La incertidumbre de no saber lo que sucedía en realidad hacía que fuese imposible dejar de comerme la cabeza y estar tranquila. Entendía que mi familia pudiese estar detrás de esto y presionarle, pero… ¿ni un mensaje?

Cada minuto que pasaba, sin una sola señal por su parte, me empujaba a pensar que Sean me había traicionado de verdad.

CAPÍTULO 6
SEAN



Josh entró a la habitación con cara de loco, lo cual me puso de inmediato en un estado de alerta.

—Colega, no paniquees —dijo nada más verme, con las manos en alto.

—Yo no estoy paniqueando, tú estás paniqueando.

Este cerró la puerta detrás de sí, sentando su culo en la orilla de mi cama.

—Escúchame, esto va en serio, el puto destino os quiere a ti a Brit juntos.

Con un gruñido ronco me llevé las manos a la cabeza para frotarme la sien.

—¿Se puede saber a qué te refieres y por qué estás tan pálido?

Me estaba poniendo histérico, tanto que la vena del brazo ya se me empezaba a poner más gruesa de lo normal.

—¡Que está dos habitaciones más a la derecha! ¡Ingresada! ¡Aquí, contigo!

Los ojos casi se me salieron de órbita mientras mi cuerpo era catapultado de la camilla, como si acabase de recibir una descarga

eléctrica, a la vez que me peleaba con los cables conectados a mis venas.

—No, tío, relájate. Ruso malo, ¡ruso malo! ¡Vuelve a tu sitio, cabrón!

—¡¿Cómo que está ingresada?! ¡Hostia puta, Josh! ¡Que te quites de en medio, maldita sea!

Si no se apartaba le iba a dar un puñetazo, aunque me doliese en el alma.

—¡No es grave, Sean! ¡No es grave! ¡Está bien! ¡Es una tontería! ¡Piensa en Lucy, hostias! Si te ven cerca…

Oh, joder.

Dejé todo el peso de mi cuerpo caer sobre la camilla como si acabase de morirme, otra vez.

El nudo en el centro del pecho seguía creciendo, apareció en el momento en el que tuve que llamarla y decirle aquella gilipollez, y no se iba, de ninguna forma, hiciese lo que hiciese.

Cada vez aquel malestar era más y más persistente.

No tenerla me dolía más que aquella puta puñalada y esos dos disparos, lo juraba por mi vida, no estaba exagerando, ni un poquito.

—Ella está bien, tío, de veras.

—¿Y por qué está ingresada, Josh? —La voz casi no me salía, me faltaba el aire, esto no era normal—. La gente que está bien no se queda ingresada en un hospital, hostias, esto es mi culpa, se ha hecho algo por mi puta culpa, soy una basura, soy un mierda. Joder…

—No, no, no, tío, solo es diabetes, ¿vale?

¿Eh?

—¿Diabetes?

—Sí, le dio una subida de azúcar, la trajeron a urgencias anoche y le han diagnosticado diabetes, por lo que he husmeado ahí fuera, parece que tendrá el alta mañana si después de desayunar su

azúcar sigue estable. —Josh chocó su puño con mi hombro, sentándose en el asiento de visitantes, frente a mí, yo también estaba sentado, con las manos enredadas en mi pelo negro—. Tío, a ver si te afeitas, ya no sé si tengo delante a mi colega o al director de Hallow.

—La diabetes es una de las principales causas de muerte a nivel mundial, Josh. Le sigue muy de cerca al cáncer.

—Eh, eh, eh, quieto ahí, cabrón, déjate las mierdas de médico para cuando te saques la carrera. Brit es una chica supersana, hace deporte y no es nada tonta, se cuidará, ¿vale? Mi abuela es diabética y tiene más años que las pirámides egipcias.

—Diabetes… —Me daba igual todo lo que Josh dijese, yo seguía en mi mundo, con los ojos abiertos como platos. La diabetes parecía una enfermedad muy común, la gente solía subestimarla, pero que fuese común y una puta epidemia no quería decir que fuese menos peligrosa. Brit tenía que cuidarse, joder—. Mi niña tiene diabetes.

—Tu niña está como una rosa. Entré a verla cuando el idiota de Derek bajó a la cafetería. —El corazón me palpitó aún más fuerte—. Tranqui, no me mires como si me quisieses sacar los pulmones, no le dije que estabas aquí, Brit cree que mi tía está enferma. —Suspiré de alivio.

—¿Te ha dicho algo de mí? —Sabía que me odiaría y no la culpaba, sabía que ahora mismo yo sería el ser más detestable del mundo para ella, lo cual era lo normal, pero, aun así, una parte de mí tenía la vaga esperanza de que en el fondo de su corazón supiese que yo nunca le haría daño y que esto solo sería temporal.

Lo arreglaría, joder.

Quería llamarla por teléfono y contárselo todo, pero me arriesgaba a que Derek estuviese cerca y mandase a esos tíos a cargarse a mi familia. Necesitaba estar fuera de aquí para proteger a mi madre y a Lucy.

Necesitaba tiempo.

—Creo que es mejor que no te responda a esa pregunta, Sean.

Lo suponía. Y me lo merecía.

—Josh, ve a descansar.

—No voy a irme de aquí hasta que tengas el alta.

No era justo.

Josh ya había hecho demasiado por mí.

Tanto que nunca podría pagárselo.

—Sé que estás cansado, de verdad, estaré bien.

Necesitaba estar solo, para digerir todo esto.

Finalmente, mi colega asintió, levantándose del asiento, mientras sacaba cosas y más cosas de la mochila.

—Mira, me he traído la artillería pesada, aquí tienes mi consola con algunos juegos, hay uno de cuidar perritos que es la leche.

—Tío, que no soy Lucy.

—Colega, pruébalo, cuando los acaricias hacen unos ruiditos supermonos y te quitan el puto estrés. —Dejó su Nintendo Switch sobre el asiento, junto con unas golosinas, chocolates, patatas de bolsa y …—. No puedes fumar hierba aquí, ¿verdad?

—Da igual, tú déjala por ahí que ya me las apañaré.

—Ese es mi chico, también te he traído un par de revistas de motos, sé que eres más de mirar el móvil, pero yo qué sé. —Abrió una de las revistas, enseñándome una tía con las tetas enormes en primera página—. Y también tienes de estas, para que no te falte de nada, colega.

¿Porno? Ni hablar.

Desde que me encoñé de Brittany no volví a mirar a otra.

—Tío, no necesito esas mierdas, con la hierba será suficiente.

—Las horas aquí son largas —dijo finalmente, metiendo las revistas en el cajón de la mesita auxiliar que tenía justo al lado—. ¿Y si se te pone morcillona y no te queda batería en el teléfono? Te hará el apaño.

—No se me va a poner morcillona, Josh.

—Tu novia está cerca, y las pollas son como putos radares con las tías que nos gustan, a mí me pasa con Ana.

—Ya no es mi novia, deja de…

—El puto Derek se ha lucido, ¿eh? Ahora me pondré a ver casos de crímenes imperfectos y me apuntaré una lista con todos los errores que no debemos cometer, porque, claro, nuestro crimen debe ser perfectísimo.

Joder, qué maldita agonía.

CAPÍTULO 7
SEAN



—Quiero nombres, descripciones, todo, lo quiero todo. —Mi tío me miraba como si estuviese a punto de matar a alguien y yo le miraba de la misma manera.

Al parecer, como los médicos vieron que el contacto para acudir en caso de emergencia era demasiado joven, decidieron buscar un poco más y encontraron a Vladimir.

—Te lo he dicho un millón de veces, no sé quiénes eran, me acorralaron, me hicieron esto y se piraron.

—¿No te robaron?

—No, tampoco llevaba nada como para que robasen. Creo que solo es una guerra de bandas, ya sabes, Anthony les habrá quitado clientes, poco más.

No confiaba en mi tío para esto. Si le decía la verdad, la podía liar todavía más. Estaba seguro de que sabría proteger a mi familia, pero no a Brittany. ¿Y si ese hijo de puta le hacía algo? Ella todavía era menor y no podía sacarla de esa casa.

—Pues se acabó trabajar para Anthony, espero que lo hayas dejado ya con ese tío, no puedes acabar como tu padre. Tu madre y

tu hermana te necesitan, ¿vale? Tienes que sacarte esa puta carrera, Sean.

—Lo sé, joder, lo sé, pero lo necesitaba, ¿vale? El dinero, quiero decir.

—Pero, Sean, yo os he estado dando pasta todo este tiempo…

—Mi madre arrastraba muchas deudas por culpa del padre de Lucy. Y no sabes lo mal que me siento al saber que mi padre estaba en la cárcel mientras ella se follaba a otro, joder, ¡y ella lo sabía! Y aun así…

Mi tío se sentó a mi lado en la camilla, con los brazos cruzados.

—Tu padre le dijo que no le esperase, que no la quería y muchas otras cosas que no estuvieron bien. Lo hizo para protegerla, para protegeros a todos, y Mary tenía derecho a seguir adelante. Me tenías que haber dicho lo de las deudas.

—No eran tu problema, bastante has hecho por nosotros.

Nos quedamos en silencio, el nudo del pecho se me suavizó un poco al ver que mi tío respiraba de forma profunda, menos cabreado.

—Quiero decirte algo, Sean.

—Adelante.

—Soy estéril.

Hostia puta, esperaba cualquier cosa menos esa.

—¿Por eso no has tenido hijos?

—Por eso mi matrimonio se fue a la mierda.

Joder, había pasado tanto del tío Vladimir que ni siquiera sabía que era divorciado y que su mujer le dejó por algo así.

—Mierda, lo siento muchísimo.

—Tú eres el hijo que siempre quise tener, Sean. Sé que nunca podré ocupar el lugar de Paul, pero para mí es como si hubieses salido de mí mismo, no hay diferencias.

Esto resultaba extraño. Si me hubiese dicho esas palabras siendo un niño, tal vez hubiesen significado mucho para mí. Aun así, una parte de mí sintió un fuerte agradecimiento hacia él.

—Sean, veníos a casa, es enorme y está vacía, no pintas nada ya en ese barrio, no es seguro, ni para ti, ni para Mary, ni para Lucy. Sé que ella tiene el colegio cerca, pero puedo meterla ya en Hallow, aunque quede poco para acabar el curso, el autobús pasa frente a nuestra urbanización cada día, y será bueno que se vaya adaptando.

Sonaba maravilloso para mamá y para mi pequeña rata de rizos dorados, pero no para mí.

—Vladimir, ya no soy un niño, no me gusta ser una carga, odio sentirme así.

—No sois una carga, todo lo contrario, estoy cansado de tanta soledad y también de que viváis en un barrio en el que te puedan apuñalar a la vuelta de la esquina. Joder, ese no es lugar para una niña de ocho años, piénsalo, Sean.

No hacía falta ni pensarlo, estaba claro que no era un buen lugar para ella.

Como no decía nada, el tío Vladimir siguió hablando, tratando de convencerme.

—¿Y si la próxima a la que asaltan es Mary?

—Tendrías que hablar con ella, su opinión también cuenta, no solo la mía.

—Ella está casi de acuerdo.

Vaya, así que ya hablaron esto antes.

Mis puños se apretaron, tenía demasiada rabia contenida dentro de mí, además de impotencia, cuando una cosa iba bien, otra parecía ir mal. Siempre era así, siempre mi vida tenía que estar torcida por algún lado.

Esto no iba a quedar así, ni de puta broma.

Por mis santos cojones que no, joder.

—Bueno, ¿y qué tal te encuentras? —añadió mi tío—. Tu madre no sabe nada de esto todavía, aunque creo que debemos contárselo, le ayudará a decidir sobre…

—Sobre ir a vivir contigo, ¿no?

—Sí.

—¿Me haces un favor?

—Claro, chico.

—Ve a hablar con ella y díselo tú mismo, pero, por favor, ruégale que no arme un numerito ni se presente aquí llorando a mares y tratándome como un bebé porque fingiré estar loco y no conocerla.

Mi madre era la dramas número uno, y en estos momentos, lo último que necesitaba era más mierda.

—Y una cosa más —dije, necesitaba asegurarme—. Se irán Mary y Lucy contigo, yo me quedo en el barrio.

CAPÍTULO 8
SEAN



—Te juro que estoy bien. —Mi madre lloraba al otro lado del teléfono—. No, no vas a matar a Josh tampoco. No vas a matar a nadie, deja de dramatizar.

—Sean, maldita sea, no puede ser que te apuñalen y te peguen dos disparos y sea yo la última en enterarse, por Dios santo, ¡soy tu madre!

Cerré los ojos, notando la herida del abdomen arder un poco, las tripas me rugían como si fuese un maldito cocodrilo hambriento, este hospital lejos de curarme me iba a terminar matando.

—Sí, y como buena madre me vas a cocinar unos filetes rusos bien sabrosos cuando vuelva a casa ¿mmm? —La boca se me hacía agua solo de pensarlo—. Perdóname, no quería preocuparte.

—Esta noche te los llevo.

—No puedes venir a un hospital en tu estado, cualquier virus que cojas puede ser…

De nuevo, empezó a llorar.

—Ya no sirvo ni para eso.

—Mary, no me cabrees, deja de decir idioteces. Lo que debes hacer es seguir poniéndote bien y esperarme en casa, llegaré

pronto, te lo prometo.

—Hijo, voy a bajar al supermercado a comprar carne, te haré tus filetes y te los mandaré con el tío Vladimir, dice que irá a verte antes de que anochezca.

Oh, Dios, genial.

—Vale, mil gracias, má.

—No hay de qué, cielo. Por cierto, alguien quiere saludarte. ¡Ah! ¿Y tu novia? ¿Está ahí contigo?

Mi novia…

No podía, era incapaz de volver a decir en voz alta «Brit y yo hemos roto», porque se me rompía el puto corazón cada vez que lo decía y ya no me quedaban fuerzas para volver a recomponerlo.

Pero no podía mentirle a mi madre.

—Nos hemos dado un tiempo.

—¡¿Qué?! —Silencio—. ¿Por qué?

—Las cosas no fueron bien en la cena, pero, de verdad, ahora no quiero hablar de ello, otro día ¿vale? O nunca, qué más da.

—Ay, chico, con lo guapísimo, inteligente y bueno que eres, y la mala suerte que tienes siempre en el amor. No entiendo a las jóvenes de hoy en día.

—No me ha dejado ella, he sido yo.

—¡¿QUÉ?! —Su voz sonó aún más aguda—. ¿Cómo que la has dejado, Sean?

—Porque no le gusto a su familia y esto es un agobio, ella sufre y yo también, es mejor que…, eso, que nos demos un tiempo y no quiero hablar más de ello.

—Cuando te pongas bien y vuelvas a casa te voy a dar de hostias, ¡y ya no hay filetes rusos! ¡Por gilipollas!

La llamada se cortó y mi estómago lloró como nunca antes lo había hecho mientras mi paladar ensalivado se secaba como un río en el desierto.

Joder, ¿podían empeorar las cosas más si acaso?

Los medicamentos me hicieron cerrar los ojos y perder el sentido del tiempo, como si estuviese dormido, pero sin llegar a estarlo, teniendo pesadillas que parecían reales, una detrás de otra.

—Señorito Kiev —habló una enfermera asomando la cabeza por la puerta—, tiene visita.

Supuse que debieron pasar algunas horas, y que sería mi tío, pero no, estaba equivocado.

La cara se me descompuso al ver de quién se trataba.

La hostia.

Me iba a cagar en mi maldita vida.

¡Claro que podían empeorar más las cosas! ¡Y tanto!

—Si recuerdas el camino por el que has venido, date la vuelta y pírate; si no lo recuerdas, ahí tienes una ventana por la que puedes tirarte.

—Sean.

—Naomi.

—Lo siento… —Su expresión dolorida se deshizo en lágrimas—. Derek me ha contado que unos drogadictos de tu barrio te han hecho esto.

Sorbiendo por la nariz, se acercó lentamente. Iba con una minifalda de cuadros y tablas y una camisa color marrón a juego, dejó su bolso sobre el asiento, echándose la melena hacia atrás para sentarse a mi lado, aquel olor avainillado que durante tres años fue el olor de mi chica, ahora se me hizo extraño, incluso molesto.

—En cuanto me lo ha dicho, he venido corriendo, la idea de que te pudiese pasar algo…

Intentó acercar su mano a la mía, me eché hacia un lado evitándola.

—Sean…

Estaba tan harto de todo.

Aguantarme las ganas de decirle a esta gilipollas todo lo que pensaba de ella y meterle la puta cabeza en un váter de Hallow, solo porque quería ganarme la confianza de Brit y ser un buen chico, no sirvió de absolutamente nada.

Ya era hora de volver a ser yo mismo.

—¿Cómo te gustaría morir?

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Qué?

—Que. Cómo. Quieres. Morir.

—Sean… —Se levantó de la camilla, retrocediendo un paso—. ¿Por qué estás tan raro?

—Lo sé todo, Naomi. Sé que lo que me contaste sobre Brit fue mentira y que no eres más que una zorra embustera que va por la vida de víctima.

Como no decía nada, seguí hablando:

—Escúchame bien, porque nunca he ido más en serio que ahora: si le tocas un solo pelo a Brittany Saphire, despídete de tu vida.

—Estás… —Una lágrima le cayó mejilla abajo—. ¿Acabas de amenazarme de muerte? ¡Estás completamente loco!

Me incliné en la camilla, gruñendo un poco por el dolor del abdomen, puse los pies en el suelo y noté el fuerte ardor en las piernas. Fijé los ojos en ella y di los pasos que las vías a las que estaba conectado me permitieron.

—Tienes cinco segundos para elegir si te vas ahora mismo por donde has venido o si te tengo que tirar por la ventana.

Retrocedió un paso más.

Sabía que esto estaba mal, que podría gritar, denunciarme. Ya nada me importaba, solo quería sacar toda la rabia que llevaba dentro y que me mataba lentamente.

Morir o acabar con ellos. Eso era lo único que repetía mi cerebro a modo de mantra.

Ser bueno no servía de nada.

La puerta se abrió una vez más, era mi tío junto a la enfermera. Su cara de pocos amigos hizo que Naomi se marchase sin decir nada más.

—No quiero que esa chica vuelva a visitar a mi sobrino, tiene la entrada prohibida —instó Vladimir mientras yo me dejaba caer sobre la camilla, con los puños temblando y la vena del cuello a punto de explotar.

CAPÍTULO 9
BRIT



Anastasia mascaba un chicle delante de mi cara con profundo asco mientras Cindy me observaba con ojos de cachorro malherido.

—Sean te ha dejado por una de su barrio —repitió mi mejor amiga por décima vez.

—Sí —resoplé, limándome las uñas de los pies, nos estábamos haciendo la pedicura, las tres sentadas sobre una mantita de terciopelo en el suelo de mi habitación, con nuestros pijamas calentitos puestos y recién duchadas, solo faltaba que llegase el repartidor de comida china.

—Así, de repente.

—Ajá —afirmé de nuevo, se suponía que cada vez debería doler menos, pero, no, dolía más.

Anastasia rugió de rabia, como si fuese un perro a punto de morder con toda su mala leche, sacando su teléfono para colarse en el perfil de Sean.

—¡Ay! ¡No te lo pierdas! —Me estampó el móvil en la cara—. Tía, hay que ser zorra.

Naomi acababa de publicar algo.

Era una foto de ella, un *selfie* en el hospital, con un vaso de cartón que debería llevar alguna bebida en la mano. Al pie de la foto decía lo siguiente: «Seany, ponte bien pronto, las personas que te queremos estamos a tu lado».

El párpado me tembló en un tic nervioso. Jodidamente nervioso.

¡¿SEAN ESTABA EN EL HOSPITAL?!

—Josh… Maldito desgraciado… —empecé a rugir, mientras la frente se me ponía roja.

—Eh, eh, ¿qué tiene que ver el loco de la colina en todo esto? —Mi amiga empezó a fulminarme con la mirada, mientras que Cindy seguía callada, atónita con todo lo que hablábamos, echándose ya la sexta capa de pintauñas en el mismo dedo del pie.

—Que me lo encontré en el hospital y me dijo que era por su tía.

Anastasia arrugó el ceño, mascando el chicle con más violencia.

—Lo voy a llamar —dijo finalmente, buscando su teléfono en la agenda.

—Eso, llámalo y que venga, quiero partirle la cara.

—¿Que venga, tía? ¿Aquí?

—Sí, Derek trae amigas a casa y yo también puedo traer amigos. Le daremos una paliza entre las tres y le obligaremos a confesarlo todo.

—Joder, se va a cagar. —Anastasia puso el tono en altavoz, dejando el teléfono en medio de las tres.

Cindy cerró el bote de pintura, arrimándose un poco más.

—¿Ya me has desbloqueado? Cada vez tardas menos en hacerlo, Cleopatra.

Los ojos de Ana se cerraron como dos persianas, tomé aire y decidí hablar.

—Hola, Joshi. —Me crucé de brazos, indignada—. ¿Qué tal tu tía?

—¿Mi tía? ¿Qué tía? —Le oí dar una calada—. ¡Ah! ¡Mi tía! Bien, bien, ¿y tú? ¿Ya tienes el alta?

—Alta es la hostia que te voy a dar.

—¿A mí? ¿Por qué?

—¡Ya puedes dejar lo que sea que estés haciendo y venir a casa ahora mismo!

—¿A tu casa? ¿Yo? Sí, claro, y que me busquen una ruina. No, no. Esos Stephan apestan a coño rancio, no pienso poner un pie ahí.

Y una mierda, esto no podía quedar así, tenía que hacer cantar a Joshi como fuese, lo sentía mucho por mi amiga, pero esto era cuestión de vida o muerte.

—Anastasia te enseñará las tetas si vienes.

—En diez minutos estoy ahí.

—¡TÍAAAAAAAA! —chilló esta, con los ojos fuera de órbita.

— Tía, ya, Ana, ¿eh?

—Pero, tía…

—¡Tía, ya lo sé!

—Tía, no, en plan, tía…

— ¡Tía, Ana! ¡Joder!

—¡Ni joder ni hostias, tía! ¡Vaya tela, tía!

—Tía…, lo siento.

—Tía, ya te vale, Brit.

—Venga, hazlo por mí, tía.

—Te mato, tía.

CAPÍTULO 10
BRITTANY



—¿Qué hace ese idiota aquí? —Derek me tenía retenida en su habitación, mientras las chicas y Josh estaban en la mía.

—Derek, le he llamado para que venga y esté un rato con Ana, están medio liados, pero no terminan de cuajar. Además, ¿qué te importa? No es mi novio, puedo tener amigos, ¿vale? No empieces con esas mierdas.

—Está bien, es solo que no me fío de él. —Con el ceño fruncido, Derek abrió la puerta de su habitación—. Cuidadito con lo que hacéis, ¿vale?

—Que sí, cómprate una vida y déjame en paz —rechisté, a lo que él puso los ojos en blanco y yo le cerré la puerta en la cara.

Buf, me asfixiaba.

Intentar ser simpática con él siempre terminaba de la misma manera.

Cuando llegué a mi habitación, encontré a Josh sentado en mi silla blanca. Se veía enorme, alto y fuerte.

Y guapo, tanto que Anastasia no podía dejar de babear por él.

Llevaba una sudadera roja que resaltaba de forma increíble con su piel morena y el cabello castaño, iba algo despeinado por el casco y

tenía aquella cara de niño bueno y a la vez travieso que le hacía irresistible.

Justo cuando iba a sentarme, el timbre sonó y mi madre gritó que el repartidor de comida ya estaba aquí.

—¡Dadme un segundo! ¡Cindy, ayúdame! —Le hice señales para que viniese conmigo y así dejar a estos dos a solas unos minutos.

—Yo también voy. —Anastasia hizo el ademán de seguirnos, pero fue tarde, porque la empujé y la encerré antes de que pudiese huir como una cobarde.

¡Tenía que aprovechar! ¿En qué demonios estaba pensando?

—¿Soy yo… —decía Cindy, persiguiéndome— o Josh hoy está más guapo de lo normal?

—Sí, hoy tiene el guapo subido —admití, entregando un billete al chico que traía las bolsas de comida, en cuanto se marchó, fuimos a la cocina para coger unos platos y vasos con bebidas, además de cubiertos.

Mamá se acercó, comprobando el interior de las bolsas.

—Cielo, cuidado con el arroz, sube mucho el azúcar en sangre.

Ay, mierda.

—Bueno, comeré solo pollo con almendras.

—Bien —aprobó Lois—. ¿Te la has mirado antes de comer?

—Sí, mamá, está estable.

—Genial. —Frotándose la cabeza como si le doliese, volvió al salón para continuar viendo una película de acción con Johan.

Parecía que, tras esto de la diabetes, mamá me estaba haciendo un poco más de caso, debía admitir que me gustaba, podría acostumbrarme.

Subimos con dos bandejas y toda la comida por las escaleras, pero vi que Cindy no dejaba de mirar hacia la puerta de mi hermanastro.

Para sacarla de su ensimismamiento, me aclaré la garganta.

—¿Te gusta Derek? —pregunté en voz baja.

Ella dio un respingo por el que casi se le fueron las cosas al suelo.

—Me… me causa curiosidad.

Fruncí el ceño.

—¿Curiosidad?

—Sí, siento curiosidad por las personas malas.

—Derek no es malo.

Bueno, sí, un poco tal vez.

—Es oscuro por dentro, lo puedo oler a un kilómetro de distancia, y eso me intriga muchísimo, siempre he querido saber qué es lo que hace que las personas se vuelvan grises o negras.

Definitivamente, Cindy era de lo más peculiar.

—¿Podemos invitarle a cenar con nosotros? —Aquella propuesta me hizo quedarme helada antes de abrir la puerta—. Creo que le vendría bien un poco de aceptación.

—Derek no necesita que le aceptemos, se siente superior a todos nosotros, no le romantices, Cindy, porque acabarás mal, de veras.

Que no fuese malo como un monstruo que asesinaba personas, no quería decir que pudiésemos confiar en él.

La forma en la que apartó la mirada y agachó la cabeza me hizo sentir mal. No es que yo no quisiera que ella se acercase a Derek, pero era demasiado buena para ese capullo, había visto cómo trataba a las chicas, las usaba, literalmente, y luego se deshacía de ellas como si fuesen una prenda de ropa vieja.

No quería eso para mi amiga, definitivamente, aunque yo tampoco era nadie para decidir por ella.

—Si quieres cenamos y luego le tocas a la puerta y le invitas a ver algo —le propuse sin más—. Tú y él, en su habitación; en la mía no, no le quiero tanto tiempo cerca.

Él despreciaba a Ana por ser de clase media y por su cuerpo. Además, se llevaba mal con Josh, así que no pintaba nada.

—Ni de coña —contestó, con las mejillas rojas como tomates, mientras entrábamos y veíamos a Anastasia sentada sobre la alfombra y Josh aún en mi silla encorvado hacia ella, estaban hablando de algo en voz baja, casi entre susurros.

Dios, ahora tenía curiosidad por saber qué tramaban estos dos.

Poniendo las bandejas en el suelo, volvimos a sentarnos en círculo alrededor, Josh se dignó a unirse a nosotras, sentándose entre Cindy y Ana, frente a mí.

—Gracias, chicas —dijo este, tomando el plato con arroz y pollo que Ana le sirvió—. Sé que esto es una puta emboscada, pero, bueno, Josh Halimton nunca se niega a una buena comida. —Con una sonrisa lasciva, le guiñó un ojo a Ana, logrando que a mi amiga le diese un infarto de miocardio.

Empezamos a comer, en silencio, mientras yo no podía dejar de fulminarle con la mirada y este miraba hacia todas partes menos a mí.

Su móvil sonó, revisó la pantalla y lo volvió a guardar en el bolsillo del pantalón.

—¿Es él? —inquirí.

—¿Sean? Sí.

Dios, sentí escalofríos solo con escuchar su nombre.

—¿Cómo está?

Josh se encogió de hombros.

—No sé qué responder a esa pregunta, Brit, ya te lo dije en el hospital, es complicado, pero te quiere.

—¿Quererla? Tu colega es un cabronazo —rugió Ana.

—Nos ha decepcionado muchísimo —añadió Cindy, llevándose un rollito de primavera mojado en salsa de soja a la boca—. Nunca esperé algo así de él, la verdad es que lo esperaba más de ti.

—Sí, concuerdo —afirmó Ana—. Tú tienes toda la pinta de ser un gilipollas que decepciona a la primera de cambio.

—Joder —bufó el pobre Joshi—. Espero que al menos esté buena la comida porque, si no, este sufrimiento no valdrá la pena. —Se tragó una *gyoza* casi sin masticar—. Mmm, qué rico, sí, podéis seguir insultándome.

—Olvida lo que me dijiste en el hospital, Josh. Sé que no fuiste por tu tía.

Comenzó a atragantarse, teniendo que darse golpes en el pecho, una vez estuvo rojo de verdad, Anastasia le dio unas palmadas en el estómago.

—Gracias, nena, sabía que me querías.

—Cállate, imbécil.

—¡Josh!—le regañé—. ¿Puedes dejar de evitar el tema? Esto es serio.

—Es que no sé qué os pasa. —Me miró con cara de circunstancia, en plan «tierra trágame»—. ¿Qué quieres que te diga?

Resignada, le hice un gesto a Ana para que le mostrase las pruebas.

Mi mejor amiga no tardó nada en sacarse el móvil, llevaba un pijama color azul turquesa de franela que, aunque no fuese provocativo, le marcaba los pechos de una forma poco discreta, y al mejor amigo de mi ex, ya se le estaba cayendo la baba sobre ella.

—Aquí está. —Volvió a estampar el teléfono en la cara de Josh de la misma forma que lo hizo conmigo—. Esa perra está en el hospital, visitando a Sean.

La cara de asco del mismo fue épica.

—Dios, me va a sentar mal la comida con ese careto.

Ahora era yo la que se estaba atragantando con el pollo mientras Ana se reía a carcajadas.

Ay, si es que era imposible odiarle.

—Pues, no sé, si ella lo dice…

Las tres le miramos con una ceja alzada mientras se comía otra *gyoza* empapada en soja.

—Josh, ¿te acabas de enterar de que tu mejor amigo, tu casi hermano, tu alma gemela, ha sido ingresado en el hospital y estás ahí como si nada?

Resignado, agobiado y harto de nosotras, se cruzó de brazos con el ceño fruncido.

—Vale, no era mi tía, era Sean, ¿contenta? No quería preocuparte. Fin de la historia.

No.

Por Dios, no.

Esto me dolía, horrores. Y no debía.

Contente. Brit, tienes que contenerte.

No podía, ay, madre, no podía.

Era real. Sean estaba herido e ingresado.

—Brit, estás muy pálida —señaló Cindy rápidamente, y Ana vino a abanicarme.

—Brit, no entres en pánico, él está bien, no fue nada, en poco tendrá el alta. Joder, si estuviese grave yo seguiría allí con él, ¿vale? Además, iré en unas horas para pasar la noche allí. Todo va bien, tía, te lo juro.

Sin dejar de mirarle, con la mano en el corazón, fui respirando profundamente por la nariz mientras soltaba el aire por la boca.

—Mierda, le han hecho daño y encima esa zorra está ahí cuidando de él.

—No. Pa .Ni. Que. Es—repitió Josh, soplándome en la cara.

No era suficiente, me seguía faltando el aire.

Joder.

—No la quiero, no quiero a Naomi cerca de él, por mi madre que me da algo, ¡me da algo!

—Te juro que ahora mismo voy para allá y si está allí la tiro por la ventana, te lo prometo, tía. Él no la quiere, no te rayes más.

—No confío en ti. Me has mentido.

—¡Que nos des tiempo te dije! —exclamó en voz baja.

—¿Y por qué susurras ahora?

—Porque tu hermano es una víbora metiche y chismosa que algún día despellejaré y me comeré mientras aún respira, por eso.

—Derek solo es el villano de una historia mal contada —le defendió Cindy, a lo que Josh le soltó un eructo en la cara.

—Cuando no hablabas me caías mejor, *doggy.*

—¡Basta, joder! —rugí, alzando las palmas para que se calmasen todos de una vez—. Josh, júrame que si a Sean le pasa algo grave me lo contarás, júrame que me mandarás un puto WhatsApp diciéndomelo.

Joshi rodó los ojos, sacándose el móvil para escribir algo.

Mi teléfono sonó a los pocos segundos.

No podía creerlo.

Josh: *Te lo juro. Voy para el hospital ahora mismo, y cualquier cosa te escribo.*

Antes de ponerse en pie, agarró a Anastasia de las mejillas, plantándole un beso en los morros.

—Te quiero, tía buena.

—Vete al infierno, idiota.

—Contigo, Cleopatra. —Abrió la puerta de mi habitación despidiéndose con la mano—. Chao, chicas, gracias por la cena, os debo un *fish and chips*— Sus ojos volvieron a posarse en Anastasia —. A ti te daría otra cosa.

En cuanto salió por la puerta, me dejé caer sobre la cama boca arriba, Ana y Cindy se tumbaron a mi lado.

—Siento que no hemos logrado sacarle nada —maldije en voz alta.

—No, y encima ahora le debo una foto de mis tetas.

—Puedes ir al baño a hacértela, tengo aceite corporal por si quieres echarte un poco, hace que parezcan más grandes, aunque tú no lo necesitas.

Anastasia giró el cuello hacia mí, mirándome como si estuviese loca.

—Brit, ¿todo bien en tu cabeza?

—No, definitivamente no.

—Pues yo pienso que Sean sí te quiere y que todo esto apesta a algo chungo.

Ambas nos incorporamos, exclamando a la vez:

—¡¿Qué quieres decir, Cindy?!

Esta, de lo más tranquila y serena, se encogió de hombros.

—Aún no lo tengo del todo claro, pero lo averiguaré.

Vamos, que seguíamos en las mismas. Sin tener nada.

Sin querer romperme más el cerebro decidí levantarme para recoger los platos y las cosas, bajándolo a la cocina en una sola bandeja, las chicas se esperaron en mi habitación.

Después de dejar todo en el fregadero, limpiarlo y recoger, subí al baño con el móvil entre los dedos, aquel mismo baño por el que espié a Sean y Naomi mientras cortaban.

Ay, qué recuerdos.

Con las manos temblorosas me senté sobre la taza del váter, entrando en aquella aplicación, podría escribirle directamente al WhatsApp, pero si estaba con ella sería más cantoso, por Instagram era más privado.

Yo: *Te odio, te detesto y te aborrezco hasta el fin del mundo, pero he visto que la zorra de tu ex ha publicado que estás en el hospital. En fin, solo dime que estás bien. Hasta nunca, imbécil.*

Grité al ver que estaba en línea y grité otra vez al ver que estaba escribiendo.

¡Maldita sea! Creía que me dejaría en visto o ni siquiera lo abriría.

Sean: *Estoy bien, nena. ¿Cómo estás tú?*

Nena…

Y ahí fue cuando todo mi mundo se desmoronó y la vida se me hizo trizas bajo los pies.

El Sean de mis recuerdos seguía ahí, no había desaparecido por completo.

No soportaba que no fuese capaz de mandarme un mensaje para darme alguna explicación y ahorrarme tanto sufrimiento, pero contestase como si nada.

¿A qué diablos jugaba?

CAPÍTULO 11
BRITTANY



Su mensaje seguía martilleando en mi cabeza: «Estoy bien, nena. ¿Cómo estás tú?».

No pude responderle.

No tenía sentido. Nada de esto.

Todo sucedió después de la cena con esta maldita familia. Y su hospitalización, no podía ser una casualidad, pero ¿por qué nadie me decía nada?

Ya no él, pero al menos Josh.

«Danos tiempo».

Me levanté, esquivando el cuerpo de Ana acurrucado a mi lado, Cindy dormía en el colchón de abajo, pues tenía una cama plegable.

Corrí el visillo y me asomé al exterior, con el móvil contra los labios.

¿Debería hablarle?

Busqué su usuario, dispuesta a darle una última oportunidad para que me contase qué demonios estaba pasando.

Dios, la idea de que le gustase otra chica me hacía delirar.

Yo: *Hola.*

Yo: *Tienes un minuto para explicarme qué sucede.*

Pensé que no respondería, que todo se iría a la mierda. Los ojos ya se me estaban llenando de lágrimas y estaba dispuesta a abandonar cuando el tic se volvió de color azul y Sean empezó a escribirme.

De repente, dejó de hacerlo y el teléfono comenzó a sonar.

Me estaba llamando.

Por la noche siempre lo usaba en vibración, ya que Derek solía controlar quién me mandaba mensajes o hasta qué hora estaba con el móvil. Toda precaución era poca cuando tenías un hermanastro mal de la olla.

Como Ana y Cindy estaban en mi habitación, decidí encerrarme en el baño.

—¿Hola? —cuestioné con una voz más tímida de lo normal.

—¿Estás sola?

La piel se me puso de gallina.

—Sí.

Silencio.

No se fiaba.

Por eso me llamaba, para asegurarse de que hablaba directamente conmigo.

—Sal fuera.

Fruncí el ceño.

—¿Qué? ¿Cómo que «sal fuera»?

—Estoy aquí, Brit, debajo de tu ventana.

¡¿QUÉ?!

Salí del baño y volví a correr el visillo.

Ahí estaba, con el móvil pegado a la oreja y un taxi a unos metros. Seguro que el muy idiota se había escapado del hospital y venido hasta aquí. Estaba poniendo su vida en riesgo.

Me hizo un gesto y se ocultó detrás de un árbol. No quería que le vieran. Contuve la respiración. Por suerte, la habitación de Derek no tenía ventanas que diesen a esta parte del jardín, y Sean parecía saberlo.

Deslicé el cristal con cuidado y saqué un pie apoyándolo en el bordillo, luego salté hacia el arbolito, llegar al suelo fue de lo más fácil.

Esto podría hacerlo incluso una niña pequeña.

Giré el cuello hacia un lado y otro, asegurándome de que nadie me veía, salí corriendo en dirección al árbol.

En cuanto estuve allí, unos brazos fuertes y anchos me tomaron de la cintura pegándome completamente a su cuerpo. Su olor invadió toda mi persona y, sin poder evitarlo, me aferré a su cuello y estallé en un llanto doloroso.

—Sh… Ya está, nena, no llores.

Su voz estaba rota, cansada, débil. No perdía su particular tono grave, pero era como si le faltasen las ganas de vivir.

Alcé la cabeza para mirarle, viendo esos ojos profundamente azules, que parecían haberse desteñido hasta convertirse en un gris opaco.

—¿Qué te han hecho?

—No tengo mucho tiempo, me he escapado y si mi tío se entera, me la van a liar.

Rugí.

—No debiste venir.

—¿Y dejar que sigas creyendo que no estoy jodidamente loco por ti?

El tiempo se paró a nuestro alrededor, una nube oscura tapó la claridad de la luna. Escuchamos un relámpago de fondo y en pocos segundos, gotitas de aguas nos caían sobre la cara.

—Entonces, lo de que me dejabas porque…

—No, jamás.

Asentí, aspirando con fuerza por la boca.

—¿Ha sido Derek? ¿Johan? Dímelo —le rogué tirando de las solapas de su chaqueta. Esta no era la ropa que llevaba cuando salió de casa. Su tío debió de llevarle algunas mudas limpias.

Otra vez silencio. Tan solo el olor a hierba mojada y el sonido de la lluvia cayendo sobre las copas de los árboles.

—Sean…

—Da igual quién haya sido, no van a separarme de ti.

—No, no da igual, tengo que saberlo.

—Brit, escúchame. —Sus manos acariciaron mis codos con suavidad, captando mi atención. Un quejido se le escapó de entre los labios al doblar el abdomen. Dios santo…—. Si nos ven juntos, se cargan a mi hermana.

Palidecí.

Los ojos se me abrieron tanto que sentía que se me caerían al suelo. Ahora entendía por qué su mirada ya no parecía azulada si no gris, y por qué su tono de piel pálido ahora de un color casi púrpura.

Lucy era la vida de Sean. Y quien hubiese hecho esto había llegado demasiado lejos.

—Sean…

—No es tu culpa.

¿Qué cojones? ¿Qué era esta maldita pesadilla?

—Sean… —repetí, fijándome en que estaba herido.

Estaba al borde del colapso, que le atacasen y amenazasen de muerte a su hermana, y aun así estuviese aquí, jugándosela por mí, era algo que yo no merecía.

—No… Yo… —No sabía ni qué decir. Me sentía profundamente horrorizada y avergonzada.

—Todo está bien, lo solucionaré —prometió.

Cabeceé, negando. No. Johan y Derek estaban podridos de dinero y tenían demasiado poder para hundirnos la vida a los dos. La mía ya estaba destrozada, pero, si él se alejaba de mí, todavía podría salvarse.

Aunque cumpliese la mayoría de edad, no nos dejarían en paz.

—Tienes que irte —supliqué.

—Me iré, pero prométeme que vas a estar bien. Me he enterado de lo de la diabetes, necesito que te cuides. Mucho.

Asentí, tenía el pulso acelerado y me temblaban las manos. Él me agarró las muñecas y llevó mis nudillos a sus labios, besándolos.

Mi diabetes era lo menos importante ahora mismo.

—Brit, di algo, por favor.

Negué, no podía.

—Yo… lo… —Iba a colapsar, esto era demasiado. ¿Cómo no lo vi venir? ¿Por qué confié en ellos sabiendo cómo eran?—. Tienes que irte. Lo siento muchísimo. Lo siento.

—No sientas nada, no es tu culpa, lo arreglaré, ¿vale? Tú… tú solo sé fuerte y cuídate mucho.

—¡Deja de preocuparte por mí, joder! —Tiré de mis brazos, separando mis manos de él—. ¿Es que no te das cuenta de que te estoy arruinando la vida?

Nos miramos, las lágrimas me caían por la cara, tenía el pelo mojado y pegado a la frente, al igual que él.

—No vuelvas a buscarme, nunca más. Aléjate de mí, Sean.

Porque si algo malo le sucede a Lucy, ni tú ni yo podremos perdonárnoslo nunca.

—Pídeme que me tire por un puente y quizá te haga caso. —Antes de que me marchase, volvió a agarrarme del brazo, tirando de mí con una fuerza que nunca antes había usado. Me acorraló entre el tronco del árbol y su cuerpo, pegando su frente mojada a la mía—.

Pero ni se te ocurra pedirme que me aleje de ti, porque eso es imposible.

Aparté mis ojos de los suyos, mirarle siempre me hacía sentir pequeña y débil.

—Piensa en tu hermana.

—Lo hago, Brit.

—No, no lo haces. Si lo hicieras no estarías aquí.

—Estoy aquí porque sé que puedo confiar en ti.

Volví a negar. Parecía una idiota que de repente solo sabía soltar monosílabos y mover la cabeza.

En el fondo lo sabía. Sabía que mi hermanastro estaba detrás de todo esto, pero mi naturaleza humana se negaba a creer que una persona pudiese ser tan ruin y malvada. Nunca quise verlo, sin embargo, Derek era un demonio. Puede que incluso peor que su padre.

Ya no sabía qué pensar.

—Ha sido él, a esto se refería cuando dijo que había hecho algo malo. —Mi mano fue hacia su abdomen, acariciando con mucha suavidad las vendas ensangrentadas bajo la camiseta que llevaba puesta—. Terminará matándonos si seguimos juntos.

Sean negó, aún con su frente apoyada en la mía.

Volvió a coger mi mano, apretándola con fuerza, pero sin hacerme daño.

—Yo lo mataré primero.

Y aquello fue el aviso de que yo era la única que podía parar esto.

Si Sean se atrevía a algo así, terminaría en la cárcel. Él no tenía dinero para sobornar policías ni comprar su inocencia. Johan le destruiría. Su sueño de ser médico quedaría reducido a cenizas y Lucy perdería a su hermano mayor y a lo más parecido a un padre que conocía.

Y todo… ¿por mí?

Ni hablar.

Fruncí el ceño y apreté los labios.

Hazlo, Brit. Debes hacerlo.

—Ni se te ocurra tocarle un solo pelo a Derek, Sean.

Su agarre en mi mano flojeó.

—¿Qué?

—Lo que has oído, es mi hermano.

—No es tu… Brit, ¿estás de coña?

—No podemos estar juntos. Se acabó.

—Puedo arreglar…

—¡NO! —grité demasiado alto, y me mordí la lengua—. Se acabó, joder. SE ACABÓ.

Cada vez que lo repetía, sentía como se me desangraba el corazón.

No perderás a tu familia, no tirarás por la borda tus sueños, no renunciarás a tu futuro y no te convertirás en un asesino, porque te quiero y siempre pensaré en tu bienestar, aunque tenga que ser lejos de mí.

—Se acabó. No vuelvas a acercarte a mí, Sean, o yo misma me chivaré a Derek.

Bum.

Sus cejas negras se alzaron sobre su piel pálida.

Estaba en *shock* y yo me odiaba a mí misma tanto que desearía quemarme viva.

—Brittany…

—Si quieres a tu hermana, ya sabes lo que debes hacer, aléjate de los Stephan.

—Tú no eres una Stephan.

—Ahora sí.

Salí corriendo hacia el arbolito que estaba bajo mi ventana mientras el corazón me golpeaba a punto de explotar.

Trepé por el tronco, pero resbalaba por el agua y caí sobre el césped mojado.

—¡Brit!

Sean vino rápidamente hacia mí, dispuesto a ayudarme. No podía permitírselo.

—¡DEREK! —grité, y él se detuvo con los pies clavados en el césped.

Su mirada era de profundo dolor, y la mía no debería ser distinta.

—Brittany, cállate, joder.

—Vete, hostias —gemí—. ¡DEREK!

Su puño se apretó antes de pegarle un puñetazo al árbol, para después largarse hacia el taxi mientras yo no podía hacer otra cosa que desgarrarme sobre la maldita hierba.

No tenía fuerzas ni para levantarme y volver a casa.

Mi cuerpo pesaba, era como si toda mi energía se hubiese desvanecido y solo desease morirme, porque acababa de entender que nunca sería libre, que siempre sería presa de los Stephan y que cualquier persona que intentase acercarse a mí, resultaría herida.

Sean me miró antes de subir, con la esperanza de que cambiase de opinión. La luz de la entrada se encendió y no le quedó más remedio que marchase.

El olor de mi hermanastro no tardó en arroparme, se quitó la sudadera, envolviéndome con ella y apretándome entre sus brazos.

—Eh, eh, Brit, ¿qué ha pasado? ¿Qué haces fuera aquí sola? Tienes suerte de que estuviese despierto. —Me apartó el pelo de la cara, mirándome a los ojos.

—No sé cómo he llegado hasta aquí, tuve una pesadilla y… y me asusté.

Una sonrisa tierna se dibujó en su expresión.

¿Cómo un ser tan malvado y cruel podía mentir tan bien?

—¿Y has pensado en mí? Joder, me encanta.

Quería meterle los dedos en los ojos y sacárselos.

Quería escupirle.

Agarrarle del cuello y estrangularle yo misma.

Pero ya que este psicópata me había elegido como presa, debía sacrificarme por las personas que más quería.

Sean, Lucy y Mary.

Tenía que mantenerle engañado y de esa forma, podría protegerles.

—Sí, quiero estar contigo, abrázame. —Me acurruqué entre sus brazos, apoyando mi mejilla en su pecho—. Gracias por venir.

—No hay de qué, Brit, siempre estaré para ti. Siempre.

—Sí, siempre.

Por desgracia.

Maldita fuese mi suerte.

CAPÍTULO 12
BRITTANY



Una semana después.

Así era la vida, nada se podía dar por hecho ni por seguro, pues un día eras la novia del chico más increíble del mundo, y al día siguiente, debías arrancarle de tu corazón porque, si no, su futuro sería verle entre rejas en una cárcel.

¿En qué diablos pensaba Derek? ¿De verdad creía que, si algo le sucedía a la hermana de Sean, este se quedaría con los brazos cruzados? Era un verdadero imbécil si pensaba así.

Pero mi hermanastro no se iba a salir con la suya. Si tenía que sacrificarme y perder a Sean, no sería de forma gratuita ni en vano. Mi sacrificio serviría para verle completamente destruido. ¿Y quién le destruiría? Yo.

Saqué el *gloss* del cajón de mi baño mientras Bad Bunny sonaba en mi teléfono.

Me ganaría la confianza de Derek, llegaría hasta lo más profundo de su podrido corazón para hacerlo trizas.

Y luego, iría a por Naomi.

Si ya lo tenía todo perdido, entonces ya no había motivos para seguir portándome bien.

Terminé de perfilarme los labios y le tiré un beso al espejo.

—¡¿Brit?! ¿Estás lista?

Derek tocó a la puerta, llevaba toda la semana yendo a Hallow en su deportivo, junto a Cindy. Ver la cara de fastidio de Naomi cada mañana resultaba gratificante.

Sean y yo no volvimos a vernos, suponía que regresó al hospital y que siguió ingresado. Me metía en su perfil de Instagram unas cien veces al día para ver que seguía bien. Confiaba en que en caso de que algo grave sucediese, Josh me avisaría. O a Ana, al menos.

—¡Ya voy!

Salí de mi habitación y cerré la puerta, bajando las escaleras con energía. Hacer el mal resultaba alentador y me daba fuerzas para poder afrontar toda esta mierda.

Lois me miró de reojo, sonriendo al ver que tenía mejor aspecto.

—Vaya, pareces… ¿renovada?

Sonreí y cogí una manzana del frutero.

—No iba a estar llorando por ese chico eternamente. —Me encogí de hombros, dándole un bocado a la fruta mientras salía al exterior para subirme al coche.

Cuanto antes creyesen todos que Sean no me importaba nada, antes le dejarían en paz y su familia dejaría de correr peligro.

Cindy me esperaba junto al deportivo de Derek. Naomi y mi hermanastro parecían discutir en el interior del coche. Últimamente lo hacían todo el rato.

—¡Eh! ¡Has vuelto a maquillarte! —apreció mi amiga, con una sonrisa reluciente que me devolvió unos tres años de vida—. Esos dos se siguen peleando, ¿por qué discuten tanto? ¿No se supone que están enamorados?

Mis sospechas de que Cindy estaba coladita por los huesos de Derek cada vez eran más ciertas, y después de saber lo que fue capaz de hacer, tenía que alejarla de ese monstruo cuanto antes.

—Derek nunca ha sido un buen novio, seguramente le habrá puesto los cuernos con…

Mi visión se fue hacia la casa de enfrente. Precisamente esa en la que vivía el director de Hallow, Vladimir Kiev.

Una enorme moto negra con detalles verdes rugió delante de mis ojos. Derek se bajó del coche inmediatamente, con una postura defensiva y el teléfono móvil en la mano.

¿Qué diantres?

En cuanto se quitó el casco y vi aquellos ojos azules y aquel cabello negro, toda mi seguridad se fue por la borda y volví a convertirme en una muñeca rota y defectuosa.

¿Lo peor? Su indiferencia.

Parecía ser que me había olvidado más pronto de lo que esperaba, o al menos, lo fingía mejor que yo.

Su mirada me dio un repaso tan rápido que ni siquiera supe si había sido real o no, luego fue hacia la puerta de la casa de su tío y de allí salió Mary con Lucy de la mano.

—¿Ahora viven aquí? —cuestionó Cindy con la boca abierta.

Derek se colocó a mi lado, apoyando una de sus manos sobre mi hombro para sacarme del ensimismamiento.

—Brit, ¿sabías algo de esto?

Sacudí la cabeza.

Me pillaba tan de sorpresa como a ellos.

—Gracias por venir a recogerla, estaba asustada por tener que ir sola en el autobús. —Mary acarició el cuello fornido y venoso de su hijo, dándole un beso en la mejilla.

A Sean nunca le molestaba ni avergonzaba recibir muestras de afecto de su madre, de hecho, parecía gustarle.

Obvio, yo mejor que nadie sabía que debajo de esa apariencia de tío duro, se escondía un chico al que le encantaban los mimos.

—¡Tete! ¡Has venido! ¡Jo! ¡Te quiero tanto!

—Y yo a ti, *Lyusiya.*

Sean cargó a su hermanita en sus brazos, yo seguía sin entender nada. Parecía que Mary y Lucy ahora vivían aquí con Vladimir, pero él seguía en el barrio.

Imaginarle con la casa entera para él solo me puso de una mala leche impresionante. No tardaría en llenarla de tías si seguíamos separados y todo esto era culpa del gilipollas rubio que tenía a mi lado.

Me crucé de brazos, sintiendo cómo me rechinaban los dientes, y seguí con la mirada sus pasos hacia la parada de autobuses.

—¿Yendo al cole en bus, Kiev? —escupió Derek con una sonrisa satírica en la boca.

No dijo nada.

No vino a pegarle.

Ni siquiera se dio la vuelta para mirarle.

Aunque, por la tensión acumulada en sus hombros y por la forma en la que agarraba a su hermana, sabía demasiado bien que ese cerebro perverso ya estaba planeando una venganza.

—No deberías provocarle, es muy problemático, tú mismo lo dijiste —recordé.

—No le tengo miedo —aseguró—. Ya no.

CAPÍTULO 13
SEAN



Hostia puta.

Qué guapa estaba.

No necesité más de dos segundos para fijarme en esa falda corta, en esas piernas y en esa cara de ángel.

Y su pelo, parecía que en solo una semana lo tenía más suave, más brillante y más largo.

Lucy apoyó su mejilla en mi brazo, era la primera vez que subía en un autobús, por supuesto que no la dejaría sola.

Cuando las cosas fuesen mejor —si es que algún día eso pasaba —, me compraría un coche para poder llevarla al fin del mundo, ya que el coche de mi madre iba cada vez peor.

—Tete, echo de menos a la tata.

Una lagrimita se le salió del ojito derecho, se la limpié con el dedo y la abracé con todas mis fuerzas.

Yo también la echo mucho de menos, Lucy.

—Ya te dije que es temporal, estamos enfadados, son cosas de adultos.

—Pero con Naomi te enfadaste y no volviste nunca más, ¿tampoco volverás con Brit nunca más?

Ni hablar.

—Lo de Brit es distinto, porque a Brit la quiero, a la otra no.

No lo iba a negar, me cabreó un huevo el hecho de que me echase de su vida de esa manera. Sabía a lo que jugaba, ahora pretendía hacerse la heroína y salvarme de su hermanito el psicópata.

Patético.

Ni que no pudiese librarme de una escoria como Derek por mi propia cuenta.

Aun así, la dejaría en paz por un tiempo. Permitiría que creyese que se había librado de mí y que estaba ganando.

—Pues quiero que os perdonéis ya de ya, necesito que venga a casa del tío Vladimir a jugar conmigo y hacerme peinados.

—Las cosas en la vida real no son ya de ya, son cuando tienen que ser, así que te aguantas. —Le pegué un capirote en la punta de la nariz y ella hizo una mueca de enfado, cruzándose de brazos e ignorándome el resto del camino.

Genial. Todas las mujeres de mi vida parecían estar en mi contra.

—¿Sean?

Nadia iba sentada dos filas más atrás, se adelantó para sentarse en los sillones de al lado.

—Sí, así me llamo —repuse con aburrimiento, sintiendo esa maldita angustia que me acompañaba cada vez que miraba el móvil y no veía nada de Brit.

—¿Es verdad lo que dicen los rumores? ¿Que tú y Brit ya no…?

Brit y yo no es que fuésemos por Hallow morreándonos y metiéndonos mano —por ella, porque por mí sí que lo haría—, pero el rumor de que estábamos juntos se esparció como mala hierba. Y ahora, al parecer, el de que rompimos, también.

—¿Te faltará el aire y te asfixiarás si no te respondo?

Ella puso cara de pocos amigos y yo le dediqué una antipática sonrisa.

—Deja de ser un capullo, yo no te he hecho nada.

—Y tú deja de meterte en lo que no te importa.

En cuanto paró el autobús, me puse en mitad del pasillo para que nadie pasase hasta que bajase mi hermanita. Como alguien se atreviese a empujarla, empezaría a comer carne humana.

—¡Pero bueeeeeeno, la chica más guapa del universo acaba de llegar a Hallow!

Josh arrancó una margarita de un arbusto, se arrodilló frente a Lucy y se la entregó.

—¡Joshi! —Se tiró a sus brazos, olvidándose de mí un rato. Josh me hizo un gesto para que me perdiese de vista antes de que se diese cuenta de que no estaba y suspiré de alivio, corriendo hacia la parte trasera para fumarme el porro que me lie antes de salir de casa.

Lo iba a necesitar para no matar a ese hijo de puta, ni ir a por mi «exnovia», que se creía que podía mandarme a la mierda porque sí y las cosas se iban a quedar quietas.

—Ahora soy una Stephan —la imité con cara de asco.

—Vaya, parece que no me has olvidado del todo.

Ahí estaba, con esas piernas largas y esa mirada desafiante, como el puto día en el que todo esto comenzó.

—Cuidado, tu querido hermano puede verte. —Me llevé el porro a la boca, ignorando su presencia, no sin antes fijarme en esas increíbles tetas que tenía la condenada.

Buf, qué polvazo le echaba ahora mismo.

—Sean, ¿qué diablos hacían tu madre y tu hermana en casa de Vladimir? ¿No entiendes que es una imprudencia?

—¿Imprudencia? —Arqueé una de mis cejas—. ¿Qué pasa? ¿Que ahora todo Londres es de Derek y él decide dónde puede vivir mi

familia y dónde no? La regla era alejarme de ti, y tú solita te has encargado de cumplirla, ¿no? Pues asunto arreglado, *barbie*.

Apretó los puños, sus mejillas se incendiaron mientras esa frentecita tan mona se le arrugaba.

—Entiende que esto lo hago por ti, imbécil. No me hables en ese tono.

—Entiende que te dije que me dejases arreglarlo a mí.

—No puedes. Ellos nos superan, a los dos.

—Habla por ti, no por mí, gracias.

—Sé muy bien de lo que son capaces, y de nada.

—Una pena que no sepas de lo que soy capaz yo.

—Eres un inconsciente, Sean.

—Y tú una estúpida que solo piensa que el dinero siempre gana —escupí, soltándole en la cara lo que pensaba de ella desde hacía una semana—. Es eso, ¿verdad? Piensas que porque son millonarios y yo pobre, ya no tengo nada que hacer.

—¡No se trata de eso! ¡Se trata de que…!

No lo soportaba más.

No estaba de humor.

Con el porro en la boca, di dos zancadas largas hacia ella y la agarré del mentón para que me mirase directamente a los ojos.

—No voy a parar hasta destruir a los Stephan, Brittany, te lo prometí el día en que me confesaste todo lo que te hizo. Nadie toca a mi novia. Ni antes, ni durante, ni después de haber sido mía.

La solté y apoyé mi espalda contra la pared para volver a fumar tranquilo. Dejé que la *maría* me llenase los pulmones para luego soltar el humo lentamente.

Me sentía frustrado y furioso.

Y estaba enfadado con ella. Mucho.

Cuando me escapé del puñetero hospital, no esperaba esa reacción, para nada.

—El día que seas médico, te cases con una mujer maravillosa y tengas una bonita familia, agradecerás que me haya apartado de tu vida.

Y tras soltar aquella perlita por la boca, se echó la melena tras la espalda y se fue con aires de superioridad.

Estaba loca. Si pensaba que por echarme de su lado podría salvarme, es que todavía seguía siendo una niñata que creía en los cuentecitos de hadas.

Yo ya estaba perdido, y sin ella, más.

CAPÍTULO 14
SEAN



Solté la última calada, disfrutando del sabor de la droga.

Yo habría perdido a mi novia, pero ese hijo de puta lo iba a perder todo.

Las cámaras de Hallow vigilaban veinticuatro horas los aparcamientos, así que ahora mismo no podía ir ni a rajarle las ruedas ni a robarle el coche. Tampoco a quemárselo. Pero tiempo al tiempo. Veríamos quién iba al cole en autobús después.

Saqué el teléfono y marqué el número de Anthony.

—¡Sean! ¿Qué tal? No sabes cuánto te extrañamos por aquí.

Ya, claro.

—¿Tus matones no saben hacer bien el trabajo?

—Digamos que tus cualidades son únicas, es complicado encontrar a un chico tan… escurridizo e inteligente.

—Quiero volver a trabajar contigo.

Fui al grano, pronto sonaría la alarma y me quedaban pocos minutos de margen.

—Claro, eres bienvenido, lo sabes.

Silencio.

Todo el mundo creía que había dejado de vender drogas, cada vez que me llamaban para pillar, les decía que ya no andaba metido en eso. Derek también ya debía pensar que estaba fuera, pues no volvió a verme el pelo por ninguna de sus fiestas.

—Avísame en cuanto tengas algo —pedí, metiéndome un chicle de menta en la boca.

—Esta misma tarde te llamo.

Besé la cruz de plata que me colgaba del pecho y miré al cielo, deseando que mi padre me ayudase a vengarme de ese cabrón.

—De puta madre.

Colgué la llamada y me puse en marcha, tirando la colilla del porro y pisándola. Los que limpiaban el patio las encontraban y se lo contaban a mi tío, pero él sabía que era yo y no me decía nada.

Empecé a hacer cuentas para llegar a fin de mes mientras me dirigía hacia las clases. Siempre había pagado el alquiler, agua y luz yo solo, y ahora solo tenía que encargarme de mi comida, así que podría con todo. Aun así, quería seguir haciendo trabajos para Anthony y ahorrar dinero en la cuenta del banco de Lucy.

Además de llevar a cabo mi plan contra esa sanguijuela.

—¡Kiev! —Una pelota vino directa a mi cabeza al pasar por el gimnasio, la atrapé al vuelo—. ¿Qué tal? ¿Quieres entrar en el equipo con nosotros? —Derek se hacía el chulito delante de sus colegas—. Ah, perdona, olvidé que no admiten drogadictos. En realidad, ni siquiera deberías estar en Hallow, pero, claro, como eres sobrino del director…

Sus amigos no decían nada, permanecían mudos, mirándome con los ojos abiertos. Había partido huesos por menos de esto, así que era normal que estuviesen acojonados.

Di un paso hacia él y se mantuvo firme, mientras los otros retrocedían.

Rómpele las putas piernas, déjalo en silla de ruedas.

Un paso más.

No lo hagas, piensa en tu hermana, ella vale más que esta rata asquerosa.

—¿No dices nada, Kiev? ¿El ruso ahora es mudo?

Caminé lentamente, relamiéndome los labios como si pudiese beberme su sangre. Notaba el miedo en sus ojos, pero se empeñaba en aparentar lo contrario. Sabía que me tenía cogido por los huevos, por ahora.

En cuanto le tuve de frente, acaricié con suavidad una arruga que su bonito uniforme deportivo tenía en la manga del hombro.

—Tiene que ser tan gratificante ser un niño de papá y nacer en una cuna de oro… —susurré, poniendo la pelota delante de su nariz. Cuando fue a cogerla, la dejé caer al suelo y me metí las manos en los bolsillos—. Que tengas un buen día, Stephan.

—Sean —rugió a la vez que sonaba la campana—. Agáchate y recoge la pelota.

—Eso no entraba en el trato, Derek. —Salí del gimnasio, pegándole una patada a la puerta e imaginando que eran sus putas bolas, mientras caminaba tranquilo, silbando hacia el aula.

Si este cabrón pensaba que iba a ser tu puta, la llevaba clarísima.

En cuanto entré en la clase y la profesora me reprendió con la mirada, saqué morritos para tirarle un beso y ella suspiró haciéndose la ofendida. No me gustaba, pero era mi forma de librarme de una reprimenda por llegar tarde.

Me senté junto a Josh, el cual me miraba con las cejas alzadas. Ambos cursábamos el bachiller de Ciencias y Tecnologías, ya que era el necesario para las carreras que queríamos estudiar. Yo, Medicina, y él, Ingeniería Informática.

—¿Y bien? —preguntó, impaciente.

—Anthony ha aceptado, mi venganza acaba de empezar.

Mi colega empezó a reírse mientras se frotaba las manos como un maníaco.

—¡JOSH HALIMTON! ¡SILENCIO! —chistó la profesora.

—¡Joder, profe! ¡Solo estoy celebrando que empieza mi clase favorita!

—¡ODIAS LAS MATEMÁTICAS, JOSH!

—De eso nada, he cambiado, soy un hombre nuevo.

—¡¿Ah sí?! ¡Pues sal a la pizarra!

—No puedo, me duele la rodilla.

CAPÍTULO 15
BRITTANY



—Aguanta, joder —dije en voz alta, mirándome al espejo.

Me sentía mareada y sabía que era ansiedad. Verle no me hizo bien, mi corazón se volvió loco y me moría por abrazarle y besarle.

¿Cómo proteges a alguien de ti misma cuando lo único en lo que piensas es en tirarte a sus brazos?

Mis ganas de correr hacia él, acurrucarme en su pecho y caer en la trampa de decir «te quiero, solucionemos esto, luchemos por lo nuestro» hacían peligrar el futuro de ese chico y, sobre todo, la vida de una niña inocente.

Miré mi bolsa de aseo, sabía lo que tenía ahí, esa parte endiablada de mí misma quería acabar conmigo.

—No —gemí, abriéndolo para sacar todos los chocolates y tirarlos a la papelera.

No pude. En cuanto vi los envoltorios coloridos, mis manos comenzaron a temblar y mi lengua empezó a salivar.

«Solo uno», suplicó mi cabeza.

Yo ya sabía que era una trampa, pero, aun así, cedí.

En cuanto rasgué el primero y mi paladar probó el azúcar, fue como una especie de detonante que me hizo no parar. Sabía que era diabética, que me pondría enferma, que vendrían las consecuencias, sin embargo, no importaba. Joder, solo quería seguir saboreando esos malditos dulces, dándome igual mi vida y mi salud.

¿Es que quería a la comida más de lo que me quería a mí misma?

«Eso se llama adicción». «No tienes fuerza de voluntad». «No sirves para nada». «Eres un desastre».

Y ahí estaba, la voz que siempre me alentaba a cometer este error, era la misma que me juzgaba después.

—No. —Tiré el chocolate que tenía por la mitad a la basura e hice lo mismo con el resto de papeles vacíos.

La puerta del baño se abrió y maldije mi suerte al encontrarme a las personas que menos deseaba ver.

Naomi, Nadia y Rachel.

La castaña, la pelirroja y la que llevaba el cabello teñido de un rojo fuego con toques fucsia me miraron de forma recelosa, dándose cuenta demasiado rápido de lo que estaba pasando ahí.

—¿La estrella del pop se da atracones de comida a escondidas? ¿Qué será lo siguiente? ¿Raparte la cabeza y volverte drogadicta?

El sabor dulce me quemaba la garganta, había comido demasiado deprisa, casi sin masticar. ¿Que por qué no me escondí para evitar esto? Porque no tenía planeado hacerlo. Simplemente.

El mareo se intensificó y el miedo a revivir otra subida de azúcar que me mandase al hospital me obligó a ignorarlas e ir corriendo al váter a vomitar.

Abrí y cerré de un portazo, echando el pestillo, y, al girarme, ahogué un grito al darme cuenta de que en ningún momento estuve sola.

Lucy se encontraba sentada sobre la taza del váter, abrazada a sus rodillas y con los ojos llenos de lágrimas.

—Hola, tata.

Puse un dedo en mis labios para que guardase silencio hasta que esas víboras se fuesen.

Mierda, no podría vomitar delante de la niña.

—¿Te vas a meter los dedos para potar? ¿Quieres que te ayudemos? —Una de ellas le pegó una patada a la puerta. Lucy se levantó del váter para abrazarse rápidamente a mí y yo acaricié sus trenzas para calmarla.

—Vámonos —ordenó Rachel—. No quiero líos con Sean.

—Ya no están juntos. —Se alegró Nadia—. Esta zorra está muerta.

Deduje por el sonido de los pasos que salían del baño, pero todavía sentía una presencia tras la puerta.

Lucy me miraba en silencio y yo le sonreía para transmitirle calma.

—¿Has escuchado eso, hija de puta? —Naomi seguía tras la puerta —. Voy a asegurarme de que todo el mundo se entere de que Brittany Saphire es una bulímica de mierda, te echarán del baile, tu madre te tendrá asco y Sean no querrá ni acercarse a ti. Estás acabada.

Con otra patada en la puerta, se marchó.

El corazón se me iba a salir por la boca, mi madre sabía que me daba atracones, pero no lo de que vomitaba. Solo Derek conocía mi secreto. No estaba preparada para contárselo a mi familia y mucho menos para que se enterase todo Hallow.

—Tata, ¿por qué Naomi te ha dicho esas cosas tan feas? Es muy mala.

Negué con la cabeza, arrodillándome delante de ella. Mi visión estaba borrosa y ya no tenía claro si era por una subida de azúcar o por miedo y ansiedad.

—Solo nos llevamos un poco mal, no es nada.

—Porque a las dos os gusta mi hermano, ¿verdad? Es por eso.

Esta niña era muy lista.

—Sí, es por eso.

—Pero al tete solo le gustas tú, aunque estéis enfadados, él te echa de menos. Su cara siempre está triste, ¿por qué no os pedís perdón y os dais un besito? Porfaaaaaa, porfaaaaaaa, pedíos perdón, ¿sí? Quiero que estéis juntos otra vez, porfaaaaaaa.

Sonreí, dándole unas palmaditas en la cabeza, que estuviese aquí encerrada y llorando no me gustaba lo más mínimo, tendría que informar al director de Hallow sobre esto ya que con su hermano era mejor no hablar. Fui hasta el lavabo y me puse un poco de agua fría en la cara, luego saqué el glucómetro de mi neceser para controlarme el azúcar.

Según el médico, tendría que mirármela siempre antes de comer y luego, una o dos horas después. Y yo me había comido todo eso sin mirarla antes.

Mierda, me iba a dar un subidón y me iba a poner mala otra vez.

No quería morir. Tenía miedo de morir, joder.

¿Por qué me hacía esto?

—Tata, estás muy pálida. Tata, ¿qué pasa?

No, no, no.

—Lucy… —Me costaba respirar y no quería que se preocupase más por mí.

«Voy a asegurarme de que todo el mundo se entere de que Brittany Saphire es una bulímica de mierda». «Estás acabada».

—¡Tata! ¡Tata, ¿por qué no respiras bien?!

—Lucy… —Mi pecho se cerró por completo, otro maldito ataque de ansiedad, sí, debía ser eso—. Ve a jugar con tus amigas, por favor.

Supliqué, sacándola del baño y cerrando la puerta.

No pasaron ni tres minutos, cuando mi móvil comenzó a sonar. Tenía los dedos de las manos agarrotados y entumecidos.

Era él. Sean.

Lucy fue directamente a buscar a su hermano, maldita sea.

Sean: *Contesta, Brit.*

Sean: *O me respondes, o entro al baño de las chicas, tú misma.*

Cuando volvió a sonar, intenté responder, pero la puerta ya estaba abierta y él mirándome mientras Josh hacía guardia en el pasillo.

—Que nadie entre —le instó a Josh, hecho un manojo de nervios.

—¡Oído! ¡Todo el mundo a cagar y a mear a su puta casa! ¡Fuera de aquí!

Cuando cerró detrás de su espalda y nos quedamos a solas, vino rápidamente hacia mí, observó el glucómetro en el lavabo y el desastre que tenía con las agujas.

—Brit, ¿qué pasa? ¿Qué te sucede?

Tenerle ahí, hizo que mi ansiedad aminorase, sintiéndome arropada por su aura protectora y su presencia.

Negué, encogiéndome de hombros, aún con el pecho agarrotado y sin poder cantar victoria. Se enteraría, y no solo él, todo Hallow sabría que era bulímica.

—Eh, cálmate, ¿es por el azúcar? ¿Te dan miedo las agujas?

No.

—S… sí —mentí.

No estaba lista para contarle lo de Naomi, porque a lo mejor cabía la pequeña posibilidad de que se arrepintiese y cerrase el pico.

¿De verdad era tan idiota? Claro que se lo contaría a todo el mundo.

—Vale, respira profundo y saca el aire poco a poco. —Acarició mi mejilla, haciéndome mirarle a los ojos—. ¿Ese pintalabios es nuevo?

Sonreí, volviendo a asentir.

—Te queda la hostia de sexi.

Noté como un calorcito que ya llevaba tiempo sin sentir se adueñaba de mis mejillas y mi vientre. Deseaba abrazarme a él y fundirme en su cuerpo. Le quería. Muchísimo.

—Tienes el azúcar un pelín alto, pero poniendo la insulina se arreglará.

Atónita, me miré el dedo, viendo una pequeña gotita de sangre. ¿Cuándo…?

—¿En qué momento me has pinchado? Ni siquiera me he dado cuenta.

Sean anotaba con su propia letra el azúcar que tenía en mi libretita de mariposas. Sentí un fuerte revoloteo en el estómago al verle hacer eso.

—Tengo manos de médico, *barbie* —sonrió socarrón, sacándose del bolsillo mi barra de labios nueva—. Y también de delincuente.

—Pero ¿qué diantres? ¿Cuándo me la has robado?

—No pienso dejar que vayas por ahí con los labios así pintados.

Me crucé de brazos, regalándole una mirada de incordio. El aire volvía con normalidad a mis pulmones y ya no existía opresión alguna en el pecho.

—Me sobra el dinero, me compraré otra.

Dio dos pasos hacia mí con las manos metidas en los bolsillos, se agachó para mirarme a los ojos y, a un centímetro de mis labios, susurró:

—Pues te la volveré a robar, esa boca es mía, no vas a ir por ahí presumiendo de ella.

Buf, joder.

Bésame.

Súbeme al lavabo y hazme tuya. Ahora mismo.

No, Brit, por Dios, no.

Giré la cara hacia el espejo, empezando a buscar la insulina para ponérmela, dejándole con la miel en los labios.

No se movió. Su cuerpo rozaba el mío. El calor que desprendía era delicioso.

—¿Te la pongo yo, cariño?

Me congelé y casi se me cayó la jeringuilla de las manos al escucharle decirme aquello en voz baja.

—Puedo sola.

—Lo sé, pero quiero hacerlo.

Que lo haga, deja que te la ponga.

No tenía fuerzas para seguir luchando ni contra mis demonios ni contra lo que sentía por él. Así que, en silencio, me saqué los bordes de la camisa de la falda y desabroché los primeros botones empezando por abajo, mostrándole mi abdomen.

La cantidad de insulina ya estaba ajustada, así que solo llevó su mano a mi ombligo, rozando suavemente el *piercing*. Temblé al sentirlo y noté como su expresión mostraba una ligera satisfacción.

—¿Irás a baile hoy?

¿Eh? ¿De verdad le importaba?

—No lo sé, tengo cita con la… —Guardé silencio, no quería decirle que había empezado a ver a una psicóloga por lo de los atracones—. ¿Tú irás al gimnasio?

—Ajá, pero solo para acompañar a Josh y Charlie, todavía no puedo hacer ejercicio. ¿Cuándo bailas en el teatro?

Solo intentaba distraerme, se sabía la fecha de memoria mejor que yo. Estaba entusiasmado con ir a verme a bailar. Y yo con que fuera.

Ahora las cosas serían distintas.

—En tres semanas.

—Genial, ¿nerviosa?

—Un poco.

Me entregó la jeringuilla y echó mi camisa blanca hacia abajo.

—Listo.

La campana que anunciaba el fin del descanso empezó a sonar, él me miró de arriba abajo, sacando mi barra de labios de su bolsillo para meterla en el neceser y cerrar la cremallera.

—Cuídate, *barbie*. Nos vemos.

—Adiós, Sean. Gracias por tu ayuda.

Me quedé ahí, con un millón de cosas por contarle y de preguntas por hacerle.

Quería saber cómo se encontraba, si ya estaba mejor de las heridas. Deseaba saber sobre la recuperación de Mary y también informarle de que Lucy estaba aquí, llorando.

Pero no tuve valor.

De repente, todo volvía a ser complicado entre nosotros.

En apenas dos meses nos graduaríamos y no volveríamos a vernos en Hallow. Posiblemente cada uno continuase con su vida y ambos seríamos un simple recuerdo de esos amores pasajeros de la juventud.

Las lágrimas se me empezaron a caer imaginándome siendo adulta sin él en mi vida.

Por Dios, tenía que madurar.

«Deja de ser una niñata, Brit. Esto es lo que hay», me recriminé a mí misma.

CAPÍTULO 16
NAOMI



Ya no aguantaba más esta vida de mierda.

Llegué a casa y tiré la mochila sobre el sillón de la entrada. Mi padre estaba en su habitación roncando después de la enorme borrachera que se pilló anoche. Dejó de trabajar hace mucho por una discapacidad en una rodilla, y lo único que hacía era beber en el bar con sus «compañeros».

La casa era una puñetera pocilga, no había comida en los armarios, no por falta de dinero, pues papá cobraba su pensión y la casa ya estaba pagada, sino porque era un vago y nunca iba a comprar.

Todo tenía que hacerlo yo.

Empecé a fregar los platos para poder cocinarme algo decente. Las tripas me rugían y tenía ganas de empezar a romper cosas. Y mientras enjuagaba los vasos, me acordé de la estúpida de Brittany.

Así que la princesita tenía un desorden alimenticio, ¿por qué? ¿Porque no tenía el pelo lo suficiente rubio? ¿Porque el pintalabios hoy no le quedó como le gustaba? Idiota de mierda, quisiera verla viviendo un solo día de mi vida.

La detestaba, tanto que mi ansiedad por hacerle daño se disparaba constantemente.

Y sabía que ella nunca me había hecho nada, pero joderla viva hacía que me sintiese mejor, era como… una adicción. No sabría explicarlo, pero me llenaba de paz cada vez que las cosas le salían mal.

Apoyé las manos sobre el fregadero, dejando el agua correr, y me tomé unos segundos para respirar y tranquilizar mis pensamientos.

Las tripas volvieron a rugirme. «Ya voy, joder», me dije a mí misma.

Últimamente tenía un humor de perros, o sea, más de lo habitual. La puta regla no me bajaba y me sentía superhinchada, toda la ropa me apretaba y tenía ganas de comer todo el maldito día. ¿Y los granos? Ja, menuda odisea, parecía que de repente volvía a tener dieciséis años.

Fui lanzando los platos a mala leche contra el escurridor, haciendo todo el ruido posible para que el idiota de mi padre se despertase de una vez. Mi mal humor era tal que incluso dejé caer uno al suelo a posta.

Nada, seguía roncando.

Hay que joderse.

Encima tendría que recogerlo.

Seré estúpida.

Tiré los restos del plato roto a la papelera, deseando que mi padre se cortase un dedo al sacar la basura, y abrí la nevera con cara de asco, contenía las mismas porquerías de siempre.

Cogí un par de salchichas y saqué puré de patatas instantáneo del mueble, lo tenía bastante aborrecido, pero era mi salvavidas. Cuando terminé de cocinar lo justo y necesario solamente para mí, pues no pensaba hacerle de comer a ese cerdo que seguía soltando ronquidos en la cama, recogí lo que ensucié y me encerré en mi habitación para por fin comer.

Justo cuando me senté en la cama, con el plato sobre las piernas, mi vejiga se empeñó en molestarme.

«Joder», maldije en voz alta, acordándome de lo que tenía guardado en el cajón de la mesita de noche.

Un test de embarazo.

Debía hacérmelo tarde o temprano, lo postergaba todo lo posible porque me daba pánico enfrentarme a la realidad, no obstante, tenía que echarle valor y salir de las dudas cuanto antes.

Sí. Era el momento.

Tragué saliva mientras dejaba el plato sobre la cama. Con manos temblorosas, abrí el cajón y cogí la cajita para esconderla debajo de mi camiseta y salir corriendo al baño.

Seguro que era un retraso, un cambio hormonal o tal vez, producto de mi mala alimentación. Literalmente, llevaba desde que murió mamá sin comer comida en condiciones, siempre cosas de paquete y ultraprocesadas.

Bueno, en realidad, desde que Brittany y Lois se fueron de esta casa. Esa mujer cocinaba medio bien, aunque no le gustase mucho hacer nada. Eso sí, esa rubia flacucha jamás superaría ni sustituiría a mi madre. Por eso puse todo de mi parte en romper su relación con mi padre.

Cerré de un portazo y abrí el test. Leí las instrucciones detenidamente y, cuando lo tuve más o menos claro, procedí a la ejecución.

Maldita sea, estaba sudando de los nervios.

Alguien tocó a la puerta.

—¿Nai? ¿Estás ahí? ¿Por qué haces tanto ruido?

—Ha sido sin querer —rodé los ojos—, lo siento.

—No pasa nada, hija, ¿has comido?

—Sí.

—¿Hay algo para mí?

Me reí, sorbiendo por la nariz.

—No, lo hice a las prisas, lo siento.

—Vale, cielo, ahora me haré un bocadillo de cualquier cosa, te quiero.

Mi padre se fue seguramente dando tumbos a la cocina. No era mal hombre, pero no le perdonaba que intentase tantas veces rehacer su vida con otras mujeres cuando mi madre se había dedicado en cuerpo y alma a él.

Suspiré, volviendo a mirar el test de embarazo, segura de que el resultado sería negativo.

Pero no, mi seguridad se fue a la mierda en el momento en que el dispositivo se me resbaló de los dedos con ese positivo marcado en la pantalla.

Corrí a verificar las instrucciones no creyendo que fuese verdad.

Estaba embarazada de Derek Stephan.

CAPÍTULO 17
BRITTANY



—¿Puedes parar? Me estás poniendo de los nervios. ¡Brit! ¡Para!

Derek me agarró la rodilla para que dejase de moverla. Era mi primera visita oficial con una psicóloga para hablar sobre mi TCA.

La verdad es que en un momento como este, a quien quería a mi lado era a Lois, pero tenía cita en la peluquería y luego quedó con unas amigas para tomar un té con pastas.

Y, por otro lado, no podía dejar de pensar en él.

El momento a solas en el baño de las chicas se repetía en bucle en mi mente. Una y otra vez.

—Derek. —Por mucho que disimulase, para mí ya era imposible seguir llamándole Derk—. Necesito pedirte algo.

Él ya sabía mi secreto, así que era mi último cartucho.

—Claro, ¿qué pasa?

No confiaba en absoluto, pero ¿qué podía hacer? Estaba desesperada.

—Naomi me ha pillado esta mañana. Dándome un atracón, lo sabe.

—¡¿Te has vuelto a dar un atracón?!

—¡Shhhh! —chisté, mirando hacia todas partes—. Joder, baja la voz.

—No está bien que hagas eso, no después de lo que te pasó, ¿es por culpa de ese imbécil? ¿Quieres que vaya a hablar con él?

El estómago se me llenó de ácido al escucharle hablar de Sean de esa manera. Fruncí los labios, respiré profundo, conté hasta tres y seguí con mi actuación de soportarle.

—Te pido que hables con Naomi, no quiero que haga pública mi bulimia.

Con una ceja alzada, me miró como si fuese ridícula y soltó una carcajada despreocupada.

—Brit, ¿a quién le importa que te metas los dedos para potar? A mí me parece bien que lo hagas, prefiero eso a que estés gorda.

No sé qué me decepcionó más, si la respuesta de Derek o la esperanza de que una basura humana como él pudiese decirme otra cosa.

Aparté de forma agresiva mi rodilla de su mano, cruzándome de brazos y dándole la espalda.

—¿Ahora te enfadas? No he dicho nada malo, todo lo contrario. Estoy diciendo que me parece bien lo que ha…

—¿Brittany Saphire?

—Soy yo. —Me levanté y corrí hacia la mujer que salió de la consulta con una bata blanca y una carpeta en la mano.

—¿Quieres que entre contigo? —preguntó Derek desde su asiento.

—¡Ni te molestes! —Cerré de golpe, suspirando nada más quedarme a sola con la psicóloga.

Ella frunció el ceño y se apartó un mechón de la cara, apuntando algunas cosas en el ordenador mientras, con un gesto, me invitaba a tomar asiento.

—¿Es tu novio?

—No.

—¿Familiar?

—Hermanastro.

—Ajá.

La conversación empezó siendo similar a la que tuve en el hospital con aquella doctora. Que desde cuándo me sucedía, que qué sentía en aquel momento, que si había algún detonante que lo provocase...

Me sudaban las palmas de las manos, secándomelas cada dos por tres sobre el vuelo de la falda del uniforme, pues fue ir a casa a comer y venir directamente aquí.

—¿El último atracón que te diste fue el día que te dio la subida de azúcar y la crisis de ansiedad?

«No», estuve a punto de decir.

—Si —mentí.

Sabía que no estaba siendo honesta, pero no estaba preparada para más reprimendas y reproches.

Por algún motivo, tuve la sensación de que no me creyó.

—Bueno, lo primero de todo es que quiero que entiendas que no estás sola, a muchísimas personas les sucede lo mismo y aunque ahora lo veas como un pozo sin fondo, créeme, puedes salir de ahí.

Los ojos se me aguaron de inmediato.

—¿De verdad? Sabía que era ridículo, sin embargo, hasta este momento, tuve la sensación de que yo era la única chica del universo a la que le pasaba esto.

—Por supuesto, y segundo, voy a darte unas pautas para cuando te vengan las ansias de los atracones.

Arqueé una ceja.

—¿Hay pautas?

Soltó una carcajada maternal.

—Claro.

—Ah… —balbuceé—. Genial. Pues quiero saberlas.

—Vamos a trabajar con la relajación. —Se levantó de su silla viniendo hacia mí, agarró mis muñecas y me subió los brazos por encima de la cabeza—. Abre las palmas, estira los dedos, respira profundo, cuenta hasta cuatro y suéltalo contando hasta ocho.

Lo hice.

—¿Sientes cómo se te descarga un poco la tensión del cuerpo?

—S… sí.

Lo admitía, parecía ayudar.

—Los atracones de comida suelen venir por un cúmulo de emociones negativas. El día que menos lo esperas, explotas y pierdes el control, así que una de las formas de disminuir el estrés en tu cuerpo es practicar ejercicios de relajación, trabajaremos con Catalina, una enfermera que te enseñará técnicas y trucos para esos momentos.

Sonreí con timidez, notando algo de alivio y esperanza. No quería venir a esta cita por nada del mundo y ahora solo podía alegrarme de haber dado el paso.

—¿Y aprendiendo a relajarme, podré…?

—¿Superarlo? No es tan fácil, pero es el primer paso. —Agarró un bolígrafo, apuntó algunas cosas en su agenda y volvió a escribir en el ordenador—. Lo siguiente que haremos, es esto: cuando no puedas evitar darte el atracón, necesito que tomes conciencia de lo que estás comiendo, no lo hagas en piloto automático.

No la entendí del todo.

—¿Te refieres a que elija alimentos saludables? ¿Que me coma un kilo de brócoli en vez de chocolate?

Volvió a reírse.

—No, me temo que eso es imposible. Con que tomes conciencia me refiero a esto. — Me mostró una hoja de papel y dibujó una montañita con el bolígrafo—. Cuando vas a darte un atracón, la ansiedad sube hasta un pico, en este pico, es cuando pierdes el control y empiezas a comer, ¿la mala noticia? Una vez que llegas a

ese punto, es muy difícil de evitar, ¿la buena? Podemos controlarlo, ¿cómo? De la siguiente forma. —Trazó una línea recta y empezó a descender—. El pico de ansiedad máxima dura unos minutos, luego, siempre, absolutamente siempre, baja. Quiero decir: no se mantiene, es como un tsunami que lo destroza todo y luego se va, ¿me sigues?

Asentí totalmente en silencio, sin querer dejar de escucharla.

—Pues, lo que tú podrás controlar es lo que ingieras en esos… ¿veinte minutos de descontrol? —Arqueó una ceja y me encogí de hombros, suponía que sí, que era eso lo que duraban mis atracones. A veces un poco más y otras menos—. Y no, no quiero decir que comas brócoli, como ya te dije, es imposible, pero lo que sí puedes hacer es… —con letras mayúsculas, sobre la montañita dibujada, escribió— comer despacio.

—¿Comer despacio?

—¡Exacto!

—¿Y eso marca alguna diferencia?

—¡Lo marca todo! No es lo mismo comer dos pizzas en veinte minutos que comer solo media ¿no? Y no es lo mismo comer una tableta de chocolate entera que comer la mitad.

Ahora era yo la que reía.

—No lo entiendes, si como un trozo de chocolate, no puedo parar hasta que me lo haya comido todo, no importa lo despacio que coma, no dejaré de pensar en ese chocolate hasta que se haya acabado.

—Eso es porque el chocolate es tu detonante, y no se trata de eliminarlo, ¿eh? Restringir un alimento solo hará que tu TCA empeore, pero sí debes recurrir a otras comidas cuando te sientas así, comidas que te gusten mucho, pero con las que sí puedas parar. Por ejemplo, ¿te gusta la pasta? ¿Una hamburguesa grasienta con patatas fritas? ¿*Fish and chips*? ¿Helado? Deja el chocolate para cuando te sientas bien, compra solo una chocolatina, cómetela y disfrútala, pero no tengas chocolates escondidos en casa y, cuando

sientas que no puedes más, elige un plato sustancioso, que te sepa delicioso y te sacie. Intenta ver una película mientras lo disfrutas lentamente, o incluso si puedes, comparte esa comida con otra persona, habla, ríe…, todo eso hará que el pico sea más suave y el atracón, al final, no sea tan abrupto.

Asentí, queriendo grabarme en la mente todos y cada uno de sus consejos. Parecía tan fácil…

—No lo lograrás a la primera —dijo de inmediato—. Y esto no lo digo para desanimarte, sino para que, cuando falles, no te sientas culpable. Es práctica, relajación y, sobre todo, hacer las paces con la comida y lo más importante: contigo misma.

—¿Conmigo misma?

Aquellas palabras fueron las que más me calaron.

¿Estaba yo en guerra con mi propia persona y quizá ni lo sabía?

—Me temo que, por lo que veo en tu expediente, tu TCA es generado por el sentimiento de abandono que sientes a causa de la ausencia de tus padres.

Una lágrima se me escapó, humedeciéndome la mejilla.

—¿Y por qué tendría que odiarme yo por eso? Es culpa de mis padres, no mía.

—En el fondo, tu niña interior debe creer que no es lo suficientemente buena para merecer que la quieran. Ahí está la raíz del problema. Pero tranquila, llegaremos, ¿vale?

CAPÍTULO 18
SEAN



Oí el rugido del motor del deportivo del gilipollas de los cojones. Miré por la ventana de mi tío y vi a Brit bajarse del coche. Todavía iba con el uniforme de Hallow, lo cual me pareció raro. Consulté el reloj, por la hora que era, en nada empezarían sus clases de baile.

Bah, no podía comportarme como un novio posesivo y celoso, primero que nada, porque, aunque la quisiese con el alma, ya no éramos novios.

Me iba a dar algo, joder. Necesitaba aplastar a esa cucaracha cuanto antes para que dejase de estorbar en nuestra relación.

—Tete, ¿por qué no vamos a ver a la tata? Para ver si está mejor, pooooorfaaaaa, porfa, porfaaa. Mira, mira, le he dibujado un periquito. Quiero regalarle mi periquito, por favooooooor.

Sonreí al ver el dibujo tan bonito que hizo. Hoy mamá llevaba todo el día con dolor de cabeza y casi no había podido salir de la cama. Tenía mal aspecto. Quería llevarla al médico, pero el tío Vladimir insistió en que eran efectos secundarios de la inyección y que todo estaba bien. Ella decía lo mismo.

—Mejor se lo damos mañana en Hallow, ¿mmm?

—¡Jo!

—¡Esa boca, *Liusiya!*

—¡Tú dices más palabrotas que yo!

—¡Yo ya soy grande!

—¡Mamá dice que cuando tenías mi edad también las decías!

—¡Má no sabe lo que dice! —chisté, agradeciendo que no me estuviese escuchando porque, si no, saldría una de sus zapatillas volando hacia mi cabeza.

—Pues guardaré mi periquito en la mochila para regalárselo mañana a la tata. Espero que Naomi no se entere, para que no se ponga celosa.

Con los ojos entrecerrados, acechando la casa de Brit por la ventana como si fuese un halcón, chasqueé la lengua.

—¿Y qué tiene que ver esa petarda ahora? Naomi no existe en nuestras vidas, Lucy.

—Ya, pues a ver si se lo explicas, porque hoy en el cole ha amenazado a la tata.

La sangre de las venas se me congeló.

Cuando Lucy me llamó, me dijo que estaba haciendo pis en el baño y que Brit se encontraba mal, no me dio más detalles.

Como si estuviese poseído por un demonio, retorcí mi cuello para mirarla.

—¿Qué pasó exactamente entre Naomi y la tata, Lucy?

Ella hizo un gesto con la manita para que me acercase, mirando hacia un lado y a otro para comprobar que estábamos solos en el salón.

Cuando me coloqué de rodillas a su lado, para estar a su altura, se puso una mano al lado de la mejilla y susurró:

—Le dijo cosas superfuertes.

Me cagaba en mi puta vida. Iba a empezar a cortar cabezas ya.

—¿Cómo de fuertes?

—Como para que Papá Noel no te traiga ningún regalo.

—Desembucha.

—Es que como me escuche el ratoncito Pérez…

Rodé los ojos, empezaba a desesperarme.

—Lu, si yo te pido que me lo cuentes, entonces no pasa nada.

Se mordió el labio, volviendo a ponerse la mano en la mejilla.

—Le dijo que estaba muerta y otra cosa más que no entendí muy bien.

Un tic nervioso me hizo pestañear en el ojo derecho. Como eso fuese verdad aquí iba a arder troya.

—Intenta repetir lo que escuchaste, no importa que no sepas qué palabras son.

Ella puso un dedito sobre su nariz, dando leves golpecitos mientras pensaba.

—Bu…

¿Bu?

—Lu, va en serio.

—¡Que sí! Dijo, bu…

—Bu… —repetí, cada vez más ansioso.

—Bubi…

¿Qué cojones?

—Bubi… ¡Bubimianca!

—¿Bubimianca?

Arrugó la frente y negó.

—No, sonaba parecido, pero así no, tenía algo que ver con vomitar… Bu… Bumi… Buli…

Mi ceja derecha se alzó y el pecho se me contrajo. No, no podía ser. Ni de coña.

—¿Bulímica? —pregunté, muerto del miedo.

—¡Sí! ¡Eso! ¡Naomi le dijo a la tata que era una *bumílica*!

Como si me hubiese alcanzado un rayo, fui cagando leches a por el casco y la cazadora. Lucy empezó a perseguirme por toda la casa.

—¡Tete! ¿Ya te vas a la casa fea? ¡No te vayas! ¡Quédate un poquito más!

—Mañana vengo a recogerte, tengo que ir a trabajar.

No era mentira, mi jefe me llamó para que arreglase un par de motos después de salir del gym, pero me temía que el gimnasio iba a esperar.

En cuanto me puse la cazadora sobre la camiseta gris, la apretujé entre mis brazos y le besuqueé la cara.

—Te quiero mucho, moco con pelos, dale un beso de mi parte a má cuando despierte.

—Vale, tete, te quiero.

—Hasta mañana, peque. —Que me mirase con esos ojitos tristes me partía el alma, pero lo mejor para ella era salir de ese barrio, y lo mejor para mí era quedarme allí—. Por cierto, yo también quiero un periquito.

Su cara brilló de ilusión y fue corriendo a por sus lápices de colores para ponerse manos a la obra, aproveché para salir de la casa del tío Vladimir y subirme a la moto.

No pude evitar mirar hacia las ventanas de los Stephan. Me moría de ganas de ir a hablar con ella, de besarla, de abrazarla, de prometerle que todo estaría bien. Pero no serviría de nada porque seguiría sin creer en mí, empeñada en protegerme cuando yo lo único que necesitaba para vivir en paz era seguir respirando el aroma de su precioso pelo.

Aun así, no poder acercarme a ella no significaba quedarme de brazos cruzados.

Arranqué la moto a toda velocidad, dirigiéndome directamente a casa de Naomi.

Hacía mucho que no pisaba esa puta casa y me juré no volver a hacerlo, pero si mis sospechas sobre lo que decía Lucy eran ciertas, tenía que actuar.

En cuanto dejé el instituto Salduva atrás y me bajé dos calles más a la izquierda, vi la moto de mi colega Josh aparcada, entendiendo que estaba en casa de Ana.

Pues sí que estaban pasando cosas entre ellos y se las tenía calladas el cabrón.

Me quité el casco, saliendo a pie del aparcamiento de motos para ir directamente hacia el edificio en el que vivía Naomi. Nada más llegar al portal, toqué al telefonillo.

—¿Diga?

Su padre.

Era buen hombre, siempre me trató con mucho respeto.

—Señor Wilson, ¿qué tal? Soy Sean, ¿está…, eh…, Naomi en casa?

Esto se me hacía raro de la hostia.

—¡Claro! ¡Sube!

Tiré de la puerta, sintiendo aquel familiar y ahora extraño olor en la escalera. Antiguamente, esta era la casa de la que fue mi novia por años. Sin embargo, venía aquí para cantarle las cuarenta y defender a mi ex, de la cual seguía enamorado hasta las trancas.

Subí hasta la segunda planta y la puerta ya estaba abierta, en cuanto puse un pie dentro, el señor Wilson vino de inmediato a saludarme, estrechándome la mano y dándome después un abrazo.

—Me alegra verte de nuevo, hijo, llevaba tiempo sin saber de ti, ¿qué tal todo? ¿Sigues arreglando motos?

Me rasqué la nuca, de repente me sentía superincómodo, pero debía ser maduro y afrontar el problema. Vine a lo que vine. Y punto.

—Si, de hecho, tengo prisa porque ya debería estar en el taller. —Fingí mirar la hora en el móvil—. ¿Puedo hablar con su hija un

momento?

Una sonrisa cómplice me dejó descolocado, si creía que estaba aquí para arreglar las cosas con ella, se equivocaba.

—Claro, está en su cuarto.

—Genial, con permiso…

—Sean. —Me detuvo, antes de que siguiese avanzando—. Me alegro de que estés de vuelta, el otro chaval no me gustaba. Ni un pelo.

Chasqueé la lengua.

—Siento mucho decepcionarle, pero su hija y yo no estamos saliendo, y no volveremos a salir nunca. Solo quiero hablar con ella sobre… sobre Hallow.

La decepción pintó su cara.

—Oh, ya veo.

—Gracias por su tiempo. —Sonreí, aún con esa incomodidad en cada parte de mi cuerpo.

Cuando crucé el pasillo, me paré frente a la puerta de madera clara que estaba junto al baño, toqué tres veces para ver si podía entrar. La escuchaba hablar por teléfono.

—¡Ahora no, papá! —chilló como una loca posesa.

Vaya educación de mierda.

Volví a tocar con más fuerza, enfadado solo de pensar que algún día tuviese una hija y me contestase así.

—¡Te he dicho que…! ¡Arg! Derek, te llamo luego.

Pasos, cosas por un lado y por el otro, más pasos y…

—¡¿Es que estás sordo y no escuchas o…?! —En cuanto me vio, dejé de ser el único en sentirse incómodo—. Sean… ¿Qué haces…?

—Tenemos que hablar —contesté seriamente, con las manos dentro de los bolsillos.

Agachando la mirada y con una expresión de disgusto, me hizo un gesto para que entrase.

Su cuarto era como la guarida de un león. Ropa limpia mezclada con la sucia, zapatos apilados en una montaña en una de las esquinas. La cama sin hacer desde que los dinosaurios se extinguieron…

Naomi siempre fue desordenada y caótica, yo solía ayudarla a recoger su habitación, pensaba que esto le sucedía por la pérdida de su madre. Ahora ya no importaba. La vida era dura para todos, aquí no se salvaba nadie, y cada uno tenía que luchar con su propia mierda.

—Siéntate. —Retiró unos vestidos mezclados con ropa interior de su silla del escritorio y lo lanzó todo sobre la cama, sentándose ella en un hueco que quedaba libre.

—No importa, estoy bien así.

—Pues… tú dirás.

Temblaba, le castañeaban los dientes. No dejaba de tocarse el pelo y evitaba mi mirada a toda costa.

También tenía mal aspecto, estaba más pálida de lo normal y… ¿eso eran manchas en la cara?

—Naomi, ¿te ha salido una mancha en la frente?

Se la tapó rápidamente con la mano, echándose el flequillo hacia delante.

—No es nada, dime, ¿qué quieres?

—¿Qué ha pasado con Brittany hoy?

Su cuerpo se congeló sobre la cama, poco a poco fue levantando los ojos hasta mirarme.

—No sé qué te ha contado, pero esa zorra miente.

—No ha sido ella, fue mi hermana, y como se te ocurra llamarla mentirosa te estrangularé aquí mismo.

Frunció el ceño.

—¿Tu hermana? ¿Lucy?

—Necesito que contestes a dos preguntas, es muy fácil. La primera: ¿la amenazaste con matarla? Y la segunda: ¿dijiste algo sobre la bulimia?

Me miró, tartamudeó, cambió la mirada hacia otro foco y volvió a mirarme, luego, agachó los ojos hasta mis pies.

Dijese lo que dijese ahora mismo sería mentira.

—¿Bulimia? ¿Matarla? No…, por Dios, Sean. ¿Brit es bulímica?

Me crucé de brazos.

—Eso es lo que intento que tú me digas.

Cabeceó, haciéndose la inocente y la afligida. Ella nunca tuvo lástima de Brit, siempre la nombró desde el odio y el rencor, sentimientos que creí justificados en su momento, pero me equivocaba. Así que no me creería sus lágrimas de cocodrilo en este instante.

—Sean, conozco a Lucy y sé que es una buena niña, pero quizá entendió mal las palabras, yo hablaba con Rachel. Es verdad que vi a Brit y que estaba un poco… ¿extraña? No te voy a mentir, intercambiamos un par de miradas incómodas, ya sabes que no nos soportamos, pero no sucedió nada más. Ni siquiera sabía que tu hermana estaba en el baño.

Me quedé pensativo.

—¿No dijiste la palabra bulímica en ningún momento?

Negó.

—Para nada, ni yo ni Rachel dijimos algo así.

Mi hermana era demasiado pequeña para comprender esa palabra, no se la inventaría. Tuvo que escucharla sí o sí.

Así que Naomi claramente me estaba mintiendo en la puñetera cara.

—¿Estás siendo del todo sincera conmigo?

—Sean, yo te quiero, con todo mi corazón, lo sabes.

—No te he preguntado eso.

—Nunca te mentiría.

Qué cínica.

—Ya me mentiste muchísimas veces cuando estábamos juntos, ¿cómo creería que no lo haces ahora?

Se puso en pie y caminó hacia mí. Llevaba el pelo recogido, los ojos pintados con un delineador negro, los *piercings* de sus orejas a la vista y un sujetador rosa que desentonaba bajo el top blanco.

Parecía una chica de barrio, una chica más acorde a mí, a lo que yo era.

Pero mi corazón no latía por ella, sino por una mujer que estaba totalmente fuera de mi alcance y a la que querría hasta el último día de mi vida.

—Deberías olvidarte de ella, ya todo el mundo lo sabe, todos sabemos que habéis roto.

Sin decir nada más, se quitó el top y, mientras yo permanecía en silencio, echó el pestillo de su habitación, volvió a colocarse frente a mí y, poco a poco, se fue soltando el pelo para después desabrocharse el sujetador y enseñarme las tetas.

—Puedes hacérmelo ahora mismo. Todo puede volver a ser como antes, o incluso mejor. Que les den. Que le den a Brit, que le den a Derek… Ellos no son como nosotros, no pueden comprendernos. A ellos la vida no les duele como nos duele a ti y a mí, Sean.

Su mano derecha acarició mi cuello y mi pelo negro, la otra se sobre en mi pecho.

—Sean, te echo de menos.

Yo no decía nada.

Me mantenía ahí, con la vista perdida, la tenía en frente pero no la veía. Solo pensaba en lo extraño, difícil e imposible que sería volver a tocar o acostarme con otra chica. En el dolor que me produciría sentir otro cuerpo, otro olor, otra piel.

El mismo dolor que me abrasaba en este momento, al notar los dedos de Naomi enredados en mi pelo, al oler su perfume y ver su cuerpo casi desnudo.

Finalmente, la miré, viéndome reflejado en sus ojos.

—Naomi.

—Sean… —Apretó mi nuca para acercarme más a ella, rozando mi pecho con sus tetas.

—Nunca le he hecho daño a una mujer.

—Lo sé, sé perfectamente cómo eres, y por eso es que te quiero y que no puedo olvidarte.

Sus labios estaban demasiado cerca de los míos, solo faltaba un centímetro para que nos besásemos.

—Pero —añadí— si vuelves a acercarte a Brittany, quizá tu nombre aparezca en el telediario, y tu padre tenga que ir a ponerte flores al cementerio. —Me aparté, dando un paso atrás—. Espero que lo hayas entendido. Ya te he amenazado dos veces, no habrá una tercera.

Abrí el pestillo y salí de allí, despidiéndome del señor Wilson.

Siempre tuve miedo de perder la cabeza, dejarme llevar por mi temperamento, cometer un delito y terminar en la cárcel, convirtiéndome en lo mismo que mi padre, abandonando a mi familia.

Pero por la chica de la que estaba completamente enamorado, era capaz de cualquier cosa. Ella seguía creyendo que podía salvarme, pero para mí, sin su amor, ya no había redención.

CAPÍTULO 19
JOSH



Unas horas antes.

Estaba emocionado, tanto que no pude ni dormir por la noche, pensando que esto era un puto sueño.

Le hice una coña a Anastasia, diciéndole que si tenía la casa sola podía ir a verla, y me respondió lo inimaginable: «Mañana no hay nadie en todo el día, ¿quieres venir?».

Joder, se me puso dura nada más leer ese mensaje. Fui corriendo a mi arsenal de mercancía sexual y ya tenía preparados los condones y el lubricante en el sillín de la moto, solo me faltaba el anillo de bodas, pero, bueno, eso podía esperar, tampoco quería asustarla.

El recuerdo de aquella estúpida niña que me gustó cuando era un crío y se estuvo riendo de mí durante tres semanas por declararle mis sentimientos vino a mi mente. Me convertí en el hazmerreír de Hallow y nunca volví a confesarle a otra chica que me gustaba.

Desconfiaba, eran malas, hostias.

Pero Ana parecía diferente, ella no me sonreía para apuñalarme por la espalda. Me apuñalaba directamente a la cara, y en cierto modo, era algo que agradecía.

No sé, no me parecía una falsa, y eso me abría a la posibilidad de confiar en ella. No le haría daño ni la forzaría a nada que no quisiera, pero los condones y el lubricante estarían ahí por si acaso.

Hombre, no podía tener una cita con un pibón así y no ir preparado, imaginaos que le entran ganas y no puedo complacerla, sería un soldado caído en plena guerra, y al combate se iba preparado. Siempre.

Faltaba solo media hora, estaba ansioso por contárselo a Sean, pero me sentía un canalla restregándole que iba a tener una cita con la mejor amiga de la chica de sus sueños. Cuando yo estaba en la mierda, no me gustaba que me restregasen por la cara lo bien que les iban las cosas a mis colegas, aunque yo de Sean nunca he tenido celos, pobrecito, si sufre como un condenado.

Aun así, no le haría lo que no quería que me hiciesen a mí.

No podía más, así que decidí llamarla.

No. No la llamaría, porque ¿y si se arrepentía y me decía que no fuera? De eso nada, iría a su casa ahora mismo.

—Pero bueeeeeno… —Mi madre se detuvo en mitad del pasillo, con el delantal puesto y el palo de la fregona en la mano, olía a carne asada—. ¿Dónde va usted así de galán?

Sonreí atontado.

—Me acabo de afeitar, mira qué suave tengo la cara.

Ella me acarició la mandíbula, dándome un tortazo de cariño.

—¿Cómo se llama la «desafortunada»?

—¡Eh! ¿Cómo que desafortunada? —me enfurecí, pisándole el suelo mojado para vengarme—. Anastasia, ¿a que es un nombre precioso?

—¿Anastasia?

—Sí, ¿qué pasa?

—Es la primera que no tiene nombre de *pilingui*, estoy sorprendida.

Pilingui, así llamaba mi madre a las chicas con las que me enrollaba. Ella era una mujer chapada a la antigua, llegada de Egipto, con otras ideas sobre la vida. Allí momificaban a sus muertos y esas cosas, así que ya os lo podéis imaginar.

—Claro, porque esta va a ser para siempre. —Cogí mi chaqueta para la moto del perchero y me la puse por encima de la sudadera roja. Amaba el color rojo, estaba obsesionado con él.

Mi vieja se detuvo en mitad del pasillo, con los ojos abiertos como platos.

—Josh, ¿en serio?

—En serio, ¿qué?

—¿Te has echado novia?

Abrí la boca, sin saber ni qué decir.

—Pues…

La decepción reinó en su mirada.

—Ya decía yo.

—Joder, mamá, ya sé que Cleopatra tuvo a Moisés con dieciséis años, pero en el mundo moderno las cosas van más despacio.

Ya estaba, la cólera de Ra se adueñó de Zahra y ahora la descargaría conmigo.

—¡¿CLEOPATRA Y MOISÉS?! ¡PERO CÓMO ERES TAN INCULTO Y CEPORRO!

—¡Que ya sé que la historia no es así! ¡Es para que te rías un poco!

Conseguí abrir la puerta de casa, saltando de una esquina a otra para no seguir pisándole el suelo mojado a mi madre o me echaría de casa para siempre.

—¡Ten cuidado con la moto! —Fue lo último que la escuché decir antes de cerrar la puerta.

Se me quedó grabada su breve emoción al pensar que por fin salía con una chica en serio. Joder, que solo tenía dieciocho, tampoco es

que tuviese cuarenta y se me fuese a pasar el arroz.

Abrí el sillín de la moto y observé los condones y el lubricante ahí dentro. ¿A quién iba a engañar? No lo íbamos a usar, Ana me cortaría los huevos primero.

Además, esto no se veía romántico.

Y con ella yo quería que sí lo fuese. Un consejo de Sean me vendría de perlas en este momento, pero no le iba a estar jodiendo. Qué va. Recurrí a San Google: «¿Cómo seducir a una chica a la que le caes mal?».

Fruncí el ceño.

No. Si le cayese mal no me invitaría a su casa. Lo reescribí de nuevo: «¿Cómo ser romántico con una chica a la que le caes regular?».

—Flores, bombones, cine, conversaciones sobre temas de su interés, paseos, atardecer…

Buf, me iba a explotar el cerebro. Demasiada información para un tío tan tonto como yo.

Paré con la moto en una floristería, pillé una rosa de color amarilla, porque las rojas siempre se las regalaba a las *pilinguis* y ella era distinta, me negaba a tratarla como a una más. Luego pasé por la tienda de Fátima, pillé unos bombones de chocolate y me fui directo a su casa.

Antes de que me desabrochase el casco, sentí el móvil vibrar en la pierna.

Srta. Halimton: *¿Vas a venir?*

Sí, ya le había adjudicado mi apellido. Sería mi humilde y sucio secreto.

Yo: *Acabo de aparcar, ya subo, ¿es el 2º C?*

Srta. Halimton: *Sí, sube directamente, la puerta está rota y siempre está abierto.*

Yo: *Ok, ya voy.*

Abrí el sillín de la moto, saqué un condón disimuladamente y me lo guardé en el bolsillo del chándal que llevaba. Pero, ojo, que no iba con cualquier chándal, era un chándal de tío guapo, de salir de fiesta y partir la pana.

El lubricante no tenía forma de llevármelo sin parecer un lunático, así que, por ahora, se quedaría ahí. Bueno, para algo tenía la lengua.

Te has venido arriba, Josh.

Definitivamente.

Agarré la rosa y los bombones y fui directo al edificio, subiendo las escaleras mientras me temblaba todo.

Yo, nervioso por una tía. No me pasaba esto desde que era un crío.

Llegué a su puerta. «2º C», leí, suspiré para calmarme y toqué al timbre.

Un perrito empezó a ladrar.

—¡Cookie! ¡Para! ¡Ya está! ¡Cookie!

Oí la cerradura abrirse y su olor a frambuesa me hizo flaquear de piernas para abajo. Esta chica me dejaba como un flan.

—Hola —saludó, supercortada.

—Ey, ¿qué tal?

Yo estaba todavía más cortado que ella. Vaya tela. Una cosa era ir de fiesta por ahí, estar con Sean y Brit, y otra, a solas. En su casa.

En realidad, yo no era vergonzoso ni tímido, pero sí me faltaba confianza en mí mismo a la hora de … pillarme por alguien. Y Anastasia era ese tipo de chica de la que me podría pillar perfectamente. No quería volver a pasar por aquello.

—Pasa. —Se hizo a un lado, con un caniche blanco entre sus brazos, moviendo la colita y desesperado por chuparme la cara—. ¡Cookie! ¡Quieto!

—¡Holi! —lo saludé, rascándole al cabeza—. ¿Puedo cogerlo?

—Te llenará de pelos.

—No importa.

Le entregué la rosa y la pequeña caja de bombones roja, ella se puso colorada y yo también, fingí jugar con el perro para escabullirme de la situación.

—Ah…, eh…, no era necesario.

—Bueno, solo es un detalle.

Desapareció de la entrada, dejándome a solas con Cookie, el cual me lamía las manos sin parar. Era un perrito muy simpático.

Ana volvió de lo que parecía su habitación, me miró las manos, tragó saliva y desvió la mirada.

—Am…, ¿quieres quitarte la chaqueta? —Señaló hacia el perchero.

—Vale.

Dejé al perrete en el suelo, quitándome la prenda y dándosela, ella la dejó colgada encima de una rebeca que parecía ser suya. El perchero estaba lleno de sombreros que suponía serían de su padre.

—He preparado el salón, he puesto la mesa y bajé al súper a comprar unas bebidas. En la tele está listo Netflix y tengo el número de teléfono para llamar y pedir unas piz…

Mis manos se apoyaron en sus hombros, sacudiéndola un poco.

—Respira, te estás poniendo morada. —Sonreí y ella copió mi sonrisa, parecíamos dos niños de trece años en vez de dos casi adultos de dieciocho—. No tenías que hacerlo todo tú sola, podría haberte ayudado.

Asintió, sus ojos se aguaron y me preocupé muchísimo, era la primera vez que la veía triste y no me esperaba para nada esta reacción.

—Eh, Anni, ¿qué pasa?

Que la llamase con un diminutivo cariñoso pareció desestabilizarla un poco. Sus mejillas se enrojecieron levemente otra vez, llevaba un brillo de labios precioso y los ojos con un poco de rímel. Era muy

natural y no necesitaba más porque simplemente la tía podría ganar un concurso de Miss Universo. Me declaraba fan de su carita preciosa y de su pelo largo y moreno, también de cada curva de su cuerpo.

—No es nada, da igual.

—¿Nada? Casi lloras, hostias, dímelo.

Suspiró, ahogó un jadeo y de repente, rompió a llorar, tapándose la cara con ambas manos. La abracé rápidamente, apretándola contra mi pecho.

—Joder, tía, ¿por qué estás así? Seguro que llevas tiempo callándote cosas que te hacen daño. Sé que no soy de tu máximo agrado, pero a mí me puedes contar todo lo que quieras.

Dejó de taparse la cara con las manos e hizo algo que no esperé para nada. También me abrazó, pasando sus brazos por mis costillas y dejando sus manos sobre mi espalda. Yo rodeé su cintura.

Dios, era tan curvilínea, tan femenina, tan… rica. Se me caía la puta baba con ella.

—¿Qué pasa? ¿Eh? Cuéntaselo todo a Joshi. —Apoyé mi frente sobre la suya, mirándola fijamente a los ojos.

—No es nada, solo necesitaba un abrazo.

—Bueno, ya te estoy abrazando.

—Sí, lo sé.

—¿Necesitas algo más?

—¿Pedimos las *pizzas*? —sugirió y yo asentí, un poco enfadado porque no quisiese decirme qué le pasaba. No me gustaba verla triste.

El abrazo se deshizo, pero nuestros cuerpos se negaron a dejar de tocarse. De forma involuntaria y totalmente automática, nos dimos la mano y caminamos así hasta el salón.

Nos dejamos caer sobre el sofá marrón de tres plazas. Había una alfombra de dibujos raros pero chulos en tono crema y café a los

pies y una mesa negra al frente. Justo delante, teníamos una tele grande de pantalla plana, con unas macetas verdes a cada lado.

El piso estaba chulo, mucho.

Ella cogió el teléfono con la mano que tenía libre, porque la otra seguía agarrada a la mía. Teníamos los dedos entrelazados y no pensaba soltarla ni para comer.

—¿Qué *pizza* te gusta, Josh?

Una que sepa a ti.

—Pues margarita está bien.

—¿Margarita?

—¿Qué pasa?

—¿Quién se pide una *pizza* solo con tomate y queso? Nunca lo he entendido.

Yo era un tío bastante simple, demasiado quizá.

—Esa es la magia de la *pizza*, tomate y queso fundido, ¿cuál te gusta a ti?

—Carbonara.

Asentí.

—Esa también está buena.

—¿Pedimos una de cada y compartimos?

—Venga.

Llamó, y yo solo podía seguir apretando su mano, notando el calor y la suavidad de su piel, apreciando el diseño de sus uñas de gel.

Escuché la voz de un chico al otro lado, y la forma en la que ella sonreía y pedía con amabilidad la comida me puso irremediablemente celoso.

Bueno, era yo el que estaba aquí agarrando su mano, y no él.

Que se joda. Es mía.

Cuando colgó, se centró en mí, nos quedamos los dos sentados de lado, mirándonos el uno al otro, con nuestras manos sujetas entre los dos.

—Si quieres fumar o algo, puedes ir a la terraza.

—Estoy bien.

—¿Desde cuándo fumas?

—Desde los dieciséis más o menos, me ayuda con la ansiedad. En realidad, empecé con los porros de *maría*, luego el tabaco.

—¿Sufres de ansiedad?

Apreté los labios.

Era una larga historia. No quería hablar de ella.

—Un poco.

Mi padre era un cabronazo, o yo un hijo de mierda. O las dos cosas a la vez. La cuestión es que de niño me avasalló por no ser bueno en ningún deporte y porque fuese medio lerdo con los estudios. Los hijos de sus compañeros de trabajo eran magníficos y yo un pegote de mierda.

Los complejos y la falta de confianza que fui arrastrando desde la infancia se convirtieron en una mochila que cada vez pesaba más. Ahora, él se sentía orgulloso porque su hijo era alto, fuerte e iba a estudiar Ingeniería Informática, pero yo no quería mirarle ni a la cara.

Solo quería a mi madre. A mi padre, le podían dar por culo.

—¿Sabes que me ha salido trabajo? —comenté—. En una tienda *gaming*, programando ordenadores y demás, empezaré en cuanto acabe el curso y así me sacaré un dinerillo.

—¡Eso es genial, Joshi! Justo a mí también me han llamado de una entrevista, debo ir mañana.

—¿Ah, sí? ¿Dónde?

—De camarera, en la pizzería a la que acabamos de pedir comida.

Todas mis alarmas se encendieron.

¿Iba a trabajar con ese al que le sonreía por teléfono? Y un cojón.

—Pero, Anni, te estás sacando el curso de esteticién.

—Ya, pero solo es tres veces a la semana, y ahora cuando acabe bachiller, ¿qué haré con tanto tiempo libre? Prefiero ganar dinero y ahorrar para montar mi propio negocio.

—¿Quieres ser emprendedora?

Sonrió, asintiendo ilusionada.

—Mi padre tiene un local que está cerrado, me dijo que cuando terminase los estudios, podría montar mi centro de belleza ahí.

Joder, me alegraba un montón por ella.

—¿Y estas uñitas tan bonitas? —Jugué con sus dedos—. ¿Te las hiciste tú misma?

—Ajá, ¿te gustan?

—Son preciosas.

Me gustaban sus manos, eran pequeñas y muy femeninas, suaves, con algunos anillos de bisutería.

—Gracias.

Otra vez, estaba colorada.

Y yo tenía una excitación de la hostia. Me sentía un enfermo mental por estar cachondo perdido solo por tocar su mano y mirarla a la cara, pero es que Anastasia me gustaba como nunca me gustó otra antes.

Aun así, por muy burro que me pusiese, la respetaría y no la forzaría a nada, ni la haría sentir incómoda. Una cosa era hacerle bromas en plan coña y otra, ir a saco.

—Pues me parece admirable que quieras sacar una carrera tan difícil, seguro que ganas muchísimo dinero y te va superbién en la vida —añadió.

—Claro, hay que ganar pasta para que no le falte de nada a nuestros hijos —bromeé.

Sus dedos apretaron los míos y yo los apreté aún más.

Buf, qué loco me tienes, Ana.

El teléfono empezó a sonar, rompiendo nuestro mágico momento.

—¿Hola? —contestó ella—. Ah…, Sí, vale, qué mala suerte, bueno, no pasa nada. Está bien. —Nada más colgar, me miró con tristeza—. Se les ha ido la luz y las *pizzas* se retrasarán, ¿quieres que cancele y pidamos otra cosa?

Estaba tan obsesionado con ella que no tenía ni hambre.

—Me da igual esperar.

—A mí también.

—Oye, y… ¿por qué llorabas?

Lo sé, era un cansino, pero es que no me lo podía quitar de la cabeza. Porque yo también lloré, y mucho, y nadie se preocupó por mí y eso me dejó furioso e inestable.

Yo me preocupaba por ella.

Suspiró.

—Hay un chico en Salduva…

Mi cuerpo entró en tensión de inmediato.

—Un chico.

—Sip —afirmó—. Se llama Peter, me gustaba cuando tenía en plan once o doce años, se lo conté a una amiga que ya no es mi amiga y ella se lo dijo a todos. A él le dio mucho asco porque, claro, yo era la gorda del instituto, y comenzó una etapa de burlas en la que conocí a Brit, ella se metió a defenderme y desde ahí nos hicimos inseparables.

Todo mi cuerpo seguía en tensión, el músculo de la mandíbula se me movía con cada palabra que ella iba diciendo.

—Pero eso pasó hace tiempo, ¿no? —comenté.

—Sí, la cosa es que, desde ese entonces, Peter no pierde la oportunidad de hacer algún comentario cuando me cruzo con él y va

con sus amigos, es como si tuviese miedo de que la gente pensase que pasó algo entre nosotros y necesitase insultarme para dejar claro que no es así.

Vaya, vaya…

—Ese Peter es… ¿Peter Williams?

Asintió.

Yo me conocía a todos los pavos de la zona, y ese nos compró drogas en alguna ocasión. Cosas blandas e inofensivas.

—Sí, el mismo.

—¿En serio te gustaba ese tipo? Pero, Anni, si es feísimo, yo soy más guapo.

Le hice reír.

—Lo sé, es que, bueno, era la edad del pavo. Ahora no me fijaría en él jamás.

Uf, menos mal.

—Esta noche habrá una fiesta que organiza un colega y quiero que vengas con Brit. Será en la nave de siempre, puedo pasar a recogerte con el coche.

Iba a invitar a ese tal Peter y la iba a liar.

—Gracias, le preguntaré si le apetece venir, aunque ahora está un poco decaída por…, ya sabes.

Sí, lo sabía, de hecho, dudaba que Sean viniese por el mismo motivo.

—Y bueno, ¿qué te ha hecho «Ojos de pez muerto»?

—¿Ojos de pez muerto? —Soltó otra carcajada—. ¿Por qué le llamas así?

—Es su mote, lo bauticé el primer día que lo vi emporrado, parecía una sardina.

Poco a poco, la tensión fue disminuyendo, y ella cada vez estaba más relajada y cómoda conmigo.

Eso me gustaba, mucho.

—Pues me lo crucé ayer cuando fui al súper, estaba comprando unos dulces para mi padre, él siempre merienda el café con un pastelito, ni siquiera eran para mí, y, aun así… empezaron a decirme cosas.

Podía imaginarlo.

Les iba a partir las piernas.

—¿Se metieron con alguna parte de tu cuerpo?

Asintió.

—Con mi culo.

No.

El culazo de Ana era mío. Todo mío.

—Sabes que ese culo es la octava maravilla del mundo, ¿no? No tienes que sentirte mal por lo que diga un gilipollas sin gusto para las mujeres.

—Josh, sé que intentas ser amable, pero…

—No soy amable, me gustas, muchísimo, cada centímetro de ti me pone jodidamente loco.

De repente, el aire se volvió supercargado y tenso entre nosotros. Hacía muchísimo calor y solo podía pensar en desnudarme y desnudarla a ella también. Lo que daría por tenerla encima de mí mientras hundía la cabeza en esas tetas de infarto y enrollaba mi puño en su cabello largo y moreno.

Buf, qué mujer más perfecta.

—Yo… —balbuceó—. Cuando pasó eso, cuando me insultaron, pensé en… pensé en ti.

—¿Por? Yo jamás te he insultado, las cosas que te digo son para picarte porque quiero que me hagas caso.

—Lo sé, no me refería a eso, lo que quería decir es que… te eché de menos, y deseé que estuvieses a mi lado, como ahora. Por eso te llamé anoche y te invité a venir hoy.

Ah, hostias.

—Pues hiciste bien, porque a mí me encanta estar a tu lado. Estaría a tu lado todo el día, y lo sabes.

Ella agachó la mirada, nuestras manos ya sudaban, aflojé un poco el agarre y la retiró, colocándose bien el pelo tras la espalda. Cuando hizo ese movimiento y su olorcito a frambuesa volvió a mí, perdí la cabeza.

—Anni, quiero besarte.

Ya nos liamos una vez. Una única vez. Fueron un par de besos y ya, porque se rayó y me pidió que la llevase a casa. Habíamos ido al cine a ver una peli durante la cual ni hablamos ni nos miramos a la cara.

Una cita de lo más rara, aunque la volvería a repetir porque era con ella y merecía la pena.

Nerviosa, mordió su jugoso labio inferior, avanzó un poco más sobre el sofá para estar más cerca y aproveché para pasarle un brazo tras la nuca y dejarlo sobre sus hombros.

Sostuve su mentón para obligarla a mirarme.

—¿Puedo?

En silencio, dijo que sí con la cabeza.

Le di un pequeño pico, esperando a ver su reacción, la seguía notando relajada y a gusto entre mis brazos, así que continué dándole pequeños besos cortos sobre los labios.

Bajé la mano y la dejé sobre su cintura, ella la quitó y la volví a poner. Sabía de sobra lo que le pasaba, no quería que tocase la grasa de esa zona, pero me la sudaba, yo amaba su cuerpo y sus curvas.

—Déjame —chisté, volviendo a unir mis labios con los suyos.

—Josh, es asqueroso.

—No vuelvas a dirigirte a ti con esa palabra, eres puto preciosa, toda entera.

Agarré su barriguita con ganas y ansiedad, metiéndole mano, bajando a sus muslos, a su glúteo, pegándole una buena nalgada a ese culazo de infarto.

—Estás buenísima, hostias. Eres una diosa.

—Joshi, para, no estoy acostumbrada a esto —replicó, muerta de vergüenza y con un jadeo de excitación. Sin querer, mi mano ya estaba muy cerca de su zona íntima y, al retirarla, noté un poco de humedad en sus leggins.

Dios, estaba mojadita, para mí.

—Eh, tranquila. ¿Nunca has… nunca has tenido sexo? —Negó—. ¿Nada? —Volvió a negar—. Ni siquiera… ¿contigo misma?

Tragó saliva y, efectivamente, dijo que no.

La hostia. Era supervirgen.

—No sabes lo que es un orgasmo —susurré, sin saber qué hacer.

Ella se encogió de hombros.

No podía hacer las cosas mal, no con esta chica. Ella era especial, demasiado.

—Pues —intenté calmarla, y de paso calmarme a mí también— no hay prisa, cuando quieras probar algo, yo… encantado.

—Me gustaría… probar. Eh…

—¿Sí?

—Yo…

—¿Ajá…?

El timbre sonó y maldije mi suerte.

—Creo que ya está aquí la *pizza*, voy a abrir —anunció, y de ninguna forma podía permitirlo. Tenía los labios hinchados por mis besos y se veía demasiado sexi en este momento, nadie podía verla así.

—Mejor voy yo, quédate aquí y descansa, ya has hecho suficiente con preparar todo esto sola, y quiero que cojas fuerzas para la fiesta

de esta noche, ¿eh? Me debes un par de bailes.

Haciéndome el tonto, salí del salón, sacando la cartera para pagar mientras me colocaba la jodida erección en los pantalones.

Madre mía, qué subidón.

En cuanto abrí y el repartidor me dio la comida, le fusilé con la mirada por si acaso había sido él quien estuvo al otro lado del teléfono, provocando sonrisitas a mi chica. Nada más cerrar la puerta, Ana empezó a gritar como una loca.

—¡Josh! ¡JOSHI! ¡CORRE, VEN!

Cookie ladraba poseído a causa de la agitación.

¿Qué diablos pasaba?

Dejé las *pizzas* sobre la mesa y me dirigí de inmediato a la ventana en la que ella estaba, al asomarme, no pude creer lo que mis ojos vieron.

Sean saliendo de la casa de Naomi y subiéndose a la moto.

—¿Qué cojones?

CAPÍTULO 20
BRITTANY



No pensaba ir, pero la vida era una ruleta y yo quería jugar apostándolo todo.

Anastasia me llamó en mi momento de máximo aburrimiento. Cuando llegué del baile, simplemente me duché y me quedé tirada en la cama.

Lo que me contó, me dejó dándole vueltas a la cabeza sin ser capaz de pensar en otra cosa.

«Sean estuvo en casa de Naomi».

Ya no es que quedasen en algún sitio para hablar o que se encontrasen por casualidad. No. Es que él fue a su casa.

Dios. Me iba a dar algo.

—¿Ya estás? —Derek entró sin llamar al ver que estaba sentada en la cama, poniéndome los tacones.

Se iba a liar porque estaríamos todos, y cuando decía «todos», me refería a Sean, Naomi, Josh, Anastasia, Derek y… yo.

Esta información me llegó por supuesto por parte de mi mejor amiga, que era la mejor recogiendo chismes, pero se guardó para sí misma el porqué de que Josh estuviera en su casa a mediodía.

Cindy salió del baño con mi vestido rosa pálido y Derek le echó una ojeada y cerró, no sin antes añadir:

—Os espero en el coche, no tardéis.

La fiesta la había organizado Jozef, un chico eslovaco que jugaba al fútbol con Derek. Digamos que, en la guerra entre los pijos como los Stephan y los chicos de barrio, como Sean, Jozef era neutral y se llevaba bien con todos, montando fiestas a las que invitada a todo el mundo. Además, pareció alquilarle la nave a Josh por una buena cantidad de dinero.

Así que volvería a aquel sitio en el que todo empezó.

Cindy se sentó a mi lado en silencio, mirándome con preocupación.

—Estoy bien —mentí.

—No, no lo estás.

—Ya lo sé.

Coloqué mi pelo tras las orejas, respirando profundo para afrontar la noche. Quería verle, mirarle a la cara y… ¿y qué? No lo sabía. Necesitaba alguna explicación de por qué fue a casa de esa impresentable que, por cierto, no asomó el pelo por aquí hoy ni contestó a las llamadas de Derek.

—Brit, tengo que confesarte algo.

Derek abrió de nuevo la puerta.

—¿Venís ya o no?

Parecía agobiado, ¿qué le pasaba?

—Luego me lo cuentas —le supliqué a mi amiga, poniéndome en pie—. Vamos antes de que se ponga más histérico.

Subimos al coche, yo delante junto a Derek y Cindy detrás. Todo el trayecto estuvimos en silencio, con la música como única distracción. De vez en cuando, Derek miraba por el espejo retrovisor a Cindy y ella desviaba la mirada, incómoda.

¿Había posibilidades de que estuviese sucediendo algo entre ellos? ¿Y si cuando estaba atontada con el móvil era con él con quien hablaba?

Esto empezaba a mosquearme demasiado.

—¿Tu novia no viene? —pregunté por romper la tensión, pensando que vendría a la fiesta.

—Nah, no tiene ganas.

—Claro… —aseguré.

Mierda, necesitaba saber qué había pasado entre ellos.

—Deberías estar contenta, ¿no? Te cae como el culo.

—Sí, lo estoy.

Y una mierda lo estaba. Además, seguía con esa maldita angustia en el pecho. Naomi se iría de la lengua en cualquier momento y, entonces, ya sí que no podría seguir adelante de ninguna forma.

Aparcamos junto a los demás coches deportivos de alta gama, miré por la ventanilla y vi la moto de Sean junto a la de Josh. Las tripas se me retorcieron. Estaba ahí.

«¿Sabes a lo que se viene a estas fiestas, *barbie*?».

«¿A bailar y pasárselo bien?».

«Se viene a follar».

Tragué saliva, notando que aquel recuerdo dolía como si me quemasen con un hierro ardiendo.

Cuando bajé, Cindy se agarró a mi brazo y caminamos juntas, Derek iba delante de nosotras, saludando a sus «colegas» del equipo de fútbol.

Estuve contemplando aquella moto verde hasta que la perdimos de vista por entrar en la nave.

Una vez dentro, mis ojos fueron directos hacia donde estuvo la otra vez con sus amigos y, efectivamente, ahí estaba.

No pude evitar abrir la boca para respirar de forma profunda. Iba con un chándal de vestir negro, ceñido a ese cuerpazo de médico que el cabrón se trabajaba tanto en el gimnasio, donde hoy, por cierto, no había ido.

Suponía que estuvo trabajando en el taller.

Ay.

No saber lo que hacía, ni poder contarnos cómo nos iba el día, era demasiado doloroso.

Le vi beber de su vaso de *vodka* con Red Bull, moviéndose al ritmo de la música. Una chica llena de *piercings* y tatuajes, con una minifalda exagerada y un top, no paraba de intentar darle conversación. Llevaba el pelo teñido de rosa.

Él solo le contestaba con su particular antipatía y la ignoraba. Si no me equivocaba, a Sean no le gustaba ligar. Todo lo contrario, siempre iba a su bola y a su rollo. Sinceramente, la única chica por la que le vi mostrar interés y perder el culo fue por…

Se giró y clavó sus ojos en mí.

Aparté rápidamente la mirada, siguiendo la espalda de Derek, nosotros nos íbamos hacia otra zona. El vello de la nuca se me erizó bajo el pelo suelto, quizá fuese porque estaba descargando sobre mí toda su cólera por ponerme el mismo vestido blanco de aquella noche. Lo hice a propósito. Quería guerra.

Y no tenía el mínimo sentido, lo sabía. Yo misma fui la que le apartó y la que le dijo que lo nuestro no podía ser. Lo sensato hubiese sido quedarme en casa, pero aquí estaba, muriéndome por él.

Mis actos no eran nada coherentes y ya no podía pensar, solo dejarme llevar.

—¡¡Brit!! —Ana apareció entre la multitud, dándome un abrazo, luego también saludó a Cindy—. Tías, menos mal que habéis venido, me moría del aburrimiento.

—Sí, y menos mal que Naomi al final no ha venido —gruñí, viendo como Derek ya estaba con sus amigos, bebiendo ron con cola y hablando de fútbol y tías.

—Le he pedido a Josh que le saque información a Sean, pero jura que no sabe nada, ha intentado preguntarle y… cero patatero, ni mu. ¿Creéis que miente?

Buf, a saber. Que fuesen mejores amigos no significaba que se lo tuviesen que contar todo, sobre todo, sabiendo que Josh sentía repulsión por Naomi.

—No creo que te mienta, por cierto… —clavé mi mirada en Cindy, que sonreía balanceándose al ritmo de la música—, ¿qué era lo que me querías contar?

Su postura pasó de ser relajada a tensa, y de estar observando el ambiente a vigilar directamente a Derek.

—Nada, una tontería.

Ya.

Ana y yo compartimos una mirada de incomodidad, pero no dijimos nada, seguimos bailando mientras yo continuaba queriendo girar el cuello para buscarle y ver qué hacía. Si estando en casa creí que sería fácil venir aquí e ignorarle, estaba totalmente equivocada.

Era una maldita inconsciente.

Alguien se unió a nuestro grupito de tres, no pude evitar suspirar al ver que se trataba de Josh. Me temblaron las piernas cuando su brazo pasó por la cintura de mi mejor amiga y le plantó un beso en los labios delante de todo el mundo.

—Estás preciosa —susurró contra su frente, acariciándole ese bonito pelo moreno y largo que tenía.

—¿En qué momento hemos decidido hacerlo público? —rechistó entre dientes, roja como un semáforo.

Me tapé la boca para contener una carcajada.

Hacían la mejor pareja del mundo.

—En el momento en que oficialmente me has presentado a Cookie. —Le soltó una palmada en el trasero—. Voy a beber algo con los colegas, ¿te traigo alguna cosita?

Ella negó con la cabeza, mostrando su Malibú con piña.

Josh se lo quitó de la mano, le dio un trago y se lo devolvió.

—¿Marcando territorio? —preguntó ella con una ceja arqueada.

—Me vas conociendo. —Le guiñó un ojo y el estómago se me encogió. Me recordaba tanto a Sean—. Si quieres bailar o subir a una habitación, avísame.

—¿Y por qué tengo que avisarte? —refunfuñó antes de que la soltase para volver a la zona de las bebidas con Charlie, Sean y los demás.

—Porque eres mi chica. MI. CHICA.

Desapareció y abrí los ojos como una lechuza.

—¡Tía! ¡¿Le has presentado a Cookie?! Eso quiere decir que…

—Sí, le invité a casa. A solas. Ya lo sé.

—TÍÍÍÍAAAA.

—NO.

¿Cómo que no?

—¿Y no me lo cuentas? Tía, en plan, ya te vale.

—Tía, no quiero rayarte, sé que estás mal.

—¿Y qué? Que sea la última vez que me dejas sin chisme, Ana, tía.

—Tía, ya hablaremos.

Cindy solo movía la cabeza, mirando a una y luego a la otra.

La gente empezó a dejar de bailar para concentrarse en un punto, Ana se puso de puntillas alzando la cabeza sobre mí, y quedándose pálida al ver a su acosador número uno: Peter.

—¡Mierda! ¿Qué hace ese imbécil aquí?

—Tranquila, estoy yo contigo, y también está Josh. Si se le ocurre burlarse, será su último día de vida.

Ella bufó, sabía cómo le cambiaba el estado de ánimo solo con verlo, pero estaba segura de que ese imbécil no llegaría a acercarse a ella, no cuando tenía a su mejor amiga para defenderla y Josh a pocos me…

—¿Qué diablos?

Sean fue a por Peter, agarrándolo del cuello de la camisa y arrastrándolo hacia Josh. Le obligó a colocarse de rodillas, le soltó y se cruzó de brazos delante de sus amigos, para que ninguno se moviese.

Josh fue a él, se inclinó, le dijo algo en voz baja mientras le derramaba la bebida por el pelo y, en menos de lo que se suelta un suspiro, le pegó una patada en la cara que le dejó tirado en el suelo, sangrando como si acabase de reventarle la cabeza.

Sean hizo un gesto con la cabeza a los colegas de Peter para que lo levantasen del suelo y se lo llevasen de ahí.

—Ana, por casualidad, Josh sabía…

—Sí, se lo conté hoy.

Tragué saliva, ella seguía pálida, mirándole con terror mientras él le hacía el símbolo de un corazón con los dedos.

—Pues me da que ese Peter no va a volver a molestarte nunca más, ¿no estás feliz? —susurré, intentando relajar el ambiente.

—Supongo que… ¿sí? Dios, necesito emborracharme.

—Yo necesito ir al baño —informó Cindy, quitándose de en medio con la habilidad de un fantasma y sin darnos la oportunidad de ofrecernos a acompañarla.

Anastasia frunció el ceño.

—¿Y a esta qué le pasa?

Rodé los ojos, ojalá lo supiera, porque llevaba una semana haciéndome la misma pregunta.

—Si mi radar de chismosa no falla, creo que le gusta Derek.

Ana fingió tener una arcada, agarrándose a mi brazo para empujarme hacia la barra.

Ni de coña me acercaría ahí, era incapaz de estar a menos de dos metros de distancia de su radar. Me desmayaría, literalmente.

—Tía, no. —Clavé los tacones en el suelo.

—Brit, solo es ir a por una bebida y volver, ¿por qué tienes que tener miedo? Es él quien ha estado en casa de su ex, no tú.

—Bueno, ahora yo también soy su ex, así que no tengo que reclamarle nada.

—Por esa regla, tampoco tienes por qué esconderte.

Cierto.

Venga, Brittany, échale huevos.

—Está bien, pero rápido, nada de quedarte hablando con Josh o con Charlie, porque saldré corriendo igual que Cindy —supliqué, y ella me guiñó un ojo.

Nada, estaba sorda perdida, porque me arrastraba hacia el desastre. Me iba a tender una trampa, ya me lo veía venir. Miré hacia atrás, por encima de mi hombro, percatándome de que Derek seguía entretenido con sus amigos del fútbol.

Nos acercamos a un barril de cerveza, Ana cogió dos vasos de tuvo y puso hielo, luego abrió la nevera en la que estaban los refrescos y empezó a hacer dos gin-tonics con tónica cero por mi diabetes.

—El mío flojito, que tengo que vigilar al gilipollas de mi hermanastro —murmuré, notando que una presencia maligna eclipsaba las luces de la fiesta.

Su olor era inconfundible.

Mierda, es que no se cortaba un pelo.

—¿Os ayudo?

Mejor vete de vuelta a casa de Naomi.

—No, gracias. —Alcé la cabeza y le mostré mi mejor cara de asco. Le sorprendió. Miró a Ana en busca de respuesta, y como esta no me delató en nada, me volvió a mirar.

—¿Qué te pasa? No te toca la regla todavía.

Hijo de su madre.

—¿Qué sabrás tú de mi regla?

—Me la sé de memoria, y sabes bien por qué.

Uf. Qué hostia le daba.

No pude evitar echarle un ojo. El cabrón estuvo ingresado en el hospital y sin ir al gimnasio, pero no había perdido ni un poquito de volumen muscular, se seguía viendo igual de fuerte y de atractivo. Puede que incluso más.

La soltería le sentaba bien y yo tenía ganas de irme a una esquina a llorar.

—Bueno, vete a hacer tus cosas por ahí, déjanos en paz —le pedí, cogiendo una caña de plástico para ponerla en mi bebida. Le di un sorbo.

Uf, maldita Anastasia, esto estaba fortísimo.

—Madre mía, una semana sin follarte y ya estás así, ¿necesitas que subamos a una habitación y te dé un repaso? ¿Una comida de coño tal vez? Con los deditos dentro, como te gusta.

No podía ser que me acabase de soltar eso al lado de mi mejor amiga, la cual empezó a desaparecer como Homer Simpson entre los arbustos. Y mira que le pedí que no me abandonase. TRAIDORA.

Me fijé en los ojos de mi ex, vi que estaban tan azules y bonitos como siempre, no había nada de rojo, por tanto, no estaba fumado.

O sea que me soltó esa guarrería porque sí.

—¿De qué vas? —Me crucé de brazos.

—¿De qué vas tú? —Se cruzó de brazos también.

Uf, qué pecho. Qué bíceps. Qué….

—No sé, explícamelo.

—Brit, ¿desde cuándo hemos perdido la comunicación?

—Desde que no somos novios.

—Tú siempre vas a ser mía, *barbie* —chistó de inmediato, con una autoridad que me hizo enmudecer, solo le faltó cogerme del cuello y obligarme a ponerme de rodillas a mí también.

Un escalofrío me recorrió desde la nuca hasta los dedos de los pies, que, por cierto, me hice una pedicura maravillosa en mis días de depresión máxima.

Sean se sirvió otro cubata de *vodka* con Red Bull y dio un trago sin dejar de mirarme.

—Bonito vestido —aseguró, asintiendo con la cabeza como si esta situación no le gustase lo más mínimo.

—Gracias, es el favorito de mi ex.

Y yo, por supuesto, le iba a cabrear todo lo posible, porque no soportaba la idea de que este canalla hubiese estado en casa de Naomi.

—¿Me vas a contar lo que te pasa o tengo que montar un *show* delante de tu hermanito? Mira que luego le dan los berrinches y no hay quien lo aguante…

—Ja, ja, ja —gruñí—. Ya no te importa lo que me pase, al igual que a mí tampoco me importa que hayas ido a casa de esa zorra —escupí.

Sus cejas negras se alzaron sobre esa frente pálida, una sonrisa cruel y divertida se le pintó en la cara. ¿En serio? ¿Se iba a reír? Esto era el colmo del cinismo.

—Tenía cosas que hablar con ella.

¡Oh! ¡Venga!

No sabía qué esperaba, si que lo negase o que inventase una excusa, pero, no, el tío me lo soltó así, tan fresco, en la cara. Sin anestesia.

—¿Qué cosas? —Comencé a golpear el suelo con la punta del pie.

Dios, qué maldita ansiedad.

—Cosas personales.

—¿Desde cuándo hemos perdido la comunicación, Sean? —Imité su tono de antes.

—Desde que me has dejado.

—Tú me dejaste primero —rugí, apuntándole con el dedo al centro del pecho.

Él encorvó la espalda, me miraba fijamente.

—Solo fingí porque había un tío apuntándome con una pistola, luego te dije la verdad.

Mi corazón pegó un latido acelerado, como si quisiese explotar de amor por este tío. No podía más, esto acabaría conmigo.

¿Le apuntaron con una pistola? ¿En serio?

Me iba a desmayar.

—Ey. —Alguien se interpuso entre nosotros. Un chico rubio, con la misma apariencia de millonario que Derek. Le conocía, era uno de sus amigos—. ¿Bailamos?

Sean sonrió, torciendo el cuello para mirarme, a la espera de que diese una respuesta.

Si él fue a casa de Naomi, yo podía bailar con un chico. Por supuesto.

Estaba segura de que le mandaba Derek para interrumpir nuestra charla, y mi deber era tener contento al psicópata de mi hermanastro para que dejase a los Kiev en paz, así que todo bien.

Coloqué mi mano sobre la de Hugo, que era un estudiante español que llevaba años viviendo en Londres, ya que su familia se mudó por negocios de su padre.

—Claro, será un placer.

Sean tensó la mandíbula, los músculos de su cuello se contrajeron mientras se llevaba la bebida lentamente a los labios y daba un sorbo.

—No hay problema, ¿no? No estáis juntos —se mofó el amigo de Derek, mirando fijamente a Sean.

Mi ex terminó de beber, relamiéndose los labios, luego bordeó la barra para meterse entre nosotros y dejarme tras su espalda.

—Vuelve a darle la manita y te parto los brazos.

—Pero… no… no estáis…

—¡QUE NO LA VUELVAS A TOCAR EN TU PUTA VIDA!

—¿Hay algún problema? —El que faltaba en el corral, Derek Stephan hizo acto de presencia. Charlie y Josh se sumaron y aquí empezó a aparecer gente como si fuese esto una tabla de multiplicar.

—Este tío me estaba molestando, Sean me ha defendido para que me deje en paz —mentí rápidamente, queriendo disuadir el marrón y que Sean no se cavase su propia tumba. ¿Es que este idiota nunca se enteraría de que Derek era un psicópata?

Maldita sea.

—Yo no te he molestado, tía —se defendió Hugo.

—Bueno. —Derek levantó la mano, haciéndole un gesto para que se quitase de en medio—. Será mejor que no te alejes tanto y vuelvas a donde te pueda vigilar, así podré defenderte si te ves en problemas y tú…, Sean…, preferiría que no te metas en los asuntos de mi hermana, ha pasado una semana terrible por tu culpa, debería darte vergüenza haberla dejado así. Nunca debimos abrirte las puertas de nuestra casa ni confiar en ti.

Josh saltó por encima de su mejor amigo, lanzándose al cuello de Derek, entre Sean y Charlie le agarraron para quitárselo de encima, mientras este se reía a carcajadas.

—¡Dejadme! ¡DEJADME QUE LE PARTA LA CARA! ¡TÚ NO PUEDES HACERLE NADA, PERO YO SÍ!

Mi hermanastro agarró mi mano, sus labios se acercaron a mi oído y susurró en voz baja un «vámonos».

No quería problemas para Sean, así que accedí, mirándole por última vez, viendo en él la promesa de destruir a Derek, haciendo que mi cuerpo se estremeciese de miedo. No se estaría quieto, jamás.

Anastasia se separó de los chicos y vino corriendo a mi lado, enganchándose a mi brazo libre. Derek le puso mala cara por arruinar nuestro momento a solas y yo se lo agradecí en el alma. Volvió a ir a la mesa de antes junto a sus compañeros de fútbol y el móvil me sonó dentro del bolsito que llevaba.

Cindy: *venid al baño, tengo que hablar con vosotras, es urgente.*

CAPÍTULO 21
BRITTANY



Anastasia y yo subimos corriendo al baño, no sin que antes Sean y Josh nos fundiesen el móvil a mensajes preguntando que por qué subíamos a la segunda planta. Yo dejé a Sean en visto y Ana le explicó la situación a Joshi.

Mientras Sean no me contase qué hacía en casa de Naomi, yo seguiría de esta manera. Y sí, estaba siendo egoísta porque yo misma le dejé para protegerle de Derek, pero no podía evitar que me sangrara el corazón con todo lo que tenía que ver con él. Le amaba, muchísimo.

—Tía. —Ana me dio la mano para detenerme antes de golpear la puerta del baño en el que estaba Cindy—. ¿Te has dado cuenta de algo?

Me quedé pensativa, hice memoria. No llevábamos ni la mitad de la noche y ya habían pasado demasiadas cosas, así que no sabía de qué tenía que darme cuenta exactamente.

—Ayúdame —le pedí.

—Hablo de Derek, acabas de subir a la segunda planta y no ha dicho ni mu.

Cierto.

—¿Y qué crees que…?

—Está abajo metiendo la cabeza en las tetas de una pelirroja.

—Bueno, pues genial.

Eso no me molestaba en absoluto, todo lo contrario.

Fui hacia el baño y Anastasia volvió a detenerme.

—¡Tía!

—¡Jo, Ana! ¿Qué?

—Que creo que Derek no está enamorado de ti, creo que… que solo quiere joder a Sean. Vamos, que podrías tener cualquier otro novio y le daría igual. No es por ti, todo es mentira, es por Sean, no lo quiere en su familia.

Aquello fue algo que nunca me planteé. La verdad era que Derek siempre fue un gilipollas, pero nunca se había comportado de esta manera. No hasta que Sean se presentó aquella noche en casa. Naomi no era el tipo de chica que a mi hermanastro le gustara, él me dijo que empezó a salir con ella para llamar mi atención, aunque… ¿y si era mentira y lo hizo para fastidiar a mi ex?

—Tía, tengo una teoría muy chunga —añadió Ana—. ¿Y si Derek es gay y está enamorado de Sean?

Inflé los mofletes, me puse roja y empecé a reírme como una loca.

—¡Pero, Ana! ¿Derek enamorado de Sean? Si se odian más que… Además, ¿Derek, gay? Es un mujeriego, trae chicas a casa sin parar.

—Yo qué sé, ¿y por qué tiene esa obsesión con él?

Fruncí el ceño, negando con la cabeza.

—Creo que es envidia, que ve en Sean al hijo que Johan siempre quiso tener y solo quiere demostrar que es mejor que él hundiéndole la vida.

Decir aquello en voz alta mientras me daba cuenta de la verdad era bastante triste.

Porque, de nuevo, volvía a tener claro que yo solo era un medio usado para conseguir un fin.

En esa casa no le importaba a nadie, y la única persona que me quiso de verdad, no podía estar conmigo.

Menuda mierda.

Agobiada, decidí dejar la conversación a medias y tocar a la puerta, Cindy abrió para que entrásemos. Tenía el rímel corrido y los ojos rojizos de llorar. ¿Qué diablos?

—Cindy, por Dios, ¿qué pasa? —Mis alarmas saltaron de inmediato.

Ella era una chica muy tranquila y callada, que casi nunca solía mostrar sus emociones.

—Me vas a odiar, Brit, pero tengo que confesarte algo que no puedo seguir callándome.

No, más sorpresas, no, ya era bastante por hoy.

—No te odiaré, eres mi amiga. —La voz me salió temblorosa.

No estaba segura de lo que me diría, si estaba tan mal, sería por algo grave, y si tenía que ver conmigo…

—Estaba enamorada de Derek, muchísimo.

Anastasia se llevó las manos a la cara para acallar un grito de furia y yo solo me encogí de hombros, pues ya lo sospechaba.

—¡¿PERO QUÉ LE VEIS A ESE IMBÉCIL?! —exclamó mi mejor amiga tras mi espalda.

Cindy seguía sentada sobre la taza del váter, tragándose las lágrimas, esto era difícil para ella y si necesitaba desahogarse, la escucharía.

Me agaché para estar a la altura de sus ojos y le di la mano.

—Me lo imaginaba, no tienes que sentirte mal por ello, Derek no es un buen chico, pero llama la atención de muchas.

Nada de lo que decía parecía ayudarle.

—No… Es que he ido demasiado lejos, Brit.

—¿A qué te refieres?

Esto no me gustaba.

—Estaba obsesionada con él, muchísimo, no sabes hasta qué punto, pero veía imposible un acercamiento, así que era como… ¿un amor platónico?

Vale, esto empezaba a pintar mal.

Ana y yo seguíamos calladas, así que continuó:

—El día del autobús, cuando me emocioné por ser tu amiga, no era por ti, tú para mí… —Tomó aire—. Nunca fuiste Brittany Saphire, siempre fuiste la hermana de Derek.

Mi mejor amiga perdió los nervios.

—Eres una mala zorra, fuera de aquí, vete con tu querido Derek si…

—¡Ana, déjala hablar! —supliqué, y ella volvió a rugir, cruzándose de brazos con el culo apoyado en el lavabo.

—Bueno, Cindy, eso no es nada nuevo para mí, estoy acostumbrada a que Brittany no sea nadie.

—Para mí sí que lo eres —añadió Ana—. Eres mi hermana.

Cerré los ojos e inspiré profundo.

Cindy tragó saliva, parecía que tenía mucho más que contar.

—El día que… Nadia se metió conmigo y me defendiste, ¿recuerdas? —Asentí—. No entré en el despacho a decir la verdad por ti, para defenderte, lo hice porque sabía que Derek estaba ahí y quería quedar bien con él.

Fruncí los labios, un poco decepcionada, esto me dejaba una valiosa lección para la mujer adulta que sería en un futuro: no meterme en problemas ajenos y dejar que cada cual se solucionase su vida.

—Pues qué bien, felicidades, ¿nos vamos ya, Brit? —Anastasia estaba cada vez más enfadada.

—¿Tienes algo más que decir, Cindy? —pregunté.

Ya que estábamos en el barro…

—Falta lo más importante, os pido que tengáis paciencia y me escuchéis hasta el final. — Temblaba y las lágrimas le caían por la cara, no creía que fuese una mala chica, quería darle una oportunidad—. Derek empezó a hacerme caso, mucho, de forma secreta. Consiguió mi teléfono, no sé cómo, y empezó a escribirme, siempre de noche. Me decía que estaba muy guapa, que le gustaba, que quería tener algo conmigo, pero que…

—¡¿Pero?! ¿No se supone que está obsesionado con Brit? ¿De qué coño va esto?

Anastasia estaba cada vez más nerviosa, y yo más decepcionada. Ya ni en mis amigas podía confiar.

—Eso le dije, y él me confesó que solo la quería como a una hermana, que quería protegerla de Sean porque no era bueno para ella y que ella estaba mal de la cabeza, con depresión, y por eso confundía sus muestras de afecto con…

Me llevé las manos a la cara. ¿En serio se atrevió a decir eso?

—¿Y tú le creíste, Cindy?

Se encogió de hombros.

—Un poco, al principio. —Su voz salía débil y rota—. Luego me convenció para… para que… le enviase unas fotos en… —Se mordió el labio, derramando otra lágrima—. En ropa interior, y desde ahí todo cambió.

—¡¿Le enviaste esas fotos?! —Ahora era yo la que estaba perdiendo los nervios—. ¿En serio fuiste tan idiota, tía?

—¡Estaba enamorada! ¿Acaso no has hecho tú también tonterías por Sean?

—No te atrevas a comparar a Sean con esa basura —advertí con los ojos fuera de órbita. Sería capaz de tirarle del pelo a una amiga por defender a mi chico.

Anastasia se metió entre nosotras, apuntándole con su dedo acusador. El que tenía tatuado con una lunita.

—Has sido nuestra amiga, y no solo nuestra, también de Sean y de Josh. ¿Cómo has podido ser tan falsa?

—¡LO SIENTO! —chilló, llorando todavía más—. Estoy arrepentida, ¿vale? Por eso os lo cuento, por eso y… y…

—¡¿Y?! —gritamos las dos a la vez, con los brazos puestos en jarra.

—Derek me ha dicho que tengo que hacer una cosa esta noche, si no la hago, publicará mis fotos. Pero no puedo hacerla, no quiero hacerte daño, Brit, así que me da igual que me arruine la vida, afrontaré las consecuencias.

Palidecí, ¿de qué estaba hablando?

Ella sacó de su bolso una pastilla de color rosa.

—No sé lo que es, ¿vale? Se supone que tengo que echarlo en tu bebida esta noche. —Agarró mi mano y dejó la pastilla en ella—. Yo pido un taxi y me vuelvo a casa, no quiero saber nada, mañana afrontaré las consecuencias. Es mi culpa, por confiar en él y no creer en ti.

Cindy se levantó, llorando como un alma en pena, y salió del baño.

Me senté en su lugar y tuve que apoyarme sobre la pared de azulejos. La cabeza me daba vueltas, esto era demasiado.

—Brit, creo que debemos ir a la policía. Derek está cruzando límites muy chungos.

Inspiré profundo.

—No dejes que Cindy se vaya sola a casa, por favor, pídele a alguien que la…

—Voy a hablar con mi primo Charlie, pero, primero, tenemos que…

—Ana, déjame sola.

—¿Qué?

—Te lo suplico, necesito unos minutos a solas, tengo que… tengo que asimilar todo esto.

Ella acarició mi cabeza, me abrazó y me dio un beso sobre la coronilla.

Noté como su pecho se removía, estaba llorando.

Yo también quería llorar, pero no podía, estaba en *shock*.

—No estás sola, pronto cumplirás la mayoría de edad y como si te vienes a mi casa a vivir, joder. Tienes que alejarte de esa puta gente.

Asentí.

Se veía tan fácil desde fuera, sin embargo, era enormemente complicado desde dentro.

Él me perseguiría, fuese a donde fuese.

Ya me alejé de Sean, ya rompimos, ¿qué más quería? ¿Por qué continuaba haciéndonos daño? Estaba enfermo.

Ana abrió la puerta, mirándome con un dolor indescriptible en la mirada, cerró y suspiré.

¿Qué haría ahora? ¿Cómo volvía a casa con una persona que quería drogarme para hacerme a saber qué? Ni siquiera sabía lo que era esta pastilla.

Quizá Ana tuviese razón y fuese el momento de ir a la policía; aunque nadie me creería, ni Lois ni Johan. Solo haría el ridículo y terminaría castigada y con Derek más furioso conmigo.

Ahogué un jadeo. Quería llorar, no podía. No salía nada.

Solo miraba la pastilla de color rosa sobre la palma de mi mano.

Me levanté de la taza del váter, recogiéndome la melena con una mano para echarme agua en la nuca y en la frente. La pastilla la dejé guardada en mi bolso.

Todo el *bullying* que sufrí desde que era una niña, de alguna forma u otra, me preparó para este momento. Diablos, yo no era una novata, ya estaba acostumbrada a los abusones.

Me miré al espejo y me sequé el agua con una servilleta, con cuidado de no estropear mi maquillaje.

¿Quieres guerra, Derek? La tendrás.

CAPÍTULO 22
BRITTANY



La música sonaba a toda pastilla, la gente bailaba dándolo todo, y yo me mantenía ahí, en mitad de la pista, quieta como una estatua con un refresco cero en la mano. Sin alcohol. Y segura de que nadie se acercara a mi bebida.

El momento en el que bajé del baño y comencé a bailar con Derek hizo que Sean pegase un puñetazo a algo y se fuese de la nave.

Pero gracias a mi sacrificio, ahora estaba descubriendo lo que mi hermanastro quería hacer conmigo.

Fue relativamente fácil meter la pastilla en la copa de un Derek borracho e idiotizado. Sobre todo, cuando yo misma fingí estar mareada y atontada, riéndome como una idiota de todo lo que decía. Quería que pensara que Cindy me había echado esa porquería en la bebida y empezaba a hacerme efecto, para que bajase la guardia.

Y ahí estaba, haciendo la culebra en el suelo porque decía que un león se lo quería comer. Sus colegas intentaban ayudarle y sacarle de aquí, pero él pensaba que todos iban a hacerle daño y estaba tan acojonado que incluso se meó encima.

Di otro sorbo a mi refresco, viendo como los amigos de Sean le grababan y lo subían a redes, mofándose de él.

¿Se suponía que esa tendría que ser yo? ¿Que me mearía encima y alucinaría? ¿Ese era el «hermano» que tenía? No me daba ninguna pena su situación en este momento.

Anastasia se acercó unas cien veces a preguntarme si estaba bien. Tras insistir en que podía relajarse, subió a una de las habitaciones con Josh.

Decidí pedir un taxi e irme a casa. Sí, no soportaba seguir aquí viendo a ese gilipollas hacer el imbécil. Cogí mi chaqueta de entre todos los abrigos, y me la coloqué sobre los hombros, abrazándome a mí misma mientras salía de la nave.

Sean estaba sentado sobre su moto, fumando y mirando las estrellas, con el ceño fruncido y los puños apretados.

—Buenas noches —me despedí, con la cabeza alta y el orgullo intacto.

Yo solo bailé e hice un poco el ridículo con mi hermanastro, él estuvo en casa de su ex. ¿Quién lo hizo peor?

Además, yo tenía motivos para ello. Protegerme a mí misma.

—Para quien las pueda tener —contestó.

El olor de la *maría* me hizo detener mis pasos.

—Has bebido y ahora estás fumando, no deberías conducir así.

—Preocúpate por ponerle unos pañales a tu hermano y déjame en paz.

Sus ojos, entrecerrados como dos persianas, se fijaron en mí, dedicándome una miradita odiosa que me recorrió de pies a cabeza.

Bueno, ¿quién era el histérico ahora?

—Vaya, una semana sin follar y mira cómo estás, ¿por qué no le pides a Naomi que te haga una mamada?

Se bajó de la moto y vino a por mí. Esta vez no fue como cuando le tiré una moneda, no. Esta vez, corrí por mi vida.

Sean me acorraló contra un coche, chillé y me escapé por su derecha. Antes de que pudiese encontrar alguna salida, me agarró

de la cintura y me estampó contra el capó del auto de alguno de sus amigos, agarrándome las muñecas tras la espalda y colándose entre mis piernas.

Dios, esto era…

—Sean, nos pueden ver.

—Estoy a punto de matar a alguien, Brit, me resbala la polla quién nos vea ahora mismo.

—Piensa en tu hermana.

—Piensa tú en mí, hostias. No puedo más.

Crac, el corazón se me rompió en mil pedacitos.

Estaba sufriendo, lo veía en su cara, la tortura que llevaba por dentro. Faltaba una sola palabra o un mínimo rechazo por mi parte para que explotase y se volviese loco.

—Nene, sabes que te quiero —susurré, porque no soportaba hacerle daño, no a él. No a la persona que más me ha querido y más me ha cuidado.

Su agarre se aflojó un poco, pero su cuello seguía lleno de venas gruesas y su mandíbula en tensión.

—¿Por qué bailaste con él? ¿Por qué le sonreías así?

Abrí la boca para poder respirar con más profundidad, tenerle encima solo hacía que mi pulso se disparase y todo mi sistema nervioso se volviese loco.

Qué bien olía, maldita sea.

—Porque quiero que se olvide de ti, que crea que todo está bien para que deje a tu familia en paz, me estoy sacrificando por tu seguridad y bienestar. Yo no siento nada por él, lo sabes. Sabes que mi corazón es solamente tuyo.

No le contaría la intención de Derek de drogarme esta noche, porque eso solo haría que perdiese la cabeza y que lo matase. Yo podía defenderme sola, no era una niñata que necesitaba que lo hiciesen todo por mí.

Como seguía cabreado, con los ojos rojizos y el pecho subiendo y bajando como un animal furioso, acerqué mis labios a los suyos y disfruté viendo como su mirada bajaba hasta mi boca. Su aliento sabía a *vodka*.

—Te quiero —repetí—. Solamente a ti.

—Quiero matarlo, Brit —susurró, todavía con la voz demasiado grave—. Quiero que desaparezca de nuestras vidas y que volvamos a lo que éramos, te necesito a mi lado, *barbie*.

Dios, me derretía por él.

Aproveché que aflojaba la fuerza sobre mis muñecas para liberar una de mis manos y acariciar su mandíbula tan marcada y sexi. Él apoyó su mejilla contra mi mano como si necesitase mi contacto para sobrevivir.

—No importa todo lo que nos hagan, nene, nuestros corazones siempre estarán juntos.

¿Qué me pasaba? Yo también estaba bajando la guardia y las barreras. Y es que no podía seguir haciéndome la dura y la difícil cuando sabía que él sufría.

—Te quiero —insistí, necesitaba decírselo una y otra vez, necesitaba de él, del único hombre en el que confiaba—. Mucho, muchísimo.

—Y yo a ti, te quiero con toda mi alma, nena.

Asentí, lo sabía, tenía clarísimo que él sentía lo mismo por mí, que todo era real, que en sus brazos estaba más que a salvo.

—¿Sabes que me he puesto este vestido para ti? Me he maquillado para ti, me he peinado para ti, me he puesto perfume para ti…

Mis piernas abrazaron sus caderas en el momento que sus manos se colaron por debajo de mi vestido y agarraron mis glúteos. Estábamos en los malditos aparcamientos, encima de un jodido coche que no era ni nuestro.

Su boca fue directamente a la mía y su lengua no tardó en reclamarme. Maldita sea, cómo extrañaba ese *piercing*.

Nos fundimos en un beso desastroso, yo tiraba de su pelo y de su sudadera, queriendo arrancársela, y él me tenía el vestido subido mientras con dos dedos apartaba mi tanga y…

—¡Ah! Dios… ¡Sean! Estamos…

—Lo sé, sé dónde estamos, pero no puedo parar.

—Yo tampoco.

Me embistió con dos dedos, mi humedad le mojó toda la mano, comenzó a penetrarme con rudeza, moviendo el brazo de forma rápida y maravillosa. Este chico conocía mi cuerpo como si él mismo hubiese creado cada célula de mi cuerpo.

—No pares —supliqué contra sus labios—. No pares, nene, no pares.

—No pienso parar nunca, Brit, nunca. —Besos, bocados y lametones—. Te voy a perseguir hasta el fin del mundo, *barbie*, ya te lo dije cuando empezamos, soy un cabrón celoso y posesivo.

—Lo eres, pero eres mi cabrón celoso y posesivo, y me encantas así. —Arqueé la espalda, necesitando algo más que sus dedos—. Bebé, entra.

—No tengo condones —gruñó, mordiéndome la boca y haciéndome jadear—. Lo siento, pero como no estamos juntos pues… follar no era una opción.

Mierda.

Me aferré a su ancho cuello, ahogando los gemidos en su pecho, mordiendo su sudadera mientras sus dedos seguían torturando el interior de mi sexo. Noté una fuerte contracción en la zona baja del vientre y mis piernas se aferraron todavía más a sus caderas.

—Sean, creo que…

—Hazlo, nena, córrete en mi mano, ahora mismo.

Asentí, lamiendo sus labios y reclamando sus besos, él volvió a comerme la boca y, cuando estaba a punto de subir al cielo, sacó la mano de debajo de mi vestido, me abrió las piernas y metió la cabeza.

—¡Sean!—chillé, muerta de la vergüenza, dándole gracias al universo porque no hubiese absolutamente NADIE—. ¡Dios mío!

Se me quedaron los ojos en blanco, perdí la fuerza de las piernas y me escurrí por el capó del coche, siendo recogida por sus brazos, mientras una sonrisa traviesa se le dibujaba en esa preciosa cara de niño malo.

—Vaya, el señor posesivo y celoso vuelve a estar feliz.

Seguía con las piernas abrazadas a su cintura y los brazos sobre sus hombros, riéndome de lo que acabábamos de hacer.

¿En serio?

Ay, si mi madre se enterase de esto.

—Después de comerme a una rubia como tú, como para no estarlo.

—¿Te ha gustado? —le provoqué, sintiendo que el gin-tonic también me estaba soltando la lengua.

Noté como mi culo ahora quedaba apoyado en su moto.

Él frotó su erección sobre mi tanga húmedo, me colocó bien el vestido y me puso su casco.

—Yo creo que mucho. —Me guiñó un ojo e intenté agarrarle el paquete, no lo conseguí y él mismo me cogió de la mano, colocándomela en su entrepierna dura como una piedra—. ¿Qué? ¿Te vienes a casa a follar con tu novio o te quedas aquí con el gilipollas de tu hermano?

Mi pecho subía y bajaba, lo que habíamos hecho, lejos de calmarme solo despertó mi adicción por él. Quería y necesitaba más. Y me daba igual. Estaba siendo miserablemente egoísta, pero esta noche solo pensaría en él, en mí, en nosotros.

—Llévame contigo.

CAPÍTULO 23
BRITTANY



Volver a estar aquí era de lo más extraño. También resultaba raro ver su piso tan vacío y silencioso, sin la compañía de Mary y Lucy.

—¿Lo estás llevando bien? Lo de vivir solo…

—Bueno —dejó el casco sobre el sofá—, preferiría que vivieses conmigo.

Tragué saliva, de repente, me sentía como una amenaza en su territorio.

Como si no hubiese estado aquí un millón de veces.

Él apareció con unas bebidas y algunos bizcochos de chocolate.

—No tengo mucha cosa, pero si te apetece picar algo…, aunque esta mierda tiene azúcar, bueno, mejor no.

Sonreí, viendo cómo dejaba las bebidas en la mesa y me invitaba a sentarme.

—Estoy bien, no te preocupes.

Di varios pasos, acercándome con cuidado, él me miró, con la espalda apoyada en el sofá y una mano detrás de la nuca, dejando el hueco perfecto para mi cuerpo.

No dudé en ir a su lado, y no solo eso, me senté directamente sobre su muslo derecho, dejando que abrazase mi cintura y me pegase completamente a él.

Mi mano fue a su mejilla, acariciándole, mientras sus expertos dedos recorrían toda mi espalda.

—Bienvenida a casa, mi vida.

Entonces, el desenfreno tomó el poder y olvidamos todo lo demás.

Ya ni recordaba a Derek.

Otro beso, otra vez su lengua, otro lametón en mi cuello, otro mordisco en mi hombro.

—Nena, no es suficiente, necesito estar dentro de ti.

—Y yo necesito que entres, cariño.

—Bien, joder. —Cogiéndome de nuevo por debajo de los glúteos, me llevó enganchada a él hasta su habitación. Mis dedos se aferraban a su precioso cabello negro despeinado.

Cerró la puerta con una mano mientras me sujetaba con la otra. Se dejó caer en la cama, quedando yo sobre él.

—Así es como quiero estar toda mi puta vida, *barbie*, entre tus piernas.

Me parecía bien porque yo deseaba lo mismo.

—Sean, quítate la ropa, por favor.

—Lo mismo te digo, quítatelo todo antes de que me reviente la polla.

Dios.

Tiré de la cremallera de su sudadera, deslizándola con desesperación, él se deshizo de la camiseta negra y ajustada que llevaba en un santiamén, dejándome ver el cuerpo de un modelo masculino de alta esfera. Era perfecto, dolía mirarle.

—Tic… tac… —comenzó a canturrear, haciendo alusión a que aún estaba muy vestida para su gusto.

—Ya voy. —Agarré los bordes del vestido blanco, quedándome en ropa interior. Sus ojos fueron directos a mis tetas y luego al *piercing* mientras se relamía los labios sin pudor alguno—. ¿Tienes ganas de que lo hagamos, nene?

—Tengo ganas de reventarte, bombón.

Me deshice lo más rápido posible del tanga mientras él hacía lo mismo con los pantalones y el bóxer, hasta volver a tumbarse sobre la cama con una enorme erección dura y venosa dispuesta a romperme en dos.

Sus ojos se clavaron en mi sexo, soltando un gruñido de desesperación. Vino directamente a por mí.

—¡Sean! Sean, ¿qué haces?

—Siéntate en mi cara, joder, quiero comértelo de nuevo.

—Pero… ¡Sean!

—Ponme el coño en la cara y chúpamela. —Su lengua acarició mi hinchado y húmedo clítoris, logrando que se me quedasen los ojos blancos de placer mientras me recostaba a lo largo de todo su torso desnudo. Sus manos agarraron mi culo pegándome una fuerte nalgada en el momento en que agarré su miembro y me lo metí en la boca hasta lo más profundo que fui capaz.

Sus lamidas se intensificaron y las mías también. Sin poder evitarlo, comencé a mover las caderas sobre su su boca; mis gemidos quedaron apagados por su enorme erección.

—Qué bien la chupas, princesa. —Un gemido gutural se escapó de sus labios, los cuales seguían besando mis pliegues, y yo estaba sufriendo unos espasmos increíbles, retorciéndome sobre su musculoso cuerpo desnudo, sabiendo que me iba a correr en nada —. Joder, nena, me cago en la puta.

—¿Lo hago bien?

—Me flipa, diosa.

Sacudí su miembro con más ímpetu, notando el sabor salado de algunas gotitas de excitación previas a la eyaculación, y me puse tan

cachonda que no pude evitar terminar de nuevo encima de su cara.

—Sean, voy a… —Traté de retirarme, sin éxito, sus manos agarraron mi culo apretándolo más contra su boca, haciendo auténticas maravillas con ese *piercing* de la lengua, volviéndome loca mientras me moría de placer—. Oh, Dios, bebé… Para, para un poco, me vas a hacer gritar. ¡Nene! Para…

Y no pude controlarlo, retorciéndome al sentir uno de los orgasmos más intensos de mi vida, me dejé caer sobre su cuerpo, totalmente extasiada por el placer.

Con otra nalgada que debería dejarme su mano totalmente marcada y un último lengüetazo, se escapó de debajo de mí, agarrándome de la coleta de forma dominante, para volver a colocarme a su antojo.

Le escuché rasgar el papelito de un condón, mientras me mantenía con la cabeza apoyada en el colchón y las caderas alzadas en el borde hacia él.

—Coge una almohada, nena —susurró, notando cómo se restregaba en mi sexo chorreante.

—No hace falta, estoy cómoda así.

—No es para que estés cómoda.

—¿Entonces?

—Mmm… —Su erección entró por entero en mí y, entonces, lo entendí: me iba a reventar—. ¿Sigues necesitando una explicación, cariño?

No, no la necesitaba.

Estiré mi brazo para atrapar uno de los cojines que había sobre la cama y hundí mi rostro en él.

—Ya puedes darlo todo —afirmé contra la tela.

—¿Tienes miedo, *barbie*? —le escuché preguntar, acariciando mi espalda temblorosa—. Tranquila, te aseguro que tus gritos van a ser de puro placer.

No lo dudaba ni un poco. Pero eso no quería decir que no tuviese la excitación y la adrenalina por las nubes.

Sus caderas se arquearon contra mí, golpeándome con fuerza.

Noté su dureza llegar hasta lo más profundo de mi cuerpo, provocándome sensaciones ardientes, placenteras, adultas y prohibidas, llevándome a un lugar oscuro e inexplorado. Ya habíamos follado, pero cada vez era más crudo, más rudo, más Sean, más mío.

Y yo cada vez era más suya.

—¿Recuerdas la primera vez que te vi con este vestido blando? Esto era lo que quería hacerte. —Su puño tiró con suavidad de mi pelo, logrando hacerme soltar otro gemido contra el cojín cuando me la volvió a meter hasta el fondo—. He intentado evitarte muchas veces, Brit, pero supongo que era inevitable acabar así. Cuando algo te pertenece, terminas entregándote, y yo soy más tuyo que nada en esta vida.

Dios… Era mío, lo estaba diciendo él mismo. El chico de mis sueños era todo mío.

—No pares, cariño. No salgas de mí, por nada.

—No pienso salir, nena, voy a dormir abrazándote con la polla dentro de ti, ¿qué te parece? ¿Mmm?

—Una fantasía.

Sus caderas fueron a más, y sus manos sabían muy bien lo que hacer, con una sostenía mi cabello con la fuerza suficiente como para ponerme caliente sin hacerme daño, y con la otra, me masturbaba el clítoris a la vez que se clavaba hasta lo más profundo de mí, gimiendo de forma ruda y gutural en mi oído.

Era como una bestia enferma de mí, y lo amaba, joder, amaba esto.

—Sean no puedo más, voy a…

—Yo también, córrete conmigo, nena.

—Dios… Es… tan… —Tuve que volver a morder la almohada, notando que se me saltaban las lágrimas por la intensidad del polvo y por cómo mi cuerpo reaccionaba ante él. Sin poder evitarlo, me cerré alrededor de su miembro mientras intentaba no chillar demasiado.

—Mierda, Brit, no te aprietes así. Dios… —Sus dientes se clavaron en mi hombro para ahogar un gemido sin hacerme daño—. Joder.

Totalmente agotados, nos tumbamos en la cama, él no tardó en buscarme y recostarme sobre su pecho, mi pierna se dejó caer alrededor de su abdomen.

—¿Estás bien, bonita? ¿He sido muy rudo? —Sus manos comenzaron a masajear mi columna y acariciar mi cabello—. Dios, perdóname si me he venido arriba.

—De eso nada, ha estado genial —aseguré, dejando que sus ojos turbios se tranquilizasen.

—Bueno, la verdad es que follar contigo es otro nivel, nunca había estado tan cachondo.

Auch.

Tal vez lo dijese a modo de cumplido, pero el hecho de que hubiese estado cachondo, aunque fuese menos, con otras chicas, me hería profundamente.

—Eh, *barbie*, ¿todo bien? —Agarró mi mentón, rebuscando en mi mirada.

—Sí, supongo.

Con cara de estar revisando en su memoria qué podría haberme hecho enfadar, finalmente dijo:

—Mierda, soy imbécil, perdón.

—No pasa nada, sé que has estado con chicas antes de lo nuestro, está bien.

Sí que pasaba, pero no podía controlar su pasado ni enfadarme por algo que ocurrió sin estar conmigo.

—Brit, te juro que eres la única para mí. Lo de atrás no vale una mierda —afirmó tratando de hacerme sentir mejor, algo que realmente logró. Me acurrucó sobre sus pectorales, masajeando mi cuero cabelludo con movimientos cortos, suaves y circulares—. Quiero que te quedes conmigo, para siempre.

Mi cuerpo sintió un escalofrío, retorciéndose entre sus brazos.

—¿*Barbie*?

—Sean —resoplé.

—Dime, nena.

Ay…

—Yo quiero lo mismo, pero mañana deberemos fingir de nuevo que no significamos nada el uno para el otro.

El sueño me cerraba los ojos, aun así, logré escuchar lo último que dijo antes de darme un beso en la frente:

—Finge tú si quieres, yo me he cansado de esta mierda. Voy a destrozar a Derek Stephan.

CAPÍTULO 24
BRITTANY



Hacía tiempo que no dormía tan bien, del tirón y sin despertarme.

Sentí el peso del colchón hundirse y me arremoliné para abrazar al chico de mis sueños.

—Sean…

—Ya me gustaría tener esos abdominales, tía.

Abrí los ojos de golpe, viendo a mi mejor amiga sentada en la cama de mi novio. Quitando que yo estaba en pelotas, ella no tenía mucho mejor aspecto.

—¿Qué? ¿Todavía no has vuelto a casa?

—Me lo pregunta la que tampoco está en su casa —soltó, y rodó los ojos.

Se había lavado la cara, pero seguía con restos de maquillaje negro en los ojos, y los labios hinchados. Muy hinchados.

—Ana, parece que has estado toda la noche prostituyéndote, ¿qué diablos?

—Oye, tía, que yo al menos tengo ropa puesta.

Cierto.

Me tapé rápidamente con la sábana color verde pistacho de la cama de Sean.

—¿Has estado con Josh?

Asintió, con las mejillas tiznadas de rojo. Escuché al susodicho en la cocina, berreando con mi novio.

—Están preparando el desayuno. Bueno, intentándolo, por ahora les va ganando el beicon.

Fruncí el ceño, concentrándome para entenderlos, oímos a Josh chillar de forma infantil cuando pareció quemarse al freír un huevo.

No pude evitar reírme, pero la felicidad se me fue del tirón al acordarme de Cindy y Derek.

Cogí el móvil rápidamente, no tenía ningún mensaje de mi hermanastro, entré a Instagram y, por ahora, tampoco había fotos publicadas de Cindy.

—Tía, cuando Josh por fin se cansó de darme por saco, estuve pensando en lo de tu hermanastro, no creo que publique esas fotos.

—¿Ah, no?

—No, los Steifold y los Stephan se llevan muy bien, si hiciera eso, estoy segura de que su padre le cortaría los huevos. Creo que solo se ha tirado el farol para chantajearla.

A ver, razón tenía.

—Dios te oiga, tía, porque vaya tela.

—Bueno, y si pasa, pues que se joda, por falsa.

Chasqueé la lengua, levantándome de la cama con la sábana liada al cuerpo para ir al ropero de mi novio y coger una de sus camisetas. Necesitaba una ducha urgente.

—Las chicas somos idiotas cuando nos enamoramos, Ana. No la culpo, aunque no quite que me sienta… ¿decepcionada?

Suponía que esa era la palabra correcta.

Me dejé caer una camiseta negra por encima, me quedaba como un traje.

—Bueno, ¿y con Sean qué tal?

Sonreí, suspirando.

—Maravilloso, como siempre.

Ella esbozó una sonrisa lastimera, me alegraba tanto de tenerla y poder contar con su apoyo en todo esto…

—Conseguiréis que todo sea igual que antes, os lo merecéis.

Negué con la cabeza y me puse a hacer la cama, Ana se sentó en la silla *gaming* de Sean.

Aproveché para poner unas sábanas limpias.

—Yo no veo la forma de hacerlo, incluso en un mes, cuando cumpla la mayoría de edad, si me vengo a vivir aquí con él, ¿crees que nos dejará en paz?

—¿Y no podéis denunciar? ¿Hablarlo con alguien? ¿Un adulto, quizá?

No contesté, porque no tenía la respuesta. Cuando la vida de una niña estaba en juego y en manos de gente tan mal de la cabeza, cualquier paso podía ser en falso.

Lo que pasó esta noche entre Sean y yo no debería haber sucedido, la culpa fue mía por ir a esa fiesta sabiendo que él estaría ahí.

No me perdonaba hacerle esto a Lucy. Aunque ya estaba hecho.

Alguien tocó a la puerta.

—¡Chicas! ¡El desayuno ya está listo! —anunció Joshi con un tono cantarín.

—¿Y este por qué está tan contento? —Señalé hacia la puerta, con una ceja alzada.

La cara de mi amiga se convirtió en un globo rojo a punto de explotar.

Maaaadre mía.

—Tíaaaaaaa —empecé a chillar.

—No empieces.

—¡Cuéntamelo, Ana!

—¡Que no hemos hecho nada!

—¡No, qué va! ¡Tú hueles a sexo!

Empezó a olerse a sí misma.

—¿Perdona? ¡Que no es verdad! —Le empezó a entrar la risa tonta —. Bueno, solo un poco, pero todavía no… Vamos, que sigo siendo virgen.

—Ajá.

La puerta volvió a sonar, se abrió despacio y mi novio asomó la cabeza.

—El tío gordo este ya se ha comido cuatro huevos fritos, yo solo aviso.

—¡No estoy comiendo! —gritó Josh, claramente con la boca llena.

Terminé de acomodar las almohadas, cogí las sábanas sucias y salí por la puerta, sonrojándome al ver como Sean me comía con la mirada y aprovechaba para darme un azote en el culo.

La mesa estaba lista, me fijé en que Josh llevaba puesto un delantal de margaritas sobre su chándal rojo de vestir, también tenía cara de sueño y estaba despeinado.

No desconfiaba de mi amiga, pero, sinceramente, dudaba de su virginidad.

Sean llevaba el pelo un poco húmedo, con una camiseta cualquiera y un pantalón de pijama, descalzo.

Ana se sentó junto a Josh y yo puse una lavadora, pidiendo que me diesen cinco minutos para tomar una ducha rápida antes de sentarme a desayunar.

—Nena, no te rayes por las sábanas y eso, yo me encargo. —Sean se levantó de la mesa, dejando a Josh y Ana a su rollo, mientras me acompañaba a su ropero para buscar algo de ropa limpia—. ¿Estás bien?

—Sí, me gusta ayudarte, más ahora que estás solo.

—No estoy solo, estoy contigo —afirmó, y sonrió como un idiota.

—Ya me entiendes.

Me daba pena por Lucy, ella estaba muy unida a Sean y estaba segura de que no llevaba tan bien lo de vivir separados.

—¿Cómo está tu hermana?

—Bien, luego me pasaré a verla, antes de ir al curro.

Asentí, notando un nudo formarse en mi estómago.

No sabía cuánto tiempo tardaría en pasarse el efecto de aquella pastilla en el cuerpo de Derek, ni siquiera tenía idea de qué droga era. Lo que sí tenía claro era que las consecuencias llegarían tarde o temprano.

¿Debería contárselo a Sean? No quería que fuese a por él y pusiese a Lucy en peligro, aunque, por otro lado, ¿y si Derek se vengaba de lo que le hice atacándole? ¿Y si alguien ya nos vio anoche en los aparcamientos?

Dios, me dolía la cabeza y no sabía qué hacer.

—Brit, ¿todo bien?

—Sí. —Salí de mi ensoñamiento de inmediato.

—Oye, lo de Naomi…

Ay, ni me acordaba de eso ya.

Una parte de mí se moría por entender qué hacía Sean en su casa, pero otra me gritaba que ya no podía con más problemas.

Ayer intentaron drogarme y a saber qué hubiesen hecho conmigo. ¿Lo peor de todo? Quien lo intentó vivía bajo el mismo techo que yo.

—No importa —le interrumpí—. Voy a ser sincera contigo, me jode que te acerques a ella, pero no soy tu dueña, eres libre y… confío en ti.

Él guardó silencio, acariciando el dorso de mi mano.

—¿Y tú cómo estás? ¿Estás controlando bien el azúcar y todo eso?

Aunque pasásemos toda la noche juntos, besándonos y haciendo cochinadas, sentía que ahora mismo era como si acabásemos de vernos después de mucho tiempo.

Ya no estábamos ni borrachos, ni enfadados, ni nada.

Éramos solamente él y yo.

—Lo estoy llevando bien, voy apuntando todo en la libreta y siempre la llevo conmigo.

—Genial, ¿puedo echarle un vistazo mientras te duchas?

La mirada se me iluminó, que le importase tanto mi salud y todo lo que tenía que ver conmigo era algo que simplemente me hacía volar por las nubes.

—Claro que sí, doctor Kiev.

Me agarró de las mejillas, soltándome un lametón en la cara, luego fue a por mi libreta y empezó a hojearla.

Yo decidí meterme en la ducha de una vez, aunque me daba lástima quitarme su olor del cuerpo.

Obviamente, eso tenía fácil solución. Otro revolcón y arreglado.

CAPÍTULO 25
SEAN



Brit temblaba sobre la moto, abrazada a mi espalda.

Iba con mi sudadera puesta por encima de su abrigo y el vestido, hacía un frío que te cagas y la estaba llevando a casa.

—Nene, deberías dejarme unas calles más… —sugirió por decimocuarta vez.

—Lo sé.

Lo hacía por ella, porque no quería buscarle problemas, pero yo ya estaba hasta la polla.

Que Derek me provocase de esa manera delante de todos y que bailase con ella, tocándola mientras me miraba fijamente, le iba a costar la puta vida. No le di de hostias en aquel instante porque tampoco soy un imbécil, pero este tío ya había encargado una lápida con su nombre. Si se creía más listo que yo, la llevaba clarísima.

El que ríe último, ríe mejor.

Cogí la glorieta y salí por la tercera salida, directo al barrio pijo de Brit. Antes de salir de casa, entré a Instagram y estaba petado de vídeos de él haciendo el gilipollas anoche. No conseguía entender por qué se metió esa dosis tan alta de éxtasis, si en teoría todo estaba saliendo como él quería.

¿Para qué ridiculizarse a sí mismo de esa manera? El puto Stephan era más gilipollas de lo que pensaba.

—*Barbie*, respira, deja de temblar —supliqué—. Estás conmigo, no hay nada que temer.

—No quiero enfrentarme a las consecuencias. ¿Y si nos vieron anoche? ¿Y si vienen a por nosotros? ¿Y si te vuelven a apuñalar?

—Que lo intenten, no volverán a pillarme con la guardia baja.

—¿Y qué pasa conmigo?

¿Con ella?

Me detuve justo dos calles más debajo de su casa.

—Si te tocan un solo pelo, me lo dices que acabo con la tontería rápido.

En el momento en que se bajó de la moto y se quitó el casco, se me partió el corazón al verle los ojos enrojecidos, a punto de llorar.

—Nena… —La agarré de la mano, ella se soltó de inmediato—. ¿Hay algo que no me hayas contado? ¿Derek está volviendo a molestarte?

Frunció el ceño y negó.

—¿Seguro?

No, claro que no. No estaba bien ni de coña. Algo pasaba y me lo ocultaba.

—Tengo miedo —susurró, como si acabase de ser consciente de algo terrible—. Sean, no quiero entrar, no quiero ir.

Mi mano fue directa hasta su cintura, pegándola a mi cuerpo, y me levanté la visera del casco para mirarla fijamente.

—Vente a casa del tío Vladimir un rato, Lucy se pondrá contenta de verte.

—No puedo, sabes que…

Sé que voy a terminar loco, eso es lo que sé.

—Cariño, ¿qué está pasando? ¿Todo esto es por lo que te conté sobre mi hermana o hay algo más?

Cindy salió de su casa, caminando con una bolsa de basura hasta los contenedores, alcé un brazo para saludarla, ella miró a Brit, agachó la cabeza, soltó la bolsa y se fue.

¿Qué cojones?

—¿Me estoy perdiendo algo? —insistí.

—Nene, déjalo, ya hablamos.

Sus manos acariciaron mi casco, echándome la cabeza hacia abajo para darme un beso sobre él. Se deshizo de mi agarre y, para nuestra mala suerte, justo el coche de Johan pasó por nuestro lado y Lois se asomó a la ventanilla, Brit decidió subirse al auto.

—Ah, Sean, cuánto tiempo, ¿qué tal? —saludó la madre de Brit.

—Todo bien, señora.

—¿Os habéis mudado por aquí? Es genial.

—Sí, eso parece.

Entrecerré los ojos, al ver los ojos vidriosos de mi novia. Estaba rotísima, y yo no me podía quedar así. Tenía que actuar, ya.

Si no hice nada en contra de Derek cuando me enteré de todo lo que le hizo fue porque quería que ella estuviese bien hasta que saliese de esa casa. Pero si allí ni siquiera se respetaba a mi chica, entonces ya no había motivos para contenerme.

Ellos arrancaron y yo seguí de largo.

Tenía que pensar algo rápido, ya de ya.

Dejé la moto frente a la casa de mi tío, bajé y me quité el casco para abrir la puerta con la llave que Vladimir me dio. Nada más entrar, tuve una mala sensación.

La casa estaba muy tranquila, todo se veía demasiado oscuro y Lucy dormía en el sofá con una película de dibujos animados de fondo, abrazada a su elefante de peluche.

El tío Vladimir estaba en la cocina, en silencio, bebiendo café. Con todas las luces apagadas.

Cerré con cuidado, yendo a buscarle.

—¿Qué pasa?

—Sean, te iba a llamar.

—¿Por? ¿Ha sucedido algo grave? ¿Má está bien?

El cuerpo se me puso malísimo de repente.

—Más o menos, he llamado al médico para que venga y ha dicho que es normal, parece que ha dado un bajoncito en su lucha contra la enfermedad, pero se recuperará.

La manera en la que mi tío me miraba y al mismo tiempo evitaba el contacto visual, me asustaba. Era como si todo lo que me estuviese diciendo fuese simplemente mentira.

—Quiero verla.

—Claro.

Dejé el casco sobre la mesa principal del salón, caminando a oscuras por la casa, con el corazón palpitando en la garganta.

—¿Má? —Di unos golpecitos suaves sobre la puerta de su habitación y asomé la cabeza con cuidado—. He venido a que te cabrees conmigo por algo, que te echo de menos.

Cuando entré, el alma se me cayó a los pies. Mi madre parecía destruida, débil. ¿Cuándo? ¿En qué momento?

—Hola, cielo.

Me senté a su lado, agarrándole la mano al ver que la habían pinchado.

—¿Qué te han puesto, má? —pregunté en voz bajita.

—Un medicamento para el dolor, cielo.

—¿Qué dolor?

A mi madre le dolían los huesos, y cuando le daban quimioterapia estaba días muy débil y cansada. Pero nunca llegó al punto de que

tuviesen que pincharle nada.

—¿Te duele más que antes?

Ella se encogió de hombros, como si no quisiese decírmelo.

—Má, dime la verdad, hostias ya.

Me estaba desesperando con que todo el mundo me ocultase cosas.

—Todo está bien, hijo, solo necesito descansar.

Estaba resignado.

—Joder, Mary, me independizo una semana y mira cómo estás, ¿mmm? No puedes vivir sin mí, es eso, ¿verdad? —intenté hacerla reír un poco.

—Deberías venirte, Lucy te extraña mucho y es una tontería que pagues ese alquiler, podrías ahorrarlo para tu universidad, cielo.

Tenía razón, pero es que…

—Ya no soy un niño, y yo no pinto nada en este sitio tan… caro y bonito. Me siento fuera de lugar.

—¿Cómo que no pintas nada? No digas eso, nunca más. —Su mano temblorosa y débil fue hacia mi mejilla, acariciándola con suavidad—. ¿Acaso ya no recuerdas cuando eras pequeño y querías salir corriendo de ese barrio? Lo odiabas.

Reí sin poder evitarlo. Poco quedaba ya de ese niño ingenuo que creía que su padre vendría a salvarles.

—Ya no quiero que nadie me saque de allí, me siento parte de Candem, má.

Su ceño se arrugó, mostrando un ligero cabreo. Oh, la señora Kiev estaba lista para regañarme.

—No te menosprecies, Sean.

—Claro que no —respondí, abrigándola mejor con la manta, luego cogí su móvil y me puse a jugar al *Mahjong*. Los juegos en el móvil de mi madre me parecían más divertidos que en el mío—. No me

siento menos por vivir en Candem, sinceramente, cuando era un crío no lo entendía, pero, a día de hoy, me siento orgulloso, ¿sabes?

Era cierto, no me cambiaría por el gilipollas de Derek ni por ninguno de sus amigos, tampoco cambiaría a mi padre ni a mi madre, y por supuesto, me sentía el hombre más afortunado por tener a Lucy. Yo era quien era, un chaval de barrio que hacía lo que podía por sobrevivir, y no me avergonzaría jamás.

Mary sonrió, fijándose en la cabecita pequeña que asomaba por la puerta.

—¡Tete!

—Hola, pequeñaja.

Mi hermanita vino corriendo con su elefante de peluche entre los brazos, se me sentó sobre las piernas y se enganchó a mi cuello como un koala.

—Tete, no quiero que te vayas más, quédate aquí para siempre. Mira, te he dibujado tu periquito, es de color verde, tu favorito, estaba esperando a que vinieras para dártelo.

Lucy se sacó una hoja doblada del bolsillo de su rebeca, enseñándome al periquito que había hecho. Cada vez, le quedaban mejor.

—¡Anda! ¡Es superguapo! ¿Qué nombre le ponemos?

Intenté dejar de lado el tema de vivir aquí, de verdad que no me sentía preparado para mudarme con mi tío. Odiaba sentir que vivía en la casa de otra persona y que le debía favores, no estaba nada acostumbrado a ello.

Aunque, por otra parte, el dineral que pagaba de alquiler, lo podría guardar en el banco para los estudios de Lucy.

Buf, yo qué sé.

Otra cosa que me rayaba era que mi tío fuese a estar controlando mis entradas y salidas. Nunca tuve padre, y no iba a soportar empezar a tenerlo a los dieciocho. Vladimir y yo ya nos conocíamos y me lo veía venir.

Además de esos tíos que me hicieron aquello, los quería alejar de mi familia lo máximo posible. Todavía no tenía claro si me seguían vigilando.

—Oye. —Mi madre abrió los brazos para que Lucy se acurrucase con ella en la cama—. ¿Qué tal con tu novia?

Sonreí.

—Todo perfecto.

Sus ojos brillaron llenos de felicidad. Mi madre apreciaba mucho a Brit y ni de coña le iba a contar lo que estaba pasando. Menos aún en su estado.

Lucy empezó a saltar en la cama para celebrarlo.

—¿En serio? Cómo me alegro, hijo. Ya decía yo que eso de daros un tiempo no iba a durar mucho, porque se ve que estáis hechos el uno para el otro.

Dejé de jugar con su móvil, poniéndolo en la mesilla, justo cuando el tío Vladimir se sumó a la reunión.

—Vaya, parece que la visita de tu hijo te ha dado diez años de vida.

Joder, qué cabrón, me estaba chantajeando.

Mi madre intentó incorporarse, diciendo algo de que hoy hacía un día estupendo para hacer filetes rusos, mi tío dijo que ni de coña y luego me pidió que le acompañase en el coche a comprar algo de comida para llevar y así almorzábamos todos juntos.

Eso olía a que quería hablar conmigo a solas.

Acepté la propuesta porque yo también quería hablar con él. Me tocaba la polla tener que pedir ayuda, pero cuando se trataba de temas serios, lo mejor era hacer las cosas con cabeza y no con orgullo. Yo no era un descerebrado, y eso era lo que me diferenciaba de Stephan.

Y hablando del rey de Roma, estaba con sus amigos, con el culo apoyado en su cochazo, sin hacer nada productivo. Otro domingo tocándose sus pelotas de niño rico. Pobre desgraciado.

Nuestras miradas chocaron nada más salir, suponía que ya estaba al tanto de que estuve toda la noche con su deliciosa hermanita y que la traje hasta la puerta de casa. Con las manos en los bolsillos, me quedé mirándole fijamente.

No olvidaba aquella cena en el *burger*, cuando Brit me contó todo lo que este cabrón le hizo pasar. Me apuntaba todas las cositas en la memoria, y si no iba ya a por él era porque todavía no podía sacar a Brit de ahí para asegurarme de que estuviese a salvo y no pagase las consecuencias de mis actos.

Tu momento llegará, rata de mierda.

—¿Qué miras, Kiev? ¿Quieres venir a chuparme la polla un rato?

Mi tío se ajustó la corbata, colocándose a mi lado, también con las manos en los bolsillos.

—Ni se te ocurra intervenir —insté.

Él solamente soltó una carcajada grotesca.

—Por culpa de payasos así, es que chavales como tú terminan en la cárcel.

Ignoré al gilipollas de Stephan, yendo hacia el cochazo de mi tío, que era mucho mejor que el de ese pedazo de mierda.

—Soy más listo, sus provocaciones me las paso por los huevos.

Vladimir me lanzó las llaves.

—Genial, por cierto, conduces tú.

Mi puño cerrado, con las llaves de ese precioso buga entre mis dedos, tembló ligeramente.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque es tuyo, me he comprado otro. Estaba cansado, el nuevo me llega mañana.

—¿Mío?

Arqueé las cejas, imaginándome contándoselo a Josh, pensando en lo feliz que le haría a mi colega conducir esta bestia de máquina y, por supuesto, llevando de paseo a mi preciosa *barbie*.

Pero, entonces, un sentimiento extraño, amargo y desagradable se me instauró en el pecho. Me enfadé muchísimo. Y no lo entendía.

—No necesito tus regalitos, Vladimir. —Le lancé las llaves de vuelta—. Puedo conseguir las cosas por mí mismo, no soy como esos imbéciles.

—Sean, no quería decir que…

—No. Quiero. Tu. Puto. Coche —rugí, antes de abrir la puerta del copiloto, subirme y cerrar de un portazo.

Estaba hasta la polla. Y ni siquiera sabía de dónde coño venía ni este malestar ni este puñetero enfado.

Cuando me puse el cinturón y mi tío arrancó, abrí la ventanilla para que me diese el aire y me encendí un cigarro.

—Lo siento, ¿vale? Estoy de mala leche. —Me digné a pedir perdón.

—No te preocupes, sé lo que te cuesta recibir algo de otra persona, es lo normal cuando… —Dejó la frase sin terminar.

Di una calada más y luego saqué el codo por la ventanilla.

—Cuando nunca has tenido nada, ¿no? Puedes decirlo, no me voy a poner llorar, la sensiblería no es una de mis cualidades.

Mi tío se puso las gafas de sol, echándose el pelo hacia atrás. No es que estuviésemos en verano ni nada de eso, pero a esta hora el sol molestaba un huevo, y más para conducir.

—Aunque no lo creas, tú y yo nos parecemos bastante, ¿sabes? Tu padre era el favorito de la familia, y yo siempre fui un don nadie.

Arrugué la frente, ¿en serio? ¿Ahora se iba a poner melodramático?

—¿Y eso?

—Paul era bueno en los deportes, y yo no, lo mío eran los libros y las letras.

Me horroricé.

—Hostias, sí, nos parecemos muchísimo —repliqué con el mayor sarcasmo posible—. Justo ayer me apunté a un club de lectura.

—Sacas sobresalientes sin tocar los libros, Sean.

—Pero no me gusta leer, jamás me tragaría una novela.

Vladimir empezó a reírse.

—Ni que todos los libros fuesen novelas de romance, hay que joderse.

—¿Ah, no?

Me miró, me quitó el cigarro de la boca y lo tiró por la ventanilla.

Saqué otro y me lo puse detrás de la oreja.

—Deja de vacilarme, quiero hablar seriamente contigo y que dejes de tener la guardia alta, somos familia.

—Somos una carga, eso es lo que somos para ti —disparé sin poder evitarlo, porque era lo que de verdad pensaba.

Dejé que mi madre y Lucy se fuesen a vivir con él porque era cierto que ese barrio no era el mejor lugar para una mujer enferma de cáncer o para una niña, y yo todavía no disponía de medios para sacarlas de ahí, de hecho, ni siquiera sabía si podría hacerlo algún día. Pero eso no quitaba que me sintiese culpable por dejar que mi tío hiciese lo que se suponía que debía estar haciendo yo.

—Sean, ¿sabes lo que, en especial, tú eres para mí? —Paramos en un semáforo en rojo y me encogí de hombros, sin saber qué responder. ¿Un desastre? ¿Un dolor de cabeza?—. El hijo que siempre quise tener.

Levanté la frente, mirándole de reojo, y me quedé estático sobre el asiento. Mi tío hizo rugir el motor y volvimos a circular. Esperaba cualquier respuesta menos esa.

Aunque me lo dejase caer cuando vino a verme al hospital, sinceramente, pensé que lo decía por lástima o algo así.

—Cuando digo que nos parecemos, me refiero a que siempre he tenido que pelear por lo que merezco y nunca he parado hasta

conseguirlo. Yo te quiero, Sean, así que no pararé hasta que tú también me quieras a mí —instó—. No pretendo ocupar el lugar de tu padre, pero sí intento que te des cuenta de que estoy aquí para cuidarte.

—Ya tengo dieciocho años, hostias, no necesito que nadie me cuide.

Llegaba un poco tarde, ¿no?

—Sean, yo tengo cuarenta y dos, y sigo necesitando que alguien se preocupe por mí. Esto no va de edades, no funciona así. Créeme.

Aparcamos frente a una freiduría de comida rápida para llevar que era bastante famosa. Estábamos por Hyde Park. Recordé que Brit estos días solía venir por aquí a pasear con Anastasia. La vi hace nada, pero ya la echaba de menos.

No comunicarme y no saber dónde andaba mi chica me ponía histérico. Se acabó, luego la llamaría. Necesitaba quitarme este mal sabor de boca.

Además, quería seguir asegurándome de que su azúcar seguía controlada y necesitaba saber si el rumor de la bulimia era cierto o una equivocación de mi hermana Lucy. Porque, si lo era, teníamos que actuar ya.

Una parte de mí se sintió dolida pensando que no tuviese la confianza para contármelo, con todo lo que habíamos vivido juntos. Aun así, entendía que era algo demasiado personal. Rezaba para que no fuese verdad, pero, si lo era, saldríamos adelante.

Entramos en la freiduría y una mujer de unos treinta y cinco se puso totalmente roja de la vergüenza nada más vernos. Tenía una melena castaña recogida en una trenza alta y los ojos color verde.

Una niña coloreaba unos dibujos en una mesa aparte.

—¡Mami, mami! ¿Ya está lista mi comida?

—No, cielo, espera un poco —suplicó, llevaba el delantal manchado de aceite—. Señor Kiev, buenos días, ¿lo de siempre?

Sus ojos iban de mi tío a mí.

—No, hoy como en compañía, me llevaré cuatro raciones de *fish and chips* y cuatro postres de la casa.

—Marchando, ahora mismo.

No podía creérmelo. Mi tío la miraba como un bobo.

—¡Hola! —saludé, soltando mis encantos para ayudar al pobre hombre—. Huele que alimenta, ¿eh? ¿Lo cocinas todo tú sola?

—¡Sean! —Mi tío me soltó un codazo que ignoré por completo. Nos habíamos dado de hostias hasta sangrar, no me intimidaría con esto—. No la molestes, está trabajando.

—¡Oh! No me molesta. —Guau, tenía una sonrisa muy cálida y bonita—. No sabía que tenía un hijo.

—¿Este? —Le señalé—. No es mi padre, y está supersoltero, por cierto.

—¡Por Dios! —Mi tío se ajustó la corbata, como hacía cada vez que estaba nervioso y atacado de los nervios—. ¿No ves que es una mujer con familia? Deja de ser tan sinvergüenza.

—Yo también estoy supersoltera —bromeó ella, que era más cachonda que el aburrido de Vladimir—. Y no le regañe, es muy simpático.

—¿Has escuchado eso? Soy su preferido —musité, mi tío mientras tanto se había quedado atrapado como un disco rayado en la parte de «estoy supersoltera».

Buah, seguro que era tan lerdo que pensaba que estaba casada.

¿Qué mujer casada con un buen hombre estaría trabajando como una condenada y su hija haciendo los deberes en esta freiduría? Vamos, me reventaría la espalda antes de permitir que Brit estuviese así.

—¿No estás casada? —balbuceó, atontado perdido.

Vaya tela.

—No, señor, me divorcié estando embarazada de Emily —comentó en voz bajita.

—Anda, como mi madre con Lucy.

Vladimir cogió las bolsas con la comida y casi me las tiró encima, sacándose un par de billetes para pagar. Luego con tono autoritario añadió:

—Espérate en el coche.

—Que sí, que sí.

Vaya tela.

Le dije adiós con la mano a la niña que pintaba en la mesa, pensando en lo bien que se podría llevar con mi hermana.

Luego me saqué el móvil del bolsillo y marqué el número de Brit. Necesitaba escucharla y saber que estaba bien.

CAPÍTULO 26
BRITTANY



Cuando entré en casa, sentí que me iba a desmayar a causa de la presión.

Mi cabeza solo gritaba «SOCORRO» como si fuese una alarma en rojo.

Arrepentida por no contarle lo de anoche a Sean y que, al menos, alguien pudiese salvarme de la cólera de este maníaco, opté por hacerme la fuerte y autoconsolarme pensando que en casa estaban tanto mi madre como Johan y, entonces, no podría hacerme nada.

Y a Lucy tampoco, pues ahí estaban tanto Sean como Vladimir.

Todo estará bien, Brit.

Cuando subí las escaleras, mientras mi madre discutía con Lina porque las magdalenas de avena y arándanos no le quedaron bien, la puerta de la habitación de Derek se abrió, cruzándomelo de frente.

—Fuiste tú, ¿verdad?

Intenté esquivarle, pero él me agarró del codo, me empujó hacia su cuarto y cerró de golpe.

Tomé aire para prepararme para gritar y agarré rápidamente la lámpara de su mesita de noche. Si daba un paso más, se la

estamparía en la cabeza.

—Brit, tranquila.

—Ni tranquila ni mierdas.

—No sé qué te ha contado esa cerda de Cindy, pero no es verdad.

«No es verdad».

Nunca nada era verdad.

Nunca era su culpa.

Nunca era él.

Empecé a reírme de forma histérica. Acabaría loca.

—Déjame salir ahora mismo o empiezo a gritar y a ver cómo le explicas todo esto a nuestros padres.

—¿Ah, sí? ¿Vas a hacer eso? ¿En serio?

Su tono se volvió más duro.

—Tú querías destruirme, ¿por qué iba a tener miramientos contigo? Si alguien debe estar cabreada, soy yo, Derek.

—Para empezar, no quería destruirte, solo que te lo pasaras bien y te olvidases de ese gilipollas.

—¿Drogándome? ¿Sin mi consentimiento?

—Joder, Brit, solo era éxtasis, casi todas las chicas que veías allí…

—Derek, vi lo que te pasó. —Se me saltaron las lágrimas de la impotencia, odiaba que le diese la vuelta a la tortilla todo el rato, que invalidara mis sentimientos, que le quitase importancia a todo lo que yo dijese u opinase—. No me vengas con que era una cosa inofensiva.

—Eso es porque ya tomé otras cosas, mezclar nunca es bueno, podrías haberme matado, Brit —gruñó, caminando hacia mí. Iba sin camiseta, podía ver sus músculos en tensión. Sentía la amenaza de sobra y no le permitiría que llegase a tocarme—. Pero, entiendo que esa puta de Cindy te hiciera el lío y tuvieses miedo. Por favor, deja

de desconfiar de mí, soy tu hermano, te quiero más que nadie y nunca te haría nada.

Mentiroso, mentiroso, mentiroso.

Echó un ojo a mi cuerpo, viendo la sudadera de Sean sobre mi abrigo y mi vestido blanco.

—¿Dónde has pasado la noche, Brittany? —Inclinó la cabeza hacia un lado.

—En casa de Ana.

—Meeec. —Hizo el sonido de una máquina fallando—. Respuesta incorrecta, inténtalo de nuevo.

Ya está.

Estaba harta.

Apreté todavía más las manos alrededor de la lámpara, dispuesta a rompérsela en la cabeza.

—¿Y a ti qué te importa, gilipollas? Puedo estar donde quiera, con quien quiera, al igual que haces tú. Deja de meterte en mi puta intimidad.

Derek se llevó la mano a la frente, removiendo la cabeza de un lado para otro mientras suspiraba con pesar.

—Siempre tengo que ser el malo, qué pesadez.

—No te hagas el dramático.

—Brit, ¿sabes por qué he intentado protegerte de Sean? ¿Quieres saber la puñetera verdad?

Oh, venga, a ver con qué me venía ahora.

—Adelante, ilumíname.

—Naomi está embarazada de él.

Esto sí que era alucinante.

Aflojé el agarre sobre la lámpara.

—Derek, se te va la olla, muchísimo.

—¿No me crees? Pregúntaselo a ella misma. ¿Por qué piensas que a pesar de dejarle sigue encaprichada y no le suelta? ¿Por qué crees que te odia tanto? ¿Por qué crees, querida hermana, que ayer Naomi no vino a la fiesta? Resulta que quedó con Sean para contárselo y este le ha dicho que no se piensa hacer cargo del niño. —Dio otro paso más hacia mí, arrancándome la lámpara de un tirón. Quería gritar, pero estaba tan en shock que no era capaz de hacer nada—. ¡Espabila de una puta vez, joder! ¡Ese tío es un puto cabrón!

—¡DÉJAME EN PAZ!

No pude soportarlo ni un solo segundo más. Mi voz salió desgarrada, haciendo que rompiese a llorar como una idiota. Johan entró en la habitación, diciéndole a Derek que hiciese el favor de ducharse y vestirse, luego me agarró del brazo y me sacó de ahí, llevándome a mi cuarto. Mi madre empezó a subir las escaleras para ver qué pasaba.

—Brittany, te tengo dicho que no te quiero en la habitación de Derek —exclamó Johan. Como si fuese mi padre. Como si tuviese derecho.

Le miré fríamente a los ojos, preguntándome por qué le molestaba que su hijo y yo estuviésemos a solas. ¿Quizá sabía la verdad?

—¿No puedo hablar con mi hermano?

Si aquí todos jugaban a hacerse los tontos, jugaría yo también.

—Derek es un inestable y un imbécil, y tú estás saliendo con el sobrino de Vladimir. No quiero que le lleves información de mi hijo y de mis asuntos privados a esa familia de mierda.

Oh, así que era eso.

Ellos sí que eran una familia de mierda.

—Johan. —Mi madre entró en la habitación cuando vio mi estado y colocó la mano en el hombro de su marido—. Deja que hable con ella a solas, por favor.

—No, Lois, quiero saber de qué discutían. —Volvió a asesinarme con la mirada—. ¿Tuvo algo que ver tu novio con esos vídeos que

van circulando de mi hijo por internet, eh? ¿Sabes la mancha que será en su vida?

No fue mi novio, fui yo, para defenderme de ese depravado mental.

Pero, claro, ¿quién me creería?

Solo pensarían que me echaba la culpa a mí misma para protegerle a él. Derek nunca reconocería la verdad delante de Johan.

—Sean no ha hecho nada, no tengo ni idea de qué le pasó.

Me cruzó la cara de un guantazo. Mi madre gritó, llevándose las manos a la boca.

De todas las veces que me han pegado, esta fue la más violenta.

—¡No defiendas a ese trozo de mierda! ¡Primero está tu familia!

No podía más.

No tenía fuerzas para luchar.

Un mes.

Un mes y sería mayor de edad.

Y desaparecería del puto mundo.

—No sé nada. Lo siento —respondí, con la vista perdida en la puerta medio abierta, conteniendo las ganas de seguir llorando.

—Que no te vuelva a ver con él. ¿Entendido?

Silencio.

—¿Entendido?

Más silencio.

—¡¡BRITTANY!! ¡¡¿ENTENDIDO?!!

Más y más silencio.

Solo mi respiración agitada, los latidos de mi corazón y mi pecho subiendo y bajando.

—Johan, por favor —insistió mi madre, volviendo a acariciarle el hombro.

Él dejó de inspirar y expirar como un gorila frente a mí y se largó de la habitación. Lois me miró con preocupación, aparté la vista de la suya y esperé a que cerrase la puerta. Una vez me quedé sola, todo mi mundo se desmoronó.

La habitación comenzó a darme vueltas y lo primero que hice fue ir corriendo al baño para ponerme un poco de pomada y algo frío. No podía permitirme ir con toda la mejilla morada a Hallow o, entonces, las cosas se podrían serias de verdad.

Intenté regular mis sentimientos, aunque, cuando creí que por fin podría pasar página y tragarme el dolor como siempre hacía, estallé tirando todos mis productos de belleza al suelo.

Grité a pleno pulmón, deseando desintegrarme y desaparecer de este infierno.

La tensión acumulada en mi corazón y en mi cabeza era tanta que casi no era dueña de mis actos y decisiones, por lo que lo único que hacía era abrir todos los cajones, sacar más y más cosas y lanzarlas contra el espejo, destrozándolo todo.

Odiaba esta vida.

Odiaba a esta familia.

CAPÍTULO 27
SEAN



No contestaba, le mandé un montón de mensajes y tampoco. La parte razonable de mi mente me decía que quizá estuviese descansando, que se habría quedado dormida. La otra me gritaba que fuese corriendo a su casa a ver si estaba bien.

Mi tío me arrancó el tercer cigarrillo de la boca.

—¿Se puede saber qué te pasa? Estás de los nervios y me estás poniendo nervioso a mí también.

Seguíamos en el coche de camino a casa. Y si quería hablar con Vladimir para pedirle ayuda sobre lo de Derek, el momento era ahora.

—Tengo algo que contarte, pero no quiero que metas las narices. Te pido que te dignes a simplemente darme tu opinión y consejo porque siento que no estoy manejando bien esta situación.

Ahora era mi tío el que se estaba encendiendo un cigarro.

Ah, claro, él sí podía, ¿no?

—Te escucho.

—Primero, dame tu palabra de que no harás nada.

—Que sí, empieza a hablar.

Buf, no le creía una mierda, pero bueno.

—El día que me asaltaron, no eran unos drogatas del barrio ni nada por el estilo. Eran unos matones, mayores, de unos treinta. Y venían en nombre de Derek, me dijeron que, si no dejaba a Brit, matarían a Lucy y a mi madre.

Vladimir frenó casi en seco, deteniéndose en un aparcamiento de forma provisional.

—¿Derek se ha atrevido a hacer algo así?

Asentí.

No sabía qué más decirle.

Antes de que empezase con todo un cuestionario, le expliqué:

—No le denuncié por dos motivos. El primero, nadie me creería, y el segundo, no quería poner en riesgo la vida de mi familia. Pero ese cabrón me humilla a cada rato y no sé cuánto tiempo más voy a soportar esto. Además de que me niego a renunciar a Brit.

Vladimir dio una calada profunda, echando el humo por la ventanilla.

—La verdad, no sé cómo puede haber gente tan tonta estudiando en Hallow, es un insulto para mi reputación.

¡Venga ya!

—¿Te cuento un problema tan importante y a ti solo te importa Hallow?

—Sean, Derek no matará a nadie. Puedes casarte con su hermana mañana mismo y no hará nada.

Me tragué la saliva que tenía en la boca de golpe.

—¿Y qué te hace estar tan seguro de eso?

—Porque, por tu padre, he estado muy cerca de esas mafias. Para empezar, el dinero que hay que pagar para que maten a una persona es una barbaridad, y Johan es un tacaño, dudo que a Derek le haya alcanzado para pagarles lo que te hicieron siquiera, seguro que todavía les debe pasta y, para terminar, si tiene la suficiente

maldad para pedir que maten a una niña y a una mujer, ¿por qué no te elimina directamente a ti y se acabó el problema?

Hostias.

Pues era verdad.

—Sigues vivo, ¿no? —añadió.

Sí, vivito y coleando.

—No lo vi desde esa perspectiva, la verdad. El miedo a que a mi familia le sucediese algo, me paralizó.

—A pesar de los cojones que tienes y lo impulsivo que eres, tienes un corazón que no te cabe en el pecho, Sean, y ese gilipollas lo sabe. Juega con eso.

Mi tío salió del aparcamiento, pronto llegaríamos a su casa.

—¿Y qué se supone que debo hacer?

—Seguir tu vida con normalidad y no dejar que te avasalle. No vayas solo por callejones oscuros. Sal de ese barrio de mierda ahora mismo y cuídate las espaldas. Dudo que vuelvan a atacarte, pero tienes que estar preparado para todo.

—¿Y Lucy y má?

—A ellas, las cuido yo, no saldrán con vida sin intentan tocarles un solo pelo de la cabeza.

Mi tío arrancó de nuevo el motor, empezando a conducir.

Inspiré profundo, volviendo a mirar el móvil.

Vamos, Brit. Dime algo. Me estoy muriendo sin saber de ti.

Llegamos a la urbanización, y cuando vi la casa de mi novia, el cuerpo se me puso en tensión de inmediato. No sabía cómo me aguantaba las ganas de bajarme del coche e ir directo a tocarle el timbre.

—Hay algo que debes saber. —Vladimir colocó una mano sobre mi hombro, mirando hacia la misma dirección que yo—. Me temo que el odio de Derek hacia ti no es del todo gratuito.

Arqueé las cejas.

¿Qué cojones?

—¿Por qué dices eso? Derek y yo nunca hemos tenido problemas, siempre ha sido un payaso al que le he vendido droga y ya. La mierda empezó cuando comencé a salir con Brit, porque él también está pillado por ella.

Mi tío negó con la cabeza.

¿Cómo que no, hostias?

—¿Sabes quién era mi exmujer, Sean? Nunca la conociste. Y no, no me dejó porque no pudiese tener hijos, la dejé yo. Es una verdad que casi nadie conoce.

¿La exmujer del tío Vladimir? Ni la conocía. No sabía su nombre y tampoco podía ponerle cara.

Como me quedé en silencio, simplemente esperando, aclaró:

—Mi exmujer es la madre de Derek.

La boca se me abrió en una perfecta «o» y le arranqué el cigarro de las manos para darle una calada que me llegase hasta los pulmones del cuerpo astral por lo menos. Mierda, iba a necesitar un porro después de esto.

—¿Cómo que la madre de Derek? ¿Qué me estás contando?

—Ella y yo estuvimos casados poco tiempo, lo más largo de nuestra relación fue el noviazgo, vivíamos justo aquí y Johan era muy amigo de ella, estudiaron la misma carrera y se llevaban bien, así que yo le trataba por cortesía.

—A… já.

—Te soy sincero, no me gustaba la amistad que tenían, pero tampoco quería ser el típico marido capullo, decidí confiar y la dejaba vivir, hasta que un día, de repente, se distanciaron y Johan pasó a no mirarnos a la cara siquiera, ni a ella ni a mí. Poco después, ella me anunció que estaba embarazada. La ilusión de formar una familia fue tanta que me olvidé de Johan y de todo,

hasta que, cuando el bebé tenía ya los dos años de edad, a los dos nos entraron ganas de traerle un hermano.

Madre mía, estaba flipando en colores.

—Ese bebé… ¿era Derek?

—Sí, el nombre lo elegí yo, además.

—¿Y… cómo terminó todo?

Mierda, me lo veía venir, y no estaba preparado para escucharlo.

—No había forma de que ella se quedase embarazada. —La mirada de mi tío seguía desvanecida en aquella casa. Me di cuenta, de que evitaba decir el nombre de su exmujer a toda costa—. De repente, ella cambió drásticamente de opinión y ya no quería un hermano para Derek, yo seguí empeñado en pedir ayuda médica, pero ella decía que no y que no. Entonces, volví a acordarme de Johan y… decidí hacerme varias pruebas.

No, mierda. Pobre tío Vladimir.

—¿Qué tipo de pruebas?

—La primera, me confirmó lo que sospechaba: Derek no era mi hijo. Y la segunda, me dejó claro que era estéril.

—La hostia… —Me llevé las manos a la cara, pasándomelas lentamente, tratando de asimilar lo que yo hubiese hecho en el lugar de mi tío.

Era para volverse loco.

Me daba lástima.

—Ella me confesó que tuvo un romance con Johan y que siempre fue el amor de su vida, pero que, como era un mujeriego, sabía que a su lado no podría ser feliz. Por eso se casó conmigo, porque yo sí era un buen hombre.

—Qué zorra.

—La eché de casa, Sean. Y se llevó al niño, tuvimos varios juicios y finalmente ella ganó la custodia. Siempre mintió diciendo que los

eché a los dos, aunque solo le dije a ella que se fuera, me hubiese hecho cargo de Derek sin ningún problema.

Los dos nos quedamos un rato en silencio, mirando la casa de Brit como dos idiotas. Cada uno con sus pensamientos.

—Siento que debí pelear un poco más por Derek. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Caí en depresión a raíz de mi divorcio porque yo la quería, muchísimo, e incluso rocé los límites del alcoholismo, digamos que yo tampoco estaba en mis cabales para hacerme cargo de ese niño, y creí que con sus padres biológicos estaría mejor.

—¿Por eso Derek me odia, entonces? ¿Crees que lo sabe?

—Mi exmujer fue diciendo por todas partes que los eché a la calle como si fuesen perros, estoy seguro de que Derek lo sabe.

—Pero él y yo nunca… Todo empezó con Brit.

—Exacto, no quiere a ningún Kiev en su familia; al igual que, supuestamente, yo tampoco le quise en la mía. ¿No te parece raro que Derek se fijase en Naomi? No es una chica que sobresalga en nada, y, además, de clase media, él solo se fija en adolescentes de buenas familias. El único motivo por el que puso los ojos en ella es porque estaba contigo y quería joderte, Sean.

Mierda, me quedé rotísimo. Ahora todo tenía más sentido.

Buf, cada vez estaba más confundido, joder.

—¿Crees que debería hablar con él e intentar ayudarle? —cuestioné.

La comida ya se debería estar quedando fría, tocaría meterla en el microondas.

—No. —Mi tío fue tajante—. Lo que te he contado no es para que te ablandes. Derek tiene la sangre de Johan y de esa… mujer. Además, ha sido criado por una bestia. No es un buen chico, y cualquier muestra de debilidad que le des, la aprovechará para hacerte daño. Tú no eres culpable de ninguna de sus desgracias, Sean. Lo que hace no tiene justificación alguna.

Zanjando el tema, Vladimir se bajó del coche y sacó la comida de los asientos de atrás. Yo le seguí, echando una última mirada a la casa.

¿Qué cojones estaba pasando ahí dentro?

Mi tío quería que siguiese actuando a mi manera, y mi familia ya no corría peligro, ¿no? Bien, pues entonces no me iba a quedar de brazos cruzados sin saber nada de mi chica mientras estaba conviviendo con una familia de psicópatas.

Solo llevábamos unas horas sin hablar, pero sabía cómo eran y que, después de lo de anoche, quizá intentasen castigarla o algo por el estilo.

Cuando mi tío entró en su casa, dejando la puerta entreabierta, apreté los puños y empecé a caminar.

El corazón me latía con una fuerza brutal, estaba nervioso y lo único que quería era saber que se encontraba bien para marcharme tranquilo y dejarla descansar.

Quizá estaba siendo demasiado dramático, pero tenía un mal presentimiento y cuando se trataba de Brittany, me volvía el más irracional del mundo.

Toqué a la puerta, esperando a que alguien abriese.

En menos de un minuto, Lois apareció, cambiando su expresión tranquila por una de puro terror.

—Vete —suplicó en voz baja.

¿Que me fuese? Ni de coña.

—Quiero ver un momento a Brittany, por favor.

—¡LOIS! ¿QUIÉN ES? ¿ES ESE NIÑATO DE MIERDA?

—Vete, por favor, vete —insistió la madre de Brit, a lo que simplemente negué con la cabeza.

Si ese gorila quería guerra, la iba a tener.

Johan la apartó de un semiempujón, hinchando el pecho bajo su traje de millonario de mierda.

¿Te sentías muy hombre follándote a la mujer de mi tío, gilipollas?

—¿Qué cojones quieres? —rugió en mi cara.

—Ver a mi novia —respondí de lo más tranquilo, con las manos guardaditas en los bolsillos, pues si las sacaba, no tardaría en empezar a estrangularle.

—¿Tu novia? Aquí no vive ninguna «novia» tuya. Y si te refieres a Brittany, olvídate de ella.

—En tus sueños, gilipollas.

La cara se le descompuso y yo tan solo me reí. Era tan fácil sacar de quicio a un orangután de estos.

—¿Qué vas a hacer? —Le vacilé—. ¿Vas a pegarme? Te denunciaré y te sacaré un par de billetes con los que invitaré a tu preciosa hija a cenar.

—Yo sí que te voy a denunciar a ti por acercarte a ella.

—Le queda un mes para cumplir los dieciocho, esa amenaza te la meterás por el culo dentro de poco.

El que faltaba en la reunión apareció detrás de su padre.

—¿Qué sucede? ¿Otra vez este imbécil? Deja que me encargue, papá.

Oh, bueno, aquí venía Superman.

—Kiev, ¿qué te tengo dicho? —Derek se puso entre Johan y yo, pegando su cara a la mía, mirándome como si pudiese reducirme a cenizas.

Le escupí en la cara.

—Después de mearte en los pantalones anoche, ni se te ocurra intentar intimidarme, nenaza.

—¡¿Sean?! ¡Que se enfría la comi…! ¡ME CAGO EN TODO! —Mi tío vino corriendo, cuando Derek y yo intentábamos estrangularnos el uno al otro, con Johan metido en medio.

—¡Eres un mierda, Stephan! ¡Tiene que venir tu puto viejo a defenderte!

—¡Papá, quítate! ¡Deja que le pegue!

—¡Parad de una vez, animales!

Mi tío me agarró desde atrás, tirando de mí, mientras Johan arrastraba a su hijo al interior de su casa.

—¡ESCÚCHAME BIEN, VLADIMIR! —gritó este—. ¡NO QUIERO QUE TU PUTA SANGRE SE ACERQUE A LA MÍA! ¡¿TE QUEDA CLARO?!

Y, de un portazo, nos cerró en la cara.

Vladimir me empujó, y cuando me soltó, yo me coloqué bien la chaqueta.

—¡¿Se puede saber qué coño hacías?! —reclamó.

Con las manos en los bolsillos de nuevo, me encogí de hombros.

—Lo que tú me has dicho, actuar con normalidad.

CAPÍTULO 28
BRITTANY



Era domingo, el gimnasio de Hyde Park abría la sala de musculación todos los días de la semana, pero yo solo daba clases de lunes a viernes. Aun así, tenía permiso para entrar al aula y practicar.

Me sentía un poco mejor cuando venía aquí, ya que era un lugar en el que se me valoraba y en el que conseguí mi primer empleo, haciendo lo que me gustaba.

La música clásica sonó con más fuerza y alcé los brazos, caminando sobre mis zapatillas de *ballet*.

De pequeña, iba a clases, luego lo dejé y volví, y lo dejé otra vez. La verdad era que mi ansiedad me llevó a procrastinar con todo y no ser constante en nada.

Quizá fuese algo que podría empezar a cambiar.

Anastasia estaba sentada en una de las esquinas del aula, sobre unas colchonetas, mascando chicle mientras no dejaba de lamentarse.

Casi no hablábamos, yo bailaba y ella jugaba al Candy Crush, ambas intentando apalear nuestro malestar de forma distinta, pero haciéndonos compañía.

Cuando ya sentí que estaba agotada, con el pelo sudado pegado a la frente, me quité las zapatillas, apagué la música y fui caminando descalza hasta sentarme a su lado.

—¿Sigues sin hablar con él? —preguntó Ana, mirándome de reojo.

Yo apoyé mi coronilla en la pared, dejando la vista perdida en la nada.

—Sí.

—¿Por?

—Porque no soporto más toda esta mierda.

—Naomi no puede estar embarazada de Sean, él no es así, seguro que es otra de las mierdas de Derek para meter cizaña entre vosotros. Brit, a estas alturas, deberías dudar de todo lo que salga de su venenosa boca.

La miré y sus ojos fueron al moratón que tenía en la mejilla.

Intenté taparlo con maquillaje, aun así, era algo visible.

—Tía, y eso no te lo has hecho tú sola ni de coña. —Frunció el entrecejo—. Brit —habló en voz más bajita—. ¿Qué está pasando? A mí me lo puedes contar.

—Johan nos pilló discutiendo a Derek y a mí. El idiota pierde los papeles cada vez que Sean se me acerca y mi padrastro se ha dado cuenta, supongo que esto es una advertencia de lo que pasará si me sigo acercando a él.

Ella inspiró profundo, me miró unos segundos y me abrazó, aplastando mi cara contra sus bien dotadas tetas.

Empezó a llorar.

—Ana, no llores, estoy bien.

—Pues yo no, tía, no soporto que vivas todo esto, que tu padrastro te pegue, que tu hermanastro te intente drogar, ya quiero que se acabe. Me da mucha impotencia que no podamos hacer nada, joder, ¿por qué no vamos a la policía de una vez?

Resoplando, negué con la cabeza.

Empecé a acariciarle el pelo para calmarla.

—¿Sabes cuántos juicios ha tenido Johan por estafas y delitos que ha cometido? Muchísimos. ¿Y sabes cuántos ha perdido? Ninguno. No servirá de nada, además, le arruinaría la vida a mi madre. Solo quiero cumplir la mayoría de edad, empezar a trabajar a jornada completa e irme a una habitación de alquiler. Es el único futuro al que aspiro ahora mismo.

—Pero —insistió sorbiendo por la nariz— ¿y Sean? ¿Ya no te quieres ir a vivir con él?

Encogí los hombros. Nos soltamos del abrazo y volvimos a espatarrarnos sobre la colchoneta, mirando hacia el techo las dos.

—Tengo miedo de que Derek siga con su venganza, aun después de irme de casa. No sé hasta dónde llega su mente. Solo sé que me asusta.

—Esto se tiene que acabar en algún momento, no puede acosarte para siempre, ni tampoco hacer que te mudes de país por su culpa.

Cierto, si no me dejaba en paz cuando me fuese de casa, estando sola y sin darle motivos para odiarme entonces sí tendría que tomar la decisión de ir a la policía, porque ya no sabía que más hacer.

Solo rezaba para que una vez saliese por la puerta de su maldita mansión, se olvidase de mí y mamá fuese feliz con los Stephan, despertando de esta pesadilla de una vez por todas.

—¿Has hablado de Derek con tu psicóloga?

No. No lo hice. ¿Debería?

—¿Crees que tengo que hacerlo?

—A ver, para eso están, supongo que podrá ayudarte mejor que nadie. Al menos, que nos diga qué hacer.

Me daba miedo, todavía era menor y mis declaraciones se las podría contar a mi madre. No me sentía preparada, pero lo dejaba como opción.

—Tía —susurré.

—¿Qué?

—¿Por qué crees que Sean fue a casa de Naomi?

Saqué el móvil del bolso, y volví a ver todas sus llamadas y los mensajes sin responder.

No estaba enfadado ni me reclamaba nada, lo único que me pedía es que le dijese que me encontraba bien y entonces me dejaría descansar el tiempo que necesitase.

Él quiso contarme lo de Naomi, y yo no deseé saberlo porque confiaba en él y mi cabeza no daba para más. Pero ahora, tras escuchar lo de que podía estar embarazada, mi cerebro pareció sufrir una especie de cortocircuito.

«¿Por qué piensas que a pesar de dejarle sigue encaprichada y no le suelta?».

Eso le daba sentido a su obsesión con Sean, incluso habiéndole dejado ella.

Maldita sea, no podía ser verdad.

—No lo sé, ni siquiera Josh lo sabe, parece que es algo muy privado.

Muy privado.

Tan privado como un embarazo.

Dios santo…

Sorbí por la nariz una vez más.

—¿Y tú? ¿Por qué estás triste? —pregunté, sabiendo que su estado de ánimo tampoco era el mejor del mundo.

Ella chasqueó la lengua, escupiendo el chicle usado en una servilleta y metiéndose uno nuevo en la boca. Era adicta a esa cosa.

—Estoy en un lío enorme, Brit.

Joder, estaba tan metida en mis problemas que olvidaba a veces a mi amiga.

—¿Qué lío, Ana? ¿Puedo ayudarte en algo?

—Qué va. —Abrió el Instagram, verificando que no hubiera fotos de Cindy subidas, hacíamos eso como cincuenta veces al día, para denunciarlas en cuanto apareciesen. No volvimos a hablar con ella, pero mañana nos veríamos en Hallow—. Lo que sucede es que el otro día invité a Josh a casa para comer *pizza* y ver una peli.

Sí, eso lo sabía.

—Ajá, ¿y cuál es el problema?

—Mi madre se dio cuenta de que el sofá olía a perfume de chico.

¡Oh, joder!

Los padres de Ana estaban muy chapados a la antigua. Así que no me extrañaba que estuviese superpreocupada.

—¿Y qué pasó? ¿Te han regañado mucho?

—No, entienden que ya tengo edad para ir teniendo novio, pero… ese es el problema, que creen que es mi novio y lo quieren conocer. —Arrastró sus manos por la cara—. Si les digo que invité a casa a un simple amigo o un rollo de una noche, me quitarán el apellido y me obligarán a vivir en la calle.

Comencé a reírme y ella me dio un puñetazo suave en el hombro.

—¡No te burles de mis desgracias, zorra!

—¡Tía! Entonces, ¿el problema es que tienes que presentarles a Josh a tus padres?

—Joder, ¿te parece poco? Si le pido eso a Josh, saldrá corriendo.

Me puse en pie, colocándome de nuevo las zapatillas, tenía ganas de bailar un poco más.

—Creo que Josh estará encantado, Ana.

—Pero no somos novios.

Le di al *play* para volver a poner la música.

—Pues yo creo que en su mente sí que lo sois, ¿por qué no le escribes? Vamos, estaré aquí para apoyarte.

Ella me miró con una enorme cara de asco mientras repetía mis palabras refunfuñando.

—Como todo salga mal, será culpa tuya, Brit.

—Asumo absolutamente todas las responsabilidades.

CAPÍTULO 29
JOSH



—Sean, Ana me acaba de contestar, Brit está bien.

Mi colega tiró las llaves inglesas sobre la caja de herramientas, llevándose las manos a la frente mientras se tomaba unos minutos para respirar sobre el capó del coche que arreglaba.

Lo suyo eran las motos, pero también arreglaba algún que otro cochecillo.

—Me cago en la puta, menos mal —susurró, tenía con la voz bastante rota.

Nunca vi a Sean con tanta ansiedad, llevaba desde el sábado por la mañana que la dejó en casa sin saber de ella.

—Supongo que la estarán agobiando en casa y necesitará un respiro —comenté, acercándome a él para tocarle el hombro—. No es tu culpa, deja de torturarte.

—Sí, sí que lo es, no debí presionarla, ahora ella estará pagando los platos rotos.

—No la presionaste.

—Sí lo hice, insistí para que se viniese a pasar la noche conmigo, debí dejarla en paz, joder. —Le pegó una patada a un neumático viejo y cogió un botellín de cerveza para darle un trago. Menos mal, porque llevaba todo el día sin verlo comer ni una miga de pan. Ni

beber—. ¿Cómo hago para borrar a una familia del mapa sin ir a la cárcel?

Reí, mi ruso y su dramatismo.

—Tronco, mañana la verás en Hallow y volveréis a sentir mariposas en el estómago y todas esas cosas del amor, relájate, ¿eh?

Chasqueó la lengua del disgusto, volviendo a trabajar en el coche.

Su móvil comenzó a sonar.

Cuando se lo sacó del bolsillo, vio que era un número oculto, puse la grabadora en el mío y descolgó con el altavoz.

—¿Diga?

—Hola, Sean.

No me sonaba nada esa voz de mierda, pero por la cara que se le puso a mi colega, diría que era alguien no deseado.

—¿Qué pasa? ¿Derek Stephan no sabe defenderse él solo? ¿Te llamó ayer también para que le cambiases los putos pañales?

Silencio.

Mierda, ¿ese era el tío que le apuñaló y le disparó?

—Tío —musité—. No le enfades, joder.

Sean se agarró la entrepierna por encima del mono de trabajo, lo cual significaba «que me coman la polla».

—¿Qué parte de «no te acerques a Brittany Saphire» es la que no has entendido?

Empecé a insistirle a Sean para que respirase, tomase aire profundo por la nariz y lo soltase lentamente por la boca, este me dio la espalda, ignorándome.

¡Me cago en todo!

—¿Qué parte de «la putita de Derek Stephan no va a decirme lo que tengo que hacer» es la que no entiendes tú?

—Chico, la vida de tu familia está en juego.

—¿Y por qué mi familia? ¿Por qué no me matáis directamente a mí y se acabó el problema?

¡Coño! ¡Este cabrón estaba loco de verdad!

Silencio. El tío que estaba al otro lado no dijo nada.

Sean enarcó una sonrisa macabra.

—Escúchame bien, porque tengo un mensaje que darte: aunque mates a mi familia, seguiré yendo a por Brittany Saphire, y no solo eso, si tocáis un pelo a mi madre o a mi hermana, yo mismo me encargaré de cortarle el cuello a Derek, porque a diferencia de él, no me da miedo apuñalar a nadie y no necesito pagar a otra persona para que lo haga por mí… —Joder, mi colega era la hostia. Encendí un cigarro y se lo puse en la boca. Se lo merecía—. Y una cosa más, ¿ya te ha pagado lo que me hiciste? Ten cuidadito, tiene fama de deber dinero.

La llamada se cortó, terminé la grabación y me la guardé, por si acaso la necesitábamos.

—Con esto podemos denunciar —afirmé.

Sean se dejó el cigarro en la boca mientras seguía liado con el coche.

—Dirán que no es verdad y que le pagué a un drogata para que dijese esas cosas. Pero guárdalo, quizá sea útil, quién sabe.

—Colega, tienes unos cojones muy gordos para mentir así.

Girando el cuello, me miró.

—¿Mentir en qué, Josh?

—En que no te da miedo que vengan a por ti.

—No es ninguna mentira. No tengo miedo, que vengan cuando quieran.

Tragué saliva, a mí sí que me daba miedo que le hiciesen algo, y mucho. Era como mi hermano. Me dolía tanto como si su sangre corriese por mis venas.

Ahora era mi teléfono el que empezaba a sonar.

—Ana —le informé, llevándomelo a la oreja—. Eh, bombón, ¿es el fin del mundo o algo por el estilo? Porque no te imagino llamándome en otras circunstancias.

Me dolía, pero era real.

A esta cabrona le gustaba demasiado hacerse la difícil. Aunque esa nochecita que pasamos en la fiesta…, buf.

Aún era virgen, y después de estar besándonos y acariciándola durante horas, me di cuenta de que no tenía prisa ninguna, ganarme su confianza estaba siendo bonito, porque ella también se iba ganando la mía, poco a poco. Ya tuve mucho sexo rápido con anterioridad y no me llenó.

—Más o menos, sí.

¿Qué?

Alcé las dos cejas, preocupado.

—¿Qué ha pasado, mi caramelito de dulce de leche?

—Josh, para, esto es serio.

—Joder, ya sé, estoy preocupado.

—Mi madre se dio cuenta de que estuviste en casa y ahora cree que tengo novio—. Su voz sonaba terriblemente angustiada, le faltaba incluso el aire y hablaba muy rápido—. Brit cree que te lo he contado y que has accedido a ayudarme, pero no he tenido valor. La cosa es que si vuelvo a casa y no te presentas, mis padres me matarán.

Joder, demasiada información de golpe.

—Espera, espera, ¿tengo que ir a tu casa? ¿Ahora mismo?

—A las nueve y media, para cenar con mi familia.

Miré el reloj, eran las ocho en punto.

¡Carajo!

—Genial, OK, OK… Eeh, estoy un poco nervioso, ¿vale? No entraba en mis planes conocer a mis suegros hoy, em…, am…¿llevo algo?

¿Flores? ¿Vino? ¿Un postre? ¿A mi madre para que hable con la tuya?

Ana se quedó callada, y a mí se me iba a salir el corazón por la boca mientras Sean me miraba conteniendo una carcajada. Le hice una peineta y entonces fui yo el que le dio la espalda.

—Joshi.

—Dime, bonita.

—En serio has dicho que… Has llamado a mis padres… o sea… ¿suegros?

No entendía un cojón.

—¿No se supone que se les dice así a los padres de la chica con la que sales?

Los pasos de Ana se detuvieron, lo sabía porque la escuchaba caminar.

—Joshi… —¡¿Qué?! ¿Estaba llorando?—. ¿Estamos saliendo? ¿Es en serio? ¿O solo para la cena?

¡VENGA YA!

—Tía, si no fueses mi novia, no te aguantaría tantas gilipolleces ni de coña —admití, en broma, pero no tan en broma.

Ella soltó un gritito seguido de una carcajada que instantáneamente me dibujó una sonrisa.

—¿Y desde cuándo se supone que soy tu novia?

—Desde que Dios te creó con esas pedazo de tet…

—¡JOSH! ¡A LAS NUEVE Y MEDIA EN MI CASA!

Joder, no me dejaba ponerme cachondo nunca.

—Vale, vale, pero entonces ¿llevo a mi madre o no?

CAPÍTULO 30
ANASTASIA



Salí de la cocina y puse la fuente con el pastel de carne en el centro de la mesa, casi no me llegaba el aire a los pulmones.

Mi madre no me hablaba y papá solo me miraba por encima del periódico y gruñía. Se sentían cruelmente traicionados por que trajese a un chico a casa. La cuestión no era que les molestase que tuviese novio, sino que, sin ellos darles el visto bueno, me atreviese a pasar un momento «a solas» con él.

¿Lo que más miedo me daba? Lo que pudiesen opinar de Josh.

Y es que, aunque yo amase que fuese un chico malo, mis padres estaban superchapados a la antigua, y cuando le viesen los *piercings*, los tatuajes y esa jerga de barrio marginal con la que hablaba… me olía que iba a estar castigada hasta el último día de mi vida.

Pero tampoco podían ser las cosas de esta manera. Mi madre eligió a mi padre en total libertad, y viceversa, y yo no era una cabra loca, me pensaba muchísimo las cosas antes de dar un paso en falso y me estaba asegurando de conocer a Josh a fondo. Para mí, no había un chico con un corazón más bueno que él, y como la semana que viene ya tendría mi mayoría de edad cumplida, si mis padres se empeñaban en que no le volviese a ver bajo la amenaza de «vives bajo nuestro techo y aquí se hace lo que digamos», tal vez,

empezase a plantearme el buscarme un piso de alquiler. Solo esperaría a ver si me iba bien en mi nuevo empleo en la pizzería. Y después, cuando terminase mi curso de estética, trabajaría de lo mío.

Tener estos pensamientos hizo que dejasen de temblarme las piernas bajo la mesa y pudiese respirar mejor.

—¿Va a tardar mucho más? —preguntó mi padre, mirando su reloj de pulsera.

Mi madre se sentó en la mesa, con esa cara de funeral que ponía cuando las cosas no iban como a ella le gustaban.

Me fijé en la hora que señalaba la pantalla del móvil, faltaban cinco minutos.

—Le avisé con el tiempo justo, quizá se retrase un poquito.

—¿Con el tiempo justo? Nosotros te dijimos que queríamos conocerle con bastante antelación.

—Mamá, él tiene una vida y cosas que hacer más allá de conoceros.

Dios, ya empezaba a salirme la mala leche.

Muérdete la lengua, Ana, muérdetela.

Mi comentario no pareció agradarle, y estaba a punto de reprocharme algo cuando el timbre de la puerta sonó.

¡Por fin! ¡Salvada!

No me malinterpretéis. Quería mucho a mis padres, les agradecía toda la ayuda, amor y protección que me daban, pero, a veces, me gustaría poder respirar un poco y no tener que explicar cada pequeño detalle de mi vida con pelos y señales.

Resumiéndolo mucho, me sucedía exactamente lo contrario que a Brittany; ella necesitaba que alguien se preocupase por ella y yo, que se olvidasen de mi existencia un rato.

—Abro yo —anuncié, notando que se me subían los calores.

Madre del amor hermoso, qué vergüenza y qué nervios.

Todavía no terminaba de asimilar que Josh y yo éramos novios cuando ya se lo estaba presentando a mis padres.

Vaya tela.

Abrí, notando ese olor a perfume que me ponía a flotar.

Cuando levanté los ojos para verle, casi me caí al suelo.

—Josh, ¿qué diablos?

Seguía siendo el chico más guapo que había visto en mi vida, pero parecía otro totalmente distinto.

Iba bien peinado, y no despeinado por el casco como de costumbre, se había quitado todos los *piercings* y… ¿eso eran gafas? ¿Desde cuándo tenía gafas?

Le revisé milímetro por milímetro, quedándome loca con lo bien que le quedaban esa camisa de vestir blanca y esos vaqueros.

Era la primera vez que le veía arregladito con algo que no fuese uno de sus típicos chándales de tío guapo para partir la pana.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con Joshi? —musité, roja de la vergüenza y casi con ganas de llorar por la ilusión y el agradecimiento de que hubiese venido.

Una parte de mí temía que no se presentase.

—Siempre he llevado gafas, me fundí los ojos de niño jugando a la consola. Lo que solo me las pongo en casa —sonrió, y me entregó una rosa amarilla como la que trajo el día que le invité a ver la película.

—¿Y te parece normal conducir la moto sin las gafas? Cualquier día te matas, Josh.

No podía evitarlo, me preocupaba por él todo el día, todos los días, en todo momento.

Era una cabra loca.

Pero era mi cabra loca.

—Uso lentillas, pero creí que a tus padres les molaría más el rollo empollón.

Oh. Entendido.

—Buenas noches. —Mamá salió del salón, seguida de mi padre, escaneando al chico que estaba en nuestro recibidor. En cuanto vi cómo le hicieron el escáner y luego compartieron una mirada de aceptación, me relajé y dejó de dolerme el estómago.

Gracias a Dios.

—Buenas noches, señora Mirren —saludó educado, acercándose a mi padre para ofrecerle la mano. Cuando estiró el brazo, se le remangó un poco la camisa y se vio su muñeca tatuada. Papá se fijó, pero no dijo nada al respecto—, señor Mirren.

Uf.

—Ander —se presentó—. Mi mujer se llama Elisabeth, tú eres Josh, ¿no?

—Así es, señor.

Todo esto sucedía sin que se soltaran al mano, estrechándosela todo el tiempo.

—Estuviste en mi casa el otro día.

—Sí, señor.

—Con mi niña.

—Y con Cookie, señor.

No, Josh, momento para vacilar no, por favor.

Ay, Dios mío.

Mi padre asintió. Seguían sin soltarse las manos. Mamá y yo mirábamos la escena, incómodas.

—¿Crees que es de un hombre correcto ir a la casa de una chica mientras sus padres no están y ni siquiera saben quién eres? ¿Te parecería bien que eso sucediera con tu hija?

Me iba a cagar en todo.

—Papá…, se enfría el pastel de carne… —quise intervenir.

—No, señor, el día que tenga una hija le cortaré los huevos a cualquiera que se acerque a ella con malas intenciones, y espero que usted me haga lo mismo a mí si en algún momento le decepciono.

Mi padre flojeó el agarre y por fin se separaron.

Mierda, ¿Josh acababa de decir algo así? Mi estómago estaba lleno de mariposas.

«Solo finge para ganarse a tus padres, Ana, no te flipes tanto, te está haciendo un favor». Ay, mi mente era muy cabrona.

—Entonces, puedes sentarte en mi mesa a comer —dijo con voz grave y autoritaria, dándole una palmada en la espalda para invitarle a pasar al salón.

CAPÍTULO 31
JOSH



Las manecillas del Big Ben giraban mientras me llevaba otra cucharada de helado a la boca. Ana estaba a mi lado. Dejé el coche aparcado en un *parking* cercano. No pude venir en la moto para no estar despeinado, y fui a lavarlo antes de presentarme en casa de Ana por si, tal y como sospechaba, mi suegro quería bajar a verlo.

Lo hizo.

Nos manteníamos en silencio, ninguno dijo nada después de la cena, simplemente la invité a dar un paseo y sus padres le dieron permiso, así que aceptó.

Nos dimos la mano de camino al auto, ella puso *Fire on Fire* de Sam Smith y ahora estábamos aquí.

—Joshi.

—¿Ah? —Pegué un respingo.

—Gracias.

—¿Por?

—Por haber hecho todo esto por mí. Te has comportado como un auténtico novio de verdad.

El corazón me palpitaba, aunque con una punzada de dolor.

—Ana, ¿qué ha sido esto para ti?

Ella se tragó el helado que le quedaba en la cucharilla. Estaba tan guapa, con el pelo suelto, su maquillaje suave de siempre y esas uñitas tan femeninas y preciosas.

—Pues, sinceramente —agachó la mirada hacia sus pies—, un sueño que creí que jamás se haría realidad.

—¿Un sueño?

—Siempre quise encontrar a alguien que me quisiera y aceptase tal y como soy. Y sé que lo de hoy ha sido porque eres super buena persona y te lo he pedido, pero, aun así, yo… yo…

Mierda, ¿eso creía? ¿eso pensaba?

—Anni, para mí todo esto ha sido real. Te puedo asegurar que no me pondría una camisa ni me quitaría todos los *piercings* por una chica de la que no estuviese enamorado.

La hice reír, lo cual era la intención.

La cena fue un éxito, en el momento en que les dije que estudiaría Ingeniería Informática y que ya tenía curro, la tensión del ambiente se disuadió. Eran buenos padres, se preocupaban por su hija porque sabían lo que valía.

Las campanadas del Big Ben empezaron a sonar, Anastasia dejó la tarrina de helado a medias y, antes de que pudiese asimilar lo que estaba pasando, me agarró de las mejillas y me estampó un beso en la boca.

¿Qué cojones? ¿Me estaba besando? ¿Ella? ¿A mí?

Mis manos fueron rápidamente a sus caderas, subiéndola encima de mí mientras le metía la lengua hasta el fondo.

Ella chilló por no esperarse mi brusquedad, pero es que la deseaba de una forma que no era medio normal.

—Que parezca un chico bueno, no significa que lo sea, Cleopatra.

Por primera vez, no me insultó, no me rechazó, no salió corriendo.

Solo se quedó sentada sobre mí, mirándome con aquellos ojos que hechizaban y aquella melena cayéndole sobre los hombros.

—¿Vamos a tu coche?

Hostia puta.

Joder.

—Cla… claro.

Me puse hasta nervioso.

Se bajó de mis piernas, cogimos los móviles y corrimos como dos niñatos atontados hacia el coche, sentándonos en la parte de atrás.

Volví a poner esa canción que le gustaba, encendiendo la calefacción para que no tuviese frío.

Mis ojos contemplaron cómo se quitaba la chaqueta y me dejaba ver un poco más de ese cuerpazo que tenía.

Coloqué una mano tras su nuca y otra en su cintura, empujándola hacia mí para volver a besarla, ella puso sus piernas sobre mi muslo derecho y envolvió mi cuello con sus manos. Notaba sus uñitas acariciar mi cabello y me flipaba.

Qué chica tan perfecta.

Nuestros besos resonaban entre la música, el sonido de la calefacción y las estrellas que se veían a través de los cristales. Estaba siendo la noche más bonita de mi vida, y la más especial, y todo por ella.

Esto no tenía nada que ver con las tías que me gustaban, con las que seguía por Instagram ni con las que me acostaba cuando salía de fiesta. Esto era real, te hacía notar cosquillas en el estómago y te reventaba el corazón.

Sus manos bajaron por mi cuello, desabrochándome los primeros botones de la camisa para acariciarme el pecho, yo las introduje por su jersey, yendo hacia el cierre de su sujetador.

Nos detuvimos un segundo, nos miramos y asentimos a la vez, volviendo a besarnos.

Mis dedos desataron su sostén con perspicacia y ella seguía desabrochando mis botones y recorriendo mi piel y tatuajes.

Fui hacia sus pechos, tocándolos por debajo de la ropa interior con suavidad y cuidado. Ella gimió en mi boca y, por lo nerviosa que estaba, sabía que era la primera vez que un hombre la tocaba ahí.

En ese momento, me sentí jodidamente orgulloso de cada berrinche que me montó, de todas las veces que me bloqueó y de todo lo que pasamos para llegar a este momento, porque ella valía la pena para aguantar eso y más.

Y lo volvería a pasar un millón de veces.

—¿Estás bien? —susurré contra sus labios.

—Sí.

—No iremos a más, soy consciente de que estamos en un coche y no es el lugar, tranquila.

Ella asintió, relajándose entre mis brazos.

—Gracias, pero… ¿no te aburrirás si solo nos besamos y acariciamos?

Mis manos dejaron de tocar sus pechos, sacándolas con delicadeza de su jersey para abrazarla por la cintura.

Dios, tenía una erección brutal y casi podría correrme en los pantalones con volver a tocarla.

—Anni, no eres un polvo, eres mi novia —repetí, porque pensaba que todavía no se lo creía—. Yo te quiero, tía.

Sus ojos se quedaron petrificados y aguados, como dos lunas llenas que se reflejan en el mar.

—Joshi…

—Te quiero —volví a decir, sin dudarlo—. Sé que tardarás mucho tiempo en sentir lo mismo, pero necesitaba decírt…

—Yo también te quiero —me cortó—. Te quiero muchísimo, Josh Halimton.

Oh, mierda.

Definitivamente, era la mejor noche de mi vida.

CAPÍTULO 32
NAOMI



—¿Seguro que no quieres comer? —Mi padre me miraba desde el marco de la puerta, negué por décima vez y se encogió de hombros —. Tienes muy mala cara, ¿quieres que te traiga algún medicamento?

Volví a negar. Solo quería que se fuese y me dejase en paz.

—Nai…

—Papá, déjame sola, por favor, solo me va a bajar la regla.

Él asintió, esa era mi respuesta mágica para salirme siempre con la mía y que se largase de una vez.

—Está bien, si necesitas algo estaré en el bar con los compañeros de trabajo, llámame y vendré en seguida.

Asentí, deseando que desapareciese de mi vista.

En cuanto la puerta se cerró, las lágrimas empezaron a bajarme por la cara, mientras me abrazaba el vientre de forma casi desesperada.

Había un bebé ahí dentro, creciendo, formándose. Un niño o una niña que saldría de mi cuerpo y que me llamaría mamá. Yo sería para alguien lo que siempre deseé tener para mí.

Lo que la vida, tan injustamente, me había quitado.

Pero el dolor que tenía no era normal. Lo consulté en internet encontrando solamente señales de alarma que me asustaban todavía más.

No sabía qué hacer.

Decidí volver a hablarlo con mis amigas.

Yo: *Tías, no se me quita, duele muchísimo.*

Rachel: *¿Sigues sin contárselo a tu viejo?*

Y dale con eso.

Yo: *No puedo decirle a mi padre que estoy preñada, me matará.*

Rachel: *¿Y? Ya eres mayor de edad, no se puede meter en tu vida.*

Nadia: *Tía, yo sigo pensando que deberías pedirle ayuda a Derek.*

A Derek…

Sentí ganas de vomitar solo de pensar en él. Después de nuestra última conversación, le bloqueé y decidí romper todos sus regalos y fotos. No quería volver a verle, no quería saber nada de él, nunca más.

—Derek, es nuestro hijo, tenemos que hacernos cargo de él…

—¿Un niño? ¿Estás loca?

—No ha sido solo mi culpa, también es la tuya.

—Dijiste que tomabas anticonceptivos.

—Pero cuando tomas medicamentos, se va el efecto.

—¿Y para qué mierda te abres de piernas entonces?

—¡Y yo qué sé, gilipollas! ¡Estaba borracha y no recordé que estaba con antibióticos!

—Espera… tengo una idea.

—¿Idea? ¿A qué te refieres?

—Podemos usar esto para destrozar a Sean.

—Derek, ¿qué tiene que ver mi ex con nuestro hijo?

—Podemos hacerle creer a Brit que el hijo es de él, y luego te daré el dinero para abortar.

Cuando le escuché decir la palabra abortar, colgué la llamada y me dije «se acabó».

¿Lo peor de todo? Cuando Sean se presentó aquí, pensé que era una oportunidad. Si me acostaba con él y le hacía creer que era suyo, mi hijo estaría salvado y tendría un buen padre.

Pero no, no cedió.

Con los ojos llenos de lágrimas, volví a escribir en el grupo:

Yo: *¿No podéis acompañarme alguna de vosotras, tías?*

Yo: *Es que me duele mucho.*

Yo: *Me da miedo ir sola.*

Yo: *Yo pago el taxi y os invito a cenar algo.*

Rachel: *Tía, tengo que ensayar para el baile en el teatro, lo siento mucho.*

¿Ensayar? ¿Un domingo? ¿A las diez de la noche? Mañana había clases…

Yo: *Bueno, está bien, ¿y tú, Nadia? ¿Puedes?*

No contestaba y ya no estaba en línea.

Esperé y esperé. No llegó respuesta alguna.

Me quedé tumbada en el colchón en postura fetal, con las lágrimas cayendo sobre la almohada mientras trataba de silenciar mis sollozos, observando mi habitación desordenada. Mostraba el mismo desastre y caos que era mi vida.

¿Cuándo sería feliz? ¿Cuándo me sentiría plena?

Dejar a Sean fue el mayor error que cometí en mi vida. Derek apareció como un príncipe encantador que prometía solucionar mi vida y llenar todos mis vacíos. Pensé que, al salir con alguien como él, dejaría atrás mis complejos, que por fin sería la chica que deseaba y necesitaba ser.

Alguien como Brittany.

Siempre me sentí inferior y menos que Sean. Cada vez que salía, me ponía de los nervios si iba solo y terminaba llorando en un baño, y si íbamos juntos, peor, porque él era infinitamente superior a mí.

Más guapo, más interesante, más responsable, más brillante.

Las tías se derretían por él y yo no lograba entender qué hacía conmigo, porque no pegábamos ni con cola y, aunque me prometiese ser leal, yo siempre creía que lo hacía más por obligación que porque de verdad lo sintiese.

Yo no era la chica de su vida, y tenía razón, porque en cuanto me quité del medio y le dejé el camino libre, cayó rendido a los pies de la maravillosa e increíble Brittany Saphire.

Siempre la deseó. Y se contuvo por mí. Tres años alimentando su odio hacia ella para que en un plis plas le tuviese comiendo de la palma de su mano.

Reí de amargura. Me daba tanta lástima de mí misma, era realmente patética.

Abrí el cajón de mi mesita y, viendo la *maría* y el tabaco, deseaba fumarme un porro para relajarme, pero eso le haría daño a mi bebé.

Me abracé el estómago con más fuerza, rompiendo a llorar como hacía años que no lloraba. Desde que mamá se fue. Posiblemente, este niño o niña fuese la única persona en el mundo que me iba a querer de verdad, y no le haría daño, bajo ninguna circunstancia. Le protegería como nadie me protegió a mí.

Abrí los ojos, mirándome en el espejo que tenía de frente, ¿era este mi castigo por todo lo que le hice a Brittany?

Por pegarle chicles en el pelo, por cortarle un mechón, por las veces que le pegué, por llenar su mochila de basura, por pagarles a unos chicos para que dijesen cosas horribles sobre ella, por manchar su imagen y calumniarla hasta el infinito…

Sí, este era mi karma.

En parte me lo merecía.

Alcé la vista hacia el techo, con las manos aún puestas en mi barriga, cerré los ojos y pensé en mi madre.

—Mamá, ayúdame —supliqué—. Si me ayudas, te juro que no volveré a hacer daño a nadie. Te lo prometo.

Un dolor más fuerte me azotó desde la zona baja del vientre hasta la zona lumbar. No quería perderlo, no quería que se fuese, no quería que me abandonase.

Cogí el teléfono y fui corriendo al baño, bajándome los pantalones y la ropa interior. No había sangre, todavía.

Seguía llorando, desesperada y sin saber qué hacer.

Entonces, pensé en él. En Sean. En lo mucho que la quería y en todo lo que estaba dispuesto a hacer por ella.

Era mi única opción. Y una madre tenía que hacer cualquier cosa por su bebé, ¿no?

Sentada sobre la taza del váter, y con las manos temblorosas, marqué su número y me llevé el teléfono a la oreja.

La primera vez no respondió.

La segunda, lo cogió al cuarto tono de llamada.

—Espero que sea importante, no estoy de humor.

Me tapé la mano con la boca al escucharle. Le quería, mi corazón seguía enormemente enamorado de él, y no me perdonaba el daño que le hice.

—Sean…

Silencio.

—¿Qué pasa?

—Ne… necesito tu ayuda.

Le oí maldecir.

—Naomi, habla con tu novio, o con tu padre, o con tus amigas. No voy a ayudarte después de…

—¡No tengo a nadie! —chillé, desesperada—. Creo que mi hijo se muere, Sean, ayúdame por favor.

Escuché como algo se le caía al suelo.

—¿Tú… hijo?

—Estoy embarazada de Derek y no quiere hacerse cargo del niño. Me duele muchísimo la barriga y necesito ir al médico, Sean. —Tomé aire con profundidad por la boca, pues me costaba respirar por lo rápido que se lo decía todo antes de que me colgase—. Si ayudas a mi bebé, te juro que no volveré a meterme con Brittany jamás, olvidaré lo de su bulimia, le pediré perdón, lo que quieras, pero ayúdame.

Silencio.

Mi corazón martilleaba sin parar en el centro de mi pecho.

—Sean, por favor —insistí.

Las manos me temblaban tanto que no sabía ni cómo podía sujetar el teléfono.

—¿Estás en tu casa?

Asentí, como si pudiese verme.

—S… s… …sí.

—En cinco minutos estoy ahí. Tranquilízate, no le pasará nada a tu bebé, ¿vale?

Gemí, jadeando del alivio y la gratitud.

—Gracias, joder, gracias. Voy a… voy a vestirme, te espero, no tardes.

Fui a la habitación a por unas braguitas nuevas y algo de ropa decente que no fuese ni de discoteca ni de instituto. Parecería ridículo, pero tenía pocas prendas para situaciones comunes.

Me di una ducha rápida, sin dejar de repetir: aguanta, por favor, aguanta. En cuando salí de la bañera, me hice una trenza y me vestí. El timbré sonó cuando ya casi estaba lista. Solo necesitaba el bolso con la documentación.

Me lo colgué al hombro y abrí la puerta con las llaves en la mano, viéndole ahí, con la cara más pálida que de costumbre y un cigarro puesto en la oreja.

Había cosas que no cambiaban nunca.

—No me jodas, Naomi, no me jodas.

—No es momento para regañarme, Sean.

Me quitó el bolso, llevándolo él y pasándome un brazo para auparme, cerramos la puerta y fuimos directos al ascensor.

—¿Has sangrado? ¿Puedes caminar?

Negué y asentí.

—No he sangrado, y sí, puedo caminar, pero duele muchísimo.

—¿Y Derek lo sabe? ¿Lo llamo? ¿Voy a por él?

—No —respondí, cuando empezamos a salir del ascensor para ir hacia el exterior—. No quiero que ese hijo de puta se acerque a mi hijo.

Vi el auto viejo de su madre aparcado en doble fila y agradecí a los cielos porque no me veía capaz de subirme a una moto ahora mismo.

Abrió la puerta de atrás y me ayudó a recostarme.

—Si te duele demasiado, no te pongas el cinturón, iré despacio.

—Tranquilo, me lo pondré por encima para que no nos multen.

Cerró la puerta y le vi correr para subirse, arrancando con nerviosismo.

Definitivamente, dejarle fue mi mayor cagada. Mientras el padre de este niño me ofrecía el dinero para abortar, mi ex estaba aquí, llevándome a urgencias.

Dejé mi mejilla apoyarse contra el sillón trasero, cerrando los ojos y respirando profundo. Tomaba aire por la nariz y lo echaba despacio por la boca.

Él iba maldiciendo cada vez que el coche daba signos de querer fallar, sonaba bastante mal pero por ahora parecía que llegaríamos al hospital.

Abrí un ojo solamente cuando noté que hacíamos un movimiento brusco, dándome cuenta de que nos acabábamos de saltar un semáforo.

—Sean… —gruñí—. No tengo dinero para pagar multas, ¿eh?

—Tú cállate y sigue respirando, lo hago por el bebé.

—Acabas de decir hace un momento que irías despacio.

—Y despacio voy, hostias.

Me miró un segundo, seguía pálido.

—Naomi, ¿cómo te has quedado preñada de ese gilipollas?

—NO. ME. REGAÑES.

—Es que eres tontísima.

—¡NO ME REGAÑES! ¡ME DUELE MÁS SI ME REGAÑAS!

—No me des órdenes en el coche de mi vieja, estás en mi territorio. —Cerré los ojos al sentir cómo aceleraba, las luces del hospital ya se percibían a lo lejos, era lo bueno de vivir en una zona más o menos céntrica—. Naomi, quiero que tengas claro que no somos amigos, y que no te perdono nada de lo que le has hecho a Brit. Esto es por tu hijo y porque me has prometido dejarla en paz, ¿de acuerdo?

Asentí.

Eso estaba más que claro. Sabía de sobra que lo que le movió a venir aquí fue el buen corazón que siempre tuvo. A pesar de su carácter y de sus amenazas de muerte.

En un par de minutos en los que solo escuché el tráfico y a Sean diciendo tacos cada vez que tenía que frenar, paramos frente a la zona de emergencias.

—Venga, te ayudo a bajarte.

Abrió la puerta, agarrándome del brazo para tirar de mí y dejar que me apoyase. Un enfermero se acercó rápidamente con una silla de ruedas.

—¿Qué le sucede?

—Está embarazada y le duele mucho la barriga, aquí está su documentación. —Sean me colocó el bolso sobre las piernas—. Buena suerte.

—No… ¿no entras?

Vi una frialdad cortante en su mirada.

—No puedo hacerle eso a Brit, lo siento.

Asentí, entendiéndole. Era un buen novio, el mejor que cualquier chica podría tener.

—Está bien, gracias por traerme, te debo una.

El enfermero tiró de la silla, llevándome al interior del hospital, mientras las lágrimas amenazaban con volver a salir.

Iba a enfrentarme a esto. Sola.

Me lo merecía, después de todo.

CAPÍTULO 33
SEAN



Dejé el coche de mi madre en Candem y subí a la moto, acelerando para ir directamente a la urbanización de Brittany.

Mis sentimientos por Naomi estaban muertos y enterrados, de hecho, sentía una gran repulsión hacia ella después de todo el odio gratuito que le regaló a Brit durante años. Estaba seguro de que si mi novia padecía ese trastorno con la alimentación era en gran parte por su culpa.

Y eso no se lo podría perdonar nunca. Jamás.

Pero cuando me dijo que se trataba de su hijo, pensé: ¿Y qué culpa tiene esa pobre criatura?

Bastante tenía con nacer con unos padres como Naomi y Derek. Yo no quisiera estar en su lugar, la verdad.

Embarazada…

Negué con el casco puesto mientras giraba hacia un desvío.

Qué locura.

Éramos superjóvenes, todavía sin saber qué hacer con nuestras vidas, sin estudios terminados, sin una fuente de ingresos fiable, sin una puta casa…

¿Cómo traes un niño al mundo así? Suponía que había sido un descuido por parte de los dos, qué mala cabeza, hostias.

Pero, bueno, ahora tenían que criarlo, sí o sí.

«¡No tengo a nadie!». La voz de Naomi la tenía grabada en el cerebro. ¿De verdad que ese cabrón se atrevió a dejarla preñada y ahora pretendía no hacerse cargo?

¿Qué puto circo era este?

Si Brit y yo tuviésemos un accidente así, no me separaría de ella bajo ningún concepto, creo que incluso me volvería loco por miedo a que a ella o a mi bebé les pasase algo.

No iba a entrar al médico con Naomi, me daba lástima que una adolescente estuviese sola en una situación así, pero quería que la primera vez que viviese esa experiencia, fuese con mi novia y con mi hijo. Era Derek el que tenía que estar ahí, no yo.

Llegué por fin a la urbanización, me bajé de la moto, quitándome el casco rápidamente, marqué el número de Derek y me llevé el teléfono a la oreja.

—¿Tienes los santos huevos de llamarme? Tío…, estás muy mal, ¿eh?

—Sal, tenemos que hablar.

—Yo no tengo nada de lo que hablar contigo.

—Sal ahora mismo, te espero en el jardín trasero de tu casa.

—¿O qué?

—O toco a la puerta y le digo a tu padre que tienes a tu novia preñada.

La llamada se cortó, fui hacia la parte trasera del jardín y me crucé de brazos, esperando, sin dejar de mirar la ventana de la habitación de Brit.

Joder, mataría por verla.

Pero si ella no quería que la molestase, entonces, no lo haría. Estaba en su derecho y yo la respetaría.

A los pocos minutos, oí unos pasos acercarse.

—No quiero hablar aquí, vamos a otro sitio —instó Stephan.

Este chaval era tontísimo si pensaba que me podía dar órdenes.

—Tu novia está ingresada en el hospital de urgencias, vuestro bebé corre peligro.

Derek apretó los puños, frunciendo los labios.

—Yo no voy a tener ningún hijo, ¿no será tuyo? Me enteré de que el otro día estuviste en su casa, seguro que te la tiraste y ahora me intentáis echar el muerto a mí porque tengo dinero.

Me reí en su cara.

—¿Para qué iba a follarme a esa pudiendo follarme a tu hermana?

Noté sus ganas de darme un puñetazo, aun así, no tenía huevos.

Era un cobarde.

Que lo intentase.

—¿Y para qué fuiste a su casa, entonces?

—¿A ti qué te importa? No he venido a contarte mi vida, he venido a decirte que tienes que mover el puto culo e ir al hospital con tu novia. Ahora mismo.

Imitó mi postura, cruzándose de brazos también.

—¿Cómo están tu madre y tu hermana, Sean?

¿En serio?

Escupí a sus pies, acercándome con ganas de reventarle la puta cabeza.

—¿De verdad quieres que te responda, Stephan?

—No iré al hospital, si quieres ir, ve tú.

—¿Vas a dejar a tu novia sola en urgencias mientras tu hijo se puede morir?

—No es mi hijo.

Claro que lo era. Maldito asqueroso de mierda.

Arrugué el ceño, deseando agarrarle por el cuello y estrangularle.

—Estás haciendo lo mismo que tu padre le hizo a mi tío, intentar encasquetarle un crío que no era suyo.

Los ojos de Derek se abrieron de forma sorpresiva, seguramente no esperaba que estuviese al tanto de esto.

—Nadie tiene la culpa de lo que te pasó, Stephan, deja de ser un mierda.

Alcé la vista hacia la ventana de Brit por última vez, muriéndome de lo mucho que la echaba de menos.

Agaché la cabeza y, sintiendo que ya había hecho todo lo que tenía que hacer por Naomi, me fui a casa del tío Vladimir. Quería volver a ver a mamá, y también a Lucy.

Yo también las echaba de menos.

Cuando llegué, cerré despacio y subí a la que supuestamente sería mi habitación, me senté sobre la cama con la cabeza agachada, jugueteé con el mechero un rato mientras no dejaba de temblarme la rodilla y no me quitaba de la mente a Brittany.

Esto era insano. Iba a perder la puta cabeza.

Finalmente, saqué un papel de liar del bolsillo y decidí recurrir otra vez a la hierba.

Maldita vida de mierda.

CAPÍTULO 34
BRITTANY



El corazón me iba a estallar dentro del pecho.

Lo escuché todo. TO… DO.

Sean decía que el bebé era de Derek, y Derek insistía en que el bebé era suyo. Y era cierto que todavía tenía la incógnita de qué diablos hacía mi novio en la casa de su ex, pero yo seguía confiando en Sean, aunque una parte de mí continuase muerta de miedo.

Cerré la ventana, sentándome en la cama con las piernas cruzadas. No debería, pero no dejaba de pensar en Naomi.

Embarazada con dieciocho años. Sin una madre que la ayudase a gestionar todo esto. Y lo peor de todo, sin el apoyo del padre de su bebé.

Noté un fuerte malestar en el pecho, era una persona bastante empática y, aunque Naomi nunca me hubiese caído bien, sí era cierto que convivimos bastante tiempo bajo el mismo techo cuando mi madre salió con su padre.

Me acurruqué en la cama, intentando cerrar los ojos a la fuerza para dormirme.

Cambié de postura varias veces y no era capaz de ni siquiera relajarme.

Tal vez fuese una completa idiota por hacer algo así, seguramente incluso me escupiría en la cara, pero no podía dejarla en una situación como esta. Ni a ella ni a ninguna chica que conociese.

Salí de la cama y me metí al baño. Me hice una coleta alta y me maquillé con una base de corrector que logró disimular el golpe de Johan. Luego fui al armario, elegí un chándal oscuro y cogí mi mochila pequeña junto con la cartera.

Con el corazón golpeando en el centro del pecho y suplicando al universo que no me pillasen para no meterme en más líos, abrí la ventana, me enrollé bien la bufanda al cuello, tomé aire fresco y salté al arbolito de al lado.

Bajé rápidamente, cerciorándome de que nadie me veía, cuando creí que era seguro hacerlo, eché a correr.

No paré de hacerlo hasta llegar a la parada de taxis más cercanas, gemí de felicidad al ver que quedaban taxis libres, pues me daba bastante miedo quedarme sola por la noche en un sitio apartado.

—¡Hola! ¿Puedo subir? —le pregunté a una mujer que estaba la primera en la fila.

—Claro, chica, ¿a dónde vas?

—Al hospital materno, por la puerta de urgencias.

Me miró con el ceño fruncido, clavando los ojos en mi barriga.

—Oh, no es para mí, es por una amiga, quiero ir a hacerle compañía.

Ella asintió más aliviada, haciéndome un gesto con la cabeza para que subiese. Saqué un chicle de mi bolso y me lo metí en la boca mientras me ponía el cinturón. Comencé a mascar para aliviar la ansiedad.

Me echaría a patadas de allí, estaba segura, pero no me iría. No la dejaría sola.

No había una amistad que nos uniera y tenía muchos motivos para mirar hacia otro lado y no acudir en su ayuda, sin embargo, había algo que Naomi y yo compartíamos y ese algo me impedía ignorarla.

Soledad.

Yo sabía lo que dolía y por eso era incapaz de dejarla.

—¿Qué edad tiene tu amiga? —quiso saber la taxista.

—Dieciocho.

Chasqueó la lengua.

El sabor del chicle se fue en nada, así que me metí otro.

—¿Quiere uno? —ofrecí.

—Sí, por qué no.

Era una mujer africana, con un cabello afro precioso y unas facciones superbonitas.

—¿No te da miedo conducir sola toda la noche?

—¿Miedo? —Soltó una carcajada sonora que alivió un poco mi malestar—. Que se atrevan a intentar algo y conocerán el infierno.

—Te admiro, a mí me daría miedo dar vueltas por ahí con desconocidos.

Ella sonrió, poniendo un poco de música en la radio.

Seguí mirando las luces de la autovía pasando de forma rápida a través de la ventanilla. Y luego me quedé embobada con las estrellas del cielo y la luna menguante. Si la madre de Naomi estaba en algún lugar, debería estar preocupada por su hija.

No se preocupe, señora. Ya voy.

—¿Por la puerta de urgencias has dicho?

—Sí, por favor.

En cuanto el taxi se detuvo, saqué la cartera para pagarle.

—Voy a quedarme en la parada de taxis del hospital, si necesitas volver, estaré ahí.

Uf, eso era un alivio, no sabía si me dejarían verla siquiera, ni cuánto tiempo estaría aquí.

—Vale, se lo agradezco.

—Y toma. —Abrió la guantera del coche y sacó una pulsera con piedrecitas de colores—. Da buena suerte, dásela a tu amiga, creo que la necesitará.

Sus ojos mostraban una profunda lástima, como si ser madre a los dieciocho fuese una condena.

¿Lo era?

—Muchas gracias. —Acepté la pulsera y bajé del taxi, apretando la bufanda contra mi boca para protegerme del frío, tenía las mejillas heladas y lo último que necesitaba era un catarro.

Bastante tenía ya con los «virus» que vivían en casa.

Me puse la capucha de la sudadera sobre el pelo, por si había alguien que conociese a Derek o a Johan, no quería más problemas, de verdad que no.

Las puertas se abrieron en cuanto me acerqué, había muchísima gente en la sala de espera, pero no veía a Naomi por ningún sitio.

Decidí acercarme al mostrador y preguntar por ella.

—Buenas noches —saludé al enfermero, destapándome la boca—. ¿Hay noticias sobre Naomi Wilson?

El hombre de unos cuarenta años empezó a teclear y observar en la pantalla.

—Está a la espera de los resultados de una analítica, ¿usted quién es?

—Soy su… —si decía una amiga, no me dejaría entrar— su hermana, he venido lo antes posible.

Ay, me la estaba jugando mucho. Como me viese y empezase a gritar que no me conocía de nada, me iban a encerrar en un manicomio.

—Está bien, puede pasar y acompañarla.

Abrí los ojos sorpresiva.

—¿Puedo?

—Es muy joven y está muy asustada, por el bien del bebé, puede ir con ella.

—Oh, genial.

—Fondo, izquierda.

Volví a taparme la boca con la bufanda, mirando hacia todas partes.

Me sentía como si acabase de atracar un banco, maldita sea.

Seguí hasta el fondo pasando la puerta, los gritos de mujeres que estaban por dar a luz, acompañadas de sus parejas y otras, de sus madres o familiares, me hicieron sentir escalofríos y dudar sobre si algún día yo querría saber madre.

Al final del todo, sentaba sobre una silla de ruedas, se encontraba Naomi, encogida y con la cabeza apoyada contra la pared. Su cuerpo se movía como si estuviese soportando dolor y, al mismo tiempo, unas ganas inmensas de llorar.

Fui rápidamente hacia ella, esquivando a las demás embarazadas. Cuando mi sombra tapó la claridad del foco que tenía casi encima, levantó la cabeza para mirarme.

—Hola —murmuré, cagada del miedo.

No era una cobarde, pero verla en este estado me daba pánico. Si yo estaba asustada, no quería imaginarme cómo se sentiría ella.

Tenía los ojos enrojecidos y estaba pálida como una hoja de papel. Llevaba el pelo hecho un desastre, las piernas le temblaban sin parar bajo un bolsito en el que debería llevar sus cosas.

Dios mío. Qué lástima.

—Siento haber molestado a Sean para que me trajese. No… no tenía a nadie que…

¿Qué? ¿Pensaba que vine por eso?

—He venido a ayudar —hablé, con la voz rota. Esto era muy triste. Demasiado—. Tía, sé que me odias y me da igual, ¿vale? Pero no

podía dejarte sola en este momento, y, aunque me aborrezcas, supongo que soy mejor que nada, ¿no?

Se quedó callada, con la mirada perdida en los asientos del frente, me quité la bufanda y me senté a su lado, juntando y desuniendo las rodillas, por los nervios.

—He dicho que soy tu hermana —le confesé. Dios, me castañeaban hasta los dientes. Esto era muy *heavy*—. Lo digo por si dicen algo, que me sigas el rollo, para poder estar contigo hasta saber qué le pasa a tu bebé.

Ella giró el cuello, contemplándome, estaba tan rota y asustada que quería incluso llorar con ella.

—Derek es la peor persona del mundo —susurró en voz baja. Las lágrimas le bajaban por las mejillas y se perdían en el interior de sus labios.

Inspiré profundo.

Necesitaba preguntárselo.

—¿Es de Derek el bebé?

En silencio, asintió.

Cerré los ojos y, sin poder evitarlo, saboreé un profundo «menos mal».

—Sean nunca te engañará, Brit, puedes estar cien por cien segura con él. —Su mano fue hasta la mía, apretándola—. Te quiere mucho.

Le devolví el apretón de mano, asintiendo, le agradecía que fuese honesta y no decidiese seguir el juego de Derek, culpando de este embarazo a Sean cuando no era así.

—Naomi, sé que no es el momento, pero… yo… necesito saber por qué Sean fue a tu…

—¿Naomi Wilson? —Una doctora apareció por el pasillo, me puse en pie rápidamente, cogiendo la silla de ruedas para llevarla a donde nos decía—. ¿Cómo vas? ¿Te sigue doliendo mucho?

—Bastante.

—Según las preguntas que te hicieron, tu última regla fue hace dos meses.

—Sí.

—Bueno, no has sangrado, ¿verdad?

—No.

—Todo saldrá bien, tranquila. —Le puso una mano sobre el hombro para darle unas palmaditas y nos abrió la puerta de su consulta—. La muestra de orina que nos has dado nos deja ver que tienes una infección, seguramente el dolor se deba a eso, aun así, vamos a ver qué tal está el bebé, ¿de acuerdo? Aprovecharemos también para hacer una citología. Te pondremos un tratamiento y, por favor, debes llevar un seguimiento y control con tu médico de cabecera.

—¿Infección? —pregunté yo por ella—. ¿Pero qué tipo de infección? ¿Es grave? ¿El bebé está en peligro?

—Es una cistitis, lo controlaremos y todo irá bien. ¿Te duele al hacer pis?

Ella asintió.

—Sí, a veces tengo muchas ganas, pero no sale casi nada.

—Bueno, con el antibiótico te pondrás mejor.

La doctora le ofreció las manos para ayudarla a auparse, yo cogí sus cosas y me puse al lado de la camilla.

—Voy a empezar la eco, toma aire.

Naomi cerró los ojos y respiró profundo, yo me puse de puntillas viendo que le introducía un aparato. Dios… que no, que no quería ser madre.

Qué miedo, leches.

—Ah, es molesto —se quejó. Su mano buscó la mía y se la di enseguida, viendo que en el monitor empezaban a verse cosas.

—¡Nai, mira! —chillé, señalando como una loca. Ella miró rápidamente y la doctora sonreía.

—Ahí está, tienes un embarazo de ocho semanas y todo se ve perfecto. ¿Ves eso que se mueve? Es su corazón, el corazón de tu bebé.

Subió el volumen del monitor, dejándonos escuchar un incesante sonido.

—Va muy rápido —comenté—. Parece histérico.

—¡Es normal! Sus corazones laten así.

Oh.

La mano de Naomi apretaba la mía cada vez con más fuerza mientras no dejaba de observar la pantalla. Nos quedamos un largo minuto mirando aquel milagro. Una vida se formaba dentro de su barriga.

Bueno, ahora sí que tenía ganas de ser mamá algún día.

—Va a ser un niño, y va a ser guapísimo, lo presiento —dijo—. Le llamaré Kevin.

—Kevin es un buen nombre —aseguré.

—Kevin Wilson.

—Me parece un nombre ideal, chicas. —La doctora retiró el aparato, ayudándola a levantarse de la camilla—. Ahora que sabemos que el bebé no corre peligro, puedes caminar e ir despacito, voy a darte la receta para los medicamentos. Te aconsejo reposo y nada de fumar, beber, salir de fiesta…

Naomi aceptaba todo sin rechistar y sin dejar de tocarse la barriga. Este embarazo parecía ser muy importante para ella.

Cuando salimos con todos los papeles de la consulta, ella seguía dolorida, pero más tranquila y animada.

—¿Quieres que vayamos en un taxi hasta la farmacia de guardia más cercana? —sugerí.

Se encogió de hombros, como si le diese vergüenza.

—Eres demasiado buena, Brittany.

Me detuve antes de que saliésemos al pasillo donde esperaban los enfermos sin atender y algunos familiares.

—Yo nunca he deseado nada malo para ti, Nai.

—Yo para ti, sí, y creo que por eso me ha pasado esto.

Negué.

—No digas esas cosas, un hijo no es un castigo, nunca. Es una bendición.

Ella puso cara de «si tú lo dices» y después de ello hizo algo que nunca esperé por su parte.

Me dio un abrazo.

—Siento mucho todo lo que te he hecho, Brittany. No volveré a meterme contigo, jamás.

Sonreí, agradeciendo que esta parte de nuestras vidas se acabase, de que enterrásemos el hacha de guerra de una vez por todas.

—Está bien, disculpas aceptadas.

—Brit.

Seguíamos abrazadas. Fuerte, muy fuerte.

—Dime.

—Lo de vomitar, ¿es culpa mía?

Alcé la mirada al techo, tratando de contener mis emociones.

Uf.

¿Qué le decía?

—Tía, ¿sabes qué? Me da igual —respondí—. Ahora solo importa solucionar los problemas del presente.

Nuestros cuerpos se separaron, ella me dio ambas manos.

—¿Qué querías preguntarme antes? Cuando vino la doctora.

Me daba mucha vergüenza, pero necesitaba saberlo.

—Quería saber qué hacía Sean en tu casa.

Naomi me miró directamente a los ojos y noté un fuerte escalofrío por todo mi cuerpo.

—Vino a amenazarme, al parecer su hermana le contó lo que pasó en el baño, sabe de tu problema y me dijo que, si se me ocurría decírselo a alguien, mi padre tendría que ir a ponerme flores al cementerio.

Contuve el aire, olvidándome por completo de cómo seguir respirando.

No podía ser.

¿Lo sabía? ¿Y fue a su casa para…? ¿Y no me lo dijo solo para que estuviese tranquila? ¿Por eso prefirió manchar su imagen?

Sean…

Saqué la pulsera de la taxista y se la puse en la muñeca. Tenía que volver a casa, dormir un poco y mañana en Hallow hablar con él.

—¿Y esto?

—Dicen que da buena suerte. —Me encogí de hombros.

Entonces, vi tras la espalda de Naomi que alguien muy familiar se acercaba al mostrador para preguntar.

Derek Stephan.

No, ¡joder, no!

—¡Tíaaaa! —Me acojoné, sintiendo que me mearía encima—. Derek está ahí, si se entera de que me he escapado, mañana me matan.

Ella giró el cuello, rugiendo un enorme «mierda».

—Escóndete, me lo llevaré de aquí —dijo, y no dudé en correr a ocultarme detrás de una columna—. Brit, ¿estarás bien?

Asomé la cabeza, asintiendo.

—Lo tengo todo controlado.

Volví a taparme la boca con la bufanda y ponerme la capucha de la sudadera.

Ella sonrió.

—Gracias por ser mi amiga esta noche.

—No hay de qué.

CAPÍTULO 35
NAOMI



Salí por las puertas del hospital, mirando a Derek e ignorándole. Él comenzó a caminar detrás de mí.

Cuando este idiota se fijó por primera vez en mí, creí que era real, que por fin había llamado la atención de alguien lo suficientemente bueno como para poder empezar a quererme a mí misma. Sin embargo, fue cuestión de tiempo que la verdad me golpease en la cara. Solo era un medio para un fin.

Me usaba. Nada más.

A veces, me hacía creer que estaba enamorado de Brittany y otras, que odiaba a Sean con tanto ímpetu que era capaz de cualquier cosa, incluso de fingir un amor que no sentía.

Fui directa hacia la parada de taxis mientras él me seguía, gritando mi nombre una y otra vez.

—¡Naomi! ¡Nai! ¡Naomi, no me ignores! ¡He venido, joder! ¡He venido!

Sí, había venido, pero ¿después de cuánto? ¿De pedirme que intentase encasquetarle el bebé a Sean? ¿De ofrecerme dinero para matarlo?

Después de eso, ya no era necesario que estuviese aquí.

Aun así, quería escucharle, quería escuchar todo lo que tenía que decir, porque, en mi mente, estaba cien por cien segura de que sería la última vez que hablaríamos.

Su mano agarró mi codo, deteniéndome al borde de la acera, con el bolso entre las manos y la pulsera que Brit me regaló colgando de la muñeca.

Miré hacia atrás, la vi salir y esconderse detrás de unos arbolitos. Ella necesitaba coger un taxi para volver a casa, así que tenía que hacer que Derek se moviese de aquí.

—Está bien, ¿qué quieres?

—Ven, vamos a mi coche.

Derek agarró mi mano con suavidad y, esta vez, juro que sentí algo en él, algo distinto, algo real.

¿Era posible que, tras todo ese veneno, Derek Stephan tuviese un corazón latiendo?

Me dejé guiar hasta llegar a su deportivo.

—¿Te llevo a casa? ¿O te quedas a dormir conmigo?

Suspiré.

—Necesito ir a la farmacia a por medicamentos.

En cuanto el coche se puso en marcha, vi por el espejo como Brittany subía rápidamente a un taxi.

—¿Medicamentos? ¿Qué le pasa al niño? ¿Está bien?

Asentí.

—Es una infección, supongo que la habré pillado en el baño de alguna fiesta, tengo que… tengo que guardar reposo y esas cosas.

—Bueno, bien, solo ha sido un susto.

Le miré de reojo. Derek no era feo, todo lo contrario. Podría gustarme y podría quererle. Definitivamente, sí.

Pero, tras la decepción de esta noche, para mí ya esto no era posible. Porque estaba cansada de no darme valor y no quererme a

mí misma. Estaba claro que no podía seguir así, odiándome y haciéndole daño a los demás para mitigar el dolor que yo misma sentía.

Y para sanar mis heridas, debía empezar por elegirme como prioridad.

—¿Por qué llamaste a Sean para que te trajese al médico? —preguntó, apoyando una mano en mi rodilla.

La aparté lentamente.

—¿Ahora te pone celoso? Creí que querías que le dijese que el niño era suyo.

—No ha funcionado.

Me reí.

—Claro que no, ¿de verdad creías que saldría bien en algún momento?

Aparcó frente a la farmacia y nos miramos.

Él bajó con los papeles y mi documentación, recogió las pastillas y regresó, luego volvió a conducir con algo de música a volumen mínimo.

—Supongo que piensas que soy un idiota y que por eso ninguno de mis planes funciona. También pensarás que Sean es más inteligente que yo.

Negué con la cabeza.

—Derek, no es que seamos más idiotas o más listos que ellos —dije, refiriéndome a Sean y a Brit—. Es que somos malos, tío, date cuenta. —La voz se me rompió, quería volver a llorar—. Y tarde o temprano, a las malas personas les llega su karma, y ¿sabes qué? Yo ya he tenido suficiente.

Mi «novio», porque ya no sabía cómo llamarlo, siguió conduciendo en silencio mientras la música seguía sonando como una melodía propia de funeral.

Nuestras caras de amargados eran un cuadro total.

Una vez aparcó en la puerta de mi casa, bajamos y se quedó en la entrada del edificio, esperando que le diese permiso para subir.

Asentí.

Eran las tres de la madrugada. Papá ya estaría en casa y me echaría una buena bronca al verme aparecer. Probablemente pensase que ya estaba dormida.

O quizá, con suerte, tuviese tal borrachera que ni se enterase.

Cogimos el ascensor e introduje las llaves en la cerradura, sin nerviosismo ninguno. Era extraño, pero tras ver y escuchar el corazón de mi hijo en una pantalla, y saber que esa vida crecía dentro de mí, me sentía mucho más valiosa, más fuerte y más capaz.

—¡Nai! —Mi padre pegó un grito a los cuatro vientos, no parecía nada ebrio.

—Luego hablamos —le pedí—. Primero tengo que solucionar una cosa con Derek.

Mi convicción y seriedad le dejaron con las cejas levantadas y la boca abierta.

—Bueno, pero tienes media hora para hablar con él y se va, ¿eh? Y luego hablas conmigo.

—Tranquilo, papá, serán veinte minutos —aseguré, dando permiso a Derek para entrar a mi habitación, cerré de un portazo para no perder las costumbres.

—¿Solo veinte minutos? —Derek se sentó en mi silla del escritorio, sobre mis tangas y sujetadores recogidos del tendedero y aún por colocar. Yo apoyé mi culo en la cama, sacando los papeles para guardarlos en el cajón de la mesita y dejando todos los medicamentos sobre la almohada para leerlos con detenimiento en cuanto este idiota se fuese.

—Sí, así que date prisa en decir lo que tengas que decir.

—Nai, lo siento, ¿vale? He sido un gilipollas.

¿Ya está? ¿Con eso pensaba que podía arreglarlo todo?

—Derek, ¿cuál es el verdadero motivo de que quieras seguir con esto?

Él no estaba enamorado de mí, lo sabía al cien por cien, no tenía sentido hacernos los tontos.

—Mi madre le hizo creer a su exmarido que yo era suyo durante mucho tiempo, y a mi padre le pareció bien. —Tragó saliva—. Luego, las cosas se pusieron feas y terminé pues… así. —Se encogió de hombros—. No quiero hacerle lo mismo a nuestro hijo, no quiero ser como Johan.

Respiré profundo, pensando que quizá aún hubiese algo de redención en él.

—¿Quieres entonces que nos hagamos cargo de él y le cuidemos entre los dos? —pregunté en voz baja.

Él se removió sobre la silla, como si le estuviesen electrocutando el culo.

—Sí, pero tengo algunas condiciones que poner, y te pido por favor que las entiendas.

Condiciones.

—¿De qué hablas?

—Mi padre no puede enterarse de que vamos a tener un hijo, en un mes acabará el curso así que nadie se dará cuenta. Nos veremos a escondidas para que el rumor no se extienda y, cuando nazca, quedaremos en tu casa o en lugares alejados que…

Alcé la mano. No quería escuchar más.

—Derek. Vete.

—¡Nai, joder! ¿No lo entiendes? Mi padre me matará, me echará a la calle, me lo quitará todo si se entera de que te he dejado preñada.

Asentí varias veces, tragándome el amargor que se me formó en la boca.

—Este niño es tuyo —hablé con claridad—. Pero no tienes que hacerte cargo de él ni reconocerlo ni darle tu apellido. Nunca te negaré que te acerques a él si es que algún día quieres hacerlo, pero… yo no quiero seguir a tu lado, Derek.

Sus ojos se abrieron de forma exagerada mientras la cara se le descomponía.

—Naomi, ¿me estás dejando?

—Sí. Se acabó.

—¿Estás de coña?

Negué con fuerza.

—No quiero ser la venganza de nadie, Derek. Ni el segundo plato o la vergüenza que se debe esconder. Si tú no quieres ser su padre, yo seguiré adelante sola. No estás obligado a subirte en este barco.

Él se puso de pie, dando un paso hacia mí, mirándome con esa particular cara de desprecio que heredó de su padre.

—Si no vas a estar conmigo, entonces no pienso reconocer a ese niño como mío —amenazó.

Le miré como quien mira un mosquito en una pared. Sin más.

—Entonces ya estás tardando en irte de aquí. Finge que nunca ha pasado nada entre nosotros y que ni siquiera me conoces.

Su puño derecho se apretó, yo abracé mi vientre en un instinto de proteger a mi bebé.

Pero no hizo nada. Solo musitó un agrio «así será» y se fue.

Me coloqué un mechón de pelo tras la oreja, viendo que en el chat de mis amigas nadie más decía nada.

Nadia y Rachel estaban en línea, aun así, ninguna se molestó por saber sobre mí.

Mi padre dio varios golpecitos en la puerta, asomó la cabeza y, al verme llorar, dejó de estar enfadado, viniendo a sentarse a mi lado.

—¿Qué son esos medicamentos, hija?

Saqué los papeles del médico y se los dejé leer mientras me mantenía en silencio, preparada para que me gritase, me pegase o incluso me echase de casa. Él nunca me puso una mano encima, pero ¿quién no perdería los nervios con una situación así?

—¿Es de ese tío que se ha ido? El bebé, digo.

Le miré, temblando como un flan, con las lágrimas resbalándome por el cuello.

Negué.

Mi bebé no tendría padre. Solo a su madre.

—Gracias a Dios —fue todo lo que dijo, antes de abrazarme y acurrucarme contra su pecho. Las lágrimas cobraron intensidad y lloré como el mismo día que se fue mamá—. Cariño, lo superaremos, saldremos adelante.

—¿Tú crees?

—Claro que sí, seguro que es un regalo del cielo que tu madre nos ha enviado. —Me dio un beso en la frente, acariciando mi pelo—. ¿Sabes lo que es?

—Todavía no, aunque si es niño se llamará Kevin.

—¿Y si es niña?

—Martha, como mamá.

—Oh, seguro que le pone superfeliz. —Un momento, ¿mi padre también estaba llorando?—. Hija, sé que te he descuidado bastante y… el alcohol… Yo… llevo mal la soledad.

Tragué saliva.

—Es mi culpa, he arruinado todas tus relaciones.

—Bueno, hace mucho que no…

—Por mi culpa.

Era cierto, papá era un hombre guapo y admirable, sin embargo, desde el accidente, empezó a tener problemas con la rodilla y, después de fracasar en el amor varias veces, empezó a refugiarse en el alcohol y abandonarse cada vez más.

—Hoy fui al cementerio a ver a mamá, ¿y sabes qué le dije? Que si me daba alguna señal de que seguía con nosotros, dejaría de beber. —La mano de mi padre se colocó sobre mi vientre—. ¿Puede haber una señal más clara que esta?

Nos miramos el uno al otro, sintiendo por primera vez que mamá no estaba muerta y que nos acompañaba de nuevo, que estaba junto a nosotros.

—Saldremos adelante. Nai, el bebé y el abuelo Wilson.

—El abuelo Wilson. —Empecé a reírme, limpiándome las lágrimas —. Suena tan ridículo…

—Bueno, me acostumbraré.

—Papá.

—Dime, cielo.

—Se que es tarde, pero, ¿quieres que te prepare algo para cenar?

CAPÍTULO 36
BRITTANY



—¡Gracias, que pase una buena noche! —me despedí de la amable taxista, me dio una alegría enorme que siguiese en la puerta del hospital cuando salí.

Miré hacia un lado y otro, empezando a correr para regresar a casa, odiaba la oscuridad y me daba un miedo terrible.

Uno de mis mayores temores era ser secuestrada y desaparecer.

Cuando por fin empecé a ver el arbolito a lo dejos, sonreí de alivio pensando que, si alguien intentaba hacerme algo, bastaría con gritar. Aunque luego me llevase el castigo del siglo.

El coche de Derek todavía no estaba aquí y solo rezaba para que no llegase de repente y me pillase infraganti.

—Ps… Ps…

Me detuve en seco y miré hacia la izquierda.

Una figura alta y oscura, con un cigarro en la boca, estaba sentada sobre una moto negra y verde.

—¿Haciendo de las tuyas, *barbie*?

Dios.

Escuchar su voz hizo que el corazón se me estrujase y sangrase liberando un montón de gotitas. ¿Cómo pude ignorarle? Me sentía horrible.

Salí corriendo en su dirección, abrazándome a él en cuanto llegué a su cuerpo, él no dudó en envolverme con sus brazos y apretujarme, hundiendo la nariz en mi pelo.

—Lo siento, nene. Lo siento, lo siento, lo siento.

—Chiiis… Tranquila, no hay nada que sentir.

—Te he ignorado —lloriqueé, permitiéndome aquello que solo podía hacer cuando estaba con mi novio: ser una niña mimada.

—Estamos aguantando muchísima mierda, es normal que necesites un respiro.

Asentí, apretándole entre mis brazos como si fuese un osito de peluche. Él era mucho más grande y fuerte que yo, pero me daba igual. En este momento, ahora también era mi niño mimado.

—¿Quieres pasar a la residencia Kiev? —me invitó.

Y sí, quería, muchísimo.

—Me gustaría, pero no quiero meterme en un lío.

Él me miró de esa forma gamberra y encantadora que me hacía perder el sentido.

—Vaya, y lo dice mi nena después de llegar en un taxi a las tres de la mañana —ronroneó—. No me gusta ser tóxico, pero quiero que sepas que la próxima vez que andes por ahí sola siendo de noche, tendré que enfadarme un poquito.

Lo sabía.

Sabía que no lo dejaría pasar.

—Estaba con Naomi —fui directa al grano—. No pienses que fui a enrollarme con mi amante ni nada de eso —bromeé, y sonreí, inocente y encantadora.

Él se mordió el labio, apretándose los nudillos mientras aguantaba una carcajada.

—Es increíble lo bien que se te da desquiciarme y, sí, lo he imaginado. Doy por hecho que nos escuchaste y saliste corriendo al hospital, ¿verdad que sí, traviesilla?

Pillada.

—Me temo que sí, señor acosador.

—La próxima vez, llámame, ¿mmm? No te quiero sola por la calle a estas horas. Nunca más.

Quizá otra chica considerase esto demasiado tóxico, sin embargo, para mí, era exactamente lo que quería, lo que deseaba de él y lo que esperaba.

Si no le importase verme a estas horas salir de un taxi, me decepcionaría.

Tirándome a su fuerte cuello, le abracé para decirle con una voz tontorrona:

—¿Quieres entrar?

Arqueó una de sus cejas, echándome el humo en la cara.

—¿Yo? ¿En tu casa? Sí, claro.

Nótese el sarcasmo.

Pero no me rendiría.

—Sube por el arbolito conmigo y duerme en mi cama, venga, hagamos la cucharita.

Su mano fue a mi cintura, bajando disimuladamente a mi culo, mientras no dejaba de mirarme la boca.

Estornudé y me limpió los mocos con la manga de su sudadera.

—¡Sean! ¡Qué cochino!

—Bah, te aseguro que cuando tienes una hermana pequeña, eso no es nada.

Reí, tirando de su brazo hacia la carretera.

—Duerme conmigo, venga.

—¿Segura?

—Tengo el pestillo de la habitación echado, te vas un poquito antes y ya está.

Rodó los ojos, haciéndose el difícil, pero dejándose arrastrar por mí.

—¿Sabes qué es lo que más me flipa de ti, *barbie*?

—Sorpréndeme.

—Que a pesar de la cara de buena que tienes, eres peligrosa de la hostia.

Empecé a reírme, dándole un empujón antes de salir corriendo hacia el árbol, sabía que me dejaba ganar a conciencia, y, aun así, el hecho de que me persiguiese se me antojaba divertido.

Trepé con agilidad, saltando hasta mi ventana y él me cazó por detrás, cayendo los dos sobre la cama, envueltos en un desastre de besos, lametones y jadeos. Yo misma me deshice de mi sudadera mientras él se quitaba la suya y la dejaba tirada en el suelo.

El escorpión que tenía tatuado en el abdomen amenazaba con picarme y no pude evitar abrir las piernas tras quitarme los pantalones para envolver sus caderas con ellas. Noté lo durísimo que estaba debajo de los vaqueros que aún tenía puestos. Sin dejar de besarme, comenzó a frotar su erección sobre mi tanga color turquesa.

Su mano se coló tras mi espalda para desabrocharme el sujetador, nuestros besos resonaban lentamente en el silencio de mi habitación, atrapé el mando con una mano y encendí el televisor a volumen bajo para que nadie nos escuchase.

Ahogamos una carcajada en la boca del otro al ver que se había encendido en un canal porno.

Lo cambié rápidamente, roja de la vergüenza, sin ser capaz de mirar a la cara a Sean.

—Lo que decía, cara de buena pero peligrosa.

—¡Ha sido un accidente! ¡Debí darle a algún botón sin que…!

Su boca mordió la mía, metiéndome los dedos por dentro del tanga para penetrarme con ellos.

Siempre me dejaba con los ojos blancos del placer, este chico sabía hacer maravillas conmigo.

—No mires pollas de otros hombres, nena, me harás llorar.

Reí, queriendo pegarle, y me calló penetrándome más fuerte.

—¿Llorar, tú?

—Por supuesto, soy supersensible.

Cuando intenté cerrar las piernas, me lo impidió agarrando mis rodillas para meter la cabeza ahí debajo.

Madre mía, esto sí que era el paraíso.

—Dios, nene…, ¿qué haría sin ti?

—¿Sin mí o sin mi lengua?

Su *piercing* hacía auténticas virguerías con mi sexo, el cual ya se estaba derritiendo entre sus labios.

—Sin todo lo que tenga que ver contigo. Te he echado mucho de menos.

—Mmm…,no sé. —Escupió sobre mi punto sensible, hundiendo dos dedos de golpe y volviendo a lamerme.

Intenté llegar al cajón de la mesita de noche mientras me mordía el labio inferior para contener los gemidos. Una vez logré alcanzar un preservativo, se lo mostré zarandeándolo delante de sus ojos.

—¿Ya me quieres dentro, Britney?

—Por favor.

—Oh, la pija sabe suplicar.

Abrió el condón con los dientes, sacando su enorme erección del bóxer negro. No podía creer que este chico fuese enteramente mío y que estuviese tan enamorado de mí como yo de él. Porque, sí, era cierto, estábamos aguantando una cantidad de mierda increíble, pero aquí seguíamos, sin poder resistirnos el uno al otro.

—Sabes que contigo siempre soy una buena chica. —Coloqué mis brazos por encima de la cabeza, sobre la almohada, él llevó su ancha y venosa mano a mis muñecas, sujetándolas entre sus dedos huesudos mientras, con la otra, me agarraba una teta e iba entrando lentamente.

—No eres nada buena —susurró, inclinando su cuello para volver a besarme—. Pero sí estás jodidamente rica, cariño.

—¿Por qué dices que no soy buena? —Hice un pucherito, aguantando un gemido en el momento en que le noté entrar hasta el fondo.

—Porque te has escapado por la noche, sola. Mi princesa no puede hacer eso, imagina que te pasa algo, me volvería loco.

—¿Puedes dejar la regañina para cuando terminemos de hacerlo?

Sus dedos se metieron en mi boca, silenciándome.

—¿Quieres ser buena, *barbie*? Cállate y chupa entonces.

Las mejillas se me pusieron rojas, ¿cómo podía ser tan descarado?

Y lo peor, ¿cómo me podía gustar tanto este niñato?

Su cadera comenzó a golpear contra la mía, entrando hasta el fondo. Curvaba la cintura en el momento justo para clavarse en un punto que me volvía loca.

—Ya voy conociendo tu cuerpo ¿mmm? Se nota que te he follado muchísimo.

—¿Ya estás aburrido?

—Ni de coña, nena.

Sus caderas fueron cogiendo más ritmo, pero con cuidado de no mover el cabecero ni hacer demasiado ruido. Tal vez fuese por lo mucho que nos echábamos de menos, que llegamos al orgasmo en pocos minutos, sin dejar de besarnos.

Cuando Sean salió de mí, fui caminando desnuda por la habitación para enseñarle el baño, tiró el condón en la papelera, envuelto en

papel higiénico por si acaso, ya que yo solía limpiar y cambiar mi basura, pero, en esta familia, era mejor prevenir que curar.

Abrí el grifo de la ducha, invitándole a entrar, nos abrazamos en silencio, dejando que la espuma y el agua envolviese nuestros cuerpos. Era como estar a salvo dentro de una cápsula espacial, rodeada de estrellas y polvo estelar.

—Sean —murmuré—. Gracias por convencer a Naomi de que no dijese nada sobre lo mío.

Tragué saliva, algo asustada.

Siempre creí que si él descubriera mi secreto, saldría corriendo y se alejaría de mí, no obstante, aquí estaba. Aquí seguía.

Apartó la cara del hueco que había entre mi cuello y hombro, mirándome con esos ojos profundamente azules.

—Lo superaré —prometí.

—Lo superaremos, Brit —aseguró, y que quisiese involucrarse conmigo en esto no podía hacerme más feliz. Porque desde hacía tiempo sentía que ya no podía sola—. Quiero que me prometas algo.

—Claro, dime.

El agua le pegaba el cabello negro a su frente pálida mientras frotaba el mío con sus largos dedos. Me gustaba demasiado dejarme cuidar por él.

—Cuando sientas ganas de darte un atracón o de vomitar, llámame. No importa qué hora sea, ni qué estemos haciendo ninguno de los dos. Ahora mismo, superar esto es lo más importante del mundo, tanto para ti como para mí. Es nuestra prioridad.

Noté un nudo de emociones arremolinarse en mi corazón y me abracé a él con todas mis fuerzas, agradecida de tenerle a mi lado.

—Nene —le llamé en voz baja.

—¿Uhm?

—Quédate a dormir, pondremos la alarma y te irás antes de que se despierten Lois y Derek.

Sus manos bajaron por mi cintura, intensificando el abrazo.

—No quiero dormir en una casa de pijos, Brit, ¿y si se me pega algo?

Reí. Qué idiota.

—Cierto, imagina que mañana despiertas y tienes un deportivo esperándote en la puerta, menudo drama.

—Uf, creo que no podría con ello.

Volvimos a reírnos.

—Nene.

—Qué.

—Quédate —insistí—. Te prestaré una de mis braguitas y un camisón sexy para dormir.

Le escuché gruñir.

—Tienes suerte de que te quiera tanto, estúpida.

Sus dedos agarraron mi mentón para que le mirase a los ojos, y vi la rabia desfigurando su expresión. Caí entonces en que el agua estaría llevándose el maquillaje.

—¿Qué cojones, Brit?

—Ha sido mi madre.

La forma tan mezquina en la que se fruncían sus labios me hacía pensar que saldría de esta habitación y empezaría a matar a mi familia.

—Sean, no lo hagas más difícil, fue mi madre —repetí lentamente, poniendo mis manos en sus hombros para intentar calmarle.

No decía nada, solo seguía ahí quieto, mirándome de forma desafiante.

—Nene, Johan o Derek no serían tan idiotas, si me tocasen, podría ir rápidamente a denunciarles.

—Derek ya te ha pegado una vez…

—Pero no con la fuerza suficiente como para dejarme una marca. Son estúpidos, pero no tanto. Fue Lois, te lo juro, confía en mí.

Volvió a alzarme el mentón, mirándome con los ojos entrecerrados como dos persianas, su pulgar acarició el moratón en la mejilla.

—El día que cumplas dieciocho años, voy a quemar esta casa con todos dentro.

Apagó el grifo de la ducha, saliendo con todo el cuerpo tenso mientras buscaba una toalla. Le ayudé, acercándole una de color rosa, superpeludita y suave.

Pensé que empezaría a secarse a sí mismo, pero, antes de eso, vino a mí.

—Date la vuelta —murmuró de mala leche.

—¿Qué?

—Que te des la vuelta, hostias.

Dios, qué mal humor.

Me giré y noté cómo me secaba el pelo con cuidado, pasando la toalla después por mis hombros. Sabía lo que hacía, buscaba más señales de violencia.

—No me hables en ese tono, Sean.

Su boca vino rápidamente a mi oreja, gruñendo con una voz demasiado grave:

—¿Y en qué tono quieres que te hable cuando primero te veo llegar sola en un taxi y después me entero de que te han levantado la mano?

—¡¿Y qué quieres que haga?! —Me giré rápidamente, arrancándole la toalla de la mano, podía seguir secándome yo sola.

Le di otra para él, lanzándosela a la cara.

—Decirme las cosas, joder. ¿Quieres ir a ver a Naomi? Me llamas y te llevo. ¿Alguien se atreve a tocarte? Me lo dices y lo apuñalo. Fin del problema.

—Las cosas no se solucionan así, Sean, y te aviso de algo: puedo hacer las cosas por mí misma.

Me arrancó la toalla de las manos, cansado de ver cómo me frotaba la mejilla con ella, como si por hacerlo se fuese a borrar y a terminar la discusión.

—Me importa una mierda lo autosuficiente que seas. Eres mi novia, así que yo te llevo, yo te cuido, yo te protejo, yo te toco y yo todo, ¿entendido?

Suspiré lentamente, era una idiotez ponerme a discutir con él por esto, porque sabía de sobra cómo era, y este fue el motivo por el que me enamoré de él. Yo le quería siendo así, le amaba así.

—Solo intento protegerte —añadió, con un tono más suave.

Cogió una de mis cremitas, echándose un poco en el dedo, la olisqueó y después me la puso con cuidado sobre la mejilla, extendiéndola como si fuese algo muy importante, como si mi piel fuese de porcelana y pudiese romperse en cualquier momento.

—No puedes protegerme del demonio, Sean.

Le vi sonreír, con una mueca chulesca.

—Ellos no son el demonio, *barbie*.

—¿Ah, no? ¿Cómo lo sabes?

Sus ojos se clavaron en los míos, haciéndome sentir un fuerte escalofrío.

—Porque lo tienes justamente aquí contigo, y no sabes lo enamorado que está de ti.

Sabía que todo esto estaba mal, que iba en contra de hacer lo correcto, pero me puse de puntillas y le besé otra vez.

Él me levantó del suelo, sosteniéndome con sus brazos para llevarme a la cama.

Allí me acurrucó debajo de la manta, colocándome sobre su pecho mientras me acariciaba el pelo.

—Prométeme que me abrazarás hasta que me duerma —supliqué.

—Cuidaré de ti toda la noche, nena.

Asentí, disfrutando de tener la mejilla pegada a su piel, mientras su dedo seguía haciendo movimientos circulares sobre la que mostraba la marca morada.

—Gracias, nene. Te quiero.

—No vuelvas a salir sola por la noche por ahí. Yo también te quiero.

Rodé los ojos.

No iba a parar.

—¿Y qué querías? ¿Que te llamase de madrugada para que me llevases en la moto?

—Sí, exactamente eso.

CAPÍTULO 37
BRITTANY



La alarma empezó a sonar por segunda vez. Desperté hundiendo la cara en la almohada y sonriendo como una idiota al sentir el olor de mi novio en las sábanas.

Dormimos abrazados toda la noche.

Me levanté de un brinco enérgico, corriendo a mirar el calendario que guardaba en la mesita de noche, viendo lo poco que faltaba para mi dieciocho cumpleaños.

Perdí la ilusión pensando que Derek nunca nos dejaría en paz y que por nada podría poner a la familia de Sean en peligro, sin embargo, sin saber del todo por qué, hoy sentía un poquito de esperanza. Algo bueno tenía que suceder, las personas malas no podían salirse siempre con la suya. El karma existía por algo, ¿no?

Me miré el azúcar y apunté en la libreta el resultado. La cosa parecía ir bien.

Puse una canción de Britney Spears, *Baby one more time*, y me fui al baño para lavarme la cara y acicalarme como cada mañana.

Hoy tocarían dos trenzas, un *eyeliner* muy fino y mi *gloss* de confianza. Algo de perfume, el uniforme y perfecta para un día más en Hallow.

No me quitaba de la cabeza a Cindy, tenía que hablar con ella para ver cómo estaba. Derek parecía que solo la chantajeaba, pues sus fotos no estaban en ninguna parte.

Menos mal, uf.

Salí de la habitación para bajar las escaleras rápidamente. Me trasladé la música a mi teléfono y a los auriculares. Mientras Derek desayunaba unos huevos con beicon junto a Johan y mi madre seguía con su ayuno intermitente de siempre, yo iba tarareando las canciones de Britney mientras me hacía un sándwich de pan integral con pavo y rodajas de tomate.

—Vaya, qué buen humor tienes hoy —celebró Johan, sin embargo, Derek me miraba de reojo con cara de funeral.

Vaya sinvergüenza.

¿Cómo podía dejar a una chica embarazada y comportarse así? Cada día, cuando creía que no podía decepcionarme más, lo hacía.

Decidí clavar un poco la espina en la herida, haciéndome la tonta.

—¿Y Naomi? ¿No viene hoy a desayunar? Hace tiempo que no la veo por casa.

Me quité un auricular y le di un mordisco al sándwich, apoyada en la encimera de la cocina. Pasaba de sentarme en la mesa con ellos.

Derek gruñó, tragó un largo sorbo de zumo de naranja y siguió comiendo.

Johan le empujó el brazo.

—Tu hermana te está hablando, contesta.

Él chasqueó la lengua.

—Hemos roto, la he dejado.

Fruncí el ceño, notando que el trozo de pan se me caería de la mano.

—¿La has dejado?

¿Estando embarazada? ¿Puedes ser más hijo de tu perra vida?

—Pues es lo mejor que has podido hacer —aseguró Johan—. No sé qué os ha dado en esta familia con echaros novios inútiles. —Clavó su mirada de halcón en mí—. A ver si los siguientes son mejores.

Las ganas de defender a Sean se convertían en un ácido que deseaba escupirle en la cara, no obstante, eso solo podría empeorar la fijación de estos dos enfermos con él.

Decidí terminarme el sándwich e irme a la parada de autobuses.

—Brit, yo te llevo —instó mi hermanastro, haciendo que detuviese los pasos en mitad de la sala.

Qué pesadilla.

—Quiero hablar con Cindy, hace tiempo que no la veo, prefiero ir en el bus.

—Ese idiota también va en el bus, no irás con él, papá no quiere.

Johan se giró para mirarme con cara de «ni se te ocurra rechistar».

Resoplé, volviendo a pensar en el calendario y en lo poco que faltaba para mi mayoría de edad.

Ánimo, Brit, tú puedes.

CAPÍTULO 38
BRITTANY



Seguí con los auriculares puestos, mascando un chicle sin azúcar y mirando por la ventanilla para ignorar al ser que conducía a mi lado.

Por suerte, no se atrevió a decirme nada durante todo el camino. Hasta el muy idiota sabía que las cosas estaban algo tensas y no debía seguir tirando de la cuerda porque, en cualquier momento, se podría romper.

Cuando por fin llegamos a Hallow, abrí la puerta sin siquiera despedirme, la cerré en su cara y fui directa a la parada de autobuses para reunirme con Cindy.

Todo el mundo empezó a girar el cuello, viendo que el cochazo de Vladimir Kiev quedaba aparcado entre los de los alumnos.

Derek ya estaba con sus amigos, reunido en un grupito cercano a mí, que seguía sola, con la mochila colgando de un hombro y la carpeta contra mi pecho, buscando a mi amiga.

La puerta se abrió y salió Sean del asiento del conductor, bajando de la parte trasera a su hermana Lucy. También apareció Josh y no pude evitar reír, era obvio que mi chico iría a recoger a casa a su mejor amigo.

Lucy les dio la mano a ambos, yendo en el centro, con una sonrisa resplandeciente.

—¿Disfrutando la pasta del tío Vladimir, Kiev? —ladró Derek, sus amiguitos esbozaron una sonrisa graciosa, con ganas de buscar pelea.

Sean soltó a Lucy, dejándola con Josh, se colocó frente a él y yo me mordí el labio.

Qué bueno estaba.

¿En serio dormí toda la noche con ese chico?

—Qué va, se lo he comprado con el dinero que tú me has pagado por la droga que te metes, yonqui de mierda.

Josh le miró con chulería, agarrando la mano de la niña mientras, con la que tenía libre, fingía sacudirse el polvo de los hombros.

Creí que todo quedaría ahí, que la cosa no iría a más, sin embargo, lo que parecía ser un buen día, terminó desmadrándose por completo.

CAPÍTULO 39
BRITTANY



Odiaba a Derek Stephan.

Necesitaba chocolate.

Con urgencia.

CAPÍTULO 40
SEAN



Yo no era de contenerme, la paciencia brillaba por su ausencia en mi fantástica personalidad. Y el control que tenía con este idiota ya superó mis límites hace bastante tiempo.

Aguantaba por mi madre, por Lucy, por Brit, por no ir a la cárcel, por mi futuro…

Pero digamos que esta mañana no estaba de humor y se debía en gran parte a la marca que le vi en la mejilla a mi novia. Que le estuviesen poniendo las manos encima en esa puta casa y nadie hiciera nada era algo que simplemente me hacía rodar la cabeza cual niña del exorcista.

Así que, mientras Derek soltaba un montón de mierda por la boca y sus amiguitos ya estaban cagados de miedo por ver mi cara de mala hostia, perdí el control, le agarré del cuello y le atraje hacia mí.

—Respóndeme a una cosa, niñato de mierda, ¿por qué mi preciosa novia tiene la mejilla morada?

Derek desvió la mirada hacia Brit, la cual estaba escuchándolo todo.

Con los ojos abiertos del miedo y aguados, la vi negar, esto me hizo alzar las cejas. ¿Le estaba pidiendo que no dijese la verdad?

—No he sido yo, tío, te lo juro —respondió rápidamente.

Ahora todos se fijaban en Brittany, sus amigos se echaron atrás y los susurros de «¿Derek le ha pegado a Brit?» se escuchaban por todas partes.

—¿Y quién ha sido? —Giré la cabeza a un lado para buscar su mirada, la cual evitaba a toda costa.

—¡Sean! ¡Es hora de ir a clases! ¡Déjale! —se intentó entrometer mi novia, viniendo toda dispuesta a separarnos. Le puse una mano en la cabeza, deteniéndola.

Esta cosita pequeña y rubia no me iba a decir a mí lo que tenía que hacer. No cuando le estaban haciendo daño.

—Mi padre —confesó, haciendo que Brit dejase de intentar llegar a nosotros y mi mano se apartase de ella.

Le solté, empujándole.

—¿Me has mentido? —susurré, mientras ella seguía negando una y otra vez.

—No, es él quien miente, ya te lo dije, fue Lois. Derek quiere que te metas en líos, no le hagas caso, joder, ¡escúchame a mí y no a él!

Bueno.

Johan… Lois… Derek…

Se tiraban la pelota el uno al otro, pero la bonita cara de Brit seguía escondiendo un moratón debajo del maquillaje. Y alguien tendría que pagar por eso.

Me crují los nudillos y fui a por él.

—Pues esto es de mi parte para tu padre. —Le escupí en la cara y le pegué un puñetazo en la boca antes de que tuviese tiempo a reaccionar.

Derek se tambaleó sobre sus propios pies, limpiándose mi saliva mañanera de la cara con la mano y restregándosela en el pantalón del uniforme mientras la boca le sangraba y venía como un toro embravecido a por mí.

Aquello se convirtió en una carnicería. Nos dimos de hostias a reventar, sin que ninguno tuviese contemplación por el otro.

—¡Sean! ¡Detente! ¡Tío! ¡Que van a llamar a la puta poli! —Josh ya estaba encima de mí, abrazándome por el pecho para intentar tirar de mi cuerpo y quitarme de encima de Derek, el cual ya tenía los dos ojos morados y una ceja partida. Yo sentía mi propia sangre caliente brotar desde la nariz.

—¡Sean! —gritaba Brittany a mi lado, acercándose también, pero yo no escuchaba a nadie. Sus amigos se metieron en la pelea, tirando de Derek para sacarle de debajo de mis piernas.

Todo el instituto nos rodeaba, la mitad coreaba mi nombre y la otra mitad, el suyo.

—¡NO VOLVÁIS A TOCAR A MI NOVIA, HIJOS DE PUTA! —le advertí, todavía con ganas de deshacerme de Josh e ir a por él.

—¡ERES TÚ EL QUE NO DEBE ACERCARSE A MI HERMANA, PUTO CAMELLO DE MIERDA!

—¡TE RECUERDO QUE ERES TÚ EL QUE ME COMPRABA LA PUTA DROGA, SUBNORMAL!

—¡Sean! ¡Colega! ¡No digas esas cosas en la puerta del insti, hostias! —Josh me daba pequeñas bofetadas en la cara, queriéndome hacer entrar en razón—. Tu tío viene por ahí, y viene con unos malos humos de la leche, nos va a follar.

—¡SEAN KIEV Y DEREK STEPHAN, A MI DESPACHO AHORA MISMO!

Empujé a Josh sin intención de hacerle daño, pero necesitaba puto espacio y puto aire para respirar. Tras escupir un gargajo con sangre en el suelo, me limpié la boca y le seguí, riéndome porque Derek tuviese que ir apoyado entre dos chicos para poder caminar.

Cuando la puerta del despacho de mi tío se cerró y este nos fulminó con la mirada a los dos, me dejé recaer sobre uno de los asientos dispuesto a cascarlo todo. Este gilipollas no se iba a ir de rositas.

—¿Por qué os estabais dando de hostias como dos animales sin cerebro?

Derek respiró con calma, sentándose en el asiento. Arrastré mi silla con los pies para estar lo más lejos posible de él, este me miró con irritación.

—Hueles a lo que eres, pura mierda —recalqué, y mi tío chistó.

—Ha empezado él.

—Hi impizidi íl —le imité.

Vladimir dio un golpe en la mesa, rodé los ojos dejando la cabeza caer hacia atrás.

—¿Me puedo liar un porro? —supliqué.

—Hazlo y te expulso ahora mismo.

—Genial, voy a liarme un porro.

—¡SEAN, YA ES SUFICIENTE!

Derek se mantenía en silencio, mirándonos sin decir ni pío. Una vez que mi tío le hizo un gesto para seguir escuchando su versión de «soy un chico bueno y nunca nada es culpa mía», el imbécil abrió la boca y dijo:

—Sean es una mala influencia para mi hermana, no lo quiero cerca de ella, punto final.

¿Y se suponía que yo me tenía que quedar callado aguantando este chaparrón de mierda? Y una polla.

Ya me estaba levantando de nuevo para ir a por él, cuando Vladimir me agarró de los hombros obligándome a tomar asiento.

—Derek, Sean no es un mal chico, e igualmente Brittany es lo suficiente madura como para elegir con quién estar.

—¿Que no es un mal chico? ¡Mira cómo reacciona! Se comporta como un gorila, además, es un puto camello.

—Un puto camello que te vende la droga a ti, imbécil —puntualicé —. ¿Quién es el drogadicto? ¿Quién es la mala influencia?

—Sean. —Vladimir me nombró con impaciencia—. Cuando te acusen de esas cosas, ten la decencia de negarlas, joder.

—Vale. Derek, no te he vendido nada. Todo eso que dices solo sucede en tus sueños eróticos conmigo.

El tío Vladimir se revolvía el pelo con las manos, tratando de tener paciencia. Una vez dejó de despeinarse ese cabello negro tan fuerte y luminoso que aún tenía a su edad —lo cual me daba esperanzas de nunca ser calvo—, empezó a dar golpecitos con el culo del bolígrafo sobre su barbilla.

—Derek y Sean, no podéis pelearos por una chica. Ambos debéis respetar las decisiones de Brittany. Sean, eres su novio, y Derek, eres su hermano. Cada uno tiene que aceptar el lugar que le corresponde y hacer lo posible por que ella sea feliz.

Derek resopló, encorvándose mientras cabeceaba.

—Este idiota solo quiere preñarla para quedarse con la fortuna de nuestra familia.

Empecé a reírme como un psicópata.

Mi tío dio un paso al frente, agachándose para mirarle directamente a los ojos.

—Ese idiota, como lo acabas de llamar, tiene una fortuna en el banco más grande que la de tu padre. —«¿Qué? ¿La tengo? ¿Qué cojones?»—. Y no necesita preñar a nadie para tener dinero. Y que quede claro, Sean ya no vende drogas, lo ha dejado, no lo necesita.

Derek no dijo nada más, se levantó como pudo de la silla, evitando el contacto visual con mi tío.

—Ve a la enfermería a que te curen esa cara, tienes mal aspecto.

—Sean también debería ir —dijo como única respuesta.

—Los rusos no necesitamos enfermeras. —Vladimir pegó un portazo tras su espalda, quedándose a solas conmigo—. ¿Será posible? Joder, quería pegarle yo también, qué asco de chaval.

—Sí, es un imbécil. Siento haberme peleado en la puerta del instituto, pero era necesario.

El tío Vladimir se dejó caer sobre la silla, sirviéndose un vaso de vodka. Acto seguido, sirvió otro más y lo impulsó hacia mí.

—Ni una palabra de esto, *krysa.* —Me acababa de llamar rata.

Era costumbre en mi país, tras una buena pelea, celebrar con un trago de alcohol. Brindamos y, con una sonrisa, dejé que ese trago mañanero me calentase el estómago, ardiéndome al bajar por la tráquea.

—Oye, Vladimir, gracias por mentir con lo del dinero. Al menos, le has callado la boca.

Mi tío hizo ademán de morderse la lengua, se volvió a llenar el vaso, dio un trago más tras hacer un brindis y se lo bebió de golpe.

—No es mentira, Sean.

—¿Qué?

—Todo lo mío, que no es poco, es absolutamente tuyo.

Yo no estaba de acuerdo con ello, pero si quería que me diese la información que necesitaba, tendría que hacerme el bueno.

—Por cierto, ¿por qué tienen tanta pasta los Stephan? ¿Dónde trabaja exactamente el padre de Derek?

—¿Ese payaso? Es un pez gordo de la construcción, pero no hace una mierda, dudo que sepa lo que es trabajar—. Se pasa la vida entre viajecitos y sentado en su oficina de diez a seis. No sé cómo Wallmont Daxon no se ha deshecho ya él.

Asentí, grabándome los datos más importantes en la cabeza.

«Edificio Wallmont Daxon».

«De diez a seis».

CAPÍTULO 41
BRITTANY



—¡Tata! —Lucy salió corriendo desde el fondo del pasillo en cuanto me vio, enganchándose a mi mano. Hoy se veía más contenta y sonriente—. ¿Ya os habéis perdonado mi hermano y tú? Dime que sí, porfa, por favooor.

Sonreí, acariciándole la coleta.

—Sip, ya estamos bien.

—¡Genial!

—Oye, ¿y tú? ¿Por qué llorabas el otro día en el baño? ¿Hay alguien que se esté metiendo contigo?

Con tanto barullo, olvidé por completo hablarlo con Sean o con Vladimir.

Ella aplastó su mejilla contra el dorso de mi mano, estaba calentita.

—Nadie se mete conmigo, pero es que mami últimamente siempre está en la cama, y como el tete se ha quedado en la casa fea, me aburro mucho y siento que no me hacen caso.

Se me partió el corazón. Entendía a Sean: estudiaba, trabajaba, y al final, solo era un niño de dieciocho años que también necesitaba

espacio y tiempo para él. Y Mary parecía estar un poco peor en su lucha contra la enfermedad.

—No te preocupes, preciosa, seguro que pronto tu mamá se pone mejor y todo se soluciona.

Ella se encogió de hombros.

—Ojalá. Oye, ¿por qué no vienes a casa del tito Vladimir para jugar conmigo? Vives muy cerca. Ven, porfa, porfaaaaa.

Iría encantada, incluso me la traería conmigo a casa y cuidaría de ella, esta niña era un amor, pero sabía que nuestras familias estaban en «guerra».

—Cuando terminemos el curso y no tenga que estudiar tanto, iré. —Le guiñé un ojo, sintiéndome fatal por ponerle esa excusa—. Ahora vamos a comer, ¡que me muero de hambre!

—¡Yo también! ¡Yo también! ¡Quiero huevos cocidos y puré! ¡Huevos cocidos y puré! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

—¿Haciendo nuevas amigas? ¿Hoy no tienes ganas de potar? —Rachel se cruzó en mi camino, seguida de Nadia.

Me detuve, susurrándole al oído a Lucy que me esperase en la cafetería.

—Sí que tengo ganas, ¿te parece bien si te vomito encima?

—¡Eh! —Naomi apareció justo detrás de ellas, con unas pronunciadas ojeras y un croissant de chocolate en la mano, iba masticando un trozo—. Dejadla en paz.

—¿Qué? —Rachel la miró sin entender nada.

—Que la dejes en paz, vamos, ¿no querías salir a fumar?

Me crucé de brazos, sacando una sonrisilla falsa.

—Corre, perra, tu dueña te llama.

Rachel pasó de largo y Nadia no perdió la oportunidad de golpearme con el hombro. Respiré profundo, pasándome la mano por la zona en la que sentí dolor al chocar con ella.

Alcé la mirada hacia el techo de Hallow, los alumnos, las paredes y los pasillos tan largos…Pronto todo esto iba a terminar y la etapa del *bullying* quedaría como un recuerdo de mi infancia y mi adolescencia.

Faltaba poco para convertirme en una mujer, para tener mi independencia y perder de vista a todas las personas que simbolizaban un malestar en mi vida. Sabía que huir no era la solución, pero, a veces, cerrar ciertas etapas resultaba una necesidad.

Hallow fue un lugar de paz durante algunos años, tras salir de Salduva. Con la llegaba de Naomi, las cosas se revolucionaron, aun así, ahora parecía que por fin había paz entre nosotras.

Volví a fijarme en cada alumno que pasaba por mi lado, preguntándome si ellos tendrían claro qué carrera estudiarían. Yo seguía sin saber qué quería hacer con mi vida. ¿Era normal estar a las puertas de los dieciocho y todavía no ser capaz de elegir?

Una vez entré en la cafetería, divagando sobre mis planes de futuro, vi a Sean comiendo junto a Josh y Lucy. Él le hacía el avión para darle el puré y ella se reía a carcajadas.

Cindy comía en una mesa completamente sola, decidí sentarme junto a ella. Mi almuerzo constaba de unas patatas al horno con verdura y pescado.

—¿Qué tal? —pregunté, fingiendo que no había pasado nada entre nosotras.

Ella alzó sus ojos hacia mí, entrecerrándolos, como si no entendiese mi comportamiento.

—Gracias por salvarme —añadí, dejándole claro que no estaba enfadada con ella. Seguía callada—. Oye, he estado pensando y…

—¿Y?

—Pues que ahora que ya no te gusta Derek, tal vez sí que podamos ser amigas de verdad, ¿empezamos de cero? —Tendí mi mano hacia ella—. Me llamo Brittany.

Cindy la miró unos segundos, luego sonrió y aceptó estrechármela.

—Sé cómo te llamas, todo el mundo sabe quién eres en Hallow.

Me aparté una trenza del hombro, echándomela tras la espalda.

—Oh, sí, soy bastante «famosilla» —Hice las comillas con los dedos—. Es lo que tiene ser familia de un gilipollas.

Logré que soltase una carcajada.

—He escuchado por ahí que el «gilipollas» terminó muy drogado y se hizo pis en los pantalones.

—Uf, yo lo vi con mis propios ojos, ¿cómo habrá podido pasar?

Empezamos a reírnos juntas y toda la tensión del momento se disolvió poco a poco.

—Brit.

—Dime, Cindy.

—Gracias, te echaba de menos.

—Y yo a ti.

—¿Ana está muy enfadada conmigo?

Me quedé pensativa. Anastasia tenía un carácter más fuerte que yo, pero muy buen corazón.

—Nada que con una fiesta y una borrachera no podamos arreglar.

(…)

Hacía media hora que había terminado de doblar toda la ropa del armario y me encontraba en la cama hablando con Sean. Él estaba en el trabajo, pero se tomó el descanso para merendar y hablar conmigo.

Le comenté que Lucy estaba triste porque se sentía sola, y él me prometió que en cuanto saliese de algunos líos, se iría a vivir a casa de su tío.

No me dejó claro a qué líos se refería, pero sonaba a dos cosas: o que volvía a vender drogas o que quería evitar que los que le

hicieron daño se acercasen a su familia, pensando que, al estar lejos, les protegía de alguna forma.

Me sentía mal por contárselo, porque quizá ahora se estuviese comiendo la cabeza.

Nene: *¿Hoy irás a baile?*

Yo: *Sí, tenemos que practicar porque la semana que viene ya es la actuación.*

Nene: *Guau, estoy deseando ir a verte.*

Sonreí.

Yo: *¿Vendrás en serio?*

Nene: *No me lo perdería por nada del mundo.*

Suspiré.

Yo: *Sean, ¿es normal que no sepa qué carrera estudiar? ¿Es normal que ni siquiera tenga claro si quiero seguir estudiando o simplemente trabajar?*

Después del baile en el teatro, Sophie se iría de baja por maternidad y yo pasaría a trabajar a jornada completa. Sinceramente, se me hacía un poco extraño tener que darle clases de baile a las chicas, cuando ellas eran más antiguas que yo. Una cosa era enseñar a las niñas, pero… ¿se lo tomarían bien? Sentía que no.

Nene: *Es lo más normal del mundo.*

Hice una mueca, no sabía si era verdad o si solo quería que me sintiese mejor.

Yo: *No, no lo es. ¡Hasta Josh lo tiene más claro que yo!*

El móvil se me resbaló de las manos en el momento en que la alarma para ir a baile sonó delante de mi cara.

¡Dios, qué susto!

Nene: *Barbie, date un respiro, no te exijas tanto.*

Habló el que iba de relajado por la vida. Claro.

Yo: *Tengo que irme ya a baile :(*

Nene: *Genial, me jode no poder ir a recogerte.*

Yo: *Tranquilo, seguro que Josh y Charlie estarán por ahí, ¿verdad?*

Ana no vendría porque empezaba ya a trabajar en la pizzería, y Cindy todavía no estaba de mucho ánimo. Seguía asustada por la amenaza de Derek, y no era para menos.

Nene: *Es posible, ve con cuidado y cualquier cosa llámame, estaré a la salida para que no vuelvas sola siendo de noche.*

Sonreí como una tonta mientras preparaba mi mochila.

Yo: *Vale, gracias por venir a recogerme, llevo todo el día echándote de menos.*

No podía acercarme a él en Hallow, porque entonces Derek se chivaría y Johan volvería a joderme.

Nene: *Y yo a ti, Britney, por cierto, ¿me juras que fue Lois y no ese hijo de puta?*

Me dolieron las tripas, odiaba mentirle, pero era por su propio bien.

Yo: *Sí, fue mi madre, confía en mí.*

Nene: *Mmm, OK, pásalo bien bailando. Te quiero, barbie.*

Yo: *Y yo a ti, infinito.*

El paseo en el tranvía se me fue volando, seguía con la música puesta en los auriculares, preguntándome en qué momento llegaría a mi vida esa señal para saber qué hacer con mi futuro.

Por otro lado, sentía que cuanto más me obsesionara con ello, más difícil sería.

Cuando llegué al vestuario, no encontré las mochilas de mis compañeras, extrañándome porque iba con el tiempo justo y ya todas deberían estar aquí.

Entré en al aula y al ver que Josh y el primo de Ana tampoco habían venido. Supuse que llegarían más tarde, como muchos otros días.

—Hola —saludé a Sophie, que estaba sola haciendo unos estiramientos.

—¡Cielo! ¿Qué haces aquí?

¿Cómo que qué hago aquí?

Con cara de tonta respondí:

—Vengo a bailar, para practicar.

Sophie se puso en pie, acercándose a mí, y tras mirarme detenidamente, cerró la puerta del aula.

—¿Las chicas no te han dicho nada?

—¿Las chicas? No…

—Dijeron que te avisarían, han hablado con el director del teatro para practicar sobre el escenario y poder ir conociendo el terreno, iba a avisarte, pero dijeron que ellas lo harían…

Saqué rápidamente el móvil para revisar que no tuviese ningún mensaje sin leer. No había nada.

Ya, lo entendía.

—Por casualidad, Sophie, ¿les has dicho que yo seré quien ocupe tu lugar cuando te vayas de maternidad?

Su expresión cambió dramáticamente.

—Sí, lo hice justo el día que faltaste porque estabas en el hospital.

—¿Y cómo se lo tomaron? Sé sincera conmigo, por favor.

Sophie agachó la cabeza, resopló y me miró a los ojos.

—Mal, pero les dejé claro que es lo que hay, no tenemos tiempo de buscar a otra persona.

«No tenemos tiempo de buscar a otra persona».

No era su culpa, aun así, sus palabras me dolieron tanto que sentí que iba a estallar.

Y lo hice. Vaya que sí.

Me dolía en el alma tomar esta decisión, pero se acabó. Me sentía agotada de nadar contracorriente. A partir de ahora, donde no me quisieran, no me quedaría, jamás.

—Pues me temo que tendrás que elegir a una de ellas.

—¿Qué? Brit…

—No, basta —rugí, cansada de toda esta mierda—. Estoy harta, Sophie. Estoy cansada de sentir que estoy en un sitio en el que no pinto nada. Desde este momento, abandono el grupo de baile, y no pienso venir a trabajar al gimnasio nunca más. Se acabó. Ni siquiera me pagues lo que me debes.

Fui rápidamente hacia la puerta del aula tirando de ella para largarme de allí.

—¡Brit! ¡Brittany, espera! —Sophie me iba persiguiendo hasta los vestuarios—. ¡No puedes dejarnos tiradas a una semana del *show*!

—¡Sí que puedo! —espeté colgándome la mochila de un brazo—. Y lo acabo de hacer. Adiós.

A la mierda todo ya.

Si no encajaba en este lugar, entonces lo mejor era irme y seguir buscando mi sitio.

Empecé a caminar, notando el corazón acelerado y esas intensas ganas de comprar un montón de porquerías, encerrarme en mi habitación, poner una película y comer mierda hasta reventar.

No, no lo hagas, no debes.

Pero lo necesitaba, ansiaba con todas mis fuerzas refugiarme de tanta basura social y de todo el maldito mundo. Estaba cansada de fingir que nada me dolía, yo tenía sentimientos, ¡joder! Me detuve frente a una pastelería, el corazón me seguía bombeando y la respiración me iba cada vez más acelerada. Me conocía, estaba al borde de perder el control. Pensé en el hospital, en la insulina, en la diabetes, en todo… y daba igual, yo solo quería comer.

«Cuando sientas ganas de darte un atracón o de vomitar, llámame. No importa qué hora sea, ni qué estemos haciendo

ninguno de los dos».

Marqué rápidamente el número de Sean y me llevé el teléfono a la oreja.

Él sabía que nunca le llamaría en horario de baile, así que lo cogió enseguida y con voz preocupada solamente preguntó:

—¿Dónde estás?

—Hyde Park, frente a la chocolatería.

CAPÍTULO 42
BRITTANY



Mientras esperaba a que Sean llegase, me senté en la mesa de la chocolatería, pedí una infusión de canela con edulcorante y le fui dando sorbos, centrada en jugar con el móvil para tratar de mantener el control.

El sonido de una moto me hizo levantar la cabeza, vi a mi chico quitarse el casco y venir hacia mí. El corazón me aleteó de forma inmediata.

—¿Cómo estás? —susurró en cuanto me levanté de la silla para abrazarle muy fuerte. Venía con una sudadera sobre el mono de trabajo—. ¿Por qué no estás en el baile? ¿Qué ha pasado, nena?

—Primero comamos algo, por favor —le supliqué.

Él accedió sin rechistar, dándome la mano para entrar en la pastelería juntos.

—¿Qué es lo que más te apetece? —preguntó, echando un ojo al escaparate.

¿Todo?

—Chocolate. —Sí, eso era lo que más me gustaba—. Pero no sé si debo comerlo, es mi detonante.

—¿Detonante?

—El alimento que cuando pruebo, no puedo parar.

Sean frunció el ceño.

—Yo creo que prohibírtelo solo hará que lo desees más.

Encogí los hombros, estaba hecha un lío.

—No sé qué hacer, solo sé que estoy nerviosa, no quiero ponerme enferma otra vez.

—Relájate, estás conmigo, nada malo va a pasarte —aseguró, sacando su lado protector. La dependienta se acercó a nosotros—. Hola, ¿tenéis dulces sin azúcar?

La chica nos condujo hacia otro lado de las neveras, mostrándonos una más pequeña y alejada.

Mis ojos se clavaron en unos pastelitos de chocolate con una pinta deliciosa.

—Ese, quiero cinco.

Sean abrió los ojos, asustado, mientras yo solo me reía con nerviosismo.

Vale, quizá cinco fuesen demasiados.

—Denos cuatro, dos para comer aquí y dos para llevar —pidió él, sacándose un billete del bolsillo.

No insistí en pagar yo porque ya sabía lo mucho que le cabreaba.

Cuando nos sentamos en la mesa, Sean acercó los dos pasteles para llevar, envueltos en un papelito supermono, hasta mí.

—Ahora vamos a merendar tranquilamente, y esta noche iré a tu habitación como ayer, nos pondremos una peli y nos comeremos estos juntos, ¿qué te parece? Tienes que ser fuerte y aguantar sin chocolate unas horas, ¿podrás hacerlo, nena?

Pensar en tener a mi chico de nuevo en mi habitación, y que me abrazase mientras comíamos algo rico y veíamos una película, hizo que mi nerviosismo se rebajase un poco.

—Creo que sí, pero… si como este dulce, y luego otro… ¿engordaré?

—¿Y a quién le importa eso? Estás preciosa y siempre lo estarás.

—Pero…

—Brittany, si comes saludable y superas los atracones, tu peso siempre será saludable. Y ahora mismo, pensar en engordar o adelgazar, no te ayuda. Ignora ese pensamiento en cuanto te venga.

Sí, sabía que el proceso tal vez me llevase a coger unos kilos, aunque si era el precio por superar los atracones y tener una vida normal, sinceramente, valía la pena.

—¿Dejaré de ser sexy para ti si estoy más gorda?

—Ni con noventa años, sin dientes y calva dejarás de ser sexy para mí, barbie.

Escucharle decir aquello hizo que mi cerebro hiciese una especie de 'clic', dándome cuenta de algo en lo que nunca pensé.

No iba a tener diecisiete o dieciocho para siempre. Dejaría de ser joven, mi piel se arrugaría y el físico pasaría a un plano en el que no tendría nada de sentido. Lo cual me daba a entender que era ridículo obsesionarse por conservar algo que, sí o sí, se iba a llevar el paso del tiempo. Sin embargo, lo que sí debía de cuidar, porque sin eso no había nada, era mi salud. Sobre todo, la mental.

—Está bien, me comeré este pastelito ahora, y el otro esta noche contigo.

Los dos clavamos la cuchara a la vez para meternos una porción en la boca. Estaba más amargo de lo que esperaba y el sabor dulce era un poquitín raro, pero aun así lo consideraba rico. La cara de mi novio era un auténtico poema.

—¿Te gusta? —cuestioné con culpabilidad.

—Mmmmm —¿Eso era una arcada?—. Está buenísimo.

—Nene, no hace falta que comas eso, tú no eres diabético, ¿por qué no te tomas un gofre o un helado?

Se ofendió tanto como si le acabase de insultar o como si hubiese maldecido su amada Rusia.

—¿Qué? Estamos juntos en esto, los dos. No me excluyas.

Me regaló un puchero lastimero que me hizo pasar la mano sobre la mesa y agarrar la suya.

Continuó con su empeño de comer, aunque no le hiciese nada de gracia. Yo seguí disfrutando de mi pastelito, no era lo más delicioso del mundo, pero, en serio, tampoco estaba tan mal.

—He dejado el baile —solté de golpe—. Las chicas se han ido a practicar al teatro sin mí.

—¿Qué? Pero si te adoraban.

—Sí, hasta que Sophie les ha contado que voy a sustituirla.

—¿Y qué hay de tu trabajo, Brit? Con las niñas pequeñas.

—También lo he dejado. —Me daba mucha pena por las peques, pero es que no soportaba más mierda, de verdad que no—. Siento que estoy al límite, pierdo el control con la comida cada vez que algo me desestabiliza y creo que ya es hora de decir no y ponerme como prioridad.

Sean asintió, dando un sorbo a mi té de canela.

—¿Quieres que les queme el coche a sus padres? A las del baile, digo. Sé dónde viven.

—No. Nada de violencia.

Hizo otro puchero.

—De todas formas, tú no necesitas trabajar, para eso me tienes a mí.

¡Já! Hablando de eso…

—¿Estás vendiendo piruletas otra vez? —Fui directa a la yugular.

—Nena, tengo motivos.

—Sean —le advertí con la mirada—. Estás mal de la cabeza, si Derek se entera de que vas por ahí con la moto llena de droga, no dudará en echarte a la policía encima.

—¿Crees que no lo sé? Lo tengo todo planeado, y solo me muevo por el barrio, estoy esperando una llamada y se acabó, te lo juro.

No entendía nada de lo que se traía entre manos.

—No me gusta que…

—Tal y como has dicho, todos necesitamos decir no en algún momento, y esa es mi forma de hacerlo.

—No te entiendo.

Josh y Charlie aparecieron y se dieron cuenta de que estábamos ahí.

—¿Tú no deberías estar bailando, princesa del pop?

—Vuelve a llamar a mi novia «princesa» y te cortaré la polla —gruñó Sean, chocándole el puño a su mejor amigo, el cual se reía como un loco.

¿Alguien entendía esa relación?

—Necesitarías una motosierra para eso, la tengo enorme. —Se sentó entre los dos, y Charlie al frente—. ¿Qué pijotada es este pastelito? —Le arrancó la cucharilla a Sean de las manos y cogió un trozo para probarlo.

—Te lo regalo —accedió mi chico de buen grado.

—¡Hostias! ¡Sabe a alquitrán! ¡Con esto se fabrican las carreteras, chaval!

Josh empezó a toser, cogiendo mi té de canela y bebiéndoselo entero de un solo trago.

(…)

Cuando dejé la mochila caer sobre mi cama y puse los pastelitos sobre la mesita de noche, un sentimiento de felicidad inundó todo mi cuerpo. No me importaba el baile, ni el teatro, ni ese trabajo, solo podía pensar en el mayor logro de mi vida: superé un atracón.

Me llevé las manos a la boca y chillé de felicidad con todas mis fuerzas, dando saltos por toda la habitación para celebrarlo. Necesitaba contárselo a mi madre.

Fui al baño, me duché, elegí el pijama más calentito y confortable y, tras deshacerme las trenzas, bajé rápidamente por las escaleras.

Lois se encontraba hablando con Johan de cosas que yo ni entendía.

—¡Mamá! ¿Sabes qué? ¡He superado un atracón!

Ella me miró incrédula mientras Johan se levantaba de la silla del comedor con una taza de café y se iba a su despacho.

—¿Quieres decir que tenías ganas de hincharte a porquerías y no lo has hecho?

Asentí, pensando que me daría un abrazo y lo celebraríamos juntas.

—Sí, mamá, lo he conseguido, no he comido nada malo.

—Bueno, es que eso es lo que tienes que hacer, no estamos para más sustos. —Se dio la vuelta y empezó a explicarle a Lina cómo quería el punto de la carne de la cena de esta noche.

—Pero, mamá, lo mío es… es grave, y difícil de superar y… ha sido… muy… —Iba todo el rato caminando detrás de ella, intentando interrumpir su conversación con Lina—. Ha sido muy guay poder controlarlo.

—Ya te he dicho que es lo que tienes que hacer, ya no eres una niña, tienes que ser responsable. —Sacó unos tarros de mermelada de la despensa—. ¿Cuál te gusta más para la salsa de la carne?

Con los puños apretados y echando humo por las orejas, respondí:

—Ninguna. SOY DIABÉTICA.

Me marché a grandes zancadas de la cocina, directa a mi habitación.

—¡Brit! —me llamaba a gritos desde la planta baja—. En media hora te quiero aquí para cenar.

—¡No tengo hambre! —chillé, antes de cerrar y echar el pestillo. Me senté sobre la cama con las piernas cruzadas, lanzando las

zapatillas lejos de mí. Me daba igual que mi madre fuese idiota, yo seguiría orgullosa de mí misma.

Sean aún estaba trabajando, Anastasia también, Cindy era un poco extraña, y yo… necesitaba hablar con alguien sobre mi logro.

¿Será que…?

¿Quizá…?

No, qué idea tan ridícula.

Oye, ¿y por qué no? Yo la ayudé a ella, me lo debía.

Abrí el Instagram para buscarla, fui a su mensajería privada y le pregunté si la podía llamar.

No tardó apenas nada en contestarme, pasándome su número. Marqué y me llevé el móvil a la oreja.

—Hola —saludé, sintiéndome muy rara.

—Ey, ¿qué tal?

—Sé que esto es muy absurdo, pero es que necesito hablar con alguien y como me lo debes pues…

—Sí, es absurdo. Y claro, te escucho.

—Naomi, he superado un atracón.

Me tapé la boca, nerviosa por lo que me pudiese decir.

—¿En serio?

—¡Síííííí! —Mi voz salió como un gritito eufórico—. Tía, fue chunguísimo, creía que me iba a morir si no me comía veinte gofres con chocolate y helado, pero, no, me tragué un dulce de chocolate sin azúcar y… estoy bien, tía.

—¡Ala! Eso es muy guay. Yo estoy dejando de fumar por el bebé… Bueno, no fumo desde que lo sé, y, joder, es una mierda, me paso todo el día comiendo para poder aguantar el mono. Supongo que no se compara con lo tuyo, pero te entiendo, bueno, creo que lo hago.

Sonreí.

—¿Y cómo está el pequeño?

—Bien, ya no me duele, y mi padre se ha puesto contento con la noticia, tanto que está aprendiendo a cocinar con tutoriales de internet, ¡adiós al puré de patatas de sobre!

Uf, detestaba ese puré.

—¿Recuerdas cuando una vez, a pesar de odiarnos, teníamos tanta hambre que le robamos dinero a mi madre de la cartera y fuimos a la tienda de enfrente a comprarnos chucherías y comimos hasta que nos dolió la barriga?

Naomi suspiró.

—Y tanto que me acuerdo, se me picó una muela aquella noche.

—Ajá, ¡a mí, no! ¡Tuve suerte!

—Obvio, tú eras la elegida por Dios, siempre te iba todo bien.

Arrugué la frente.

—Eso no es cierto, no seas cruel.

—Pedirme que deje de ser cruel es como pedirte a ti que dejes de ser rubia.

Bastante difícil, la verdad.

—Bueno, pues intenta ser un poco más dulce.

Silencio.

—Oye, Brittany, Rachel ha comentado en el grupo que has abandonado el baile, ¿es cierto?

Vaya, para esos chismes sí que eran rápidas.

—Sí.

—¿Por qué? Se te da muy bien, y es lo que siempre te ha gustado.

—Digamos que no quiero formar parte de un grupo en el que está la zorra de tu amiga —aseguré, cogiendo una lima para darle forma a mis uñas.

—Uh, ¿quién está siendo cruel ahora?

—No todo en mí son arcoíris y unicornios, tonta.

—Ya lo veo, quizá tu nueva versión me caiga mejor que la anterior.

—Lo mismo digo, veo que los años te están ablandando.

—¡Ja! Ya quisieras.

Escuché que ponía uno de esos grupos metaleros de fondo.

—Hoy me has defendido, no puedes negar lo evidente.

—Bueno, te lo debía.

Suspiré.

No me podía creer que estuviese sentada en la cama, charlando con la ex de mi novio y mi antigua abusadora, como si fuésemos amigas.

—Oye, Naomi.

—¿Dime?

—¿Tú qué quieres hacer después de Hallow?

—Supongo que no tengo muchas opciones aparte de parir y criar a mi hijo.

—No seas tonta, hay adolescentes que son mamás y van a la universidad.

—Lo sé, pero no quiero meterme en una carrera, odio estudiar, lo sabes. —Asentí. Lo sabía—. He pensado en sacarme la formación profesional de peluquería, mi padre dice que me ayudará con el bebé, pero empezaré cuando tenga ya unos meses.

Parecía ser buena idea.

Otra persona que tenía claro lo que haría.

Y yo aquí, celebrando que me había comido un dulce sin azúcar.

Había que joderse.

Lois tenía razón.

—Bueno, gracias por escucharme, ¡voy a… a cenar! —mentí.

—Vale, nos vemos.

—Adiós.

—Chao.

La llamada se cortó y me quedé unos minutos mirando la pared como si estuviese hipnotizada, después, me tumbé de lado en la cama y sentí mis tripas rugir.

Y como si estuviese conectado a mi mente, un mensaje de Sean resplandeció en la pantalla.

Nene: *Acabo de salir del curro, me ducharé y me cambiaré de ropa antes de ir, ¿quieres que te prepare una hamburguesa?*

La boca me salivó solo de pensarlo.

Yo: *Por favor, sí.*

Nene: *OK, voy a comprar pan integral y a cocinarla yo mismo. Deséame suerte.*

Nene: *Por cierto, no te lo he dicho antes porque han llegado estos.*

Nene: *Estoy orgulloso de ti, nena.*

CAPÍTULO 43
SEAN



Una semana después.

Si mi novia se creía que nací ayer, la llevaba clara.

¿Que ese moratón se lo hizo Lois? Ni de coña.

Le seguí preguntando y analizando sus gestos y expresiones cada vez que respondía. La conocía demasiado bien como para no darme cuenta de que estaba siendo una mentirosilla.

Nunca creería en la palabra de Derek, pero, esta vez, mi intuición gritaba que decía la verdad.

Bajé de la moto, caminando con el casco en la mano por Westminster, el barrio de Anthony.

Quise hacerlo el mismo día, pero las venganzas se servían en frío. Cuando nadie las veía venir.

—¡¿Qué pasa, colega?! ¿Volviendo al tajo? —me saludó uno de sus matones, el cual encendía una fogata dentro de un cubo de basura y ponía unas chuletas a asar sobre una reja de horno vieja—. ¿Quieres quedarte a comer?

—Nah, no tengo hambre. —Le choqué el puño—. ¿Dónde anda el jefe?

—Pues lo he visto por ahí, cantando con los pajaritos.

«Cantando con los pajaritos» significaba pillando información de carreteras cortadas, controles…

—Venga, me doy una vuelta a ver si le veo.

Me saqué un cigarro y me lo llevé a la boca, él me miró como si se estuviese muriendo.

—Un cigarrito para tu mejor amigo, ¿no?

Mejor amigo, los cojones.

Le di uno, sabiendo que a estos personajes era mejor tenerlos contentos que enfadados.

Con las manos en los bolsillos, fui dando una vuelta entre casas derrumbadas, sirenas de policía lejanas, mujeres vendiendo sus cuerpos y chasis de coches quemados. Casi siempre, eran coches que robaban, desmantelaban para vender por piezas y luego les prendían fuego.

Vi a Anthony con su habitual *look* de rubiales repeinado hacia atrás con laca y su típico olor a tabaco negro, alcohol y colonia barata del súper.

Para manejar tanta pasta, tenía un gusto sencillo, o «malo» por describirlo mejor.

—Hombre, pero si es mi hijo ruso.

Abrió los brazos y me recibió con unas efusivas palmadas en la espalda.

—Tienes muchos hijos tú.

Sonrió, mostrándome dos dientes de oro y uno negro.

Volví a meterme las manos en los bolillos, él me quitó el cigarro y lo pisoteó en el suelo.

—Deja esta mierda ya, que eres un chaval guapete. Además, ¿no ibas a ser médico? Los médicos no fuman.

—Cuando me saque la carrera —si me la saco—, lo dejo.

—Chaval, para ese entonces, quizá el cáncer ya te haya pillado por banda.

Fruncí los labios, ese tema era muy sensible para mí.

—Hostia, perdón, no caí en lo de tu madre.

—Tranqui, todo bien.

El sonido de las sirenas de policía se fue escuchando cada vez más cerca, me giré con el ceño arrugado, él me puso una mano en el hombro.

—Relájate, aquí no entran. Lo sabes.

Cuando parecía que los tendríamos en frente en cualquier momento, las sirenas empezaron a alejarse mientras el sonido del motor de un coche se manifestaba frente a nosotros.

Otro buga robado.

Un montón de tíos salieron de la nada, empezando a despiezarlo, parecían leones zampándose una cebra.

—El barrio es duro, tú mejor que nadie lo sabes —explicó Anthony, como si tuviese que justificarse.

Simplemente me puse a caminar, yendo con él hacia un lugar más apartado. Sin decir nada, me siguió. Este tío me caía bien, y aunque Vladimir le detestase, durante muchos años, fue lo más cercano a una figura paterna.

—Tengo que pedirte un favor —dije al final, cuando consideré que estábamos lo suficiente apartados—. Bueno, dos. Serán los dos últimos favores que te pida.

Anthony se rascó la perilla con sus dedos tatuados, mirándome con pena.

—No está la cosa para pedir favores, guapete.

—No es dinero.

—Ah, entonces, lo que quieras.

—El primero, tengo que pegarle una paliza a alguien, pero tiene mucha pasta e influencia, quiero decir: no puede verme la cara ni

saber que soy yo, porque me meterá en la cárcel sin pensarlo.

Anthony ahora se rascaba una ceja. Siempre hacía eso cuando se quedaba pensativo.

—¿Alguien con mucha pasta nos debe dinero?

Negué.

—No, no es eso. Es que… —Chasqueé la lengua. Este tipo era chismosísimo, y si no se lo contaba todo con pelos y señales, no me dejaría en paz—. Le ha pegado a mi novia, tío.

Abrió mucho los ojos y volvió a frotarse la perilla.

—Qué hijo de puta. ¿Sabes? Odio a esos tíos, van por ahí vestidos todo limpitos, con sus trajes caros y guapos, mirándonos por encima del hombro. —Buf, ya empezaba con sus cosas. Mi cabeza empezó a decirle que sí a todo mientras mi mente se iba a Júpiter—. Y luego, se creen mejores que nosotros, ¿eh? Pero fíjate, son tan mierdas que incluso le levantan la mano a una mujer. Aquí, en mi barrio —añadió señalándose las zapatillas de imitación de marca: Fuma—, no le levanta la mano a una titi ni Dios.

Cuando sentí que había acabado, dejé de multiplicar números pares en mi mente y volví a la realidad.

—Entonces, ¿puedes ayudarme?

—Chico —se cruzó de brazos—, eres una máquina de dar palizas e infligir dolor, ¿qué es lo que necesitas exactamente?

—Que alguien le pegue por mí.

Anthony alzó las cejas.

—Nenito, eso vale pasta, tú lo sabes, ¿tienes para pagarlo?

—La pasta la tiene él, yo os doy el lugar y la hora y tus tíos le pegan y le roban todo. Lleva un reloj que vale miles de libras, sin contar con unos mocasines superguapos que son de tu talla, además, me juego el cuello a que tiene efectivo en la cartera. —Desvié la vista hacia el coche al que ya empezaban a prenderle fuego—. Por no hablar de su buga, podréis quitarle las llaves del

coche y traéroslo, es el deportivo más precioso que he visto en mi desgraciada vida.

Los ojos de Anthony brillaban como diamantes de una máquina tragaperras.

Mi boca parecía una serpiente que le tenía completamente seducido. Qué fácil resultaba negociar con el diablo.

—Dime hora y sitio, enséñame también una foto suya. —Nos dimos la mano, con un fuerte apretón—. Por cierto, ese es el primer favor, ¿cuál es el otro?

—Cuando Derek Stephan te pida drogas, tienes que avisarme a mí, pero él no debe saber que se lo entregaré yo.

Sin soltarme la mano, sonrió de oreja a oreja.

—¿Y qué sacaré a cambio?

—Te quedarás el cien por cien de las ganancias, no quiero mi parte.

—¿Sabes que siempre me ha gustado mucho Rusia? —Chasqueó los dedos, llamando a uno de sus colegas—. Tito, regálale un chándal Fuma al Sean, de color verde, que le va a quedar guapísimo.

Ni de puta coña, chaval.

—No hace falta, ya tengo muchos, pero gracias, ¿eh?

Mientras intentaba huir de los regalos de Anthony, el móvil empezó a sonar, salvándome la vida.

Hostias, menos mal.

Me lo llevé a la oreja, despidiéndome de forma fugaz para volver a mi moto cagando leches.

—Eh, Vladimir, ¿qué pasa?

Era raro que mi tío me llamase a esta hora.

—Sean, ven directamente al hospital.

Las piernas se me paralizaron por completo.

—¿Qué?

—Mary no está bien. —Le temblaba la voz—. He dejado a Lucy en la freiduría, jugando con la hija de Elisa, luego iré a por ella, no tenía con quien… Ven rápido, ¿vale?

El corazón se me paralizó, el pulso de las manos me temblaba tanto que casi no podía sostener el teléfono sobre mi oreja.

Colgué la llamada y marqué automáticamente el de Josh.

—Línea erótica, ¿dígame?

—Josh, ve a la freiduría Hadson ahora mismo, mi hermana está ahí. —Sentí que sonaba demasiado borde—. Por favor, tío.

—¿Qué hace tu hermana sola en una freiduría?

—Vladimir no sabía qué hacer con ella, se ha ido corriendo al hospital con mi madre —dije arrancando la moto—. Tengo un mal presentimiento.

—Me cago en mi puta vida, voy volando a por ella. —Escuché como su voz se rompía junto a la mía—. Mi madre la cuidará y tiraré para el hospital en seguida.

Un jadeo se me escapó del pecho.

—Josh, ¿se va a morir?

—No.

CAPÍTULO 44
SEAN



No sé cómo pude conducir hasta el hospital, la cabeza no me funcionaba bien, me salté un par de semáforos en rojo y estuve a punto de chocar con un coche por dos veces.

Cuando bajé, no vi dónde aparqué, solo me quité el casco y fui corriendo hacia el interior del hospital mientras marcaba el número de mi tío.

Mamá estuvo muchas veces ingresada, pero llamadlo corazonada o ese lazo espiritual que une a una madre con un hijo que, esta vez, sentía que me dejaba.

—Sean, tienes que ir al mostrador y decir que eres hijo de Mary, te guiarán, yo no puedo salir.

—Ok.

No tardé ni un minuto en estar en la cola de la recepción.

—Por favor, dejadme pasar, tengo prisa, por favor. —Empecé a apartar a la gente que estaba por delante de mí. Algunos se quejaban y otros me dejaban colarme.

—Chico, tiene que respetar… —La enfermera cerró el pico al verme la cara.

—Mary Belova —jadeé deletreando el nombre de mi madre, con los dedos aferrados al mostrador.

Yo siempre la llamaba Mary Kiev, pero Belova era su apellido real.

—Al fondo del todo, coja el ascensor y vaya a la planta tres, también puede subir por la escalera que está justo al lado. Se encuentra en cuidados paliativos.

El casco de la moto se me cayó al suelo.

¿Cuidados paliativos?

Pero si ella estaba mejorando y se ponía esas inyecciones, era cierto que en las últimas semanas había estado mucho tiempo descansando porque se sentía algo más flojita, aunque esas etapas eran normales en la lucha contra un cáncer.

—No, no, se ha equivocado, pregunto por Mary Belova, es un apellido ruso, quizá lo haya escrito mal.

Ella apartó la mirada con una mueca de tristeza, volvió a mirarme y repitió:

—Planta tres, cuidados paliativos.

Me agaché para coger el casco y caminé como si todo el techo se me hubiese caído sobre los hombros.

—¡Vamos, chico! ¡Tenemos prisa! ¡Encima que te cuelas!

La gente se quejaba tras mi espalda, yo simplemente los miré y seguí de largo hasta el fondo del pasillo hacia el ascensor.

No quería ir, porque sentía que subirme a esa porquería significaría aceptar la muerte de mi madre.

Pulsé el botón, y al ver que estaba ocupado, decidí ir por las escaleras.

¿Y si no me da tiempo a despedirme?

No, no, no. Mi madre no podía dejarme. Esto no nos estaba pasando a nosotros. No era real.

Salí corriendo, chocando con médicos y enfermeras, al final del pasillo tres, pude distinguir a Vladimir corriendo hacia mí, con su

particular traje de chaqueta y corbata.

Cuando llegamos el uno al otro, me abrazó con tanta fuerza que no pude moverme.

—Entra, rápido, ve con ella —me apremió, agarrándome del brazo para llevarme a su habitación; abrió la puerta, me hizo un gesto para que pasara y, con los ojos llenos de lágrimas, cerró, dándonos intimidad.

Mamá estaba en la cama, se veía un poquito más pálida que de costumbre, pero no parecía…

—Má —susurré, acercándome despacito a ella.

—Mi niño… —Su voz había cambiado muchísimo, como si le faltasen el aliento y las fuerzas—. Ven aquí, tengo que hablar contigo.

Me senté en la camilla a su lado, dándole la mano, tocando una piel tan fría que parecía que nos estaba nevando encima. Tiré de la manta para abrigarla más.

—¿Qué te pasa, má? ¿Por qué estás aquí?

—Sean, tienes que escucharme —suplicó.

Sus ojos se veían tan apagados, sin brillo alguno, que era como si el alma de mi madre estuviese dejando su cuerpo.

—Te escucho, mamá, estoy aquí, no iré a ninguna parte.

—No existen las inyecciones.

Mi mano flojeó su agarre y ella hizo lo posible por apretarlo.

—Hijo, no me odies.

—¿Cómo que no existen, má? Yo vi el *email*…

—Un *email* que escribí yo misma y me lo envié.

—Pero la dirección del *mail* tenía el nombre de la clínica.

—Solo tuve que crearlo con un nombre parecido al oficial, Sean esas cosas son sencillas.

—Pero el tío Vladimir ha venido contigo y ha pagado las…

—Cuando vino a casa para hablar conmigo, le conté mi plan. —Tragó saliva con mucha dificultad—. Quería que le pidieses ayuda para que te diese el dinero y guardarlo en la cuenta del banco, así os dejaría algo a ti y a Lucy cuando me muriese, pero, claro, mi plan salió mal al decirme él que me acompañaría en persona, no me quedó más remedio que contarle la verdad.

Iba a matar a mi tío. De verdad que no le quedaría mundo para esconderse después de esto. El corazón se me estaba rompiendo en mil pedazos.

—¿Y entonces? ¿Por qué seguir con la mentira, joder? ¿Por qué…?

—Cariño, no quería que mis últimos seis meses de vida pasasen viendo sufrir a mis hijos, todo lo contrario. Mi último deseo fue veros felices, ver cómo te enamorabas de esa chica tan bonita y cómo te convertías en todo un hombre. Sé que quizá me odies en este momento, y a tu tío también, pero él solo ha respetado la decisión de una madre que ha querido ahorrarles sufrimiento a sus hijos. Ahora eres demasiado joven, solo espero que algún día lo entiendas.

No sabía qué decir ni qué pensar.

Siempre afronté los problemas de la vida de la única forma que sabía: con violencia. Pero aquí no había nada que hacer. Por mucho que rompiese, gritase o hiciese, mi madre se iba a ir.

Entrelacé mis dedos con los suyos, apoyando mi cabeza sobre su pecho, buscando el sonido de su corazón.

Y me rendí.

Por primera vez en mi vida, dejé de luchar.

Ya está, la puta vida acababa de ganarme.

—¿Cuánto queda? —Casi no me salía la voz—. Sin mentiras, por favor.

—Los médicos dicen que menos de veinticuatro horas, mis riñones ya han dejado de funcionar, quieren sedarme para que no sufra, aun así, no podía irme sin despedirme.

Abrí los ojos, tocando su vientre, sus costillas, sus brazos.

¿Sus órganos estaban dejando de funcionar?

Sentía que mi madre se rompía y no podía hacer nada por arreglarla.

—Má… Má, no me digas eso, por favor. ¿Cómo que veinti…? ¡Que no, hostias!

—Sean, quiero que me prometas una cosa, porque, aunque me vaya, tu padre y yo vamos a estar en el cielo vigilándote.

Las lágrimas me caían como dos cascadas, quería ser fuerte por ella, regalarle mi mejor sonrisa, mi mejor recuerdo, pero era imposible. No podía dejarla ir, me negaba a perderla.

Era mi madre, hostias, y yo la quería con toda mi alma. Prefería morir yo en su lugar.

Le daría mis riñones, mis pulmones, mi corazón y mi vida entera si pudiese.

—Dime, má, ¿qué quieres que haga?

—Quiero que dejes de fumar. Ni un cigarro más —dijo con voz grave—. Y también quiero que, pase lo que pase, te saques la carrera de Medicina. Acepta la ayuda del tío Vladimir, vete a vivir con él, hazlo por mí.

—Má, yo no quiero ser médico, yo quiero morirme contigo —confesé, acurrucándome sobre su pecho y buscando de nuevo el latido de su corazón, de forma desesperada. No podía apagarse, no, ni de coña.

—Sean, prométemelo, si no, no podré irme en paz.

—No te lo prometeré para que no te vayas, joder.

Una enfermera entró en silencio, colocándose junto a mi madre para inyectarle algo, la estaban sedando.

Eso evitaría su sufrimiento, así que dejé que lo hicieran, sin querer mirar cómo lo hacía.

—Te quiero —dije, y comencé a repetirlo una y otra vez mientras mi madre acariciaba mi cabello, acunándome como cuando era un

niño pequeño—. Te quiero, te quiero, te quiero. —Quería que fuesen las últimas palabras que escuchase antes de irse—. Eres la mejor madre del mundo, te quiero muchísimo, hostias.

—Sean.

—Dime, má.

—No estés tristes, mi niño.

—¿Cómo no voy a estar triste?

—Deja de llorar, cariño.

—Deja tú de decirme lo que tengo que hacer. —La apreté aún más entre mis brazos.

Cada vez me costaba más escuchar su corazón.

—Hijo, mírame.

—No.

Si la miraba, se iba a ir.

—Mírame.

Joder.

Levanté la cabeza, viendo esos ojos cada vez más grises.

—Escúchame bien, tesoro —me pidió, y sentí que usaba sus últimas fuerzas para poner una mano en mi mejilla—. La vida solo es un sueño del que todos, tarde o temprano, tenemos que despertar. Vive tu sueño, Sean, vívelo para que, cuando despiertes, todo haya merecido la pena.

—Má…

—Volveremos a vernos, mi vida. Sé un buen chico, por favor.

El monitor comenzó a sonar de forma alarmante, mi madre tomó una bocanada de aire como si se estuviese ahogando y su cuerpo convulsionó entre mis brazos mientras yo la abrazaba y pedía ayuda a gritos.

Las enfermeras y los médicos vinieron, Vladimir intentó separarme de ella, pero no pudo.

Quería estar a su lado hasta su último suspiro de vida.

Era mi deber como hijo, como cabeza de familia, como el hombre de la casa en el que me convertí siendo solo un crío.

—¡Dejadme, joder! ¡Quiero estar con ella! ¡Quiero estar con ella!

—Ya no está, Sean, se ha ido —repetía mi tío, desistiendo de tirar de mí mientras los médicos se apartaban para darme un respiro.

El monitor mostraba que, efectivamente, mamá ya no estaba aquí. Pero yo seguía abrazándola y llorando junto a ella.

—¡Mamá! ¡No! ¡Vuelve! ¡VUELVE, HOSTIAS! ¡NO ME SACARÉ LA CARRERA! ¡NO DEJARÉ DE FUMAR! ¡VUELVE O LA LIARÉ MUCHÍSIMO!

La puerta se abrió de inmediato y dos personas vinieron rápidamente a abrazarme.

Una era Josh, y la otra, Brittany.

Aun estando aquí, para mí, el mundo ya se había acabado, el pecho se me cerró por completo y mi respiración ya no existía. Lo veía todo borroso, un fuerte dolor y una presión estremecedora me sacudían la cabeza. Era como si fuese a explotar en cualquier momento. Sentía que estaba perdiendo la cordura, que me iba a volver loco. Todo en mi cuerpo funcionaba mal, jodidamente mal.

—¡Apartaos de él! —escuché gritar a alguien—. Necesita asistencia médica, esperad fuera, por favor.

CAPÍTULO 45
BRITTANY



Josh aparcó su coche cerca de casa, habíamos estado todo el camino de vuelta sin hablar porque ninguno tenía ánimos para esto.

Lucy se quedaría unos días en su piso hasta que todos asimiláramos la noticia y pudiésemos decírselo a ella. Por ahora, la partida de Mary nos cayó como un jarrón entero de agua fría.

—No quiero volver —murmuré, viendo la mansión de Johan frente a nosotros—. Mi lugar en este momento está con Sean, a su lado.

—Brit, pronto serás mayor de edad y te irás de la casa de esa gentuza, esto es por tu bien, para que no te metas en líos, Sean lo entiende.

—¿Sean? —Mi voz salió como un aullido de dolor—. No ha comido, no ha bebido, han tenido que sedarle y está casi inconsciente. TENGO. QUE. ESTAR. CON. ÉL.

—Es normal, acaba de perder a su madre, y sé la necesidad que tienes de apoyarle en estos momentos, pero acercarte solo empeorará las cosas, para los dos. Lo último que necesita en estos momentos es un numerito de celos por parte de Derek, sería capaz de matarlo.

Tragué saliva.

Aunque me jodiese, Josh tenía razón.

—Va a superar esto, ¿verdad?

Le di la mano a Josh, agarrándola con ansiedad, estaba destruida y llena de impotencia. ¿Por qué tuvo que irse Mary? Era tan buena persona, joder.

Josh la apretó con fuerza, también tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Claro que sí, tía, además, nosotros no le vamos a dejar solo. Le vigilaré veinticuatro horas.

—Júramelo, y si él no me habla, háblame tú para contarme como está.

Asintió.

—Jurado, Brit.

—Gracias.

Nos dimos un abrazo y respiré profundo antes de bajar, él puso el coche en marcha y se desvió para volver al hospital con Vladimir y Sean.

Tuve que caminar tras unas casas vecinas para llorar y soltar toda la frustración que llevaba dentro de mí. Sentía que acababa de perder a alguien muy importante de mi familia, Mary era una madre maravillosa y no podía asimilar que se hubiese ido. Para siempre.

Retrasé la llegada a ese odioso «hogar» todo lo que pude, caminando incluso en zigzag por la calle, sintiendo que este no era el lugar en el que debía estar. Sean siempre estaba para mí y sentía que, aunque no fuese de forma voluntaria, le fallaba.

Cuando llegué a casa, me extrañé de no ver el coche de Johan por ninguna parte, a esta hora ya debería haber llegado de su empresa. Introduje la llave y abrí, descubriendo que todo estaba en silencio.

—¿Mamá? —pregunté, encontrándome con la casa vacía.

Qué raro.

Que yo supiese, no tenían programada ninguna salida.

Encogiéndome de hombros y aliviada por estirar mi paz un poco más, fui al mueble de la cocina, cogí un poquito de harina de avena para batirlo con un huevo, edulcorante y unas *chips* de chocolate negro. Lo metí todo en el microondas y me preparé un *mugcake* de merienda.

No tenía mucho apetito, más bien cero, pero con la diabetes, no debía saltarme comidas.

Cuando lo tuve listo, cogí una cuchara y me fui a mi habitación. Resoplando al sentarme en la cama, probé el intento de postre saludable sin mucho ánimo.

Miré un par de veces el móvil por si tenía algún mensaje de él. Era lógico que no.

Sin embargo, el teléfono empezó a sonar sobre mi mano. Derek.

Joder, lo que necesitaba, justo ahora. Me sequé las lágrimas y me aclaré la garganta.

—¿Hola?

—¿Dónde estás?

—En casa.

—Fui a baile a buscarte y no estabas.

Maldije mi vida.

No le había contado a mi familia que había dejado el baile para así poder tener un tiempo de paz para mí y salir a que me diese aunque fuera el aire.

Desde que estaba con Sean, pasaron de no ponerme horarios ni reglas, a controlarme demasiado por tonterías.

—Me encontraba mal y volví a casa —mentí—. No sé qué me pasa, siento angustia y estoy mareada. —En parte, eso era real—. ¿Para qué fuiste a buscarme?

—Le han pegado una paliza a papá y se lo han robado todo. Un hombre que vio cómo le atracaban llamó a la policía y a la

ambulancia, pero casi le matan. Está en el hospital y mamá se ha ido con él, he venido a buscarte para que vayamos enseguida.

Mierda, los disgustos no paraban, uno tras otro.

—E… está bien, ven a recogerme.

—Voy ahora mismo.

CAPÍTULO 46
SEAN



Abrí los ojos, al oír otra vez el sonido infernal de esa máquina.

Estaba en la camilla, tumbado y con algo conectado a mi antebrazo.

Mi cuerpo empezó a temblar de los nervios y la ansiedad. Me sentía muy drogado y me costaba ver con claridad, pero, aun así, el malestar seguía en mi interior.

—Sean, tranquilo, estoy contigo. —Sentí que mi tío me daba la mano y, de forma brusca, le aparté de mí.

Busqué casi a ciegas los cables y tiré de la intravenosa para quitármelos. Tenía mi ropa puesta, así que me puse de pie tambaleándome de un lado para otro.

—Eh, ¿a dónde crees que vas?

—A… casa…

Caí contra la pared, notaba que el corazón me daba fuertes punzadas y me llevé la mano al pecho, sintiendo dificultad para respirar.

Alguien me agarró por detrás y escuché otra voz.

Josh.

Me llevaba de vuelta a la cama.

No, no, no.

No quiero estar aquí.

No quiero estar con los médicos que dejaron morir a mi madre.

Quiero irme.

Lejos.

Quiero huir.

—Lucy… —balbuceé el nombre de mi hermana, no teniendo fuerzas para volver a levantarme de la camilla.

—Ella está bien, tío. —Ahora era mi mejor amigo el que me daba la mano—. Todo está bien, solo hace falta que te mejores un poquito y nos iremos a casa, ¿vale, colega?

Mi madre.

¿Dónde estaba mi madre?

—¿Má?

—Sean…

—¿Dónde está su cuerpo? ¿Dónde la tienen? ¿En un depósito de cadáveres? ¿En un congelador? ¿Qué va a pasar con ella? Quiero verla, quiero abrazarla.

Mi tío se colocó al otro lado, poco a poco, iba viendo cada vez mejor, de forma más nítida. Pero me seguía faltando el aire.

—Cuando pongas de tu parte para tranquilizarte, iremos a hacerle el duelo y le daremos la despedida que se merece. Ella te está viendo desde el cielo, Sean, y tu comportamiento le hace sufrir. Sé el hombre fuerte que vive en su memoria, no la decepciones.

Mis ojos azules se fundieron con los suyos mientras una lágrima salada bajaba por mi mejilla, mojándome los labios.

Solo quiero poder llorar sin que nadie me diga que tengo que ser fuerte.

CAPÍTULO 47
JOSH



—¿Está bien? —le pregunté a mi madre, que fue con mi padre a llevar a Lucy a comer un menú infantil de albóndigas.

Era un restaurante familiar muy famoso aquí en Londres.

—Está en el parque de bolas jugando con otros niños, lo está pasando genial. ¿Cómo se encuentra Sean?

Me llevé los dedos al puente de la nariz, apretando.

¿Qué le respondía?

—¿Cómo va a estar? Siento que mi amigo nunca volverá a ser el mismo después de esto.

—Claro que volverá a ser el de siempre, es ley de vida perder a nuestros padres, Josh. Cuando tu abuelo murió, creí que me moriría con él, y aunque le extraño muchísimo, al final aprendes a vivir con ello.

Respiré profundo.

Incluso yo sentía que, ahora que Mary no estaba, me faltaba algo. Era como si el mundo no estuviese completo, como un puzle al que le desaparece una pieza y ya no se puede terminar.

—Yo también la quería mucho, mamá. —Se me saltaron las lágrimas, no pude evitar llorar—. ¿Cómo se lo diremos a la niña?

—Creo que Sean será el más indicado para ello cuando esté bien. Él conoce a Lucy mejor que nadie. No llores, mi vida.

En eso, tenía razón.

—Además —añadió—, aunque parezca extraño, los niños toleran el sufrimiento mejor que los adultos, es posible que incluso ella le ayude a él a superar esto.

—¿Tú crees?

—Claro que sí.

Me quedé callado, con un cigarro en la boca, viendo los coches pasar por la autovía.

—Josh, ¿quién se hará cargo de Lucy ahora? ¿Su tío?

—Creo que sí.

—A tu padre y a mí no nos importaría quedárnosla.

Suspiré, Zahra tenía un corazón enorme, pero no veía a Sean separándose de su hermana.

—También se puede venir tu amigo a vivir con nosotros, por supuesto —aseguró.

Sonaba bien, pero…

—Sean nunca aceptaría esa clase de ayuda, lo sabes.

—Yo solo quiero que estén bien, solo son dos niños.

—Sean es muy maduro.

—Ya, pero…

El coche de Derek aparcó frente a mis narices y dejé a mi madre hablando sola, musitando un breve «luego te llamo».

Colgué y vi que Brit también aparecía junto a él. No sería capaz de traer a esa sabandija aquí, ¿no?

Ella me miró de reojo y siguió a su hermanastro al interior del hospital, entrando por la puerta de urgencias.

Un mensaje de la misma me saltó en la pantalla.

Brittany: *Parece que han asaltado a Johan, me acabo de enterar. Derek no sabe nada de lo de Sean.*

Uf, menos mal.

Ya decía yo.

Yo: *Vale, joder. Me alegro, ese idiota se lo merece. No le cuentes nada, por favor.*

Brittany: *Ni loca lo haría. Y yo también me alegro.*

Brittany: *¿Cómo está él?*

Yo: *Mejor, pronto se estabilizará y seguro que te llama, no te preocupes y descansa. No le dejaremos solo.*

Brittany: *Gracias, Joshi.*

Yo: *De nada, Brit.*

El autobús se detuvo justo al lado de la parada de taxis. Una chica morena con una cara preciosa y un cuerpazo increíble se bajó rápidamente, llevaba una bufanda liada en la garganta y un abrigo largo hasta las rodillas.

Antes de que pudiese decir nada, se enganchó a mi cuello, dándome un fuerte abrazo.

—He venido en cuanto me he enterado, Brit me escribió un mensaje y me dijo que estabas aquí. —Le faltaba el aire, estaba de los nervios—. Dios, no puedo creer que…, joder, es horrible.

Acaricié su pelo largo, asintiendo. Su olor a frutas hizo que me sintiese un poco mejor.

Tenía las manos heladas y estaba tiritando.

—Joshi.

—Dime.

—Te quiero muchísimo.

La oí sorber por la nariz y suspirar.

Dios, no podía creer que hubiese venido por mí, para apoyarme en estos momentos. Siempre era yo el que iba detrás de ella, así que el

que Ana diese ese paso, me dejó totalmente atontado.

—Y yo a ti, mi princesita —confesé. Cuando nos soltamos del abrazo, le aparté un mechón húmedo de la cara, poniéndoselo detrás de la oreja—. ¿Vamos a la cafetería a tomar un café caliente mientras Sean se recupera un poco?

Asintió, pero soltó mi mano en cuanto hice un intento de agarrársela.

Bueno, quizá no quería que nos viesen en públi…

Mi cuerpo se quedó helado cuando se enganchó a mi brazo y caminó a mi lado con la mejilla apoyada en él.

Oh.

Esto me gustaba incluso más.

Le di un beso en la coronilla y fuimos así hasta la cafetería.

—Gracias por venir, Anni, tenerte cerca hace que todo sea un poquito mejor.

—Siempre estaré para ti, Joshi, para eso somos novios, ¿no?

CAPÍTULO 48
SEAN



Las luces pasaban por la carretera como esferas que flotaban en el aire, todavía tenía la visión algo borrosa, pero mucho mejor que cuando desperté. El corazón me latía con normalidad y podía respirar, simplemente yo deseaba no hacerlo.

—Sé cómo te sientes —dijo Vladimir que conducía lentamente—. Si te sirve de consuelo, yo no estaba de acuerdo con tu madre en esto, pero era su último deseo y… ¿qué podía hacer?

Subí y bajé los hombros.

—Sinceramente, lo prefiero así.

Él me miró un instante.

—¿De veras? ¿No estás enfadado?

—No, me iba a doler igual lo supiese antes o no. Al menos, estos últimos seis meses, he tenido recuerdos muy bonitos de ella.

Otra vez sentía que iba a llorar. Me escocían los putos ojos.

Al principio me enfadé muchísimo, era lo normal, ¿no? Pero nunca podría guardarles rencor. No cuando sabía que sus intenciones eran buenas.

—¿Dónde está mi hermana? —Giré la cabeza, apoyada sobre el cristal de la ventanilla, para mirar a mi tío.

—Está con Zahra, la madre de Josh, ella aún no sabe lo que ha pasado.

Asentí.

—Yo se lo diré.

—¿Estás seguro?

Volví a asentir.

—Es una niña lista y fuerte, lo superará.

Mi tío colocó su mano sobre la mía, dándome un apretón.

—¿Y tú? Tú también lo vas a superar, ¿verdad?

Quería decirle que no, porque de verdad, lo único que deseaba en este momento era ponerme de droga y alcohol hasta el culo, subirme a la moto y matarme.

Pero entonces dejaría a Lucy sola y mi madre me odiaría desde el cielo por toda la eternidad. Además de que iría al infierno por ser un puñetero cobarde y eso no entraba en mis planes. El día que muriese, quería estar con mi familia.

Y por supuesto, tampoco podía dejar a Brittany sin novio, ni de coña.

Sonreí un poquito, forzándome, mirando las estrellas brillar en el cielo oscuro. Estaba seguro de que mi madre era una de ellas. Había dos que estaban muy juntas, decidí que esas eran ellos. Mary y Paul.

—Lo superaré —prometí sin dejar de mirarlas.

—Sé que ahora mismo no es el mejor momento para hablarlo, pero… Mary y yo arreglamos algunos papeles —confesó, parando en un restaurante de comida rápida para llevar y poniéndose a la cola con el coche—. Tengo la custodia de Lucy, y también la tuya, espero que no tengas ningún problema con eso. Y también me gustaría que recogiésemos tus cosas del piso de Candem y te vinieses, necesitaré tu ayuda para cuidar a tu hermanita.

Me quedé rígido unos minutos. Pensando.

Siempre creí que estábamos solos.

Que éramos una mierda.

Que nadie nos quería.

Que no le importábamos a ninguna persona.

Y, sin embargo, mamá se fue y el tío Vladimir estaba aquí, dispuesto a hacerse cargo de nosotros como si fuésemos sus hijos.

Yo podía salir adelante solo, pero era cierto que necesitaba ayuda con Lucy si quería trabajar y estudiar, y que Candem no era un lugar seguro para ella.

—Estás cansado de ser fuerte —dijo mi tío adivinando mis pensamientos—. Y yo estoy cansado de estar solo, así que… podemos ayudarnos, mutuamente.

Asentí despacio, le miré y volví a asentir esta vez más rápido.

—¿Sí? —preguntó quitándose el cinturón de seguridad, yo también lo hice—. ¿Te vienes a casa, cabroncete?

—Sí, me voy contigo a casa.

Nos abrazamos y, por primera vez, sentí que era como abrazar al padre que nunca tuve a mi lado, al que siempre eché de menos y deseé que llegase a mi vida. Él me apretó con todas sus fuerzas y yo hice lo mismo, hasta que el coche de atrás tocó la bocina porque nos habíamos quedado parados en mitad de la cola.

—¿Me bajo y le parto los cristales? —ofrecí.

—No, solo vamos a comprar algo de comida basura para llenar el estómago y nos vamos a casa a descansar, ¿entendido?

Le vi sonreír con delicadeza, en el fondo él era un amante de la violencia, al igual que yo. Lo que pasaba era que, con el tiempo y la madurez, aprendió a controlarse. Yo también lo haría. El tío Vladimir sería mi ejemplo a seguir. Me convertiría en un buen hombre por mi hermana y por mi novia. Y por supuesto, por mi madre, la estrella más bonita del cielo.

—De acuerdo, tú pagas las facturas, así que tú mandas.

—Exacto, lo vas pillando rápido —bromeó, ordenando dos hamburguesas con extra de queso y beicon.

Deseaba llegar a casa, comer algo para se me quitase este mareo y llamar a Brit, debía estar asustada y preocupada, así que necesitaba hablar con ella cuanto antes.

Volví a mirar el cielo, notando la humedad descender por mi cara. Nunca dejaría de llorar a mi madre.

Estés dónde estés, siempre pensaré en ti, mamá.

CAPÍTULO 49
BRITTANY



¿Sabéis esa sensación que se siente cuando llegas a un lugar y la conversación se detiene por ti? Eso fue lo que sucedió cuando entré a la habitación de Johan, nadie quiso decir nada, hasta que me fui.

Una parte de mí se sorprendió al ver la brutalidad con la que le agredieron, podrían haberle matado. Tenía una costilla rota y toda la cara desfigurada. La policía fue allí mismo a tomarle testimonio. Me echaron de la habitación, pero Derek sí pudo quedarse.

Aun así, pegué la oreja a la puerta, y lo que escuché hizo que todo mi cuerpo temblase como un flan.

Ha sido Sean Kiev.

Mi padrastro culpó a mi novio, pero yo sabía de sobra que era imposible que se tratase de él porque, a las seis y cuarto, cuando salió de trabajar, Sean se encontraba hospitalizado, bajo una sedación para calmarle el ataque de ansiedad que sufrió al ver a su madre morir entre sus brazos.

No obstante, era consciente de la gran influencia que tenía Johan Stephan, y también lo suficientemente inteligente como para darme cuenta de que el policía que vino a visitarle no era cualquier oficial, sino uno de su confianza. Me jugaba el cuello a que le soltó un fajo

de billetes para joderle la existencia a Vladimir. Ya que su odio era hacia este señor.

Y, por tanto, mi deber era avisar al mismo. No podía permitir que los Stephan continuasen saliéndose con la suya.

Después de cenar, inicié mi ritual de ducha, cabello, cremas y demás, asegurándome de que Derek escuchaba todos mis movimientos desde su habitación, para no levantar ningún tipo de sospecha. Luego llamé a Ana y hablamos sobre cosas triviales, ella estaba tan triste como yo por Mary, pero le expliqué la situación vía WhatsApp y me ayudó para actuar con normalidad.

Ahora que ellos decidieron atacar a Vladimir y Sean, era necesario que no supiesen lo de Mary, para que no cambiasen la versión de los hechos bajo ningún concepto.

Y por supuesto, podría hablar con Sean y avisarle de esto, pero bastante tenía ahora mismo con acabar de perder a su madre. Hablaría directamente con su tío.

Quería escaparme para ir con él ahora mismo, sin embargo, sabía que era demasiado arriesgado; si me pillaban en un momento como este, todo se volvería en nuestra contra. Mi casa estaba literalmente frente a la suya, si algún vecino me veía salir y entrar y se lo contaba a los Stephan, la jodería hasta el fondo.

Debía ser cauta y mantener la situación en absoluto secreto, hasta que pudiese hablar con Vladimir en Hallow.

El móvil comenzó a vibrar entre mis dedos, pues lo tenía en silencio.

Era él.

—Hola —susurré en voz bajita, notando que las extremidades de mi cuerpo se relajaban por fin al poder escucharle.

—Hola, nena, ¿te pillo en mal momento?

—Para nada.

—Genial, disculpa que no te llamase antes, esto está siendo complicado.

Inspiré con profundidad, no era capaz de imaginar su dolor. Si yo estuviese en su lugar, no sé lo que haría. La muerte de cualquier madre era profundamente dolorosa, pero entre Mary y Sean existía un vínculo que iba más allá de la relación madre e hijo. Quería decir que no eran como Lois y yo, por ejemplo.

—No te disculpes por nada, ahora lo importante es que te pongas bien. —La voz me salió rota y ñoña, porque me daba muchísima lástima y porque quería ayudarle sin saber cómo.

Nos escuchamos respirar el uno al otro durante un ratito, simplemente haciéndonos compañía desde el teléfono. Luego, se animó a decir:

—Vamos a incinerarla, mañana no iré a clases y Vladimir tampoco, pasaremos el día en su velatorio para despedirnos y después la trasladarán al tanatorio. Mi tío quería enterrarla, pero yo quiero que esté en casa con mi padre, que estemos todos juntos, ¿sabes?

Asentí sobre la almohada, también me parecía lo más correcto.

—¿Y Lucy? —murmuré, sin poder evitar el preguntar por ella.

Sean me contó que se quedaría en casa de Zahra unos días más y que mañana le iban a mentir diciéndole que no había clases para llevarla al cine, así no se daría cuenta de que su hermano tampoco fue a Hallow, y que, después de eso, hablaría con ella de una forma que podría entenderlo sin sufrir… mucho.

Mientras le escuchaba, solo podía pensar que mañana Vladimir no iría a Hallow y yo necesitaba avisarle sobre los planes de Johan lo antes posible.

—Oye… —susurré, enrollándome un mechón de cabello en el pelo —. Quería pedirte algo, pero no sé si te parecerá bien.

—Puedes pedirme lo que tú quieras, nena.

Iba a sonar un poco raro, solo esperaba que colase.

—Me gustaría que me dieses el número de tu tío, por si… por si pasa algo. —Dios, me sentía ridícula pidiéndole esto. Seguro que le molestaban estas confianzas. Ay, qué vergüenza—. Es solo por si te

pillo en mal momento y…y… Bueno, creo que es una idiotez, olvídalo.

Me toqué las mejillas, notando que estaban rojas porque toda la sangre se me subió a la cabeza.

—¿Idiotez? Me parece una idea muy buena, ahora mismo te paso su contacto, pero antes de llamar a nadie, llámame siempre a mí primero, ¿vale? —me pidió, asentí pese a que no me viera, notando cómo se me aliviaba el sofoco.

En cuanto me llegó el contacto de Vladimir, lo guardé en mi agenda.

Me sentía una mala pécora por mentir a mi chico, pero no podía darle más problemas por culpa de mi familia, esto tenía que terminar en algún momento.

—Nene —volví a susurrar, dibujando una pequeña sonrisa al recordar aquel pensamiento, tal vez a él también le ayudase—. Solo queda una semana para que cumpla dieciocho. Siete días.

—Dios…, es verdad.

—Y a ti te quedan seis meses para cumplir los diecinueve. —Reí, quería quitarle un poco de pesadez a la noche—. ¿Cómo se siente el llegar a la tercera edad?

Le escuché gruñir.

—No sé, ya me lo contarás cuando llegues tú.

—Idiota —repliqué—. Gracias por vivir estos seis meses de locura a mi lado y por no rendirte nunca conmigo.

—La vida es un sueño del que tarde o temprano tenemos que despertar. Y yo solo quiero soñar contigo, Brit.

CAPÍTULO 50
BRITTANY



Miré la pantalla del teléfono, teniéndolo escondido por debajo de la mesa en clases. El mensaje que le envié a Vladimir avisándole de lo sucedido con Johan, seguía leído y sin respuesta. Era lógico que no me dijera nada, el director de Hallow no se pondría a mensajearse con una alumna, pero me tranquilizaba saber que, por lo menos, estaba al tanto.

Tocaba confiar en él.

Guardé el teléfono en el estuche disimuladamente y me limpié las gafas con el reverso del jersey.

—Estás muy nerviosa, ¿qué pasa? —Cindy me miraba con el ceño fruncido.

Negué con la cabeza, quitándole importancia.

Ella chasqueó la lengua y empezó a golpear el suelo con el zapato.

Desde lo de las fotos de Derek, no volvió a ser la misma, y no era para menos, jugaron con sus sentimientos de una forma muy sucia y rastrera, y ahora vivía intranquila por saber que él tenía ese contenido sobre ella.

Aunque, por ahora, seguía sin salir a la luz.

Cuando la campana sonó, fui la primera en levantarme e ir directamente al baño para mirarme el azúcar y después a la cafetería.

Y no me malinterpretéis, no es que tuviese que esconderme por ser diabética, pero digamos que me gustaba tener mi privacidad para ciertas cosas. Cindy vino conmigo.

—Bueno, entonces, has dejado el baile. —Iba cruzada de brazos a mi lado, dando largas zancadas para seguirme el ritmo—. Y yo que pensaba retomar el gimnasio.

—Anastasia sigue yendo de vez en cuando, puedes ir con ella.

—No creo que le apetezca verme la cara.

—¿Todavía no os habláis?

—No hemos coincidido, y tampoco sé ni qué decirle.

—¿Perdón por ser una mala amiga y una perra idiota que se ha enamorado del gilipollas de Derek Stephan? —bromeé, tirándole de la coleta.

Entramos al baño y saqué mis cosas del neceser de mano que siempre llevaba conmigo a todas partes, empezando con mi «ritual».

—¿Duele? El pinchazo, digo.

Hice una mueca.

—Creo que no, no estoy segura, estoy tan estresada que…

—¿Qué sucede?

La miré, mordiéndome el labio inferior. Sabía que empezamos con mal pie, sin embargo, Cindy era buena chica y confiaba en ella.

—En una semana cumplo los dieciocho y me iré de casa sin pensarlo dos veces, pero necesito un trabajo, urgente.

Igualmente, las chicas no me aceptaban como profesora de baile, y trabajar a media jornada con las niñas pequeñas no me daba suficiente para independizarme.

Así que…

Dios, ni siquiera miré una habitación de alquiler.

Qué desastre.

Bueno, si no me iba exactamente el mismo día de mi cumpleaños, tampoco pasaba nada, podría disimular y hacer como si nada hasta tener mi vida organizada. Sí, era lo mejor.

—¿Por qué no hablas con Anastasia? En esa pizzería siempre necesitan personal.

Cierto, me llegaron chismes de esa franquicia, curraban mucho y pagaban poco, aunque, sinceramente, el sueldo que me dijo Ana no me parecía nada mal para alguien como yo. Quizá no llegase para una persona con una familia a la espalda, pero a mí me convencía.

—Sí, quizá busque el *mail* por internet luego y envíe el currículum.

Cerré el neceser y fui con Cindy hacia la cafetería, en cuanto entramos y cogimos las bandejas, alguien me tiró todo su vaso de refresco por encima.

Solté la bandeja sobre la mesa más cercana, dándome la vuelta para ver a Rachel con una sonrisa resplandeciente.

No, hoy no.

—¿Por qué sonríes tanto? ¿Te han dado un premio por ser la mierda más apestosa del vertedero? —Agarré un puñado de espaguetis directamente del buffet, tirándoselo a la cabeza, ella lo esquivó y los recibió Nadia.

—¡Me río porque por fin has entendido que eres una bailarina mediocre!

—No, cielo, lo que pasa es que me da vergüenza subir a un escenario contigo.

Cindy apareció con el bol de puré de patatas, corriendo detrás de mí para echárselo encima, mientras Rachel se cubría con las manos y Nadia nos lanzaba croquetas como una loca poseída.

En pocos segundos, se armó un revuelo en el comedor que terminó con guerra de comida en el que nadie sabía quién se peleaba con quién.

La subdirectora gritaba a pleno pulmón, pues Vladimir no estaba, y eso hacía que los alumnos se sintiesen más incontrolables.

—¡No vuelvas a meterte con Brit, hija de puta! —Cindy golpeó a Rachel con una bandeja de plástico en la cabeza, dejándola aturdida.

—¡Tía, que la vas a matar! —La agarré de la cintura para detenerla y me resbalé con la salsa de las albóndigas, cayendo al suelo de culo. Nadia fue a por los botes de kétchup y mayonesa, rociándonos el pelo directamente con eso, y yo ya no sabía si revolcarme en el suelo y hacer un angelito como si estuviese tumbada sobre la nieve, o ponerme a llorar.

—¡YA BASTA! —La voz histérica de una adolescente con una mala leche impresionante hizo que aquellas dos se estuviesen quietas—. Dejadlas en paz, o vuestros novios se van a enterar de que tienen más cuernos que un reno.

Me quité un pegote de mostaza del ojo y vi que se trataba de Naomi.

—Desde que estás preñada, eres insoportable —chistó Rachel siendo llevada del brazo por la subdirectora al despacho. Derek se acercó rápidamente a nosotras, también lleno de comida.

—¿Pero qué coño ha pasado? —Sus ojos se cruzaron con Naomi, que estaba limpia y reluciente—. Vaya, a ti ni te han rozado.

—Obvio, valoran sus vidas.

—¿Estás bien? —murmuró, y ella le ignoró, dándome la mano para ayudarme a levantarme.

¿Y Derek decía que él la había dejado? ¡Ja! Ella le dejó a él.

Cindy se puso de pie conmigo.

—Solo espero que las expulsen después de esto —ladró mi amiga, enviando una mirada venenosa a Derek antes de salir por la puerta para ir a los vestuarios de chicas de educación física a ducharse.

Yo debería hacer lo mismo.

—Gracias por la ayuda. —Le di unas palmaditas en el hombro a Naomi, la cual rodó los ojos y dejó a Derek hablando solo.

CAPÍTULO 51
SEAN



Aparqué el coche que el tío Vladimir me cedió frente a la casa de Josh. Me hizo el favor de llevarse a mi hermana al cine con sus padres y ya me tocaba recogerla, afrontar la verdad y ser fuertes.

Bajé del auto, pulsé el timbre y, en cuanto entré por la puerta, Lucy vino con el peluche de un suricata, corriendo hacia mí para engancharse a mi cuello. La recibí con mi mejor sonrisa y con toda mi alegría.

—¡Mi princesita! —La alcé, cogiéndola en brazos mientras le hacía cosquillas y se reía a carcajadas.

—¡Tete, tete! ¡Me lo he pesado superbién! ¿Me puedo quedar un poquito más? Porfa, porfa, por favooooor.

Zahra se acercó para darme un beso y evitó sacar el tema delante de ella.

—Otro día, cariño, tenemos mil cosas por hacer y necesito tu ayuda.

—¿Ah, sí?

—Sip, menudo día nos espera, estoy supercansado solo de pensarlo.

—¡Ala! ¡Pues yo te ayudo, tete! —Se bajó de mi regazo, para correr a agarrar la mano de la madre de Josh—. Zahra, Zahra. Otro día vengo, que mi hermano necesita que le ayude, ¿vale?

—Claro que sí, bonita, cuando quieras.

Josh apareció con cara de sueño y una tristeza pintada en la cara, me dio una palmada en la espalda como saludo.

—¿Os acompaño?

—No te preocupes, te veo luego.

Él sabía lo que tocaba ahora, así que, chasqueando la lengua, miró a mi hermana antes de darle un besito en la frente, y se fue con la cabeza agachada a su habitación.

—Bueno, nos vamos, gracias por todo —me despedí de la familia, cogiendo el peluche y a mi hermana, y dejando a Zahra con ganas de hacerme un montón de preguntas. Sabía que era muy buena mujer y se preocupaba por nosotros, pero hablaríamos en otro momento, ahora tenía que concienciar a Lucy de la realidad.

La subí en su sillita del coche y nos dirigimos hacia Candem.

—Tete, ¿por qué vamos a la casa fea?

Puse algo de música bajita y ella movía las piernas sin parar.

—Porque tengo que recoger las maletas y quiero que mires si hay algo que desees llevarte, luego hay que entregar las llaves del piso, no volveremos nunca más. Nos quedamos con el tío Vladimir para siempre.

—¡BIIIIIEEEEEEEEN! —gritó, con tanta fuerza que me asustó—. ¡Mamá se va a poner supercontenta!

—Uf, mamá, la que ha liado. —Chasqueé la lengua, aparcando y cogiéndola luego en brazos, para bajarla de la silla. La gente del barrio empezó incluso a asomarse a los balcones, extrañados de verme llegar en ese buga.

La voz me temblaba a la vez que hacía uso de todas mis fuerzas por mantener una sonrisa y no deshacerme en lágrimas.

—¿Qué ha pasado con mamá? ¿Qué ha hecho?

—No te lo vas a creer.

Sentí que el nudo se me formaba en la garganta al abrir la puerta de casa, dejándola a ella entrar primero.

Quizá, lo normal en la vida fuese que los hijos viesen morir a sus padres, pero para mí, lo normal era morir por mi familia.

Tenía las maletas en la entrada, tanto con mis cosas, como con las cosas de mi madre que quería conservar para siempre.

Lucy se quedó pensativa, observando todo a nuestro alrededor.

—Se ve rara la casa así.

Sí, se sentía increíblemente vacía y gris, sin el olor de la comida de má, sin su decoración y sin sus regañinas.

Le di la mano y la llevé hacia el sofá, sobre la mesa estaba una urna grande, con las cenizas tanto de mi padre como de ella, y una foto de cada uno, al igual que una vela.

—Lucy, sé que esto es difícil de explicar, pero, verás, Dios se ha enfadado con mamá.

Ella frunció el ceño.

—¿Por? Pero si mami es muy buena.

Me saqué el paquete de tabaco del bolsillo, enseñándoselo.

—Por esto. —Dejé que todos los cigarros cayesen sobre la mesa, delante de la urna y de las fotos—. Dios no quiere que fumemos, y ella fumaba y fumaba, así que su cuerpo se puso malito y, al final, Dios ha mandado a papá para que venga a buscarla y se la han llevado al cielo a curarla.

Lucy miraba la urna y me miraba a mí, con las manitas cruzadas sobre sus piernas. Como ella no recordaba a su padre bilógico, siempre le dijimos que los dos éramos hijos de Paul.

—¿Y cuándo vuelve?

Negué con la cabeza.

—Pues estas cosas van despacio, los angelitos tienen demasiado trabajo al haber mucha gente poniéndose malita en el mundo, pero no hay nada de qué preocuparse, porque pá está con ella. Eso sí, me ha dicho antes de irse que como te portes mal, le va a decir a Papá Noel que no te traiga regalos jamás.

Ella abrió la boca con una mueca de enfado y decepción.

—¡¿En serio?! ¡Pero si yo siempre me porto superbién!

—Ya, pero má sabe que te gustan mucho las chuches y comer sin lavarte las manos primero.

Mi hermanita resopló, bajando los hombros.

—Vaaaale, me portaré bien. —Miró los cigarros con coraje, volviendo a enfocar sus ojitos en mí—. Tete, tienes que dejar de fumar, porque, si no, Dios se va a enfadar contigo y a ver qué voy a hacer aquí sola.

Mi princesita, jamás en la vida la dejaría sola.

No pude resistir las ganas de abrazarla con todas mis fuerzas. El pecho se me removió mientras me repetía una y otra vez: trágate las lágrimas, cabrón.

—Mi niña, a nosotros no nos separa ni Dios.

Noté la humedad en las pestañas, viendo esa maldita montaña de tabaco sobre la mesa. Que le follen al cáncer, que le follen a todo.

No habrá vicio, ni enfermedad que me separe de mi hermana, porque por ella soy capaz de lo que sea, incluso de seguir adelante sin mi madre. Aunque me esté costando la puta vida.

Me separé, colocándole bien los rizos. Con el ceño fruncido, le levanté el mentón y le puse recta la espalda.

Quería verla fuerte, hostias.

Vamos a comernos el maldito mundo, pequeña. Esto no se acaba aquí para nosotros, justo acaba de empezar.

Cogí un cigarro y se lo di.

—Rómpelo.

—¿Que lo rompa? —Lo tocó, extrañada y aturdida.

—Sí, esta urna, en realidad es un portal mágico por el que mamá nos ve y nos escucha; quiero que vea que rompemos todos los cigarros y que nos hacemos la promesa el uno al otro de no fumar, nunca.

—Pero, tete, si solo soy una niña, las niñas no fuman.

Reí, acariciando sus coletas.

—Algún día serás una mujercita, Lucy, y ese día, tu madre tiene que sonreír desde el cielo y sentirse orgullosa de ti.

Mi hermana tiró un cigarro al suelo, poniéndose de pie para pisotearlo. Yo la imité, haciendo lo mismo. Iba a pasar un mono que flipas, pero esto lo haría con dos cojones, por mi santa madre que sí.

Y le inculcaría a Lucy una vida saludable, lejos de este barrio de mierda. De las drogas, de las calles, de las malas influencias.

—Pero, tete, de aquí a que sea mayor, mamá habrá vuelto, ¿no?

—Uf, no sé, Lucy, piensa que la cola que hay en el hospital del cielo, es infinita.

—¿Quéééééééé? ¡Se va a hacer muy vieja y se va a morir allí arriba!

—¡Qué va! —Terminamos de romper todos los cigarros, fui a por la escoba y el recogedor para limpiarlo todo y dejarlo en la papelera—. En el cielo no envejeces porque es un sitio mágico, Lucy.

—Aaaaaah, vale, ahora entiendo por qué Papá Noel es para siempre.

—Exacto.

Lucy creía que Papá Noel vivía en el cielo porque una vez nos dio una lata enorme diciendo que se iba ella sola al Polo Norte a buscarle y casi se nos escapa de la casa.

Cogí las maletas y Lucy agarró con sus manos la foto de nuestros padres con la velita que encenderíamos nada más llegar a casa de

Vladimir y buscar un sitio para ellos.

Guardé la urna sellada en el interior de mi mochila.

Cerré y eché las llaves para meterlas dentro del buzón donde el dueño me dijo que las dejase.

Cuando salimos al exterior, coloqué las maletas en el maletero y subí a mi hermana a su silla, sin embargo, antes de subir yo, miré al cielo e inspiré profundo viendo moverse las nubes.

De niño, siempre creí que papá vendría a por nosotros y nos sacaría a todos de aquí.

Al final, de una forma u otra, logramos salir del barrio.

Con la vista puesta en las nubes que flotaban como algodones de azúcar, dibujé una sonrisa en mi expresión, cerrando los ojos para escuchar el ajetreo del barrio.

—Se acabó —susurré—. Nos vamos.

CAPÍTULO 52
SEAN



Desperté con mi hermana pegada al sobaco, como de costumbre.

Me costó un buen rato darme cuenta de que estábamos en una nueva habitación y le empujé el brazo para despertarla con cuidado, apagando los malditos dibujos del televisor. Esos niños de cabezas triangulares me taladraban el cerebro.

Necesitaba un cigarro, llevaba horas sin fumar y esto era el infierno. Pero no me echaría atrás, ni de coña. Ahora tenía que cuidar mi cuerpo más que nunca, no podía dejar a mi hermana sola.

—Tete, no quiero ir al cole.

—Buf, espérate a cuando tengas que currar. —Me aclaré la garganta, la tenía áspera de comer tantos chicles por la ansiedad. Cogí la botella de agua y le pegué un buen trago—. Vamos, es hora de lavarse la cara, peinarse y desayunar.

—Péiname tú.

—Vale, pero las babas y los mocos te los quitas tú, que ya eres grandecita.

Fui arrastrando los pies hasta la secadora para sacar los uniformes y abrí los ojos de asombro al darme cuenta de que no hacía falta plancharlos.

—La hostia.

El tío Vladimir ya se había ido, pues debía llegar el primero al instituto.

Tenía una nota sobre la cocina que decía lo siguiente:

«¿Recuerdas la mujer tan amable de la freiduría? Su hija se ha encariñado con Lucy y quiere quedar conmigo esta tarde en el parque para que jueguen. Si te parece bien, me la llevaré un rato».

Sonreí, qué forma tan extraña de decirme que tenía una cita con Elisa.

—Lucy, me temo que hoy te tocará hacer de celestina —anuncié, viendo a mi hermana bajar las escaleras con una toalla en las manos, empezó a frotársela en la cara para secársela.

Cuando por fin terminé de hacer unas tortitas, la peiné y preparé las mochilas de ambos, le di la mano y fuimos al coche.

Salir a un exterior tan bonito, limpio, lleno de arbolitos y paz hizo que sintiese que estaba haciendo lo correcto por mi hermana. A mí no me gustaba aceptar nada de nadie y siempre era de buscarme la vida por mi cuenta, pero, a veces, tocaba tragarse el orgullo, sobre todo, por las personas más importantes de mi vida.

Abrí el coche para que ella se sentase justo cuando Derek y Brittany salían de la casa de enfrente.

Johan salió tras ellos, con los ojos morados y una brecha en la mejilla cosida con puntos. Un coche de policía apareció de repente y los vecinos empezaron a salir de sus casas, asustados por ver qué pasaba.

—¡Tete! ¡Sube rápido! ¡Alguien ha hecho algo malo! —decía mi hermana una y otra vez, mientras yo veía cómo se bajaban los agentes y venían directamente a por mí.

—Tranquila, peque, todo está bien.

Levanté las manos, poniéndolas detrás de mi cabeza.

Brittany gritó, queriendo venir mientras dos policías me agarraban y me apoyaban la mejilla contra el capó del coche, pero Derek la

sujetaba para que no se acercase.

Yo solo veía a mi hermana llorar desde el interior del auto y no podía hacer otra cosa que sonreírle y prometerle que todo estaría bien.

—Tranquila, cariño, no te asustes, ve al cole en el autobús, como tú sabes. Eres una niña lista, puedes hacerlo.

—¿Dónde están los padres de la niña? —habló el agente que me ponía las esposas.

—¡Deje a mi hermano! ¡Déjelo!

Brittany mordió en la mano a Derek y vino hacia el coche, el policía intentó apartarla de forma brusca de Lucy.

—Vuelva a tocarla y tendrá motivos para detenerme de verdad —amenacé al hijo de puta que empujó a mi novia, sintiendo que me clavaban el codo en la espalda.

—¡¿Dónde están los padres de la niña?!

—En el hospital del cielo, Dios los está curando porque están malitos.

—¿Qué coño dices? ¿Estás drogado?

—¡Mi hermano no se droga! ¡Dice la verdad!

—¡¿QUE DONDE ESTÁN LOS PADRES DE LA NIÑA, JODER?!

—Su tutor es Vladimir Kiev, está trabajando en el instituto Hallow.

—Lo llamaremos para que vaya a recogerla a comisaría, tú te vienes con nosotros.

El policía agarró a mi hermana mientras Brittany le pedía que por favor la dejasen con ella. La ignoraron como si no existiese.

Lois fue a por mi novia y tiró de su brazo para meterla de nuevo en la casa.

—¡Él no ha hecho nada! ¡Es inocente! ¡ES INOCENTE! —chilló antes de que el mismo Johan cerrase con llave y Derek se cruzase de brazos, riéndose de mi situación.

Sentí una mano apoyarse en mi cabeza, empujando para meterme en el interior del coche. Mi hermana iba en otro.

—Espero que estéis contentos con el puto trauma que le vais a crear a una niña que acaba de perder a su madre —escupí, agachando la mirada para ver mis muñecas esposadas.

Apreté los nudillos, guardando la calma.

Ellos no tenían pruebas para culparme.

—No te pongas chulito o conocerás el infierno, chaval —me advirtió el oficial que conducía, mirándome por el espejo retrovisor.

—Disculpa que no me asuste, justo vengo de ahí.

CAPÍTULO 53
BRITTANY



Me tenían acorralada contra la chimenea del salón, Johan y Lois. Derek se fue al instituto.

—¿Cómo te atreves a defender a ese niñato? ¿Es que no aprendes o qué? ¡Él me hizo esto! —Johan se señaló a sí mismo—. Eres una malagradecida y una insensata de mierda, quiero que en cuanto cumplas la mayoría de edad, te vayas de mi casa.

—Johan… —Mi madre abrió el pico por primera vez.

—No, Lois —la interrumpió—. He cuidado de tu hija como si fuese mía, le he dado un techo, comida y estudios, pero no para de decepcionarnos.

Ella apretó los dientes, mostrando para mi sorpresa algo de enfado.

—Derek tampoco es perfecto.

—Derek lleva mi sangre, esta niñata no.

—¡Johan! ¡Yo he cuidado de Derek como si fuese hijo mío!

Ambos comenzaron una discusión que no me apetecía escuchar. Estaba claro que yo sobraba en esta familia, y no me molestaba en absoluto, de hecho, era lo que más deseaba, irme. Para siempre.

—¡Parad de una vez! —supliqué—. Me iré en seis días, cuando cumpla la mayoría de edad, pero Johan tendrá que quitarle la denuncia a Sean o… o…

Este se cruzó de brazos con una carcajada llena de prepotencia.

—¿O qué?

—O yo te denunciaré por pegarme.

—¡BRITTANY! —chistó mi madre, la ignoré por completo.

Johan dio unos pasos hacia mí, manteniendo los brazos cruzados a la altura del pecho, alcé el mentón y fruncí el ceño. No me daba miedo. Solo era una mala persona con dinero, nada más.

—Hazlo, niñata, ¿qué pruebas darás? ¿Eh? Ya no tienes ninguna marca, ¿qué testigo llevarás? ¿A tu madre? Me temo que ella nunca testificaría contra mí.

La miré de reojo, viendo en su cara que, efectivamente, Johan tenía razón.

—Brittany Saphire —pronunció mi nombre con un desagrado bastante marcado—. En menos de una semana, te irás de aquí y vivirás la vida que siempre has querido, en un barrio lleno de drogadictos y putas, pero, eso sí, tendrá que ser con otro drogata, porque el ruso va a estar en la cárcel un par de años.

—Él es inocente —repetí.

—Cuéntaselo a quien le importe —se burló, chasqueando los dedos para que mi madre le hiciese un café—. Ve a tu habitación, durante lo que te quede viviendo bajo este techo, no quiero volver a verte.

—Así será, el sentimiento es mutuo.

Subí las escaleras, conteniendo las ganas de destrozar toda su maldita casa de mierda.

Al pasar por el lado del jarrón más caro de todos, lo empujé tirándolo al suelo y, antes de que mi madre me alcanzara, me encerré con el pestillo.

No saldría de aquí hasta que tuviese los malditos dieciocho años.

Cogí el móvil y llamé a Josh.

—¿Por qué no estáis ninguno en Hallow todavía? —cuestionó nada más sonar el primer tono de llamada.

—La policía se ha llevado a Sean y a Lucy y yo estoy castigada, Johan le ha denunciado.

—¡¿Qué?!

—No puedo salir de aquí, cualquier cosa que haga la utilizarán en contra de Sean.

—Hijos de… ¡Dios! Qué asco de gente. Está bien, tú tranquila, voy a buscar a Vladimir a su despacho, hablamos.

—Sí, infórmame de todo, gracias.

Cuando se colgó la llamada, empecé a caminar de un lado al otro de la habitación, perdiendo los nervios.

Grité, me tiré del pelo y destrocé todo mi cuarto. La rabia y la ira que sentía por esta familia hacían que quisiese salir corriendo ahora mismo y perderles de vista para siempre, incluida a mi propia madre.

—¡Brittany! ¡Para de hacer ruido! —decía Lois desde el otro lado, aporreando la puerta—. Abre, quiero hablar contigo, Johan se ha ido a trabajar.

—No quiero. Es más, no quiero saber nada de ti.

Mi pesadilla se hacía realidad al ver que Johan le estaba destrozando la vida a Sean por estar cerca de mí, era un hecho y no solo miedo.

Si esto sucedía, no les perdonaría. Nunca.

—¡Es Johan el que debería estar en la puta cárcel y no Sean! —le grité a la puerta, sabiendo que ella me escucharía—. Él no ha hecho más que cuidarme cuando nadie más lo hacía. Cuando ni siquiera tú lo hacías.

CAPÍTULO 54
SEAN



Llegué a la comisaría, siendo empujado por el tío que me la tenía jurada desde que me puso las esposas. Allí hablaban entre ellos mientras gestionaban un montón de papeleo.

—Al calabozo —dijo el que parecía ser el jefazo.

—¿No tengo derecho a una llamada? ¿Un abogado? ¿Algo? Nadie me dice nada, parecéis mudos, hostias.

—Tienes derecho a callarte la boca, niñato. Y sí, puedes hacer una llamada y tienes derecho a un abogado de oficio.

Bajé unas escaleras, me quitaron el móvil, las llaves, la corbata del uniforme, los cordones, la cartera…, todo. Me quedé tan solo con el pantalón y la camisa, pasando por un control y luego siendo encerrado junto a dos tíos más.

Estos me miraron con mala cara. Eran más mayores que yo. Mucho más.

—Coño, pero si eres un niño, ¿qué has hecho? Llevas un uniforme caro, no pareces un delincuente.

El vigilante me miraba de reojo.

—Fui a cagar a un baño público y no tiré de la cisterna. —Rodé los ojos, apoyando la frente contra los barrotes—. Quiero hacer una

llamada.

—Acabas de entrar, no nos toques los cojones —avisó el policía—. Cuando lo organicemos todo, harás la llamadita.

—Necesito saber qué pasa con mi hermana.

—Ya se ha avisado a su tutor legal, vendrá a recogerla en seguida.

Bueno, eso me calmaba.

—¿Y qué pasa conmigo?

—Estarás aquí hasta que se celebre el juicio.

Me mordí la lengua, mirándole fijamente durante no sé ni cuánto tiempo. Él hacía de todo para intentar evitar lo incómoda que era la situación, pero yo no tenía nada mejor que hacer así que…

—Eh… —Apareció el jefe, haciéndole un gesto para que subiese arriba—. El tío del chaval está aquí.

—¿Y qué quieres que haga yo? Tú mandas por encima de mí.

—Habrá que llamar a… —suspiró—. Qué desastre, te tengo dicho que… esto pasa por… Mierda.

Ambos se perdieron de vista, dejándonos solos, me di la vuelta y observé a mis dos nuevos compis.

—¿Y vosotros? ¿Qué habéis hecho?

—Yo he matado a uno que me debía dinero —dijo el que tenía la cabeza rapada y tatuada.

—A mí me han pillado intentando robar una joyería —confesó el de la melenita larga.

—Deberíamos pasarnos el contacto, por si alguna vez necesitamos algo.

Había que tener amigos hasta en el infierno.

CAPÍTULO 55
VLADIMIR

—Dígame en voz alta y clara ahora mismo de qué se acusa a mi sobrino —insté, con la grabadora metida en el bolsillo de la chaqueta.

—Se le acusa de agredir físicamente y robar a Johan Stephan.

—Qué día y a qué hora —repetí.

—El día de ayer, a las seis y cuarto de la tarde.

—Quiero toda la información que me acaba de dar por escrito y firmada.

—Claro que la tendrá, pero, como le decía, su sobrino permanecerá en el calabozo hasta que hagamos un jui…

—¡AHORA MISMO! —Di un puñetazo sobre la mesa—. Sé que usted es un corrupto de mierda, y si me toca los cojones, créame, va a terminar mal.

El comisario compartió una mirada incómoda con otro de sus hombres, imprimiendo un papel que me entregó después de firmarlo y ponerle el sello.

Gracias al mensaje que me envió Brittany, pude prepararme para este momento.

En cuanto me entregó el papel, se lo arranqué de las manos, leyendo cada dato con detenimiento. Correcto.

—Estupendo. —Abrí mi carpeta, tirándole a la cara la copia de la defunción de Mary y del ingreso de Sean en urgencias por el ataque de ansiedad—. Mi sobrino no pudo agredirle porque entre las cinco

de la tarde y las diez de la noche estuvo en el hospital, aquí tiene todos los detalles.

Sus manos rechonchas, temblorosas y nerviosas, empezaron a leer cada papel, pude percibir como la tensión se le acumulaba en la puta cara.

—¿En qué se han basado para detener a mi sobrino? ¿Eh? ¿En que simplemente ese hombre dijo que fue él? ¿Había algo más? ¿Un testigo?

—Sí, tiene un testigo que testificará en el juicio…

—Que testificará cómo mi sobrino, el cual estaba ingresado, le daba una paliza a ese tipo, ¿no? Le recuerdo que el edificio en el que se agredió a Johan tiene cámaras, solicitaré las grabaciones para el juicio y todos ustedes quedarán como unos idiotas de mierda, además de que les denunciaré por el maldito trato que le han dado a mi sobrina. Porque, después de esto, tendré que llevar a esa pobre niña a terapia y, ¿saben qué?, no pararé hasta conseguir que los despidan del cuerpo policial. —Pestañeé lentamente, sonriendo como cuando hablaba con mis alumnos de Hallow—. ¿Alguna objeción más?

—Señor Kiev. —El agente se aclaró la garganta—. ¿No cabe la posibilidad de que su sobrino pagase a una banda para que le diesen esa paliza?

Volví a leer el papel entregado.

—Aquí dice, según usted, que el testigo afirma ver a mi sobrino pegarle, él solo, sin nadie más, ¿ahora es una banda?

—So… solo digo que…

Saqué otro papel más, tirándolo sobre su escritorio de mierda.

—La cuenta del banco de mi sobrino, no tiene ni mierda en las tripas, aquí le dejo un extracto de los últimos dos años, no hay ni un puto movimiento sospechoso. —Otro papel más—. Y aquí, la cuenta de mi sobrina, donde él guarda los ahorros para sus estudios. Solo es un niño de un barrio marginal que trabaja como un puto cabrón

para sacar a su familia adelante. ¡¿ALGO MÁS QUE AÑADIR, COMISARIO?!

Di otro golpe en la mesa.

—No, señor Kiev, tiene usted razón. —Volvió a aclararse la garganta—. Le haremos saber a Johan que se ha equivocado y… y dejaremos a su sobrino libre, ahora mismo.

—Genial. —Arrastré la silla, tomando asiento y cruzando las piernas.

—¿Por qué se sienta?

—Porque quiero poner una denuncia por daños morales —le anuncié, y me aflojé el nudo de la corbata—. A Johan Stephan.

—Señor, no le recomiendo…

—¡YA!

CAPÍTULO 56
BRITTANY



Me apunté a un montón de ofertas de trabajo. Ni siquiera miraba si era compatible o si me gustaba lo que tenía que hacer. Solo quería poder ganar mi propio dinero dentro de seis días.

Oí un coche acercarse y reconocí el motor de Vladimir, el corazón me golpeaba en el pecho, rápidamente corrí a asomarme a la ventana.

Efectivamente, era su coche.

Les perdí de vista ya que mi habitación daba a la parte trasera de la casa. Ya tenía las maletas hechas para largarme y solamente dejé fuera las cosas que usaría en estos días. Reorganicé todo lo que rompí en mi ataque de rabia y, aunque a NADIE le importase, conseguí controlar otro maldito atracón.

Me senté sobre el escritorio vacío, con el móvil entre las manos.

Un segundo coche llegó y, a los pocos minutos, sonaba el timbre de casa. El corazón se me puso en la garganta, de forma literal.

Era un hombre que no conocía, preguntó por Johan y los oí a ambos subir para entrar al despacho. Mi habitación compartía pared, así que apagué la televisión y pegué la oreja para poder enterarme de qué hablaban.

—El chico está fuera.

—¡¿Qué?!

—Lo siento, Johan, pero estas cosas no se hacen así.

—¿A qué te refieres con que no se hacen así?

—Que si quieres que mienta por ti, al menos, hazlo bien. Resulta que el crío estaba hospitalizado.

—¿Hospitalizado?

—Sí, su tío ha presentado toda la documentación original y oficial.

—¡Pues cambia la puta versión! ¡Di que fueron unos delincuentes que él envió! ¡Unos putos niñatos de esos que se juntan con él!

—Ese es el problema, Johan, las versiones no se pueden cambiar así porque sí, Vladimir tiene en su poder la acusación en la que se aclara que un testigo vio expresamente a Sean Kiev atacarte y robarte.

Silencio y maldiciones.

Mi corazón seguía golpeando y una sonrisa resplandeciente se dibujó en mi cara.

¡Sí, sí y sí!

—Vete de mi despacho, no quiero verte.

—Pues me temo que tendrás que volver a hacerlo porque tienes un juicio pendiente.

—¿Qué? ¿Yo?

—Vladimir te ha denunciado por daños y perjuicios a su familia.

—¿Daños y perjuicios a su familia? ¡¿DE QUÉ COÑO HABLA ESE LOCO?!

—Johan, la mamá de esos niños acaba de morir y la cría está en un estado psicológico muy frágil, y ver cómo se llevaban preso a su hermano nada más perder a su madre… Me temo que… la has cagado. Pero, bueno, nada que no se pueda solucionar pagándole

una buena suma de dinero. Lo mejor será que llegues con él a un acuerdo para que retire la denuncia.

Me di la vuelta, apoyando la espalda contra la pared, mientras me tapaba la boca para ahogar los gritos de euforia.

No podía creerlo.

Por fin. Por fin los Stephan caerían y recibirían el castigo que merecían.

Vi que mi móvil vibraba sobre el escritorio, fui rápidamente a cogerlo y volví a poner el televisor.

—¿Hola?

—¿Crees que tu padrastro ya tendrá pesadillas conmigo?

Reí mientras las lágrimas me caían por la cara, llorando de pura emoción.

—No lo sé, pero estoy increíblemente feliz de que estés bien.

—Mala hierba nunca muere, aunque, esta vez, le debo una a mi tío.

Me limpié los ojos con un pañuelo y me soné los mocos. Las tripas me rugían de hambre y no podía saltarme comidas por la diabetes, pero me negaba a salir de la habitación. Esperaría a que todos durmiesen para hacerme un sándwich rápido y volver corriendo a encerrarme.

Al menos, ya terminé todos los exámenes finales y me graduaría sí o sí, aunque no pudiese ir a la universidad.

—¿Ha sido muy malo? Estar ahí…

—Qué va, cariño, es peor no poder verte.

Sonreí. Mi chico malo, siempre tan encantador.

Decidí poner un poco de música bajita, bailando como una tonta por la habitación mientras hablaba con él, celebrando que por fin Johan no se había salido con la suya.

—¿Sabes que me han echado de casa? —informé.

—¿Qué? ¿Y qué haces que no estás conmigo? Voy a por ti ahora mismo.

—No, quieto ahí —le advertí—. Tu tío ha denunciado a mi padrastro y no puedo salir de aquí hasta dentro de seis días. Será mejor que aguantemos las distancias, ya queda poco.

—Mmm… Yo tengo ganas de secuestrarte ahora mismo, Britney.

Que no es…

Oh, por Dios, que me llamase como quisiera.

—Irías a la cárcel, me temo.

—Ya he estado, no se está tan mal.

Rodé los ojos y noté un cosquilleo intenso en mi vientre.

—¿Estás bailando?

—Sip.

—¿Y me lo estoy perdiendo?

—Ajá… —Coloqué una mano en mi vientre, moviendo la cintura—. Te echo de menos, nene.

—Y yo a ti, princesa.

—¿Sabes? Llevo toda la tarde buscando trabajo y también habitación de alquiler, tendré suerte, ¿verdad?

—Nena, déjate de mierdas, te vienes conmigo.

—Pero tú vives con tu tío y… —suspiré—. Sé que dirás que puedo quedarme, pero ni quiero molestar, ni quiero vivir tan cerca de… aquí.

—Buscaremos un piso para los dos, lo único que te pido es que dejes que Lucy esté con nosotros, mi tío me ayudará cuando estemos en la uni.

Pestañeé lentamente, pensativa.

—Sean, yo no podré ir a la universidad, ni siquiera sé lo que quiero estudiar o si realmente quiero una carrera.

—La verdad, *barbie*, creo que tampoco deberías ir a la universidad.

Asentí sabiendo que era un desastre de chica.

—Creo que a donde tienes que ir es a un conservatorio superior de danza.

En cuanto escuché aquello, erguí la espalda y la piel se me puso de gallina.

¿Yo? ¿En un conservatorio superior de danza?

—Britney, ¿me escuchas?

—Sí…

—Bien, entonces, ¿vas a ser una buena chica y te vas a inscribir en el Royal Ballet School?

Dios, tenía el pecho apretado, y casi no podía respirar.

—Pe… pero… yo no tengo dinero para eso.

—Nena, para algo se mata tu novio en el taller.

—No, no, no, ni hablar…

—Vladimir se va a hacer cargo de Lucy, y yo tenía una gran cantidad de ahorros para sus estudios, así que ese dinero ahora es nuestro, para tu sueño y para el mío. —Dios, me iba a dar un infarto, de verdad que sí—. Con el taller pagaremos el alquiler y la comida, y con los ahorros, saldremos adelante, ¿te parece? ¿Qué me dices?

Suspiré, relajando la tensión de mis hombros.

Por supuesto que yo también trabajaría, Sean estaba acostumbrado a cargar con todo, pero, esta vez, las cosas serían distintas. Porque ya no estábamos solos, yo le tenía a él y él me tenía a mí.

—Nene, te quiero.

—Y yo a ti, *barbie*, más que a mi vida.

CAPÍTULO 57
DEREK



—¡No puedes hacer eso! —le grité a mi padre, que me miraba con ganas de estrangularme—. No puedes simplemente echarla y ya está. Ellos ganarán, joder.

—¿Ganar? —Se levantó del sillón de su despacho—. Yo hubiese ganado si tu madre te hubiese abortado el día que supo que te tendría. Todo esto es culpa tuya.

La bilis se me revolvió en el estómago, a duras penas controlaba el impulso de atacar. Odiaba y despreciaba a mi padre más que a cualquier otra persona en el mundo. Tanto que solo podía pensar en algún día ser mejor que él y verle besar el suelo que yo pisaba.

—¿Mía? ¿Por qué si se puede saber?

—Por robarle la novia a ese imbécil y hacer que se acercase a ella. Nunca debiste mezclar su mundo con el nuestro, nunca debiste cruzarte en su camino, te lo dije un montón de veces.

—Sí, me advertiste mil veces que los Kiev eran lo peor del mundo, pero nunca me dijiste por qué, y no lo entendí hasta que un día fui a buscar a mi madre y la encontré prostituyéndose en una esquina —repliqué, recordando aquel día en el que se me rompió el corazón—. ¿No lo sabías? ¿No sabías que mamá va por las esquinas de Candem vendiéndose por droga?

Johan empezó a reírse.

—¿Y a mí qué me importa? Siempre fue una tía fácil y una perdedora —escupió—. Pues si ya te dijo la verdad, ¿qué más quieres?

—¿Por qué diablos peleaste por mi custodia si no me querías? ¿Por qué no dejaste que me quedase con Vladimir?

Por fin, por una puta vez en mi vida, tenía los cojones de preguntárselo.

Mi padre se encaró conmigo, mirándome directamente a los ojos.

—Porque la zorra de tu madre le fue diciendo a todo el mundo que ese niño era mío. ¿Cómo hubiese destrozado mi imagen si todo el mundo supiese que abandoné a mi propio hijo? —Alzó los brazos, señalando hacia sus trofeos, diplomas y logros—. Además…, te parecías a mí. Vi en ti a un titán, a un tiburón, y no al niño llorica en el que te convertiste.

¿Qué?

—Tú… ¿en algún momento, viste algo bueno en mí?

—Claro que sí. —Me agarró por los hombros, sacudiéndome para hacerme entrar en razón—. Derek, solo necesito que dejes de ser tan blando y que empieces a utilizar la puta cabeza. Céntrate en el fútbol, en tu carrera y en hacer crecer dinero de los putos árboles. Nada más importa en la vida, hijo mío, ¿lo entiendes? NADA MÁS.

Apreté la mandíbula.

Que Brittany cumpliese la mayoría de edad y se fuese de casa ya no importaba. Si llegaba a ser como mi padre, seguiría teniendo la oportunidad de pisotear a Sean Kiev. La persona a la que más odiaba y detestaba en este universo.

Le odiaba por muchos motivos, pero lo que me hizo jurar que algún día le destrozaría fue el día que le vi pasar junto a mi madre. Ella se le ofreció… y él la despreció. Se atrevió a mirar a mi madre como si fuese una simple puta cualquiera, cuando él no era más que

una rata basurera que vivía entre mierda en ese barrio de mala muerte.

«Somos malos».

«Y tarde o temprano, a las malas personas les llega su karma».

Las palabras de Naomi resonaron en mi cabeza. Estúpida fracasada sin suerte. Otra que acabaría igual que mi madre.

—Ayúdame —supliqué.

—¿A qué? —quiso saber mi padre.

—A ser mejor que él —mascullé—. Quiero que su vida vaya tan mal que en lo único en lo que pueda pensar sea en buscar algo para comer en un vertedero.

Mi padre se encendió un puro, sacudiendo la cabeza.

—Por ahora, será mejor que no te metas con ellos, las cosas no están para estas tonterías.

Fruncí el ceño, entrecerrando los ojos.

—Algún día yo seré un empresario poderoso como tú, y él no será nadie —juré, largándome de su despacho.

Le di un puñetazo a la puerta de Brittany al pasar por su lado.

No solo le odiaba por ser sobrino de Vladimir o por lo que le hizo a mi madre, también me repugnaba su mera existencia.

Porque tenía la fuerza que yo siempre quise tener. Llamaba la atención con solo estar ahí, existiendo. Él no tenía amigos falsos que le sonreían solo por su apellido o que iban a sus fiestas simplemente porque así podrían drogarse gratis.

Es más, él parecía ni siquiera necesitar amigos.

Su sola presencia era como una úlcera en el estómago que me ardía y me provocaba acidez.

Si pudiese pedir un deseo, lo tendría absolutamente claro: que Sean Kiev jamás hubiese nacido.

CAPÍTULO 58
SEAN



6 días después.

Hoy sería uno de los días más importantes de mi vida. El día en que Brittany sería mi chica para siempre y el día en que hundiría a Derek Stephan por todo lo que nos hizo.

Estuvimos toda esta semana sin asistir a clases, ninguno de los dos. Ella, por estar castigada, y yo, porque necesitaba asimilar lo sucedido con mi madre además de ayudar a mi hermana a superar el susto que se llevó con la maldita policía.

Johan intentó negociar con mi tío, el cual se negó. Ambos celebraron un juicio rápido con abogados de dinero. Finalmente, Johan tuvo que pagarnos una jugosa suma de libras que nos daría para comprarnos un buen piso a Brit y a mí.

Mantuve el contacto con ella durante este tiempo por teléfono y por las noches nos hacíamos videollamadas y cenábamos juntos, ella en su habitación y yo, en la mía. No me acerqué a su casa porque las cosas estaban calientes, pero no veía la hora de volver a abrazarla y oler su maravilloso perfume.

Dentro de Hallow, se encontraban todos los alumnos apelotonados, así que busqué rápidamente a Josh, que alzó la mano

para hacerme una señal. Me coloqué junto a él, sin soltar la mano de mi hermana.

Mi tío salió al exterior junto a la subdirectora. El cabroncete no dejaba de tener citas con esa mujercita de la freiduría, con la excusa de que Lucy era superamiga de su hija.

Sonreí. Se le veía más feliz, y eso me hacía feliz también a mí.

Vladimir dijo unas palabras mientras los alumnos silbaban, aplaudían y celebraban el fin de una etapa importante en sus vidas y el comienzo de otra.

—Colega, se acabó —dijo Josh con las manos en los bolsillos.

—Sí, se acabó Hallow.

—¿Es normal que me dé pena?

Asentí.

—Supongo, pero, ¿sabes qué?, hay cosas que empezaron aquí y que no terminarán nunca.

—Ya, como lo tuyo con Brit —respondió rápido, lucía una sonrisilla de oreja a oreja. A él también le iba de maravilla con Ana.

—Y como nuestra amistad. —Le eché el brazo por encima—. Te quiero, tío.

Josh se emocionó, pasando su brazo también por encima de mis hombros.

—Desde que no fumas, eres mucho más simpático.

—Cállate, gilipollas.

Él también se había propuesto dejarlo.

El móvil me vibró dentro del pantalón, era un mensaje de Brittany.

Nena: *Estoy lista.*

Yo: *Voy para allá.*

Me puse de cuclillas, mirando la carita de mi hermana.

—Princesita, el tete tiene que ir a por la tata.

Ella asintió llena de ilusión, estaba encantada desde que supo que se quedaría con nosotros.

—¡Qué bien! ¡Qué bien! ¡Yo me quedo con Joshi! —exclamó, y se agarró fuertemente a la mano de mi colega.

—Me parece genial.

Josh me hizo un gesto militar de despedida y empecé a mezclarme con la multitud, mi tío seguía dando su discurso.

Vi de reojo a Derek con sus colegas, haciendo el gilipollas como de costumbre.

Después de la humillación que mi tío le hizo pasar a su padre, se esforzaba lo máximo posible en fingir que ni siquiera nos conocíamos.

Pero esto no terminaba aquí.

Subí al coche, poniéndolo en marcha en dirección a la urbanización, con algo de música de fondo. Hoy el cielo parecía que estaba más claro, más soleado y más bonito. Y era normal, porque la guapa de mi madre estaba ahí arriba.

Pisé a fondo por la autovía, disfrutando del rugido del motor.

Cuando miré por el espejo retrovisor, me di cuenta de que tenía compañía. El coche de Derek hizo parpadear los faros, dándome una señal para que me detuviese.

Giré el volante, tomando un desvío para bajar en una callejuela.

Le esperé con las manos en los bolsillos.

Su coche se detuvo junto al mío, iba vestido con un pantalón de pinzas y una camisa bastante cara, el pelo repeinado hacia atrás como Johan y unas gafas de sol.

—¿Disfrutando de la limosna que mi padre te regaló? —cuestionó, mirando con desprecio el coche de mi tío.

—Al grano, Stephan.

No le pegues, no le hagas nada, espera a esta noche.

—Sé a dónde vas. Sé que estás deseando sacar a tu princesita del castillo y llevártela contigo.

—¿Y cómo se supone que me lo vas a impedir?

Derek apoyó su culo en el capó de mi coche.

Si le pegaba ahora mismo, estaba en la mierda, pues ya había sido detenido.

Él lo sabía y se aprovechaba.

—De ninguna manera, ya tiene la mayoría de edad. —Se encogió de hombros—. En realidad, solo quiero que me expliques, ¿por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué tanta fijación en una niñata que está mal de la cabeza? ¿Por qué aguantaste tanto? ¿Por qué no te buscaste a otra? ¿Por qué no te rendiste?

Sonreí con una mueca torcida.

—Porque es mía.

Esto era algo que él nunca entendería. Pero esperaba que algún día se lo metiera en la cabeza.

Asintió lentamente, podía ver mi propio reflejo en sus gafas de sol.

—Genial, solo te diré una cosa, Sean. —Se sacó el teléfono del bolsillo—. Tu vida va a ser un puto infierno, porque me voy a convertir en tu sombra y vayas a donde vayas, no te dejaré en paz, jamás.

Se quitó las gafas y me miró fijamente a los ojos.

—¿Lo has entendido, Kiev?

No abras la boca, te puede estar grabando, te puede joder.

Volví a reírme, fui hacia el coche y arranqué el motor; él subió al suyo, tomando la dirección de vuelta a Hallow, dejándome el camino libre.

—Lo he entendido, Derek —contesté, viendo cómo se alejaba por el espejo retrovisor—. ¿Y sabes qué? Espero que te pudras en el

infierno.

CAPÍTULO 59
BRITTANY



—¡No puedes hacerme esto! ¡No, Brit! ¡Hablaré con Johan! ¡Lo convenceré! ¡Solo dame unos…!

—Mamá, ya es suficiente —hablé con voz clara y firme, bajando poco a poco con mis dos maletas.

Me iba, no podía creer que por fin me fuera.

Dios, quería gritar a pleno pulmón y correr hacia la puerta.

—¿Y a dónde irás? ¿Qué será de ti? ¿Cómo vas a comer? Brit, por favor…

—Sean se hará cargo de mí.

—¡¿Sean?!

—Sí, Sean, mi novio. El chico al que casi le arruináis la vida.

Abrí la puerta de casa, viendo que él estaba a punto de tocar al timbre.

Ahí estaba mi chico ruso de casi dos metros, con ese pelo despeinado y sus *piercings*, mostrándome una sonrisa traviesa y lobuna. Sus tatuajes se dejaban ver a través de la camiseta de manga corta que llevaba puesta, pues el último día no era necesario ir con el uniforme.

Pantalón de chándal, la cruz colgando de su cuello y zapatillas de deporte. Seguía siendo el mismo de siempre, mi refugio, mi hogar.

—¡No te la lleves! —exclamó mamá, interponiéndose entre nosotros dos.

—Lois, ella hará lo que quiera hacer, ya no se lo puedes prohibir.

Sean pasó una mano por debajo de su brazo para coger mi maleta, sacándola al exterior.

—Mamá, apártate —le imploré.

—No me moveré de aquí.

—Mamá, por Dios.

—Lois —dijo Sean, que volvía a estar frente a nosotras—. ¿A qué coño juegas? ¿De verdad crees que este es un buen sitio para tu hija? ¿Con un padrastro que le ha pegado y un hermanastro que la ha acosado por meses?

Ella giró el cuello, mirándome con los ojos abiertos como platos, no pudiendo creer que me hubiese atrevido a contárselo. Eso era todo lo que le importaba, la impunidad del apellido Stephan, más que yo, más que mi felicidad y que mi seguridad.

—Apártate, mamá.

Dejó caer uno de sus brazos, mirando hacia mis zapatos.

—Antes de que te vayas, tengo algo que decirte.

Sean cogió la otra maleta y yo coloqué un pie fuera de la casa.

—Adelante.

—Tu padre lleva años llamándome y preguntando por ti, siempre le digo que no quieres saber nada de él, pero ahora que te vas…

Me dio la espalda, cogió un trozo de papel para apuntar algo, luego vino y me entregó el papelito doblado.

—No le quería cerca de nuestras vidas, pero este es su número de teléfono, ya que te marchas, eres libre de elegir lo que quieres hacer.

Mi padre.

Papá.

El hombre al que le pedí ayuda el día que mi madre me pegó por uno de sus novios y me dejó tirada en el instituto, también por un hombre.

Recordé el camino que hice de vuelta a casa de mi difunta abuela. Recordé la promesa que me hice a mí misma.

Arrugué el papel, dejándolo caer al suelo y pisándolo.

—Sigue diciéndole que no quiero saber nada de él.

Sean me pasó una mano por los hombros, agarrando mis maletas con la que tenía libre y conduciéndome hacia la casa de su tío.

Lois lloraba tras mi espalda, culpándome por sus desgracias y por su dolor. Sería la última vez que pudiese hacerlo.

—Se acabó, nena. —Sean me besó la frente y yo dejé mi cabeza apoyarse sobre su pecho mientras introducía las llaves para abrir la puerta—. Ahora eres libre.

Mi madre cerró de un portazo brusco y yo solo quise entrar para olvidarlo todo. Él vino detrás de mí, abrazándome mientras me conducía escaleras arriba. La casa de Vladimir por fuera era similar a la de Johan, pero, por dentro, el aura que se sentía era totalmente distinta.

Las pulsaciones me iban a mil, sin saber si podría hacerlo bien, si sería capaz de llevar el control de mi vida y elegir el buen camino, si podría tomar las decisiones correctas y convertirme en la mujer que siempre quise ser. No obstante, lo lograse o no, sería en total libertad, y cada vez que me equivocase, lo haría porque yo así lo decidí.

Porque esta era mi vida.

Subimos a la buhardilla y no pude evitar abrir tanto los ojos que creí que se me caerían al ver la habitación más bonita que había visto jamás.

En realidad, era como un apartamento.

Con una cama de matrimonio en el centro, dos escritorios, una cristalera preciosa que nos dejaba ver las nubes y por las noches nos permitiría mirar las estrellas. Luces de colores por el cabecero y un coqueto armario de madera. También un baño en *suite*. Y al final del todo, una cocina de lo más coqueta con barra americana.

—Lo he preparado durante toda esta semana para nosotros, si te parece bien, será nuestro hogar hasta que nos compremos un piso.

—Pero ¿y qué dice Vladimir?

—Que esta parte de la casa es total y absolutamente nuestra. —Sentí su pecho apoyarse en mi espalda, mientras sus dedos buscaban el contacto con mi *piercing*—. ¿Te gusta, cariño?

Jadeé al notar sus caricias, su olor y su calor.

—¿Sabes qué? Me da igual que vivamos tan cerca, quiero quedarme aquí para siempre.

Le escuché reírse.

—Mientras estés a mi lado, no tendrás nada que temer, nena.

—Siento tanto todo lo que te ha hecho Johan, maldita sea, yo sabía que eras inocente.

Sus manos giraron mis caderas, teniéndome de frente.

La respiración se me cortó de golpe al volver a ver esos ojos profundos, crueles y azules.

—No soy inocente.

—¿Qué?

—Sé que fue él quien te pegó. Y no me arrepiento de nada.

Volvía a mirarme de aquella forma que me hacía temblar y sudar, pero, esta vez, en su mirada había algo mucho más caliente, mucho más perverso.

Oh, joder, me daba igual.

No dudé en quitarme el jersey que llevaba puesto, y él no se lo pensó al deshacerse de la camiseta de manga corta, cayendo sobre

mí en la cama, besándome como si en este mundo, qué decía mundo…, como si en este universo, solo existiésemos nosotros.

—Nadie. —Besos y mordiscos en el cuello—. Toca. —Sus manos colándose por debajo de mi falda—. A mi. —Sus dedos apartando mi ropa interior y entrando en mí—. Chica.

Escuché un papelito rasgarse mientras continuaba besándome y me bajé el tanga como pude mientras él se apartaba para chuparse los dedos que estuvieron entre mis piernas y ponerse el preservativo.

—Ábrete bien, nena, hoy vas a gritar mi nombre como Dios manda.

—¿Qué?

Sus brazos me pusieron boca abajo, con una mano agarró mi coleta, levantándome el cuello para meterme los dedos en la boca mientras toda su erección entraba en mí de golpe.

Sentí su aliento acariciar el lóbulo de mi oreja.

—¿Recuerdas lo que te dije en aquella fiesta? ¿Lo de que cuando fueses mayor de edad te follaría? Bueno, lo que hemos hecho desde entonces hasta ahora es hacer el amor, follar de verdad es esto, mi vida.

Su longitud salió de mí, volviendo a clavarse de forma ruda en mi interior, haciéndome gritar su nombre sin poder evitarlo, clavando las uñas en las sábanas y notando cómo me empapaba por el interior de los muslos.

Maldita sea, esto era totalmente nuevo y… maravilloso.

—¿De quién eres, *barbie*?

—Tuya —respondí, con los ojos llorosos y todo mi cuerpo temblando debajo de él.

—Me alegra que lo tengas claro, preciosa, porque ya no habrá nada que me aleje. Estoy dispuesto a matar y a morir por ti.

Todo él siguió entrando y saliendo de mí, mientras mis gemidos de placer llenaban la habitación.

Cuando sintió que no podía más y que mi vientre se contraía, me giró para mirarme a los ojos. Mis piernas se abrazaron a sus caderas y mis manos recorrieron su piel pálida y sus tatuajes oscuros, perdiéndome en su mirada azul aguamarina.

Agachó el cuello para estar más cerca de mí, algunos mechones oscuros le caían sobre la frente.

—Dime que me amas, Brit.

Pude ver el dolor y el sufrimiento que todavía atormentaba su alma. Sean no estaba curado, ni recompuesto, todo lo contrario. Su interior era un mar en tempestad, una tormenta eléctrica que amenazaba con destrozarlo todo a su paso en cualquier momento.

Y amaba que siguiese siendo así, porque esa fue la tormenta de la que yo me enamoré.

—Te amo, Sean. Te amo con todo mi corazón.

—Y yo a ti, Brittany. —Sus labios resonaron al besar los míos, notando como su vientre también se contraía. Ambos nos abrazamos con fuerza, corriéndonos a la vez—. Nena…

—Joder, Sean.

—Dios.

Seguimos besándonos, el cielo empezó a volverse oscuro, amenazando con lluvia, y él accionó la calefacción, tapándonos con una suave manta de terciopelo beige, sin salir de mi interior

Y así estuvimos durante horas.

Abrazándonos, hablando, comiendo, gastándonos bromas, viendo películas y no viendo nada. Siendo simplemente nosotros. Siendo ese chico problemático de barrio marginal y esa chica perfecta de familia adinerada que, un día, decidieron cruzar todos los límites prohibidos, para estar juntos.

CAPÍTULO FINAL:
KARMA
SEAN



—Me estás asustando —dijo por millonésima vez—. Me ponen muy nerviosa las sorpresas, ¿por qué no me dices de qué va esto?

La ayudé a bajar de la moto, tenía los ojos tapados por debajo del casco.

Aproveché para meterle mano y tocarle el culo.

—¡Oye!

—¿Qué? Es mi culo. —Le pegué otro azote y le quité el casco, colocándome detrás para abrazarla y emborracharme del olor de su pelo—. Venga, avancemos con cuidadito.

—Espero que esto merezca la pena.

—Todo lo que sea conmigo siempre merecerá la pena, niñata.

—¡¿Cómo me has llamado?! —soltó en un gritito, echando los puños hacia atrás para intentar pegarme mientras me reía a carcajadas.

Me encantaba enfadarla y hacerla rabiar.

La conduje hacia la entrada de la nave y cerré la puerta tras nosotros. Las luces seguían apagadas, pero todo estaba preparado.

—¿Huele a… pizza?

—Tres… —comencé a contar—. Dos… Uno… —Le quité la venda y las luces se encendieron de golpe, revelando un montón de globos, una tarta «sin azúcar» en el centro y un montón de comida.

La música empezó a sonar mientras todos aplaudían y se tiraban a los brazos de Brit para felicitarla.

Aprecié con bastante satisfacción la montaña de los globos rosas que estuve inflando durante horas con Josh y Charlie.

—¡FELICIDADES, TíííííA! —Ana se le tiró encima, ambas empezaron a dar saltitos en círculos sin dejar de chillar—. ¡QUE ERES MAYOR DE EDAD, TÍA!

—¡GRACIAS, TÍA!

—¡QUÉ FUERTE, TÍA!

—¡QUE ME MUERO, TÍA!

—¡TIAAAAAA! ¡BRIIIIIIIIIIT! ¡QUE ES TU FIESTA!

—¡EN PLAN, TÍA, NO ME LO ESPERABA!

Josh se acercó a mi lado con un cubata, ofreciéndome otro. Decidimos dormir todos aquí para que nadie tuviese que conducir de vuelta borracho y no poner a las chicas en peligro.

Éramos solo los amigos de Brit, así que había espacio de sobra para todos.

—¿Tú crees que entre ellas se entienden?

Ambas seguían en su idioma de: «Tía», «¿Tía?» y «¡Tíaaaa!».

—Supongo.

Di un trago, moviéndome un poquillo al ritmo de la música.

Josh empezó a seguirme el rollo y Charlie se unió a nosotros.

—Eh, no es por nada, pero la rubia esa… —Señaló hacia Cindy—. Está cañón, aunque creo que no le caigo bien, porque no me habla.

—Es siempre así —aseguró Josh.

—¿Y qué hago?

—Ponte a su lado y finge que eres un árbol.

—¿Qué? —Charlie me miró con cara de incomprensión, pero yo solo podía ver cómo se movía ese *piercing* en el ombligo de mi chica.

Overprotected sonaba a toda hostia mientras Ana y Brit estaban subidas sobre una mesa, dándolo todo.

Cindy se decidió a subir también, animándose a bailar con ellas.

Alguien tocó a la puerta con timidez, tanto que dudamos sobre si realmente lo habíamos escuchado o no.

¿Qué cojones?

Fui a asomarme por si acaso.

Tiré de la manivela y encontré a la persona que menos esperaba, parecía que vino sola en un taxi.

Naomi.

—Hola, Cindy me dijo que viniese.

—¿Qué?

No podía ser verdad.

Me giré, buscando respuestas en las chicas.

En cuanto Brit la vio, bajó rápidamente de la mesa, agarrándola de la mano para subirla arriba de la mesa con ellas.

Yo no entendía un cojón.

Las dos empezaron a bailar como locas, riéndose a carcajadas y pasándoselo de puta madre. Anastasia se acercó a mí tras terminar de besuquearse con Josh.

—¿Me lo explicas? —supliqué.

—Parece que el odio por Derek las ha unido.

El hermano de Charlie apareció en la nave con dos amigos más, pues invitamos a un par de colegas para que la fiesta no estuviese tan apagada.

Uno de ellos se fijó en Naomi.

—Oye, soy yo, ¿o desde que está preñada está más guapa? —habló James, echándole un repaso—. Dicen que no se sabe quién es el padre.

Charlie se apoyó en su hombro y yo solo bebí. Para mí, la única chica guapa del mundo era la mía. La forma en que esa faldita y ese top se le ceñían al cuerpo me tenía delirando.

Jesucristo.

—Pues, no sé, tío, aunque lo que sí sé es que está soltera, pero, joder, que está embarazada —comentaba Charlie.

—A mí me da igual, siempre he querido una familia grande.

Casi me atraganté con el *vodka* cuando el teléfono me empezó a sonar. Vigilé que todo fuese bien antes de apartarme un momento y coger la llamada.

—¿Qué tal, Sean? Derek ya ha pedido la droga, a la casa de siempre. Y ha hecho preguntas sobre si tú seguías trabajando para nosotros. Tal y como pediste, le dije que no. —Anthony dio una calada después de toser—. Tengo a un niño necesitado de dinero al que puedo mandar, ¿o quieres ir tú?

Empecé a morderme las uñas mientras le escuchaba.

—Manda al chaval, yo lo dejo, Anthony, olvida lo que hablamos.

—¿En serio? Estás un poco… confuso, ¿no?

—Ha muerto mi madre. —Di una patada a una piedra—. Y le prometí que sería bueno.

—Joder…, lo siento, chico.

—Tranqui, todo bien.

—Entonces, ¿a currar y estudiar?

—Sí, eso es lo que toca.

—De lujo, de todas formas, esta siempre será tu casa, aquí estaré si lo necesitas.

—Gracias, Anthony, cuídate.

—Igualmente, chavalín.

Regresé a la fiesta, donde vi que Brit disfrutaba de unas porciones de pizza junto a las chicas, mientras Charlie seguía con la incógnita de cómo acercarse a Cindy y James quería averiguar quién era el padre del niño de Naomi.

Vaya tela.

—¿Cómo va? —preguntó Josh, disimulando.

Empezamos a dar una vuelta por la nave.

—Ya ha mandado a alguien, en quince minutos debo avisar.

—De puta madre, nos zampamos unos perritos calientes y le hundimos la vida a ese imbécil. —Chocamos los puños—. Por cierto, colega, estoy orgulloso de ti.

—¿Por qué?

—Por lo bien que has aguantado toda esta mierda, creo que yo no podría haberlo hecho mejor.

—Si he aguantado todo esto ha sido precisamente por tener a personas como tú en mi vida, Josh.

Mis últimos seis meses en Hallow fueron toda una odisea, y aunque todo el mundo pensase que era fuerte de la hostia, nunca hubiese podido hacerlo sin las personas que me daban la fuerza necesaria para salir adelante. Las cuales eran Josh, Lucy, Brit y mi madre.

Brittany se aproximó a mí, pegando su culito a mi entrepierna mientras la música seguía haciendo que su cuerpo se moviese de maravilla. Esta chica tenía que ser bailarina sí o sí. Su cuerpo era una obra de arte y mirarla te hacía subir al cielo.

Acercó su perrito a mi boca para ofrecerme un bocado y acepté, animándome a bailar con ella.

Cuando estuvimos un buen rato moviéndonos el uno junto al otro, disfrutando de simplemente estar cerca, sin que nadie pudiese volver a impedirlo ni chantajearnos, recordé que tenía un regalo para ella.

Metí la mano en mi bolsillo y saqué una cajita rosa en forma de corazón, la puse delante de sus ojos, a lo que pegó un gritito y me miró como si estuviese loco.

—¡Sean! ¿Qué es eso?

—Felices dieciocho, mi vida.

Lo abrió y descubrió un anillo con piedras de color violeta.

—Te quiero, nena.

—¿Qué significa esto? —preguntó con la mirada llena de cristalitos, totalmente emocionada.

—Significa que, pase lo que pase, siempre serás la chica de mis sueños.

Era la verdad, llevaba soñando con Brittany Saphire desde el primer día en que la conocí en Hallow. Y desde ese mismo instante, aun odiándola y sin saberlo, mi corazón le pertenecía por completo.

—¿Puedo? —Pedí permiso para coger el anillo y ponérselo, besando su preciosa mano con la joya puesta. Le quedaba increíble.

Josh se cruzó por detrás de ella, haciéndome el gesto de mirar el reloj.

Uní mis labios a los de Brit, acariciando su cintura.

—Dame un minuto, tengo que ir al baño.

—Claro —respondió entusiasmada, y fue corriendo a enseñarle el regalo a sus amigas.

Subí tranquilamente hacia la segunda planta, disfrutando de la canción e incluso cantándola.

Cogí el teléfono, llevándomelo a la oreja tras marcar el número de la policía. Por supuesto, llamé a una comisaría distinta.

—Hola, tengo que dar un aviso importante.

—Dígame.

—Están dando una fiesta ilegal con drogas y menores de edad en… —Sonreí ampliamente al decirles la dirección—. Pido que vayan ahora mismo y detengan a los implicados.

—Gracias por el aviso, nos ponemos en marcha, pero debe darnos sus datos.

—Por supuesto, aunque solamente si se mantiene de forma confidencial.

—Así será, solo tomamos los datos para asegurarnos de que no es una llamada falsa.

Dije el nombre y el apellido de mi tío, sabiendo que él era un hombre reconocido e influyente, además de que nuestras voces se parecían.

Colgué y bajé los escalones de dos en dos mientras bebía de mi copa de vodka y bailaba a la vez, Brittany se me echó a los brazos en cuanto volví.

En mi mente siempre estuvo la idea de vengarme de una forma mucho más violenta. De mancharme las manos con su sangre y hacerle pagar cada lágrima que derramó mi chica. Pero desde que mi tío dijo aquello, no podía quitármelo de la cabeza.

Por culpa de payasos como ese, es que chavales como tú terminan en la cárcel.

La carita de mi hermana viendo como la policía me esposaba, sería un dolor que no me sacaría del pecho jamás, y por ella, y porque ahora Brit me necesitaba, no pensaba dejar que se me fuese la olla, aunque desease hacerlo.

Eso sí, tenía ciertos amigos en la cárcel, y en cuanto Derek estuviese preso, me aseguraría de que su vida fuese una tortura.

—Ya te echaba de menos —susurré contra su cabello rubio, animándola a volver a subir sobre la mesa. Pero, esta vez, yo subiría con ella—. Vamos a darlo todo, nena. Hay que celebrar tu libertad.

Brittany

El mundo pareció detenerse en mi fiesta sorpresa de cumpleaños. Hacía tiempo que no veía a Sean tan animado y feliz. Bailamos toda la noche y cantamos las canciones a pleno pulmón, luego hicimos un desfile de moda, teniendo que cambiarnos con la ropa de nuestra pareja. El ganador por excelencia fue Josh, aunque nunca imaginé que Sean pudiese caminar tan bien con mis tacones.

En aquel momento, jamás imaginé lo que sucedería después, y es que el karma tenía una forma extraña de actuar.

Mientras todos nosotros disfrutábamos aislados del resto del planeta, la policía se presentaba en la casa en la que Derek siempre daba sus fiestas, pillándole con un montón de drogas y chicas menores bajo el efecto de esas sustancias.

Derek Stephan fue arrestado y llevado directamente al calabozo, sometido a un juicio en el que los padres de las jóvenes implicadas pidieron indemnizaciones y años de cárcel para él.

Por otro lado, también encontraron las fotografías íntimas de Cindy en su teléfono, por las cuales, los Steifold contraatacaron contra los Stephan, hundiendo por completo la reputación de estos.

Johan fue despedido de su empresa y tuvo que buscarse otro trabajo. Lo último que supe de él y de mi madre es que pusieron la casa en venta y se fueron lejos.

La chica que era esta noche no sabía que, durante un año, su madre no se dignaría a llamarla por teléfono ni mandarle un solo mensaje.

Como tampoco sabía que superaría las pruebas para ingresar en el conservatorio superior de danza y que el cabezota de su novio no le permitiría empezar a trabajar, encargándose él de nuestros gastos con los ahorros que teníamos y lo que ganaba en el taller.

Por supuesto, Sean fue a la universidad junto a Josh, empezando cada uno su carrera.

Y nuestra vida juntos no pudo ser más feliz.

¡Ah! Y además, no podíamos olvidarnos del director de Hallow, Vladimir.

Terminó rehaciendo su vida y casándose, y no solo eso, su esposa tenía también una hija, así que ahora Lucy ganó una hermanita de la que no se despegaba en ningún momento. Eran uña y carne.

Sean y yo terminamos comprándonos un apartamento increíble cerca del conservatorio de baile, mi mejor amiga abrió su propio salón de belleza y Cindy comenzó a salir con Charlie.

¿Naomi? Tuvo un bebé precioso, se negó a conocer a James y, por ahora, quería seguir su vida en solitario, enfocándose en su hijo Kevin.

Y por supuesto, nuestra pareja favorita, Anastasia y Josh. No tardaron casi nada en mudarse a un piso juntos y se convirtieron en almas gemelas. Se llevaron a Cookie a vivir con ellos, por supuesto.

Todavía nos quedaban muchísimas experiencias por vivir, errores por cometer y lecciones por aprender, pero, cada día que avanzaba, había una enseñanza que tenía más clara, y era que la vida siempre golpeaba duro sin importar quién fueses ni cuánto dinero tuvieses. Y la mejor forma de enfrentarla no era de manera violenta, tampoco cobarde ni egoísta, sino rodeándote de las personas que de verdad te querían, y disfrutando de los pequeños placeres de cada día, aun así, fuese un simple pastelito de chocolate sin azúcar.

Resiliencia.

EPÍLOGO
BRITTANY



Diez años después.

Estaba en mi camerino, con el tutú puesto y los brillantes en el pelo. Hoy era uno de los días más importantes de mi vida en cuanto al *ballet* se refería.

A mis veintiocho años, alcancé la cumbre como bailarina, recorriendo cada parte del mundo y participando en los escenarios más reconocidos.

Hoy formaría parte de *El Lago de los Cisnes*, bailando en uno de los teatros de mayor prestigio mundial: el Bolshói, en Moscú, Rusia.

Cuando entendí el sacrificio y el compromiso que esta profesión necesitaba por mi parte, estuve a punto de echarme para atrás.

Dieta estricta, días y días de trabajo, dedicación y sacrificio, viajar de un lado para otro, poco tiempo para los seres queridos…

Al principio creí que esto empeoraría mi relación con la comida, pero Sean se negó a dejarme retroceder, él fue mi mayor impulso, y aunque el miedo me sacudió al pensar en irme lejos y separarnos, recordé la clase de hombre que era y supe que no tendría de qué preocuparme. Él no me dejaría escapar nunca. Y eso me aliviaba de

una forma sobrehumana, porque mi marido era el pilar más importante de mi vida.

Observé mi mano, con el anillo de piedrecitas violetas que me regaló cuando éramos adolescentes, y la alianza de casados. Y respiré con profundidad. Ya llevaba muchos años de aquí para allá y había tomado una decisión rotunda que nadie me haría cambiar: quería retirarme y quedarme en el conservatorio superior de danza como profesora de *ballet*, formando y ayudando a otras chicas a cumplir su sueño. Pues yo ya cumplí el mío con creces y, ahora, mi única ilusión era estar en casa viendo Netflix con mi marido y nuestro gatito.

Además, tenía una noticia muy importante que darle después del espectáculo de esta noche.

Acaricié mi vientre, sabiendo lo que había dentro de él.

Nuestro hijo.

—Brittany. —Mi profesora, una mujer ya de avanzada edad y a punto de retirarse, se asomó al camerino, llamándome para empezar —. Es hora de convertirse en cisne —anunció sonriendo.

Después de diez años, me seguía tratando como si fuese aquella niña miedosa e indecisa que llegó al Royal Ballet School, agarrada de la mano de su novio tatuado y lleno de *piercings*, que miraba con prepotencia a todo el mundo y dispuesto a liar un follón si se les ocurría rechazarme.

Me puse en pie para reunirme con el resto de mis compañeras.

Sean siempre se apañaba en el trabajo para viajar a cualquier parte del mundo y no perderse ni uno de mis bailes.

Anastasia y Josh vinieron también alguna vez, pero ahora que acababa de nacer su bebé, les era más complicado viajar.

Erguí la espalda y practiqué algunos estiramientos junto a mis compañeras antes de salir. Las tripas me rugieron un poco y deseé acabar con esto para zamparme una buena hamburguesa.

Sonreí al recordar a la chica que cada vez que comía algo que no debía corría al baño a vomitar. Desde que empecé a vivir con Sean, no volví a hacerlo ni una sola vez más. Sí tuve algún que otro atracón, sobre todo por tener que asimilar la ausencia total de mi madre y su desaparición completa de mi vida. Sin embargo, ponerme en manos de profesionales de la salud mental me ayudó a superar ese bache.

Las chicas empezaron a salir en fila hacia el escenario y yo alcé el mentón, levantando los brazos para adoptar la postura y pisar el escenario en cuanto llegase mi momento.

Mi pareja masculina de baile, Oliver, se colocó a mi lado, deseándome buena suerte.

Sean llevaba años viéndome bailar con Oliver, que se convirtió en un maravilloso amigo nuestro; bueno, tanto él como su novia, que también era bailarina y siempre nos acompañaba en el coro.

Sabía que cada vez que Oliver tenía que ponerme las manos en la cintura para alzarme o hacer cualquier pirueta, los demonios internos de mi marido se revolvían por dentro, aun así, jamás me hizo ningún comentario al respecto y celebró cada una de mis actuaciones como si fuese él quien hubiese bailado conmigo.

La forma en la que valoraba y respetaba mi sueño era simplemente preciosa.

Y, por ende, a mí me tocaba hacer lo mismo, cuando no me quedaba más remedio que irme lejos y saber que mi guapo hombretón se quedaba en la clínica rodeado de enfermeras.

La confianza se convirtió en la base de nuestro amor y es que, si nada pudo separarnos de adolescentes, nada nos separaría ahora.

La música empezó a sonar, y mi último baile sobre un escenario dio comienzo.

(…)

—¡No puede ser! ¡No puede ser! ¿Has traído la moto a Moscú?

—Nena, un *rider* no es nada sin su máquina. —Sean me agarró de la cintura para sentarme sobre ella, uniendo su entrepierna a la mía y comiéndome a besos.

Ya éramos adultos funcionales, pero había costumbres que nunca se perdían.

Estaba guapísimo, con aquella chaqueta americana y ese pelo negro repeinado hacia atrás.

—¿Feliz de estar en tu amada Rusia, señor Kiev?

Sus oscuros ojos azulados se entrecerraron mientras aquellos dedos largos y venosos me acariciaban el mentón.

—Feliz de estar con mi mujer, Brittany Kieva.

Sonreí, enseñándole la lengua.

—Es Brittany Saphire.

—De eso nada, llevas mis anillos y te has corrido en mi cara más veces de las que puedo contar, así que siento mucho decirte que también llevas mi apellido.

—Bueno… —Le abrí un poco la chaqueta para disfrutar de ese pecho bajo una camisa negra elegante de vestir que me causaba microinfartos. De joven siempre fue guapo, pero ahora que era todo un hombre…, santo Dios—. Si no hay ninguna enfermera por ahí que me haya quitado el puesto…

Su sonrisa lobuna me hizo aletear el corazón.

—¿Celosa, *barbie*?

—No sabes cuánto. —Le abracé y dejé que volviese a besarme, dándonos el lote sobre su moto en mitad de unos aparcamientos gigantes en Moscú.

Como decía, había cosas que nunca cambiaban.

—Pues me temo que no has tenido la suerte de conseguir que deje de estar obsesionado contigo. No hay enfermera ni mujer alguna que le haga justicia a mi Britney.

El viento removió mi cabello rubio, que, por favor, vaya alivio sentía después de llevar ese peinado tan apretado.

Unas pequeñas gotitas de agua empezaron a caernos encima.

—Oh, oh, creo que es un mal día para ir por ahí en moto —anuncié, haciendo un mohín. Lo echaba tanto de menos.

—He pillado un hotel aquí al lado, vamos antes de que resfríes.

—Sean —le detuve, agarrándole la mano—. Tengo algo que decirte, algo increíblemente importante.

—Dime, cariño.

—Lo primero, voy a retirarme, quiero quedarme en casa y seguiré como profesora en el conservatorio.

Sean chasqueó la lengua, negando con la cabeza.

Teníamos esta charla cada vez que nos veíamos después de actuar porque me golpeaba la añoranza.

—Mi vida, no te preocu…

—Esta vez es distinto, no puedo seguir —le corté de inmediato, tomando sus manos para ponerlas sobre mi vientre—. No solo yo necesito a mi marido. Mi bebé también necesitará a su padre.

Su mirada azulada como el cielo se cristalizó y a mí el corazón me latía a toda velocidad.

Sean se puso de rodillas para estar a la altura de mi vientre.

—¿Mi bebé está aquí? —preguntó, acariciándome la barriga con las dos manos.

Totalmente emocionada, asentí, levantándome un poco el jersey.

Él besó la piel que había por encima del ombligo, abrazándome con todas sus fuerzas.

—Acabas de hacerme el hombre más feliz del universo, Brittany.

Mis dedos se enterraron en su cabello negro mientras él seguía de rodillas, abrazado a mi vientre.

—¿Cuidarás de nosotros? —quise saber, totalmente emocionada y con la voz completamente rota.

Sean levantó la barbilla, para mirarme a los ojos.

—Hasta el último día de mi vida, cariño.

FIN

CAPÍTULO EXTRA

RECUERDOS DEL PASADO:

Una chica nueva llega a Hallow

SEAN



Desde el día en el que Josh y yo nos conocimos, fuimos inseparables. La primera vez que interactuamos en aquel comedor, teníamos solo diez años, ahora, con quince, las cosas eran demasiado distintas.

Josh ya no tenía complejos; pegar el estirón y el desarrollo de sus hormonas masculinas le hicieron un favor de la hostia, convirtiéndole en un chico alto, delgado, de figura esbelta y bastante guapetón.

Eso, mezclado con ser mi mejor amigo, le hizo deshacerse de los abusones en menos de lo que cantaba un gallo.

—Todavía recuerdo la paliza que le pegaste a esos idiotas —iba diciendo mientras caminábamos cerca de un grupo de chicas, estas sonrieron tímidas, yo pasé de ellas, pues acababa de echarme novia hacía un mes, aunque Josh les guiñó un ojo—. Joder, Sean, eras tú solo contra cinco. ¡Cinco! ¡Los reventaste!

—Nací con instinto asesino, supongo que lo heredé de mi padre —comenté, encogiéndome de hombros.

—Tío, ¿y esas pocas ganas de vivir? Pareces un puto zombi.

Haciéndole un gesto, me siguió para escondernos detrás de uno de los muros en los que solíamos fumar, no era algo de lo que estuviese orgulloso, pero me ayudaba a sentirme mejor.

Ver a mi madre rompiéndose el lomo para sacarnos adelante mientras mi padre estaba en paradero desconocido, además de tener a una niña de cinco años en plena edad de destruir, preguntar y poner las cosas difíciles, no ayudaba.

Encima, el tío que la dejó embarazada tampoco daba señales de vida, su sueldo solo nos alcanzaba para el alquiler y las facturas de agua y luz, así que empecé a trabajar para un amigo de Fátima, la mujer de la tienda de chuches. Me iba enseñando poco a poco, cobraba una miseria y echaba muchas horas, pero me sentía mejor llevando algo de dinero con el que poder comprar comida.

—¿Puedo probar? —Josh miraba mi cigarro con recelo.

La culpabilidad de gastar dinero en tabaco me quemaba por dentro, aun así, ver a mi madre fumar para aliviar su ansiedad me llevó a copiarla, pensando que me ayudaría y, efectivamente, lo hacía. Ahora era una jodida necesidad para escapar de la puta realidad.

—No, Josh, esto es una mierda, es insano.

—¿Y? Yo decido, tío, es mi cuerpo.

—Colega…

—Quiero probarlo.

—Que no, joder.

—Fumaré igualmente contigo o sin ti, así que déjame dar una calada, solo es un poco de tabaco, no seas aguafiestas…

Ay, joder, cuando se ponía pesado, no había manera.

Saqué un cigarro y se lo tendí, él lo cogió rápidamente, motivadísimo, y yo no entendía el porqué. A veces me daba la sensación de que se empeñaba en ser como yo, y nada más lejos de querer algo así para él, yo no era un buen ejemplo a seguir.

Josh tosió, hizo una mueca de asco y tiró el cigarro lejos de sí mientras yo me reía a carcajadas.

—¡Tío! ¡Buah! ¿Cómo te puede gustar eso?

Sin decir nada, me encogí de hombros y me volví a llevar mi cigarro a la boca.

—Oye —siguió insistiendo, con las manos en los bolsillos y mirando con cierta rabia a Victoria, la chica que le rechazó cuando era un niño gordito. Ella también lo era, a Josh le gustaban las chicas algo más llenitas, pero, aun así, se burló de él y le rompió el corazón; desde ese entonces, las miraba a todas, pero nunca admitía que ninguna le gustase de verdad—, ¿me vas a decir qué coño te pasa?

Joder.

Ni siquiera estaba seguro.

—Es que… ¿recuerdas la chica esa que conocí en una fiesta?

—Uf, sí, la fea esa.

—Josh…

—Es fea de la hostia, Sean.

—No soy superficial, yo miro el interior.

—El interior no se lo vas a ver mientras te la follas, colega, tiene que estar «un poco buena» al menos.

Rodé los ojos, para Josh, Naomi era un trol, literalmente.

Y era cierto que la chica no resaltaba por su belleza, aun así, hubo algo que me llamó la atención en aquella fiesta, su tristeza.

Parecía estar tan enfadada con el mundo como lo estaba yo, así que me acerqué preguntándome qué sería lo que podría tener a esa chica en ese estado. Sin demasiado esfuerzo, me contó que su madre murió joven y que había sufrido fuertes abusos por parte de una chica cuya madre salió con su padre.

Las cosas que me contó de esa chica fueron terribles, y yo, que era el abusón de los abusones, pensé en que, si fuese un tío en vez

de una tía, le daría de hostias.

La cosa era que, por cosas de la vida, Naomi y yo terminamos saliendo, pero no estaba seguro de que esto fuese lo correcto.

Mis hormonas estaban cada vez más despiertas, de la misma forma que hacía unos años cualquier gesto femenino me producía arcadas, ahora no podía evitar que se me fuesen los ojos detrás de cada faldita que veía moverse. Y yo no quería usarlas, no quería estar hoy con una y mañana con otra. Era consciente de lo fácil que me resultaría llevármelas a la cama, sin embargo, yo no era así porque tenía a una madre y a una hermana a las que quería con locura y nunca querría que un tío les diese ese trato. Así que yo tampoco iba a convertirme en ese tío.

Por tanto, mi decisión de atarme a Naomi, al menos de forma temporal, fue por varios motivos, el primero, tener una chica con la que poder desfogar todo este fuego interno que se me estaba despertando por culpa de las hormonas, el segundo, que me sentía solo y vacío, y el tercero, Naomi me daba lástima.

Pero ninguno de esos motivos se debía al hecho de quererla. No la quería, no sentía amor, aun así, me repetía a mí mismo que eso llegaría con el tiempo. Fue ella quien me pidió salir, llorando como una magdalena, y no fui capaz de decirle que no.

Y ahora, encima, había entrado en pánico.

Al parecer, la chica que le hizo *bullying* empezaba justamente hoy en Hallow, y ella estaba obsesionada con que iría a por mí y rompería nuestra relación.

Fue tan frustrante para ella que incluso me llamó diciendo que se iba a suicidar si se enteraba de que la tal Britney o Brittany de los cojones se me acercaba o se me ocurría hacerme su amigo.

Me costó mucho tranquilizarla y dejarle claro que, por mi parte, no tenía intención de ponerle los cuernos —yo no era de esos— y que no había posibilidad ninguna de que me sorprendiese, pues por como la describía Naomi, no era para nada mi tipo.

—Eh, tío, ahí está. —Josh chasqueó los dedos frente a mí, asomándose a la esquina—. La nueva.

Justamente, hablando de la reina de Roma.

—No me interesa.

—¡Oh, venga! ¡Solo echa un vistazo! Sabes que sí quieres mirar.

—No, Josh, le prometí a Nai que haría como si no existiese y pienso cumplir mi palabra.

Josh seguía asomado, mirándola descaradamente, con una sonrisa que confirmaba que la chica era de todo menos fea.

Joder, pues sí que me estaba picando la curiosidad.

—Deja de mirarla ya, se va a dar cuenta y va a pensar que estás loco.

—Colega, es totalmente tu tipo.

—¿Qué dices, tío? Mi tipo es mi novia.

—No, tío, tu novia solo es el tipo de los ciegos, y tú por desgracia aún puedes ver. —Lo vi agacharse, coger un guijarro, y antes de que pudiese detenerlo, se lo tiró.

—¡Me cago en la puta! ¿Qué coño haces?

—¡Eh! ¿Has sido tú?

Una voz chillona y enfadada sonó desde lejos, no parecía nada asustada para ser su primer día en un instituto, más bien, parecía estar a la defensiva y dispuesta a destrozar al que se cruzase en su camino.

—¡Responde, imbécil! —Su voz se escuchaba cada vez más cerca y, por algún motivo, se me antojó femeninamente sexi.

¿Qué cojones? Solo era la voz de una chica.

De la única chica a la que había prometido «no mirar».

—Fue sin querer, monada, es que quería darle a un idiota que justo pasaba por tu lado.

Traté de ignorarla pues veía la silueta de su cuerpo frente a Josh, y, aun así, no pude evitar echarle un ligero vistazo por el rabillo del ojo.

—Pues no está bien tirarle guijarros a la gente, por muy idiotas que sean.

Josh se llevó la mano tras la nuca, con una expresión divertida.

—Vale, señorita, lo siento.

—Bueno, al menos te has disculpado, no te añadiré a mi lista de personas indeseables, por ahora.

—¿Existen listas de ese tipo?

—Sí, y de cadáveres enterrados y por enterrar.

Su chulería y soberbia me obligaron a girar el cuello por completo, haciendo que se me abriese la boca como un jodido imbécil al ver a la perfección humana encarnada en el cuerpo de una chica.

HOSTIA. PUTA.

Su cara… Su puñetera cara era lo más angelical, precioso y divino que había visto en mi vida.

Y esa coleta alta se balanceaba tras su espalda con una danza hipnótica.

Ojos enormes color café, pestañas densas, pómulos altos, labios carnosos, rostro ovalado, cuello largo y fino, hombros rectos, postura perfecta… ¿Haría algún deporte? Me recordaba a una de esas chicas que daban saltitos y giraban con vestidos rosas de tutú. Tetas lo suficientemente grandes como para hacerme una increíble paja rusa, cintura de avispa y unas caderas que se ensanchaban produciéndome una sensación de vértigo.

Y esas piernas, malditas piernas.

Maldita falda y malditos zapatitos de tacón.

Era un pastelito de fresas con nata y yo ya estaba salivando para comérmela.

¡Me pirran las fresas!

—¡¿ESTÁS FUMANDO?! —chilló, llevándose una mano a la boca y señalándome con la otra.

—Dilo un poco más alto si puedes. —Arrugué el entrecejo, con el cigarro aún en mi boca.

—¡No está bien fumar! ¡Eres muy joven! ¡Te provocará cáncer!

—Cáncer me va a dar si te sigo mirando a la cara.

De lo guapa que eres, niñata de mierda.

Sus mejillas se tornaron rojizas y sus ojos mostraron un brillo lleno de enfado y furia, deseé ir hacia ella y darle un lametón para ver a qué sabía.

—Eh, eh, eh, rubita. —Josh se interpuso entre nosotros—. Tú no has visto nada, ¿eh? No empieces tu primer día con mal pie.

—Yo no lo he empezado con mal pie, he venido en son de paz y me has lanzado un guijarro, y ahora este idiota me ha llamado fea.

Feamente divina, querría decir, porque vaya tela con la niñata.

Sin poder aguantarme las ganas de hablar con ella, aunque fuese para discutir, aparté a Josh de un semiempujón y me saqué el cigarro de la boca para echarle el humo en la cara.

—¿Estás muy triste porque te he llamado fea? ¿Necesitas que te acompañe a hablar con la psicóloga de Hallow?

Su expresión furiosa dejó de mostrar emoción alguna convirtiéndose en una magnífica cara de póker, dejándome en estado de *shock*.

—Que te jodan, idiota.

Sin querer regalarme ni un minuto más de su tiempo, giró sobre sus zapatitos de tacón alejándose con un caminar maravilloso y dejándome apreciar el culo más bonito que había visto en mi vida.

Ojalá me jodiesen, y ojalá fuese ella.

Buf, me dejaría encantado.

—Colega, ¿es tu tipo o no es tu tipo?

—Está buenísima, pero es una zorra, le ha hecho cosas horribles a Nai.

Josh me pasó un brazo sobre los hombros, colgándose sobre mí, y tiré el cigarro para ir a clases.

—Sí, la vida es una mierda, es una abusona y nosotros odiamos a los abusones, ¿eh, colega? Pero lo cierto es que esa chica parece hecha a medida para ti.

—Cállate, Josh, a Nai no le gustaría escuchar eso.

Le daría un puto infarto.

—¿Y desde cuándo me importa a mí lo que le guste o deje de gustar a tu novia?

Dios, iba a ser una auténtica pesadilla tener a la jodida Britney en Hallow.

—¿No dices nada? —insistió, yo solo levanté los ojos hacia él y me encogí de hombros.

Deja de sufrir, chica.

Es hora de convertirse en cisne.

AGRADECIMIENTOS

Quiero hacer una especial mención a mis lectoras cero: Nerea Bustos, Sara Estepa, Ana Serca, Cristina y Bárbara, por acompañarme en este viaje tan personal que ha sido escribir la bilogía *Límites prohibidos.* Y por supuesto, a mi marido, por ser el «Sean» de mi vida.

Siento si hay algunos temas en los que no he profundizado demasiado en el desarrollo, pues por motivos personales, había momentos en los que necesitaba parar, y otros, en los que ni siquiera podía seguir.

Límites prohibidos ha sido un antes y un después en mi camino como escritora, ayudándome a conectar con una parte de mí misma que creía perdida y entendiendo que el día en que con siendo una niña decidí escribir mi primer texto, no lo hice por agradar a nadie, sino por intentar salvarme a mí misma.

Y por ese motivo, he decidido ejercer mi máxima libertad a la hora de utilizar mi pluma, liberándome de presiones sociales y del qué dirán.

Sin mucho más que añadir, siendo un veintiséis de diciembre a las once y veintisiete de la mañana, con lluvias en Mallorca y mis dos gatos maullando por su ración de pollito, el último mensaje que tengo que dar con esta historia es que las dietas son una mierda y que hoy estoy feliz porque me voy a comer una hamburguesa.

Con amor.

Alba.

Si te ha gustado esta historia, puedes seguirme en redes para estar al tanto de mis novedades.

Instagram: @albabooks1322

Tiktok: @albabooks1322

Wattpad: @albiisgc.

En mi plataforma de wattpad se publicarán capítulos especiales de la continuación de la vida de Sean y Brit, además de la de Josh y Ana.

Y por favor, no olvides dejar una reseña amable en Amazon, ¡es de mucha ayuda!